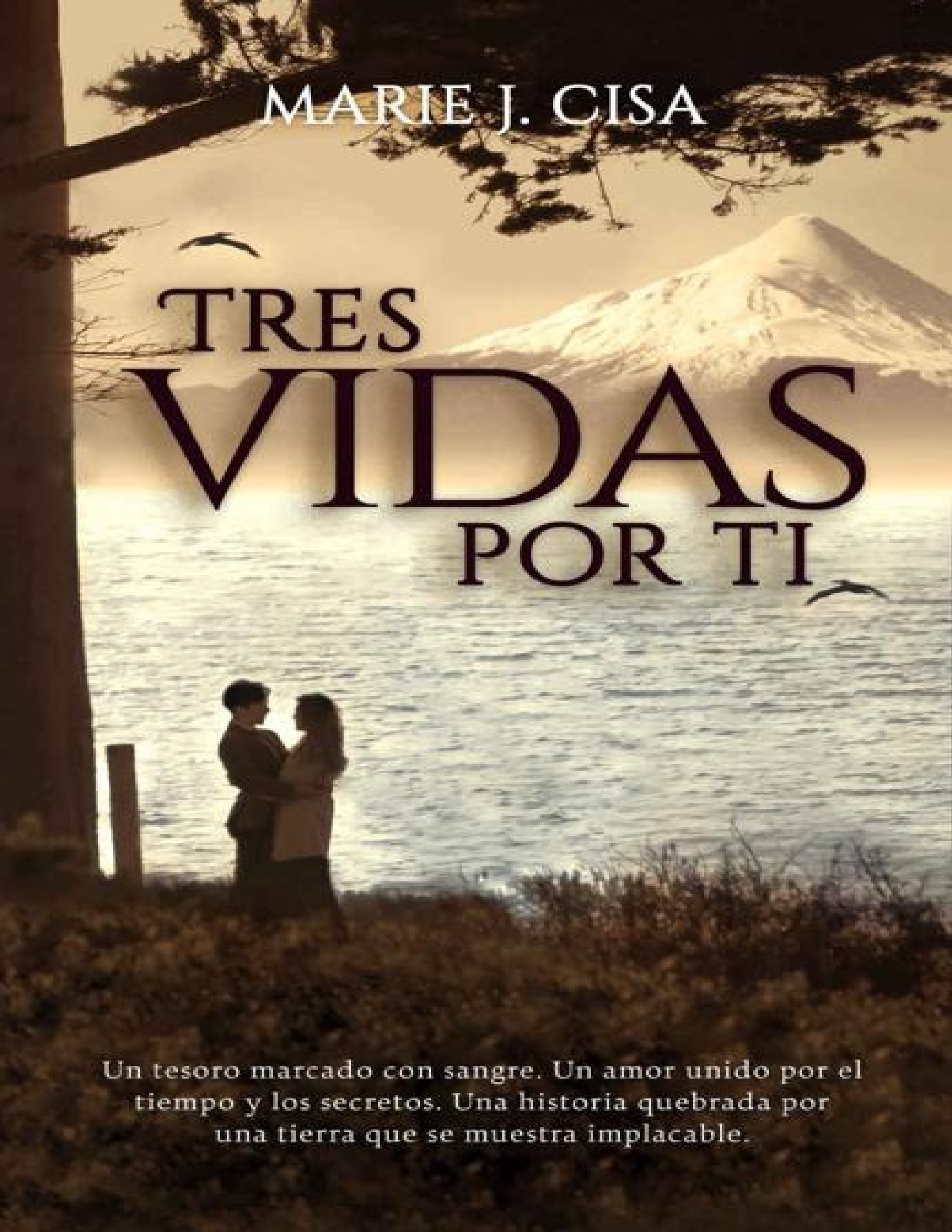




MARIE J. CISA

TRES VIDAS POR TI

Un tesoro marcado con sangre. Un amor unido por el tiempo y los secretos. Una historia quebrada por una tierra que se muestra implacable.

Tres Vidas por Ti

MARIE J. CISA

Copyright © 2022 by Marie J. Cisa

© 2022 Tres Vidas por Ti

Todos los derechos reservados

Corrección: Juan Antonio Díaz

Diseño de cubierta: Somnis Design

Maquetación: Beehive Digital Books

Queda prohibida la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, incluidos la reprografía el tratamiento informático, así como el alquiler, préstamo público o cesión de la misma sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con una persona, viva o muerta, es coincidencia.

Índice

[Avant-propos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

CHILE, ABRIL DE 2010

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

ALEMANIA. ÁREA DE CONTROL ESTADOUNIDENSE. OCTUBRE DE 1945

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

CHILE, ABRIL DE 2010

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

OSORNO, 1948

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

VALDIVIA, ABRIL DE 2010

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

OSORNO, DICIEMBRE DE 1948

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

LOS PINOS. ABRIL DE 2010

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

CÁRCEL DE LA UNIÓN, OCTUBRE DE 1949

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

LOS PINOS. ABRIL DE 2010

[Capítulo 55](#)

VALDIVIA, 1952

[Capítulo 56](#)

LOS PINOS, ABRIL DE 2010

[Capítulo 57](#)

VALDIVIA, 1960

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

VALDIVIA, DOMINGO 22 DE MAYO DE 1960, 3:11 P.M

[Capítulo 61](#)

Los Pinos, abril de 2010

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[Capítulo 65](#)

HA MUERTO ANÍBAL VALJEAN

[Capítulo 66](#)

[Epílogo](#)

[Notas](#)

[Otras Obras de Marie J. Cisa](#)



En vano tallamos lo mejor posible ese tronco misterioso que es nuestra vida; la veta negra del destino aparecerá siempre.

— LOS MISERABLES, VICTOR HUGO.

Prólogo

Jael miró el reloj que había sobre la mesilla: las cinco y cuarto de la mañana. Sonrió con ironía y se incorporó. Todavía quedaba un largo rato hasta el amanecer, pero eso no era excusa para no comenzar una nueva jornada. Encendió la lamparilla y se quedó sentada unos minutos en la cama. Observó sus manos, que aún temblaban debido al intenso sueño que había tenido. Lo sintió tan real que su cuerpo reaccionó de esa manera. No la sorprendió del todo. Había leído en cierta ocasión que un mal sueño podía ser tan peligroso como una pistola en manos de un borracho. Finalmente, se levantó y se dirigió a la cocina para preparar un poco de café.

Mientras lo hacía, reflexionó acerca de lo que había soñado, o de lo poco que su memoria podía retener de este. Los sueños eran difíciles de recordar. Una de sus nietas, Myriel, una vez estuvo anotando en una libreta durante un mes todo lo que soñaba. Tras el transcurso de ese tiempo, cuando comenzó a leer las primeras páginas, no se creía lo que ella misma había anotado. «La mente tiene sus propias reglas y hay que aceptarlas», pensó. Jael, pese a estar concentrada en el silencio de aquellas horas, apenas podía ordenar los hechos que había visualizado: todo era una mezcla extraña y sin sentido aparente. Sin embargo, sus sentimientos, el miedo, el dolor y la frustración que había experimentado, sí habían dejado huella en ella y esto no se olvidaba fácilmente. Había vuelto a soñar con él.

Recordó el mismo lago azul de las veces anteriores, resplandeciente bajo el sol del mediodía. El exuberante bosque que lo rodeaba frenaba su avance y se abría en un claro de fina hierba, salpicado por flores que se asimilaban a finas pinceladas. El viento soplabá lo justo para tornar los rayos de sol en un calor agradable y alentador. El canto de los pájaros, con la orilla como muralla, ensalzaba el ambiente. Bajo sus pies, aparecía y desaparecía un sendero a capricho de la hierba.

Lo primero que se preguntó en el sueño, donde ella aún era una jovencita, era cómo algo tan magnífico y de una belleza tan colosal podía estar tan a refugio de miradas curiosas o de cualquiera que pasara por el camino cercano que bordeaba el lugar. Era como si la naturaleza quisiera guardar un secreto, sabido por los animales y las plantas que vivían en el lugar, pero negado a los humanos.

Ella había estado allí, reconocía el lugar y se dejaba llevar por la mano que, aferrada a la suya, la conducía entre los árboles y matorrales que cercaban el lago con recelo: confiaba en que él jamás la llevaría a un lugar donde ella estuviera en peligro.

—Es precioso —dijo Jael, la joven, mientras apretaba su mano en torno a la del hombre que la acompañaba. ¿Acaso podía ser más feliz? Respiró hondo y disfrutó de las fragancias que rosales, azucenas, jazmines y demás flores le regalaban.

Su compañero, sin separar sus labios, la miró y asintió con un gesto lento y delicado. Mostrando que una preocupación lo sobrecogía. Algo se interponía entre ellos, algo quizás

pequeño e insignificante por el momento, pero que podría llegar a separarlos. Ella percibió la amenaza.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jael.

Sus manos ya no estaban unidas, y su compañero, antes tan cerca, se encontraba ahora en la otra orilla del lago; una figura inmóvil y tiesa como un árbol seco. Apenas había pasado un segundo. Jael miró sus manos, donde todavía podía sentir el calor ajeno, y después miró hacia el lago.

—Tenemos que irnos, Román —dijo mientras daba varios pasos hacia atrás. El agua del lago, igual que si fuera a hervir de un momento a otro, comenzaba a agitarse. Los pájaros que antes cantaban ahora guardaban silencio y buscaban sus nidos con desesperación—. ¡Va a empezar otra vez!

Jael intentó dirigirse a la otra orilla, pero a cada paso suyo el suelo temblaba y la hacía caer. A cada intento de levantarse, un nuevo temblor la derribaba.

—¡Román! —gritaba con desesperación. Tan solo pudo ver cómo, a lo lejos, Román negaba con la cabeza.

La tierra se agitó de nuevo y los árboles que se levantaban a espaldas de la joven comenzaron a caer uno tras otro, convirtiéndose en polvo. Incluso se había levantado una inmensa nube como si, de hecho, se hubiera derribado un edificio o alguna construcción humana y no un puñado de árboles. Justo después de que todo se derrumbara, comenzó a escuchar gritos por doquier. Provenían de algún lugar bajo los escombros, no sabía si cerca o lejos, pero captaba sus lamentos. Pedían auxilio.

—¿Hola? ¿Dónde están? —gritó mientras miraba de un lado a otro, desesperada por saber a dónde tenía que dirigirse. Fue entonces cuando vio bajo los escombros el brillo de los ojos de quienes habían quedado atrapados. Jael los veía, pero era consciente de que era imposible rescatarlos. Tan solo podía compadecerse.

Sin embargo, para la joven, todo aquello formaba parte de la lógica natural de la realidad. No se planteaba en absoluto que los árboles se hubieran convertido de repente en pedazos de escombros o que el suelo respondiera a sus pisadas con intensos temblores.

Con lágrimas en los ojos, dejó a su espalda aquellas ruinas, ignoró los gritos y miró de nuevo a Román.

—He de cumplir con mi destino, Jael —dijo Román alzando la mano y moviéndola de un lado a otro para despedirse.

—¡No! ¡Eso es mentira! —gritó Jael. Quiso avanzar a través del lago y comenzó a caminar por la orilla, pero, sin previo aviso, las aguas comenzaron a agitarse de la misma manera que lo haría una tempestad en medio del océano. Jael retrocedió como pudo.

—Adiós, Jael.

Dicho esto, el hombre se dio la vuelta y se internó en el bosque que había a sus espaldas.

El sueño siempre terminaba de la misma forma, con Román desapareciendo entre los escombros, con Roman alejándose y ella sin saber su destino.

El sueño, era uno más que añadir a la colección, la cual se había ampliado a diario las últimas semanas. ¿Es que nunca lo olvidaría?, pensó. Y aunque procuró establecer algún tipo de explicación racional, no fue capaz. No importaba que no pensara en él durante todo el día, él aguardaba su momento, que era cuando ella cerraba los ojos. ¿Por qué la torturaba? ¿Qué sentido tenía aquello después de tantos años?

Se sirvió el café en una taza y fue a la sala de estar, concretamente, a su rincón preferido de la casa: un antiguo butacón junto al que había una mesita repleta de libros y con una lámpara que

le ofrecía la luz perfecta. Se sentó y escogió uno.

Leer era uno de sus pequeños placeres, sobre todo cuando era muy temprano y el mundo parecía no haberse puesto en marcha. El silencio que reinaba era más denso, más puro e invitaba a una concentración que era imposible apenas unas horas después. Pero, al contrario de lo que esperaba, solo pudo leer un par de párrafos antes de que lo soñado captara toda su atención. «Román, ¿otra vez?». Entonces, como cada mañana, se prometió que la próxima vez, cuando cerrara los ojos y lo tuviera frente a ella, llevaría a cabo el esfuerzo que hiciera falta para poder preguntarle:

—¿Qué es lo quieres? ¿Acaso me estás buscando? ¿Acaso tu corazón sigue latiendo por mí en alguna parte, aunque ya no estés aquí?

Sería capaz de dormir días enteros con tal de tener la oportunidad de hacerlo; sabía que él le respondería, aunque, al mismo tiempo, era consciente de lo absurdo de su razonamiento. Curiosamente, experimentó una cierta pesadez en los párpados y una relajante comodidad en el resto del cuerpo, pero los pocos sorbos de café habían cumplido su función en un estómago vacío. Ella era consciente, el primer trago de café la revitalizaba por completo, pero aun así no cesó en su empeño. Quería cerrar los ojos y estar de nuevo con él, tener otra oportunidad para saber qué significaba todo aquello; y de tratarse de una mera ensoñación sin sentido, perderse en ella pasara lo que pasara.

Había perdido la noción del tiempo. Los ojos se le entornaban y la hacían encontrarse en ninguna parte. Jael sentía la felicidad de dejarse ir otra vez en los brazos de Morfeo, de tener una nueva oportunidad. Apoyó la cabeza contra el respaldo y relajó su cuerpo. Todo se desvanecía a su alrededor. Fue entonces cuando el sonido de la taza de café impactando contra el suelo y haciéndose pedazos acabó con sus esperanzas.

—Qué desastre —dijo para sí misma mientras se levantaba con cuidado para no pisar el café. El sopor había provocado que la taza escapara de su mano.

—¿Abuela? —escuchó gritar al otro lado de casa—. ¿Estás bien?

—Sí, Jeanne. Estoy bien.

—¿Qué ha pasado? —La voz aún somnolienta de su nieta sonaba cada vez más cerca.

—Se me ha caído la taza de café. Estoy mayor ya —dijo Jael con una sonrisa.

Jeanne, que se asomó por la puerta, se frotó el rostro con las manos y bostezó antes de decir:

—Si yo me levantara a estas horas, hasta la cabeza se me caería al suelo, abuela.

—Jael, sonrió ante la ocurrencia de Jeanne, sin duda tenía una vida tranquila junto a sus nietas.

Mientras recogía los restos de la taza, no dejaba de divagar e intentaba darle coherencia a lo que le estaba ocurriendo, por qué su mente la llevaba una y otra vez a recordar el terremoto de 1960. Cada día se convencía de que los años y la nostalgia le pasaban la cuenta, sin saber que solo unos días después, la tierra nuevamente rugiría con fuerza, provocando que viejos secretos salgan a la luz, y que lo que ella creyó olvidado y perdido en el tiempo comenzaría a rodar sin freno.

Santiago, febrero de 2010

Capitula Uno

A las afueras de Valdivia, en dirección a La Unión, destacaban las ruinas de una antigua escuela que era conocida por los habitantes de la región como *la escuela de los pobres*, ya que entre sus paredes se formaron todos los niños y jóvenes que lo desearon, sin importar raza, credo o religión. El edificio donde funcionó la escuela, llevaba abandonado cerca de treinta años y, aunque sus muros y techos habían resistido el paso del tiempo con decencia, el terremoto que había asolado el país hacía poco más de un mes, acabó por mermar las débiles estructuras y convertir aquel lugar en algo parecido a un campo de batalla.

Los edificios, o más bien lo que quedaba de ellos, se alzaban en torno a una esplendorosa fuente tallada en piedra que representaba nubes y motivos florales de los que surgía un ángel alado con un niño en sus brazos. Ambos encaraban al cielo con majestuosidad.

Pese a que los rasgos de la estatua habían sido suavizados por el paso del tiempo, se atisbaba en sus formas el cuerpo de una mujer y un niño, que por su tamaño podría tener tres o cuatro años. En la parte inferior del busto, un caño seco reflejaba el lugar desde donde antes caía el agua que bañaba la fuente y que por esos días estaba repleto de hojas secas y tierra.

Sin embargo, aquello no era problema para que un grupo de niños hubiera elegido aquel lugar como parque de atracciones.

Después de almorzar era cuando se reunían en las ruinas de la escuela. El punto de encuentro era el patio de la fuente, donde acudían a medida que iban llegando como si se tratara de un protocolo inquebrantable.

—¿Escondite? —preguntó uno de ellos, subido sobre el borde de la fuente pese a que su natural altura no le requería ningún tipo de peldaño. El resto de sus amigos se miraron entre sí y asintieron cómplices antes de dar un sí general.

Minutos después, todos estaban escondidos a excepción de dos de un niño y una niña, a los que les había tocado buscar al resto de sus amigos.

—¿Vamos cada uno por un lado? —preguntó el chico. Su amiga lo miró en silencio y asintió. Dejaron atrás la fuente y se encaminaron hacia el edificio principal.

—¡Por mí! —gritaron al unísono en cuanto pusieron sus manos sobre la fuente.

Ella torció el gesto y él le dijo que no se preocupara, que los que estuvieran escondidos cerca del edificio principal no lo tendrían tan fácil. Siguieron avanzando y apenas habían dado un par de pasos cuando otro de sus amigos salió de su escondite y llegó hasta la fuente. Golpeó la base de la estatua y gritó también:

—¡Por mí!

Y fue en ese momento que la sombra que aportaba la estatua comenzó a moverse en su dirección como si el ángel de piedra hubiera cobrado vida. Sonó un ruido seco y profundo, al igual que el que hace una nuez al abrirse, y la base de la fuente se partió en dos profundas

grietas. Una nube de polvo surgió como si se tratara de un espeso y blanquecino vapor. Los niños se apartaron a toda velocidad y contemplaron como la estatua, antes con sus rostros fijos al cielo, se inclinaba hacia el edificio principal.

—¿Qué ha pasado? —gritó la niña.

—Se ha roto la fuente.

—Nos van a matar por esto —dijo el otro.

Con cautela, se acercaron todos a contemplar la ladeada figura. Salvo la base y los pies del ángel, el resto estaba en bastante buen estado.

—¿Qué es eso? —preguntó la chica.

—Yo diría que una caja

—¿Las fuentes tienen cajas por dentro? —preguntó otra niña con total sinceridad.

—Se ve que sí.

El mayor de los niños se adelantó y con la punta del pie le dio un golpecito. Era pesada, y estaba construida en madera y reforzada con tiras metálicas que le daban el aspecto de un cofre. Ellos estaban convencidos de que era un tesoro.

Después de unos minutos, consiguieron sacar la caja y ponerla junto a la fuente. Se trataba, en efecto, de un cofre de madera y hierro, sólido y pesado. Durante un buen rato trataron de abrirla de todas las maneras posibles.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó un chico mientras miraba el tesoro encontrado con fijación—. Lo hemos intentado todo.

—Podríamos llevarla a la policía —respondió. Los demás lo miraron no muy convencidos.

Dos días más tarde, los muchachos observaban expectantes a los agentes que examinaban la caja. Estos se miraban sin saber realmente qué hacer, pues habían comprobado con sus propias manos lo difícil que resultaría abrirla, por no decir imposible. De hecho, presentaba unas hendiduras apenas perceptibles que no permitían intuir cuál era la manera correcta de hacerlo.

—Si lo que nos han contado los muchachos es cierto, se trata de un cofre muy antiguo, pues este lugar está abandonado hace tiempo —dijo un agente al otro.

—Y que lo digas. Ni siquiera había nacido yo, cuando ya estaba esta escuela.

—A eso me refiero. Se construyó después del terremoto de 1960, no sé bien en qué año, pero estoy seguro de que fue después.

Su compañero encogió los hombros y se giró hacia los jóvenes.

—Así que esto ha aparecido bajo la estatua de la fuente, ¿no es así?

Los jóvenes asintieron en silencio y con los ojos muy abiertos. La presencia de los agentes les hacía sentirse culpables aunque no sabían de qué.

—¿Puede saberse qué estaban haciendo en ese momento?

—Jugábamos al escondite. La estatua se cayó de repente, pero creemos que se dañó con el terremoto del 27 de febrero pasado, pues antes estaba intacta —dijo la niña.

—En fin, en ese caso, supongo que tendríamos que llevárnosla a comisaría para analizarla. ¿No es así, compañero?

El agente asintió con gravedad. Los muchachos imitaron el gesto, aunque se podía ver la decepción en sus rostros. Observaron decaídos cómo los agentes introducían la caja en el maletero del vehículo y se marchaban, con la promesa de avisarles, si el interior de esta, albergaba un tesoro.

Capítulo Dos

En la comisaría, la caja llamó la atención nada más llegar. Todos se arremolinaban a su alrededor y la manoseaban, para tratar de abrirla. Lo primero que hicieron fue retirar el polvo y la tierra que estaban impregnados en la superficie. Fue entonces cuando, en una de las esquinas, apareció un número grabado en la madera. Esteban, el agente que se estaba encargando de su limpieza, observó aquel detalle con fascinación.

—1965 —dijo mirando a sus compañeros.

—Pues sí que es antigua. Casi cincuenta años —comentó otro, que apuntaba cada detalle en una libreta. Oficialmente, el asunto de la caja no era más que una incidencia que no requería investigación, pero la curiosidad de los presentes parecía como si lo fuera.

—¿Se sabe algo más de esa escuela? —preguntó Esteban.

—Fue construida por un millonario después del terremoto de 1960, pero, por lo que sabemos hasta ahora, desapareció poco después. La escuela permaneció abierta hasta mediados de los ochenta —respondió Federico el mas joven de la comisaria.

—Es extraño, ¿no te parece?

—La verdad que sí. ¿Qué crees que puede contener? —preguntó Federico.

—Espero averiguarlo dentro de poco. No me extraña que la caja no pudiera abrirse. Fíjate —dijo Esteban señalando hacia las hendiduras —, tenía tanto polvo y suciedad que la superficie se mostraba casi lisa.

Continuó limpiándola hasta que vio algo que le llamó la atención. En un lado, tras retirar la suciedad, surgieron dos goznes de un metal fino y muy trabajado: un detalle que implicaba que la caja podía abrirse. Sin embargo, no había ninguna cerradura ni muesca ni nada que permitiera abrirla.

—Esto no tiene sentido —comentó.

Federico afinó la mirada y se acercó. Observó los goznes y pasó la yema de los dedos sobre ellos. Repitió el gesto un par de veces más.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Esteban.

—Hay algo aquí. El metal tiene una superficie muy lisa, pero en la bisagra de la derecha sobresale algo.

Esteban miró hacia donde señalaba Federico, aplicó más agua y cepilló la zona con decisión para retirar toda la suciedad aferrada al metal. Su insistencia tuvo resultado, pues dejó al descubierto una especie de botón o hendidura con forma circular sobre el mecanismo de la bisagra. No se veía a simple vista y era más fácil advertirlo con el tacto.

—Es... ¿un botón? —preguntó.

Federico se encogió de hombros.

—Dame el bolígrafo.

Federico se lo dio y Esteban utilizó la punta para presionar aquel pequeño botón. Estuvo a punto de desistir, ya que la punta del bolígrafo comenzó a doblarse, pero entonces aquella diminuta esfera se introdujo apenas medio centímetro en el interior de la bisagra y la reacción fue inmediata. La caja se abrió de una manera tan enérgica que la tapa estuvo a pocos milímetros de golpear la cara de Esteban, quien saltó hacia atrás de la impresión.

—¡Dios santo! —dijo Esteban incorporándose. Federico no reparó en él y se acercó a la caja.

—No puede ser verdad —dijo. Estaban tras él, tampoco daba crédito.

En el interior de la caja, casi a modo de burla, había otra caja. Era más pequeña, pero en esta ocasión, sobre ella rezaba una frase: *Todo lo aquí presente pertenece a la Sra. Jael Schülz.*

—¿Quién es Jael Schülz? —preguntó Esteban con decepción, sin esconder, que la expectación que tenía sobre el interior de la caja era mucho mayor que lo que había encontrado. Era como volver a empezar el proceso.

—Es un nombre extranjero, alemán supongo. Tú sabes que hay muchos alemanes por aquí —dijo Federico. Su rostro había cambiado por completo—. Si el nombre es alemán, la cosa cambia por completo.

Esteban, que había comprendido sus palabras, dejó la caja sobre la mesa de inmediato.

No tardó mucho en propagarse la noticia por toda la comisaría. No solo de que habían conseguido abrir la caja y que habían encontrado, a su vez, otra más pequeña en su interior, sino la presencia de un nombre alemán: el nombre de una mujer a quien iba dirigida. La expectación y la ilusión respecto a su contenido dejaron paso a llamadas tensas y silencio. En el ambiente flotaba un caso que los agentes susurraban entre sí como si se tratara de una maldición.

—Puede ser algo de los incendios —dijo Esteban preocupado, pues ese caso, pertenecía a la Policía de Investigaciones en ese momento.

—Ya han dado aviso —preguntó Federico.

—¿Crees que tendrá algo que ver?

—Rodarán cabezas si es así. No hemos seguido ninguno de los protocolos.

La preocupación referente al caso de los incendios era normal, pues hacía solo un año que cerca de Valdivia hubo un gran incendio en una casa perteneciente a una familia alemana, y que por las características del incidente estaba siendo investigado por la Policía de Investigaciones. Sin embargo, que la caja tuviera mas de cuarenta años, en parte los tranquilizaba , pues las fechas y nombres no coincidían para nada con lo ocurrido.

A pesar de que probablemente no tuviera nada que ver con el incendio, no podían seguir tratando el tema tan a la ligera, por lo que en ese momento hicieron las llamadas correspondientes para informar el hallazgo de la caja.

Apenas una hora después, se presentaron dos agentes en busca de la evidencia. Todas las miradas se centraron sobre aquellos hombres, uno con chaqueta azul y letras amarillas impresas y el otro con un traje de chaqueta y un sombrero que ensombrecía su mirada. El primero era un novato y el segundo rondaba la jubilación; el joven se mostraba colaborador y hasta amable, el mayor tenía puñales en su enigmática mirada y no ocultaba su indignación por lo ocurrido. El oficial se excusó como pudo, pero los gritos del agente enchaquetado atravesaban las paredes del despacho y congelaban la sangre al resto de los agentes.

—Yo soy el comisario Hernández y mi compañero, el inspector Rojas. ¡Y ahora quiero los nombres de todo aquel que haya tocado la caja! ¿Entendido? —dijo en tono frío y preocupado.

—Solo puedo ofrecerle mis disculpas y mi cooperación absoluta en todo lo que necesite. No es un caso corriente. Insisto en que puede disponer de nosotros para lo que consideren.

—Suficiente han hecho ya. De momento, nos llevamos la caja. Y quiero antes de esta noche

todos los informes y nombres relacionados con el caso. ¿Lo ha comprendido?

Había salido del despacho cuando, de manera repentina, regresó sobre sus pasos.

—La prensa... ¿Ha salido la noticia de estas paredes?

—Ni una palabra —dijo el cabo, que decidió responder apostando por la opción menos problemática.

—Eso espero —gruñó el comisario mientras se atusaba el sombrero.

El inspector Rojas, fue el que cargó la caja hasta el auto. Pese a que era ostentosa, no pesaba demasiado. Desde la ventana, los agentes miraban aliviados la marcha de aquel hombre que parecía estar dispuesto a desollarlos por lo ocurrido.

—¿Cree que puede estar relacionado con la quema de la casa de los Weber, señor? —preguntó Rojas.

—No lo creo, pues esta caja tiene 45 años y lo de los Weber fue hace un año, ¿cómo podrían estar relacionados? Además, el nombre que ahí aparece es distinto... No todos los casos con apellidos alemanes deben estar relacionados. Yo creo que simplemente se trata de una caja con recuerdos —dijo el comisario, intentando bajar el perfil—. Sin embargo, quiero discreción en el asunto. Todo lo relacionado con el incendio es muy mediático y me niego a tener a decenas de periodistas en la puerta. Será una investigación interna e independiente.

—De acuerdo, señor.

—Llevaremos la caja directamente a mi despacho, ¿entendido? —preguntó el comisario Hernández, buscando que su subalterno no notara el nerviosismo que lo embargaba.

—No hay problema, señor, ahí quedará hasta que indique otra orden al respecto.

—Bien. Aquí va la primera acción a realizar: quiero una lista de todas las personas con el apellido Schülz a lo largo del país, no importa edad o ciudad, ni si están vivos o muertos. Un registro completo —dijo el superior con una voz profunda.

Rojas asintió, pese a no comprender lo que estaba sucediendo. Pues si era una simple caja de recuerdos, no se necesitaba incurrir en tantos recursos y tiempo. Además, las órdenes que acababa de recibir contrastaban con la reacción visceral que había tenido el comisario minutos antes o incluso cuando había recibido la llamada en la que le informaban del nombre presente bajo la tapa de caja. Rojas era consciente de que todo lo relacionado con el incendio del fundo Weber era muy complicado y escabroso, y que nadie quería tener que lidiar en el asunto, pero eso no terminaba de encajar con la reacción de su superior, sobre todo si él aseguraba que no tenían nada que ver.

—Tenemos que encontrar a esa mujer a la que va referida la caja o a sus descendientes. Tienen derecho a recibir lo que les pertenece —dijo secamente el comisario Hernández.

—Eso haremos, señor —dijo Rojas cabizbajo.

—Hay que cumplir nuestra obligación. ¿Tiene claro cuál es *su* obligación? —Rojas se percató del recalcado *su* del comisario.

—Sí, señor.

—Vamos a averiguar qué hay detrás de todo esto, inspector —insistió el comisario de igual modo que un anciano senil insiste en unas palabras que no recuerda haber pronunciado. En sus ojos muy abiertos se percibía una obsesión.

Una vez llegaron, Rojas no tardó un segundo en llevar la caja hasta el despacho de su superior, que caminaba tras él como un perro de presa custodiando su hueso. Una vez la dejó sobre su mesa, le pidió a Rojas que no se marchara. Él se fijó en que el comisario parecía más alterado que de costumbre. Nunca había tenido buen carácter, pero la efusividad que había mostrado esa mañana era inaudita.

—Venga con la lista de los apellidos en cuanto la tenga. Ha recopilado algunos informes de esos inútiles de la comisaría. ¿Dónde encontraron la caja?

—En las ruinas de una escuela abandonada a las afueras. Los de la zona lo conocen como la escuela de los pobres, señor —contestó Rojas.

—Bien. Pues encárguese también de recopilar toda la información posible acerca de la escuela. Lo quiero todo, inspector, hasta lo más insignificante. Tenemos que estar seguros de cada paso si no queremos meternos en problemas.

—Tendrá todo lo que me pide, señor.

—Póngase a la tarea cuanto antes —le pidió el comisario.

Cuando se quedó a solas, contempló la caja. Una emoción extraña bullía en sus entrañas, un vértigo incómodo y reconfortante al mismo tiempo. Introdujo las manos en ella y sacó con cuidado la caja más pequeña que había en su interior. Era también de un color oscuro y al tacto resultaba evidente que era muy sólida. En su reverso podía leerse: *La verdad es similar al sol. No se deja ver, pero lo hace ver todo.* Aparte de eso, la caja no mostraba nada más que le llamase la atención. Presentaba multitud de agujeros pequeños en su tapa que creyó que habrían sido realizados por algún insecto. La agitó junto a su oreja y escuchó unos golpes débiles. Desde luego, no había ningún tesoro, tal y como había oído por los pasillos de la comisaría. Más bien parecía que lo que había en su interior era una especie de papel, quizás una carta. O un mapa, pensó.

Intentó abrirla, pero fue inútil, por lo que decidió guardarla en la caja fuerte que tenía en el despacho. Sabía que Rojas tardaría un par de horas en recopilar la lista de personas con apellido Schülz y toda la historia de la escuela, así es que decidió amenizar la espera visitando las ruinas del lugar él mismo. Se aseguró de que la caja fuerte estuviera bien cerrada y, tras consultar el archivo preliminar que le habían hecho llegar, se puso en camino.

Capítulo Tres

El comisario encontró la escuela tras un trayecto de no más de treinta minutos, una vez dejó atrás los últimos edificios de Valdivia y recorrió un sendero custodiado por una arboleda. En alguna ocasión había oído hablar de la escuela de los pobres, pero no recordaba haber estado nunca allí.

Aparcó frente al edificio principal —la fuente se encontraba al otro lado— y se detuvo unos segundos para contemplar el paisaje. Le pareció una agónica lucha entre la naturaleza y los últimos resquicios de la escuela, a la que el paso del tiempo y el terremoto, habían dejado en un estado lamentable. Cruzó el edificio principal haciendo crujir los cristales rotos bajo las suelas de sus zapatos y salió al otro lado, donde vio la estatua ladeada tal y como le habían descrito los agentes que acudieron al aviso: madre e hijo abrazados. Una vez llegó a la fuente, vio el agujero donde se suponía que los muchachos habían encontrado la caja. Aún se percibía la huella dejada sobre el polvo acumulado durante años. A simple vista no había nada que pudiera serle útil. Introdujo sus manos en los bolsillos y comenzó a caminar de un lado para otro, sin un destino marcado y pensando en un sinfín de posibilidades.

Jael Schülz. No debía haber muchas personas con ese apellido en Chile y mucho menos con ese nombre. Dio libertad a sus pasos y durante unos minutos caminó por la explanada, hasta que, finalmente, el sol de mediodía le hizo buscar refugio bajo la sombra de un árbol. Allí sacó un pañuelo del bolsillo, levantó el ala del sombrero y se secó el sudor de la frente, después lo dobló cuidadosamente y lo introdujo de nuevo en el bolsillo de la chaqueta. Según su madre, esa era una costumbre que tenía su padre y que él había heredado, lo cual le resultaba curioso, ya que su padre había fallecido antes incluso de que él naciera. Sin embargo, su madre le insistía mucho en esa cuestión. Él creía que ella intentó siempre potenciar esos gestos, como si tuvieran un efecto evocador en su memoria.

Ella solía decirle que era igual a su padre y él se sentía orgulloso de escuchar esas palabras, aunque era incapaz de hallar el origen de ese sentimiento. Recordó a su madre, fallecida hace años, con nostalgia, entonces recobró fuerzas y salió de la sombra del árbol para continuar la exploración de la escuela.

Se acercó a los edificios y caminó cerca de las paredes, mirando hacia el interior. A través de la ventana y los muros derruidos, observó y pudo ver durante segundos las escaleras del edificio principal, que aspiraban a llegar con sus peldaños hasta el cielo. Estuvo contemplando aquella particularidad hasta que sonó su teléfono móvil. Era el inspector Rojas.

—¿Comisario? He recopilado información acerca de la escuela. No es mucho, pero he pensado que puede sernos útil hasta que la ampliemos.

—Ha pensado bien —respondió Hernández, que, con el celular pegado a su oreja, comenzó a caminar de nuevo alrededor de la fuente.

Entonces, Rojas le comunicó lo que había averiguado hasta el momento. La escuela había sido fundada en 1962 por un tal Aníbal Valjean, un acaudalado y misterioso empresario cuya procedencia era totalmente desconocida. Lo poco que se sabía era que impartió clases en la escuela antes de su desaparición pocos años después. No obstante, la escuela permaneció abierta hasta 1979, momento en el que cerró definitivamente

—¿Aníbal Valjean? —preguntó el comisario, detenido frente a la estatua ladeada. No era buena señal que el artífice de todo aquello fuera un hombre misterioso con apellido extranjero.

—Eso refleja en los archivos, señor. Poco más puedo decirle por el momento.

—¿No hay mención alguna a esa Jael Schülz? —insistió.

—Nada, señor.

Decepcionado, terminó la llamada y guardó el teléfono en el bolsillo. Después, volvió a sacar el pañuelo para secarse el sudor. No hacía un calor excesivo, la causa de su bochorno tenía más que ver con su estado de ánimo y quizás con la edad: estaba destemplado. Sentía los latidos de su corazón más rápidos que de costumbre y un malestar leve pero incómodo. Mientras regresaba a su vehículo, reflexionó acerca de la poca información que le había comunicado el agente Rojas. ¿Qué clase de empresario funda una escuela y después desaparece sin que nadie sepa nada de él? Era extraño. Pudo ser él quien dejara esa caja, aunque también podía haber sido cualquiera. El año que rezaba en la parte de abajo era 1965, por lo que tenía que saber exactamente en qué año desapareció ese hombre, y, aun así, no tendría certeza de que él la hubiera dejado ahí.

Se planteó regresar a su oficina, pero nada más arrancar el motor, se le ocurrió conducir hasta el pueblo más cercano a la escuela para preguntar si alguien conocía al misterioso Aníbal Valjean o si habían oído hablar de él en algún momento. Siguió un camino de tierra lateral y llegó a un pueblo que se erigía en torno a una pequeña iglesia. Algunas casas, las más alejadas, estaban derruidas, mientras que otras las sustentaban con tablones y demás estructuras de apoyo improvisadas. Eran edificaciones antiguas, por lo que era probable que el terremoto de hace unas semanas hubiera causado graves daños. Aparcó el auto junto a una taberna, pues siempre había información en una taberna, y se bajó.

Hacía más calor que entre las ruinas de la escuela y volvió a secarse el sudor. Entró en el lugar y echó un vistazo desde el umbral. Era una estancia oscura con pocas mesas y una barra de madera repleta de vasos de higiene cuestionable. En la mesa más alejada de la puerta, dos hombres jugaban al dominó y fumaban tranquilamente. La presencia del comisario no les había turbado en absoluto. De fondo, entre el ruido de las fichas contra la mesa, sonaba la voz monótona del canal de noticias.

—Buenas tardes —dijo el tabernero. Un hombre grueso y no muy alto, con un palillo entre los labios que movía de un lado a otro de la boca con maestría. Su mirada, a diferencia de los hombres del fondo, indicaba su desconfianza respecto al recién llegado—. ¿Qué desea?

El comisario, que también era hábil en eso de no mostrar su aspecto más agradable, lo primero que hizo fue echarse a un lado la chaqueta y mostrar la placa que llevaba en el cinto. El tabernero se quitó el palillo de los labios e hizo un gesto entre el saludo y la reverencia. Hernández le devolvió el saludo con otro gesto.

—Querría hacerle unas preguntas.

—No hay problema, ¿desea tomar algo?

—Un vaso de agua. Hace calor.

El tabernero le sirvió el agua y se lo acercó sin quitarle los ojos de encima. El comisario dio un sorbo y dejó el vaso sobre la barra donde se imaginó que se quedaría junto con el resto de la loza para toda la eternidad.

—¿Ha oído hablar alguna vez de un tal Aníbal Valjean? —preguntó Hernández.

El tabernero se rascó la cabeza mientras con la otra mano giraba el palillo entre sus dientes. Él pensó que así era el proceso que necesitaba aquel hombre para poner en marcha sus pensamientos.

—No creo. Lo recordaría. Tengo buena cabeza.

El comisario hizo un gesto irónico y dio otro sorbo al agua.

—¿Qué puede decirme de la escuela abandonada que hay no muy lejos de aquí?

—¿Se refiere a la escuela de los pobres? —el comisario asintió—. Pues la llamaban así porque era gratuita y aceptaban a cualquier niño que quisiera estudiar, a pesar de que se creó con fondos privados.

—Así es —dijo uno de los hombres a la vez que ponía la última ficha sobre el tablero y cerraba la partida. Su contrincante, un anciano, maldijo su mala suerte y se dispuso a repasar las fichas para comprobar dónde había errado—. Bien explicado, Tarugo.

—Mira que estás atento a la conversación —dijo el tabernero, que era ese Tarugo al que se refería el anciano.

—¿Perdone? —dijo el comisario Hernández mirando al hombre que había intervenido, que, a su vez, miraba hacia ellos con una expresión divertida. Aquella esperpéntica situación le había pillado desprevenido.

—Que lo que le ha contado Tarugo es cierto. Poco más podrá decirle acerca de la escuela. Es demasiado joven, apenas era un recién nacido cuando la cerraron. Usted ya me entiende. ¡Un trago de aguardiente avivaría mis recuerdos!

Para sorpresa del comisario, el tabernero le dio la razón a aquel hombre y, utilizando su palillo como puntero, le indicó que se dirigiera a hablar con él. Después se dispuso a servir el licor.

—No sé si le será útil, señor policía, pero yo estudié en esa escuela al poco de su fundación. Dios mío, cómo pasa el tiempo. ¿No es así, viejo? —El anciano lo reprendió con la mano para que lo dejara en paz. Necesitaba toda su concentración para estudiar las fichas y comprender por qué había perdido. El comisario se acercó, atraído por lo que acababa de escuchar, aunque no se fiaba del todo de aquel hombre. Una simple mirada le bastó para saber que no era mucho mayor que él, tal vez de su quinta.

—¿Estudió en la escuela?

—Eso he dicho, sí —respondió—. Oh, y no crea que soy un maleducado. Tarugo es mi hijo y lo llamamos así desde que era un niño. Todos lo conocen así en el pueblo, pero sin ánimo de ofender. Entre gente humilde, ya sabe. A otros no les permitimos que lo llamen así, pero entre nosotros no hay problema.

El comisario dibujó una mueca inexpresiva y no le prestó atención al entrañable comentario. Era evidente que no era el primer trago de aguardiente del hombre. Sus ojos relucían pese a la escasa luz y su rostro cambiaba de expresión con suma facilidad.

—¿Le es familiar el nombre de Aníbal Valjean? —preguntó.

—¡Vaya! Si le dijera cuánto tiempo ha pasado desde que no escuchó ese nombre, Dios mío. ¿Lo recuerdas, viejo? Este vejete, señor policía, mi señor padre, me llevó a la escuela a los doce años para que por fin aprenda a leer y escribir. ¡Para lo que me sirvió! Herrero toda la vida. Con honra, pero los libros me fueron de poca ayuda. Eso sí, agradecido, ante todo.

Dicho esto, levantó el vaso de aguardiente, brindó en el aire y apuró el contenido.

—¿Qué puede decirme del señor Valjean? —dijo Hernández sin expresar ni un atisbo de empatía. Sus ojos azules se clavaban en el padre del tabernero con fijación.

—Solo tengo buenas palabras para ese hombre, donde quiera que esté. No solo construyó la escuela, sino que dio trabajo a muchos, mientras que enseñó a leer y a escribir a todo aquel que quiso. Además, no sé de dónde sacaría ese nombre tan extraño, pero yo, que hablé con él siendo todavía niño, puedo jurarle que era de esta tierra: chileno como no ha parido antes la madre patria.

La tensión hizo que el comisario apretara la mandíbula mientras una gota de sudor caía por su sien. Si tomaba por ciertas las palabras de aquel anciano, ese tal Aníbal era chileno, lo cual resultaba desconcertante y echaba por la borda sus teorías.

—¿No era extranjero? —preguntó el comisario.

El hombre negó como si hubiera escuchado las palabras más absurdas jamás pronunciadas por una persona.

—Chileno de madre y padre, me imagino. Respecto a los abuelos, no estaría bien de mi parte aventurarme.

—Tengo entendido que desapareció sin más, ¿es cierto?

El hombre levantó sus manos y las agitó en el aire.

—Como un conejo en la chistera. De la noche a la mañana nadie volvió a saber de él, aunque, por suerte, la escuela continuó funcionando muchos años mas.

—¿Recuerda en qué fecha se marchó?

El hombre negó con vehemencia.

—Está pidiendo demasiado a este herrero —bromeó tocándose la cabeza. Su actitud estaba poniendo muy nervioso al comisario, ya que era evidente que aquel hombre parecía no tomárselo en serio.

—¿Había alguna profesora o alguna mujer llamada Jael Schülz en la escuela? —Ante estas palabras, el hombre expresó perplejidad en la mirada, como si un recuerdo estuviera jugando al escondite en su memoria. Hizo un mohín en sus labios y se recostó en la silla.

—Ese nombre me es terriblemente familiar —dijo al fin. Los ojos del comisario se abrieron de par en par como si se tratara de un depredador hambriento frente a su presa—. Pero no consigo recordar por qué.

—Era el ángel —dijo el anciano, pillando a los dos por sorpresa, sin levantar la mirada de las fichas que había sobre la mesa.

—¿Quién era el ángel? —preguntó, confuso, el comisario Hernández. El abuelo, dejando claro que aquella conversación le interrumpía en su labor, comenzó a dar explicaciones de manera tosca. Aseguró que junto a la fuente, por lo menos cuando él estuvo allí, aparecía grabado en el suelo el nombre de Jael, que se supone que era como Aníbal había llamado al ángel que la decoraba.

—¡Dios mío! —exclamó su hijo—. Cuando quieres utilizas esa cabeza, viejo. Por eso me era tan familiar: Jael era el nombre del ángel, ¿cómo he podido olvidarlo? ¿Aún continua allí la estatua del ángel, señor policía? Hace mucho tiempo que no paso por allí. Deberíamos pasarnos un día de estos, viejo.

Pero el comisario Hernández apenas era capaz de escuchar nada más. Se despidió con gesto tosco y salió de la taberna apresurado. No había conseguido todo lo que esperaba, pero al menos había conseguido algo: Aníbal Valjean era chileno.

Capítulo Cuatro

Myriel Meyer, era la tercera persona de la lista que el agente Rojas había conseguido elaborar acerca de todas las personas con apellido Schülz. Si bien sus apellidos eran Meyer Weber, los datos arrojaron que su abuela llevaba el nombre de Jael Schülz, al igual que otras dos personas que ya había llamado, y aunque a las dos primeras las descartó desde el principio, pues una era una niña y la otra una adolescente, hizo el trabajo de igual manera, si no, su superior se enfurecería.

Cuando el comisario llegó a la oficina, Rojas se disponía a llamar a este tercer contacto; sin embargo, decidió ponerlo al tanto de las novedades. Tras el reporte, el comisario Hernández estaba alterado y, sobre todo, temeroso de que la investigación se estancase en ese punto: teniendo como referencia la fecha de la caja, podían haber ocurrido muchas cosas desde entonces. En cuanto al nombre de Aníbal Valjean, este no aparecía en ningún tipo de registro, ni siquiera en los documentos fundacionales de la escuela, lo que añadía más incertidumbre a todo lo relacionado con la caja. La posibilidad de que ese hombre no hubiera existido la descartaba, ya que lo conocían en el pueblo cercano a la escuela. Tomó la lista y le dijo a Rojas que lo dejara solo y que él retomaría las llamadas. Tachó el segundo nombre de la lista y se centró en el tercero: Myriel Meyer.

—Buenos días —contestó una voz de mujer.

—¿Myriel Meyer? —dijo Hernández con poca paciencia y menos modales. La mujer tardó unos segundos en contestar y el comisario estuvo a punto de repetirle la pregunta.

—Sí. ¿Quién llama?

—Le llamo desde la Policía de Investigaciones de Valdivia. Soy el comisario Enrique Hernández. Tengo que hacerle unas preguntas.

Myriel tragó saliva. Pese a que se encontraba a más de ochocientos kilómetros, las palabras del comisario habían convertido la distancia en algo insignificante: sabía que no vendrían acompañadas de nada bueno. Esta vez no le dio tiempo a contestar siquiera.

—¿Conoce o ha oído hablar de una tal Jael Schülz?

Myriel frunció el ceño y levantó la mirada.

—Por supuesto, es mi abuela. ¿Ocurre algo? —Se habría puesto más nerviosa si, en ese preciso momento, no hubiera tenido a su abuela, frente a ella, leyendo tranquilamente una novela que ella le había regalado hacía poco. Jael, al escuchar a su nieta, levantó sus ojos azules de las hojas. Si Myriel hubiera podido ver la expresión del rostro del comisario, habría colgado el teléfono de inmediato.

—¿Se encuentra usted con ella? Tendría que mantener una breve conversación su abuela.

—No se encuentra en este momento —dijo Myriel, alzando su mano para que su abuela se mantuviera en su sitio—. Si pudiera decirme el motivo de su llamada... Ella es mayor, ya me

comprende, y no lleva muy bien hablar con desconocidos.

Jael miró a su nieta y con sus labios mudos le dijo: «¿Mayor yo?». Por su parte, ahora fue el comisario el que guardó unos segundos de silencio. Tenía que ser cuidadoso con las palabras. Lo primordial para Hernández era conseguir que Jael Schülz viajara hasta Valdivia cuanto antes. Era su única esperanza para abrir la caja y descubrir qué había en su interior.

—Lo entiendo —mintió—. ¿Le resulta familiar el nombre de Aníbal Valjean? —Myriel frunció el ceño de nuevo y miró a Jael entornando los ojos.

—¿Aníbal Valjean? —repitió en voz alta para que lo escuchara su abuela. En ese momento, la media sonrisa desapareció de los labios de Jael—. Le soy sincera cuando le digo que nunca he escuchado ese nombre. ¿Qué tiene que ver ese tal Aníbal con mi abuela?

El comisario cogió aire y suspiró.

—Hemos encontrado una caja para Jael Schülz, suponemos que es su abuela, y creemos que se la dejó Aníbal Valjean, aunque este hombre desapareció hace muchos años. Necesitaríamos escuchar el testimonio de la señora Schülz para asegurarnos y para, en última instancia, hacerle entrega de la mencionada caja.

—¿Una caja? ¿Qué contiene? —preguntó Myriel.

—Por cuestiones legales no podemos abrirla —una nueva mentira, pues si hubiese podido hacerlo, ni siquiera la habría llamado—, ya que pertenece a la ya mencionada Jael Schülz. Por eso tratamos de localizarla y formalizar cuanto antes todo el proceso para que pueda disponer de ella. Pero para eso necesitamos su presencia aquí. Confirmaremos su identidad y le entregaremos la caja.

Myriel miró a su abuela con un destello de emoción.

—Así que tendríamos que ir a Valdivia —dijo Myriel.

—Lo antes posible —dijo el comisario—. Es un proceso rápido, pero es necesaria su presencia. ¿Puedo preguntarle dónde residen actualmente?

—En Santiago.

—Un poco lejos, no lo niego. Afortunadamente, en avión no tardarían más de dos horas.

Jael, tras escuchar a su nieta, negó con la cabeza.

—No voy a ir a ningún lado —sentenció a media voz y con un gesto fulminante de manos.

—Te han dejado una caja, abuela —dijo Myriel de repente, como si aquello fuera lo más increíble del mundo.

—¿Se encuentra ahí Jael? —dijo Hernández al momento. Myriel, que se había dejado llevar por los nervios, no tuvo más remedio que pasarle el aparato a su abuela, que no lo aceptó de buen humor, por lo que el teléfono permaneció en manos de su nieta unos segundos mientras esta insistía. Por fin Jael tomó el auricular.

—¿En qué puedo ayudarle? —dijo Jael sin ocultar su molestia.

En cuanto el comisario pronunció la primera palabra, Jael se estremeció. Escuchó con atención todo lo que le dijo y le afirmó que le daría una respuesta dentro de unas horas. Después, colgó el teléfono y, como si no hubiese ocurrido nada anómalo, se dejó caer sobre el sillón. Estaba confusa y, aunque confiaba en disimular todo aquello que le pasaba por la cabeza en ese momento, temía que su nieta se obsesionara o que ella misma revelara más de lo preciso. Después de tantos años, pensó.

—¿Quién es Aníbal Valjean? —preguntó su nieta. Jael la observó y después miró hacia ninguna parte. Myriel tuvo la sensación de que su abuela rehuía la pregunta.

—No tengo la menor idea de quién puede ser, Myriel.

—Pues no creo que haya muchas Jael Schülz de tu edad. Además, recuerdo que nos contaste

que estuviste para el terremoto de Valdivia en 1960, que viviste en el sur de Chile en tu juventud... Creo que sabes muy bien quién es la persona de la caja —dijo Myriel, seria y consciente de que su abuela no estaba diciendo la verdad. Jael rio por sus palabras. Tenía razón, y la conocía tan bien que era innecesario disimular.

Jael estaba tan absorta en sus pensamientos que no advirtió la llegada de Jeanne, su otra nieta y hermana de Myriel, y como esta le contaba lo que acababa de ocurrir. La repentina llamada del comisario y el hecho de que un hombre misterioso hubiera legado una caja a su abuela les hacía experimentar una curiosidad difícil de controlar.

—¿Qué esperamos para viajar hasta Valdivia? —dijo Jeanne. Unos años más joven que Myriel, y que aún albergaba el ímpetu de la juventud, además de que era bastante más enérgica. Tan solo necesitaba segundos para tomar decisiones trascendentales y parecía tener una confianza ciega en su criterio, lo que le resultaba tan provechoso como problemático, según la ocasión.

Jael le había dicho en numerosas ocasiones que le recordaba mucho a su hermano, quien había fallecido hace muchos años. Myriel, en cambio, era más sosegada y Jael se veía más reflejada en ella. Cada vez que se reconocía en algún gesto de su nieta, Jael le decía con una tierna sonrisa: «Tú tienes mucho de mí». Ambas eran hijas del único hijo de Jael, que falleció junto con su esposa en un accidente de tráfico cuando Myriel y Jeanne no eran más que unas niñas. Desde ese momento, Jael se hizo cargo de su custodia. Sin embargo, pese a la diferencia de actitud entre las hermanas, ambas se pusieron de acuerdo y decidieron apoyarse en la tarea de convencer a su abuela para emprender el viaje a Valdivia.

—¿No tienes que ir a la universidad, Jeanne? —preguntó Jael. Lo que más sorprendió a su nieta de la pregunta fue que su abuela, con más de ochenta años a sus espaldas, tuviera en la cabeza el horario de sus clases.

—No serán muchos días —intervino Myriel—. Nos vendrá bien salir. ¿Cuándo fue la última vez que fuimos de viaje?

Jeanne levantó la mano como si pidiera permiso para hablar y Jael se lo concedió con un solemne gesto que hizo reír a las tres.

—Hace dos años fuimos a la casa de Isla Negra, en San Antonio.

—La casa de Pablo Neruda, que ahora es un museo. Lo recuerdo —añadió Jael.

—Seguro que encontramos un museo para ti en Valdivia, abuela —dijo Jeanne con una sonrisa maliciosa.

—No se hable más, ahora mismo voy a comprar los billetes de avión. ¡Nos vamos de vacaciones! —gritó Myriel, que abrazó a su hermana para ponerse a dar saltos las dos como si se tratara de dos niñas pequeñas el día de Navidad.

Jael no estaba convencida, albergaba una sensación extraña en su interior, como si se estuviera acercando al borde de un precipicio. Casi podía sentir el vértigo emanando de su estómago, una acidez corrosiva que contrastaba con la alegría de Myriel y Jeanne. Al no poder convencer a sus nietas, le dijo a Myriel que llamara al comisario y le informara que viajarían hasta Valdivia. Esperaba que así él dispusiera todo lo necesario para acabar con el asunto lo antes posible. Después fue hasta su dormitorio con la excusa de buscar algo de ropa para el viaje.

Cerró la puerta y una vez a solas comenzó a llorar, preguntándose, «¿Cómo era posible después de tantos años?»

Capítulo Cinco

La reunión tuvo lugar la semana siguiente. El comisario Hernández insistió en que podía dejarles un par de horas para que descansaran o den un recorrido por la ciudad, pero Jael dijo que quería terminar con aquello cuanto antes. Incluso le pidió a su nieta que buscara billetes de vuelta para el mismo día. Myriel le respondió que no se preocupara, pero no le confesó que los billetes de regreso estaban fechados para dos días después. No tenía nada malo disfrutar de unas mini vacaciones.

Jael estuvo incómoda desde su llegada a Valdivia. Sus nietas advirtieron que algo le ensombrecía el rostro y le originaba miradas de preocupación, como si estuviera esperando que apareciera “alguien” en concreto.

Con un auto alquilado del aeropuerto, llegaron a la comisaria. Lo estacionaron justo al lado y caminaron tranquilamente hacia la puerta. Pero apenas habían dado un par de pasos cuando un agente, embutido en su chaqueta azul en la que resaltaban la siglas amarillas, se acercó a ellas con el evidente gesto en la mirada de que las estaba esperando. Con una deslumbrante sonrisa, se detuvo frente a ellas.

—¿Jael Schülz? —dijo el agente.

—Así es —contestó Jael, flanqueada por sus nietas.

Myriel y Jeanne, a las que toda la cuestión de la caja y el viaje les había parecido una gran aventura, enmudecieron ante las siglas en amarillo que destacaban junto a la puerta: Policía de Investigaciones de Chile. El rostro serio de muchos de los agentes que se hallaban en el interior del edificio acabó por ahondarles su preocupación. Quizás no había sido tan buena idea entrometer a su abuela en un asunto del que apenas sabían nada; sin embargo, para consuelo de las nietas, Jael no compartía sus preocupaciones.

—¿Han tenido un buen viaje? —les preguntó Rojas mientras tomaba sus datos en la entrada y rellenaba un formulario legal. El comisario había sido claro en que cada aspecto de la investigación tomara un curso extraoficial, pero todo tenía un límite. Al fin y al cabo, esas tres mujeres que iban a reunirse con el comisario eran civiles que tenían derechos.

—Un poco de turbulencias antes de aterrizar —dijo Myriel con los ojos puestos en la hoja que estaba siendo rellenada—. Pero, por lo demás, fue todo bien.

—Así que han encontrado una caja —dijo Jael, como una forma de dejar claro el asunto que les había hecho cruzar el país. El agente la miró y asintió con una sonrisa en sus labios.

—El comisario Hernández le dará todos los detalles, señora Schülz. Es un caso atípico, pero, como comprenderá, ha levantado suspicacias y requiere de comprobaciones para asegurarnos de que todo esté en orden.

—¿Qué clase de comprobaciones? —preguntó Jeanne.

El agente Rojas ladeó la cabeza.

—Ya conocen todo lo ocurrido con el incendio en el fundo de los Weber. Debemos tener mucho cuidado en todo lo que pueda estar relacionado con aquello. Sin embargo, creemos que no tiene nada que ver, pues solo tenemos una caja encontrada en las ruinas de una escuela fundada por un hombre que parece no haber existido y referida a una mujer de origen alemán. Pero me temo que he hablado demasiado, no se lo digan al comisario. Él les pondrá al tanto de toda la investigación y, con su colaboración, estoy seguro de que todo quedará solucionado hoy mismo.

Las tres asintieron y esperaron a que el inspector termine de rellenar el formulario. Después las condujo hasta una sala, donde estuvieron esperando un par de minutos hasta que el comisario las hiciera pasar. La sensación que compartían las tres en aquel momento era que todo aquello había dejado de ser una aventura para transformarse en una cuestión inquietante y amenazadora.

No tuvieron que esperar mucho para que el inspector Rojas las invitara a pasar al despacho del comisario, que las recibió desde el otro lado de la mesa. Jael se detuvo frente a él y se dieron la mano con cortesía mientras se miraban fijamente, como si pretendieran saber más de quien tenían enfrente. Pero pronto la atención de las tres se centró en la caja de madera oscura que había sobre una repisa.

—Lamento todas las molestias, pero espero comprendan que hay que ser cautelosos al respecto —dijo Hernández dejándose caer sobre la silla. Myriel observó a aquel hombre y asintió levemente, mientras Jeanne se limitaba a mirar a su abuela.

—Esperemos solucionar todo esto cuanto antes —dijo Jael. El comisario volvió a mirarla.

—Si no me equivoco, usted es Jael Schülz. ¿Podría facilitarme su identificación?

La anciana obedeció y se fijó en cómo el comisario asentía mientras miraba su carné. Su mirada reflejaba una intención que no era capaz de descifrar.

—¿Está todo bien, verdad? —preguntó Myriel que estaba cada vez más nerviosa. Lo mencionado por el inspector Rojas la había dejado muy preocupada. Ella estaba al tanto del incendio, pues fue noticia nivel nacional, pero esto no tenía ninguna relación, lo consideraba imposible. Pero, después de todo, estaban sentadas frente a un comisario en la central de la Policía de Investigaciones, a ochocientos kilómetros de su casa. Insistir en que no ocurría nada era absurdo. De nuevo se arrepintió de haber volado hasta allí.

—Todo correcto —respondió Hernández poniendo sobre la mesa su identificación—. Señora Schülz, ¿conoce o ha conocido alguna vez a alguien llamado Aníbal Valjean?

—La primera vez que oí ese nombre fue cuando usted llamó por teléfono. Siento que no pueda ser de más ayuda —contestó Jael muy calmada.

Hernández la observó unos segundos antes de señalar a la caja.

—Hay un año grabado en la madera: 1965. ¿Podría decirme dónde vivía usted por entonces?

—En Alemania.

—¿Pero usted residió antes en Chile? —preguntó el comisario sabiendo la respuesta.

—Sí. Viví unos años en Osorno cuando recién llegamos al país con mis padres, después de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, después del terremoto de 1960, volvimos a Alemania.

—¿Después de esa fecha no estuvo en Chile? Pues la caja data de 1965 —preguntó intrigado.

—No, porque una vez en Berlín, comencé a trabajar en una biblioteca. Luego, con mi marido tuvimos un hijo y esa fue mi vida hasta que mi marido falleció.

—¿Y por qué volvió a Chile?

—Disculpe, no creo que esto tenga que ver con la famosa caja. Sin embargo, le responderé para despejar sus dudas. Yo soy la tutora de mis nietas, pues mi hijo murió junto a su esposa en un accidente. Cuando Myriel terminó de estudiar, obtuvo una buena oferta de trabajo en Chile.

Esto debido a algunos contactos que teníamos y por su dominio del idioma, pues yo les enseñe el español. Y como solo somos las tres, decidimos venir a vivir aquí hace cinco años.

—Y en todos esos años, antes de 1960 y después de que regresó, ¿no conoció a ningún Aníbal Valjean? —insistió.

—Le repito que no he conocido jamás a nadie con ese nombre —dijo Jael con voz intensa pero tranquila.

Jeanne, que no podía evitar los silencios tensos, señaló la caja.

—¿Qué contiene? —preguntó.

—La caja mayor alberga una de menor tamaño, la cual está referida a una Jael Schülz, quien, supongo, es su abuela por los datos entregados —dijo el comisario levantándose. Se acercó a la caja y la situó sobre su mesa, frente a la anciana—. ¿Podría examinarla y decirnos si algo le resulta familiar?

Jael la tomó y, algo tensa, pensó que si su piel fuera transparente, todos los allí presentes podrían ver su corazón latir desbocado. Sin embargo, disfrazó sus nervios con los movimientos torpes y lentos comprensibles de su edad. Muchos decían que la vejez era un símbolo de debilidad, ella, en cambio, afirmaba que simplemente era un poder mucho más complejo de utilizar.

—¿Le dice algo la frase? —preguntó Hernández, impaciente. El comisario achacaba el temblor de las manos de Jael.

—Aguarde que lo lea. Mis ojos necesitan su tiempo. —Myriel y Jeanne se miraron. Sabían que su abuela veía perfectamente y que, además, estaba exagerando. Estaba ocultando algo.

—*La verdad es similar al sol. No se deja ver, pero lo hace ver todo* —leyó en voz baja. Pese a que lo intentó, no pudo evitar dibujar una leve sonrisa. Se fijó entonces en los diminutos agujeros que presentaba la caja y experimentó una emoción ardiente ascender por la boca de su estómago.

—¿Significa algo para usted? —insistió el comisario.

—Es un acertijo, comisario —dijo Jael.

—¿A qué se refiere?

—Pues a que ese tal Aníbal escondió en este acertijo la manera de abrir la caja.

—¿Sabes cómo? —preguntó Jeanne al instante. Jael frunció el ceño y giró la caja entre sus manos.

—Necesito un encendedor —dijo la anciana. Jeanne no dudo en sacarse uno del bolsillo y ofrecérselo sin tener en cuenta, al menos hasta que ya era demasiado tarde, que su abuela no conocía esa afición suya.

—No sabía que fumaras, Jeanne —la reprendió su abuela. Su nieta se sonrojó y le apartó la mirada. Myriel no pudo evitar reírse.

—¿Qué va a hacer? —preguntó el comisario, que no había quitado los ojos de Jael ni un solo segundo. Rojas ni se movía por la expectación.

—Es un símil, comisario. El sol no se deja ver —en ese momento, alzó el encendedor y lo prendió junto a uno de los diminutos agujeros de la caja—, pero hace ver la verdad.

En cuanto la llama acarició la madera, se prendió una diminuta mecha que recorrió veloz todos los lados de la caja, dejando tras de sí un ligero humo. Fue algo tan repentino que Jael la soltó y esta se estrelló contra el suelo. Cuando la llama se extinguió al cabo de unos segundos, la caja se desmontó por sí sola. Entre la madera oscura, ennegrecida por el paso de la mecha, había un pequeño papel doblado con muchos pliegues y un anillo metálico que había perdido todo su brillo. Myriel se agachó para cogerlo y se lo dio a su abuela.

—¿Cómo podía saber eso? —preguntó Hernández, a medio camino entre el enfado y la fascinación.

—Los agujeros de la caja no eran simples orificios, comisario. Representaban nuestro sistema planetario. «El sol lo hace ver todo» se extrapolaba de la frase; había que acercar una llama al agujero que representaba al Sol para que este nos permitiera saber qué había en el interior —dijo Jael con sencillez, deslumbrando con su razonamiento.

El comisario no daba crédito. No obstante, la explicación de la anciana tenía sentido y lo que realmente importaba en ese momento eran el papel y el anillo ajado que su nieta le había puesto en sus manos. La anciana comenzó a desdoblar el papel hasta que este tomó la forma de una página: se trataba de una carta. Hernández tuvo que contenerse para no arrebatársela de las manos. A trasluz se resaltaban las líneas de tinta. Jael comenzó a leer con un sutil movimiento de labios que añadió tensión a los demás. El comisario se fijó con atención en el anillo que se guardó en el bolsillo.

—¿Qué dice la carta? —preguntó Hernández. Pero la anciana continuó leyendo, pese a que el tiempo que estaba empleando en ello resultaba ya excesivo.

—¿Abuela? —dijo Myriel al ver como los ojos de su abuela enrojecían.

—¿De qué asunto trata, señora? —preguntó Rojas, movido por la tensión que bullía en el despacho.

Pero Jael continuaba con la mirada fija en el papel como si el resto del mundo hubiera dejado de existir. Comenzó a caminar, lentamente, de un lado a otro. Ninguno advirtió que poco a poco se alejaba de la mesa y, por tanto, de donde se encontraban todos. En una mano sujetaba la carta y en la otra, el encendedor.

—¡Señora Schülz! —inquirió el comisario.

Ocurrió todo en pocos segundos y la sorpresa mermó la reacción de los agentes. Jael, aún con la carta frente su rostro, alzó el encendedor y lo prendió junto a una esquina del papel. Este, reseco por el paso de los años, prendió al instante y una llama azulada lo envolvió rápidamente. El repentino calor hizo que Jael soltara la carta y esta cayera al suelo envuelta en llamas.

—¡Ha perdido el juicio! —exclamó el comisario.

—¡Señora! —dijo Rojas.

Myriel se quedó estupefacta. Jeanne reaccionó acercándose a ella y echándola hacia atrás.

—¡Maldita sea! —dijo Hernández mientras pisaba con cuidado los restos de la carta que no se habían consumido por el fuego. Parte de ella se había desvanecido en cenizas. Jael, sujeta por los brazos de Jeanne, temblaba.

—Dios mío, abuela. ¿Por qué has hecho eso? —preguntó Myriel.

—Tenía que hacerlo —musitó. Cabizbaja, observaba los restos humeantes de la carta. En sus adentros se lamentaba de que todavía quedaran legibles algunos fragmentos.

—Esto le va a salir caro, señora. Ha destruido pruebas de una investigación abierta. Ya puede estar contándome cuál era el mensaje o atenerse a las consecuencias —dijo el comisario apuntándole con el dedo. Las mejillas le lucían rojas por la rabia que sentía en ese momento.

—No había nada relevante, comisario, sino secretos de una persona que nadie más tenía derecho a conocer.

—¿Pretende que le crea? ¿Acaso piensa que soy un imbécil al que puede hacer creer que no conocía a ese hombre?

Las nietas acogieron a su abuela mientras escuchaban las palabras del comisario con pavor: se habían metido en problemas. Rojas, recogía con sumo cuidado los restos de papel y los ponía sobre la mesa.

—¡Es suficiente, comisario! —dijo Jeanne. La voz le temblaba y el miedo la sobrecogía, pero no estaba dispuesta a que trataran así a su abuela. Hernández la miró con los ojos desencajados.

—Van a pagar por esto. ¡Las tres!

Rojas, que había dispuesto el último pedazo de papel legible sobre la mesa, se acercó al comisario y le murmuró al oído:

—No hay registro sobre el caso, señor. Oficialmente, no podemos acusarla de nada. Recuerde que solo se trata de una caja vieja.

Hernández lo miró como si le hubiera ofendido, pero enseguida recapacitó. Rojas tenía razón. Todo era extraoficial, lo que le impedía acusarlas de nada, pues no tenía ninguna pista que vinculara el caso con el incendio, eso ya estaba claro incluso para las autoridades. Pero su interés era otro, pues estaba seguro de que esa caja tenía otro tipo de información, que se había mantenido oculta por muchos años. Su mirada frustrada buscó nerviosa de un lado a otro del despacho una solución. Las tres mujeres lo miraban expectantes.

—Tal vez podamos sacar algo de la carta o conseguir algo de información de ellas —continuó Rojas, cuya fría razón le permitía discernir con más claridad. El comisario asintió. Después se encaró a Jael.

—Tiene suerte de tratarse de una anciana, señora Schülz, porque, de lo contrario, le aseguro que se arrepentiría de esta estupidez.

Myriel y Jeanne dieron un paso al frente y se interpusieron entre el comisario y su abuela. Hernández las miró con desprecio y, después, se fijó en Jael. Esta lo observaba con una mirada que le resultaba imposible de descifrar: tal vez odio, rencor o incluso lástima.

—Márchense antes de que me arrepienta.

Capítulo Seis

No intercambiaron ni una palabra hasta que llegaron a la habitación del hotel, que se encontraba frente al Río Calle Calle¹. El trayecto en auto fue tan incómodo como lo fue la visita a la policía, con suspiros que rellenaban el pesado silencio. Jeanne y Myriel intercambiaban miradas y se incitaban la una a la otra a sacar el tema y preguntar a su abuela por qué razón había prendido fuego a la carta. Jael, que parecía la menos afectada de las tres, movía entre sus dedos el anillo que también había en la caja y se perdía en otro tiempo.

Entraron en la habitación y observaron las hermosas vistas a través de la ventana, que estaba casi al nivel del agua, donde el sol del mediodía incidía con infinitos destellos que contrastaban con el verdor de la otra orilla. Salieron a la terraza y contemplaron el río, sintiendo la húmeda brisa que arrastraba aromas encontrados; y escucharon su rumor sereno y el canto lejano de los pájaros.

—Me recuerda a Alemania —dijo de repente Jael mirando hacia la fachada del edificio. Casualidades de la vida, el hotel estaba construido siguiendo el estilo clásico alemán, y aunque Myriel no tenía conocimiento de ello cuando realizó la reserva, parecía como si el destino se hubiera empeñado en enhebrar el transcurso de los acontecimientos.

—Nos has hablado de tu viaje y estada en Chile muy pocas veces, abuela —dijo Myriel.

—Tenía diecisiete años cuando llegamos y recién había terminado la guerra. Yo era muy joven y este lugar me transporta a esos años. Supongo que mi cabeza no debe haberse olvidado de todo.

Jeanne, que había vuelto a entrar en la habitación, salió al instante con el rostro serio.

—¿Aún tienes el encendedor, abuela? —dijo mientras sostenía un cigarrillo en sus manos. Jael no daba crédito.

—¿Es que piensas fumar delante de tu abuela?

—Me lo merezco después del susto que hemos pasado.

Las tres se echaron a reír y Jael le devolvió el encendedor con un gesto de reproche. Jeanne tenía veintitrés años y, aunque le costara verla como tal, ya era toda una mujer.

—¿No vas a contarnos la verdad? —le preguntó Jeanne tras una calada. Jael encogió sus hombros.

—Es una historia muy larga.

—Dios mío, ¿conocías a ese hombre? ¿Cómo se llamaba?

—Aníbal Valjean —dijo Jael.

—¿Quién era Aníbal, abuela? —preguntó Jeanne.

—Ya les he dicho que es una historia muy larga y de la que es mejor que no sepan nada. —El tono de la anciana había cambiado. La jovialidad se había esfumado y había sido sustituida por una voz profunda.

—Pero...

—No hay más que hablar. Esto es todo lo que tengo que decir al respecto —concluyó Jael—. Ahora me gustaría descansar un rato. Ha sido una mañana muy intensa. Ah, y Myriel, quiero volver cuanto antes a casa. Creo que es lo mejor tal y como están las cosas.

Myriel y Jeanne se extrañaron ante la brusquedad de su abuela, pero tenían claro que no querían darle más disgustos. Se despidieron y se propusieron dar un paseo por los alrededores para buscar un buen restaurante donde almorzar. Apenas hubo salido de la recepción del hotel y puesto sus pies en la calle, Jeanne se encendió otro cigarrillo.

—No sabía que fumaras tanto —dijo Myriel.

—Ni yo que un hombre dejara cartas para la abuela hace cincuenta años. ¿Lo he dicho bien? Todo esto es tan raro que incluso me cuesta hablar de esto.

—Es extraño, sí.

Caminaron en silencio durante un rato. Cada una estaba sumida en sus pensamientos y elaborando sus propias teorías acerca de lo que había ocurrido. El paisaje invitaba a la reflexión. La calle estaba repleta de casas bajas y se respiraba un ambiente familiar. Numerosos árboles aportaban sombra a esa hora, lo que les permitía pasear de manera agradable. Giraron la esquina y hallaron un bonito restobar, con toda la fachada pintada de azul, que les llamó la atención. Se sentaron en la terraza que había al otro lado del edificio: Myriel pidió un refresco y Jeanne, una cerveza.

—Tenemos sangre alemana —respondió Jeanne ante el gesto de su hermana—. Para nosotros la cerveza es como el agua.

—Que rápido te has hecho mayor —dijo Myriel. Conversaron de trivialidades hasta que un nuevo silencio sacó a la luz el tema que rondaba en sus cabezas.

—Es imposible hacer como si no hubiera ocurrido nada —dijo Jeanne.

—No entiendo por qué la abuela no nos quiere contar la verdad. Nunca ha tenido secretos con nosotras.

—Me parece que sí se ha guardado un par de secretos —dijo Jeanne con una sonrisa traviesa—. Y durante mucho tiempo.

—Esto es serio, Jeanne. No se me ocurre en qué podría estar involucrada nuestra abuela.

—¡Eso es una tontería! ¿Cómo puedes pensar que la abuela esta metida en algo turbio?

Myriel puso el dedo índice sobre sus labios.

—Shhh, no grites. —Ambas miraron a su alrededor de manera innata—. ¿Por qué, si no, iba a destruir la carta?

Jeanne miró fijamente a su hermana, dándole la razón sin abrir la boca.

—¿Qué se supone que debemos hacer? —preguntó. Hizo el gesto de coger otro cigarrillo, pero en esta ocasión controló el impulso.

—Creo que deberíamos llamar a ese comisario y disculparnos en nombre de la abuela. Podemos justificarnos diciendo que es muy mayor y que a veces pierde el control. Es plausible.

—Pero eso no es cierto, Myriel. La abuela está perfectamente. ¿De verdad piensas hablar de ella de ese modo al policía?

Myriel movió la cabeza de un lado a otro.

—En algunas cosas no has crecido. Claro que sé que la abuela está perfectamente, pero es para que el comisario no nos cause problemas. Además, así podremos saber si tenemos que preocuparnos de verdad por todo esto.

—Yo no pienso hablar con ese hombre —dijo Jeanne esta vez si sacando un cigarrillo.

—Yo lo haré.

Myriel tomó su celular y marcó el número en la tarjeta que le había entregado el comisario. Contestó una secretaria y le pidió hablar con él. La mujer cambió de línea y desvió la llamada. Al cabo de unos segundos, contestó el comisario. Jeanne expresó su disgusto con una mueca.

—¿Qué desea? —dijo con voz tosca. Desde luego, no había olvidado lo ocurrido y Myriel pudo imaginarse su rostro contraído y enrojecido.

—Perdone las molestias, comisario. Quería mostrarle mis disculpas por el actuar de mi abuela. Como ya le dije, está muy mayor y su comportamiento a veces no es el adecuado.

Al otro lado de la línea se escuchó una carcajada irónica y hasta en cierta medida amenazante.

—Y como ya le dije yo, no soy estúpido. En cuanto a su abuela, no tuvo mayores problemas para abrir la caja. Casi pareció que conociera qué tenía que hacer nada más verla. No me venga ahora con excusas de edad ni nada por el estilo. Jael Schülz está muy lúcida. Sin embargo, están de suerte y todo va a quedar como una anécdota.

Myriel hizo un esfuerzo para que la voz le fluyera por la garganta.

—Se lo agradezco mucho, comisario.

Pero este colgó sin emitir una palabra más. Primero, porque no tenía nada que decirle a esa muchacha y, segundo, porque sobre su mesa estaba los restos legibles de la carta quemada, dispuestos en un puzzle de una decena de letras. No podía leerse mucho, pero si lo suficiente como para que el comisario sintiese una emoción desbocada al posar sus ojos sobre las maltrechas líneas que habían sobrevivido a las llamas.

El....oro.....desgracias

y por.....mejor escondí.....oro.....padres.....

terremoto.....muerte.....sabrás.

Nunca dudó de las palabras de su madre, pero en ese momento, el comisario Enrique Hernández tuvo la certeza de que todo lo que había escuchado durante años era cierto, real y lo tenía al alcance de su mano.

—Voy a recuperar lo que es nuestro.

¹ Río mas importante de Valdivia, su cuenca empieza en la Bahía de Corral, donde desemboca el río Valdivia y en su recorrido se nutre de nueve lagos, y llega hasta San Martín de los Andes, en la cordillera andina por el lado perteneciente a Argentina.

Capítulo Siete

La conversación con el comisario no había ido tan mal como cabía esperar y eso influyó en el ánimo de las dos hermanas, que se olvidaron del asunto y, enseguida, animadas por su éxito, planearon su siguiente ofensiva: convencer a su abuela para quedarse en Valdivia al menos hasta el día siguiente. Lo poco que habían visto de la ciudad les había encantado y querían aprovechar el viaje. Con esa idea en mente, apuraron sus bebidas y se marcharon de regreso al hotel.

Al llegar a la habitación, encontraron a Jael de nuevo en la terraza, de espaldas a la puerta y sumida en sus pensamientos con la mirada fija en el horizonte. Entre sus dedos finos y arrugados estaba el anillo que había aparecido en el interior de la caja. Myriel y Jeanne se miraron y se acercaron a su abuela despacio.

—Ya estamos aquí, abuela —dijo Jeanne.

Jael asintió sin volverse.

—Hemos visto un par de restaurantes no muy lejos de aquí. Podemos dar un paseo... — Myriel interrumpió a su hermana poniéndole una mano en el hombro: su abuela estaba llorando.

Se acercaron a ella y la estrecharon en sus brazos sin mencionar una palabra. Hacía mucho tiempo, o hasta puede que fuera la primera vez, que veían llorar a su abuela de esa manera. Su cuerpo se estremecía por el llanto y buscaba inútilmente consuelo en los hombros de sus nietas. En ese momento parecía tan vulnerable que se asustaron.

—¿Qué te ocurre, abuela? —preguntó Myriel con dificultad.

—Es demasiado... Demasiados recuerdos.

—¿Te refieres a ese hombre? ¿A Aníbal?

Jael rompió a llorar de nuevo y asintió en silencio.

—Puedes contárnoslo, abuela —dijo Jeanne—. No saldrá de las tres, confía en nosotras.

Jael cogió aire e infló su pecho para serenarse. Pese a los sentimientos y los recuerdos que la torturaban en ese momento, no podía querer ni sentirse más orgullosa de sus nietas. Puso sus manos en el rostro de ambas y los acarició con suavidad.

—No es tan fácil —se limitó a contestar.

Myriel asintió.

—Estaremos siempre que lo necesites, lo sabes, ¿verdad?

Jael dijo que sí y las besó en la frente. Estaba más calmada, y aunque sus ojos continuaban enrojecidos por el llanto, las últimas lágrimas desaparecieron de sus mejillas. Myriel y Jeanne también se serenaron y, pasados unos minutos, parecía que no había ocurrido nada anómalo.

—¿Qué me habías dicho de un restaurante, Jeanne? —preguntó Jael mientras cogía su bolso, buscando recuperar la normalidad dentro de lo posible.

—Hay varios no muy lejos de aquí. Podemos ir caminando, si tienes ganas. O podemos comer en el hotel.

—Me vendrá bien dar un paseo. Por cierto, ¿has conseguido los billetes de regreso?

Myriel miró a su hermana y después se encogió de hombros.

—Hay que pagar casi el doble si los cambiamos por un vuelo de esta noche —dijo Jeanne, confiando en que su abuela fuera ignota en el asunto—. Además, ya tenemos pagado el hotel. Nos vendrá bien despejarnos. Son solo dos días.

Jael sonrió y aceptó la explicación sin más, aunque las conocía demasiado como para darse cuenta que estaban mintiendo. Para ella sus nietas eran dos libros abiertos: Myriel mentía bien cuando no se exponía o cuando la responsabilidad del engaño recaía en terceras personas; por el contrario, Jeanne no tenía el menor problema, pero era tal su descaro que para Jael resultaba evidente.

Salieron sonriendo del hotel. Myriel señaló la dirección que debían tomar y las tres comenzaron a caminar tranquilamente bajo la sombra de los árboles. Cuando se habían alejado unos pasos, Jael se dio la vuelta y observó la fachada del hotel que imitaba el estilo clásico alemán. Les pidió a sus nietas que le sacaran una fotografía allí mismo con el hotel de fondo. Myriel sacó la cámara digital que siempre llevaba consigo y tomó varias instantáneas. Cuando Myriel le enseñó las fotografías que había tomado en la pequeña pantalla de la cámara, la sonrisa de Jael se esfumó de su rostro.

—Son bonitas —dijo—. Vamos. Tenemos que seguir andando. —Y sin esperar la respuesta de sus nietas, comenzó a caminar.

Myriel y Jeanne no entendían nada. Jael había reemprendido la marcha y andaba más rápido de lo normal.

—¿Qué ocurre, abuela? —preguntó Myriel. Jael hizo un gesto con la mano como si quisiera quitarle importancia al asunto.

Caminaron en silencio hasta que Jael preguntó dónde estaba el bar más cercano. Jeanne contestó y señaló hacia la calle en la que se encontraba el restobar al que habían ido antes. Una vez allí, se sentaron en la misma mesa en la que habían estado a solas las dos hermanas. El camarero, con el ceño fruncido, dudó unos segundos de haber vivido esa situación antes y bromeó sobre el asunto cuando les tomó notas de las bebidas. Una vez se las sirvió y dejó a las tres mujeres, Myriel y Jeanne quisieron saber qué le estaba pasando a su abuela.

—Saca la cámara —dijo Jael. Myriel, extrañada, obedeció—. Observa con atención alguna de las fotografías que me has tomado.

Jeanne se levantó y se puso junto a su hermana con la cabeza al lado de la suya. Ambas miraban las fotografías, pasaban de una a otra sin ver nada que explicara la extraña reacción de su abuela.

—¿Qué se supone que tenemos que ver? —preguntó Jeanne

—Sigue el borde de la acera hasta llegar al auto que hay estacionado un poco más allá.

Así lo hicieron hasta que se quedaron petrificadas por lo que sus ojos habían descubierto. Les había mentado.

—Es... —dijo Jeanne.

—El comisario Hernández —completó Myriel—. ¿Qué está haciendo ahí?

Jael, con la mirada fija en ningún lugar, contestó:

—Nos está vigilando y lo seguirá haciendo hasta que consiga lo que quiere.

Myriel y Jeanne la miraron con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué es lo que quiere, abuela? —preguntó Jeanne mientras observaba horrorizada la pantalla.

Jael miró a su nieta, pero consideró oportuno no contestar a la pregunta, al menos por el

momento. Si les contaba la verdad, todo lo que ocurrió en aquellos años, tenía que empezar por el principio.

—Conocí a Aníbal Valjean.

—¿Y por qué se lo negaste al comisario?

—Porque quería evitar que se vieran involucradas. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vi a Aníbal.

—Pero ¿quién es ese hombre? —preguntó Jeanne

—Es una historia muy larga, pero me temo que me va a ser imposible dejarlas al margen de todo. Merecen conocer la verdad, ya que creo que se nos ha echado encima.

—¿Qué está pasando? —preguntó Myriel—. ¿Por qué nos vigila?

—Porque quiere algo que solo yo puedo encontrar.

Myriel no podía evitar mirar continuamente a su alrededor, con temor a que el comisario Hernández apareciera en cualquier momento. Jael cogió aire y asintió en silencio.

—Todo comenzó en el año 1945 en Alemania. Por entonces, yo tenía diecisiete años y la guerra nos había arrebatado cuanto teníamos. Pero, al menos, estábamos vivos. Todavía recuerdo como si fuera ayer el día que cruzamos la frontera, íbamos todos: mi padre Hans, mi madre Ada, mi hermano Rolf y yo.

Capítulo Ocho

Era noche cerrada cuando el tren se detuvo en una estación ubicada al sur de Múnich, una de las pocas que no había sido arrasada por los bombardeos. Desde allí, el ejército estadounidense trataba de organizar el torrente de ciudadanos alemanes que huían lo más lejos posible del Ejército Rojo, del cual se escuchaban historias terribles de venganza y actos de crueldad cometidos contra la población civil. Escabullirse de una zona a otra era cada vez más complicado y los alemanes que lo conseguían se sabían afortunados. La guerra había arrasado Alemania y no eran pocos los que querían marcharse cuanto antes.

El tren, sumergido en una densa nube de vapor y hollín, se asimilaba a un grotesco monstruo metálico. Se abrieron las puertas de los vagones y comenzaron a bajar los pasajeros lentamente, como si caminaran por un campo de minas, mirando con recelo a aquellos soldados extranjeros que, a su vez, les devolvían miradas de claro desprecio. Ellos eran civiles, la mayoría no había participado en la guerra, pero eran alemanes y, en ese momento en que los sentimientos aún estaban candentes, era suficiente para inspirar un fuerte resentimiento.

Los soldados americanos, serios, fusiles en mano, se aseguraban de que el gentío pasara por los controles obligatorios. Una decena de reflectores iluminaban el exterior del tren y concentraban sus potentes focos en cualquiera que osase alejarse un poco de la ruta establecida. Al final del andén, tras varios sacos terreros sobre los que descansaba una ametralladora, dos soldados esperaban fumando un cigarrillo. El ambiente era de calma, aunque se percibía cierta tensión persistente e indisoluble. Los civiles alemanes, muchos de ellos sin nada más que las ropas que vestían en ese momento, se preguntaban en silencio qué sería de ellos, y algunos trataban de escapar a los controles americanos.

—¡*Achtung!* —gritaban los soldados como advertencia, aunque varios disparos al aire solían tener más efecto entre la multitud, que se agachaba temerosa y dócil. Sin embargo, pese al murmullo que se originaba en esos momentos, el silencio era absoluto entre los alemanes, que arrastraban la culpa consigo y eran incapaces de desprenderse de ella. La población, desanimada, hambrienta y con apenas nada en los bolsillos, se dirigía a los puntos de control que había establecido el ejército estadounidense para comprobar que ningún oficial del ejército, ni mucho menos de las SS, ni ningún alto cargo de los nazis se escabullía de la responsabilidad a la que tenía que hacer frente.

—Permanezcan tranquilos —dijo Hans Schülz a su familia

—Sí, tranquilos —dijo Ada, que estrechó entre sus brazos a Jael. Después de casi una hora en la cola que los llevaba hasta los puestos de control, estos comenzaban a vislumbrarse. Allí varios intérpretes interrogaban a quienes consideraban sospechosos y pedían los documentos necesarios. Rolf, perdido en esa edad incierta en la que se desea ser adulto sin llegar a serlo, observaba a los americanos con recelo.

—Bastardos —susurraba.

—Ya está bien, Rolf. Vas a buscarnos problemas —le reprendió su padre. Rolf era muy joven todavía y no comprendía bien las consecuencias de sus actos, característica que, por otra parte, lo acompañó hasta el fin de sus días.

—Se han vendido a los judíos. —Pero antes de que Rolf pudiera reaccionar, su padre lo abofeteó.

—No vuelvas a abrir la boca, ¿entendido? —Rolf lo miró con rabia, pero no le quedó más remedio que obedecer.

El numerito había llamado la atención de un soldado que los observaba con una irónica sonrisa en sus labios. El odio y el rencor consumían las entrañas de Rolf. Era un niño cuando los nazis llegaron al poder y las doctrinas habían calado en él de manera profunda. Para Rolf, la guerra, la destrucción y la muerte de millones de personas eran justificables con tal de seguir a su idolatrado *Führer*. De hecho, su padre lo descubrió cuando trataba de marcharse de casa para alistarse en la *Völkstrum*, el último y desesperado intento de Hitler por cambiar las tornas de una guerra ya perdida: ancianos, heridos de guerra y niños mandados al frente con tal de alargar la agonía de Alemania.

Jael observaba a su hermano con una mezcla de sentimientos. A diferencia de él, Jael no se había dejado embaucar por las doctrinas nacionalsocialistas y más allá de su imagen de perfecta niña alemana, se escondía un alma con fuertes ideales y principios que nada tenían que ver con las ideas promulgadas por los nazis. Bajo su criterio, Rolf no era realmente un acérrimo nazi, sino un niño criado con la semilla del odio. Precisamente, si algo podía cambiar el mundo y evitar los grandes males de la humanidad, pensaba, era educar a los niños de la manera correcta.

—¿Va todo bien, mamá? —preguntó. Ada le guiño un ojo y su padre se dio la vuelta y reafirmó su opinión con un gesto.

—Descuida, hija. No vamos a tener ningún problema. Me he encargado de todo.

Su padre se refería a los contactos establecidos por él cuando la derrota ya era evidente. Ya a finales de 1943, los territorios conquistados por Alemania se reducían a cada minuto y la irrupción de los aliados en Normandía en el verano del año posterior no hizo más que pregonar el desastre.

Alemania estaba siendo cercada, y a medida que los aliados descubrían las atrocidades llevadas a cabo por los nazis, se hacía más complicado abandonar el país. Por ello, Hans recurrió a un primo lejano, un oficial de las SS llamado Conrad Bauer, para que le consiguiera un salvoconducto con el que abandonar Alemania con su familia. Conrad le facilitó un contacto en Roma que podía conseguirles lo que deseaban, a cambio, como era evidente, de una importante suma.

Ese contacto era el obispo Sentori, un alto cargo del Vaticano que utilizaba su posición e influencia para expedir documentos o dobles nacionalidades. Mantenía su labor desde mediados de la Guerra Civil Española, ofreciendo sus servicios al mejor postor, sin importarle el bando, pero nada comparado con el rédito que iba a obtener pocos años después.

Primero, vendió documentos para los judíos más adinerados que querían huir de Alemania y demás opositores a Hitler, que no les quedaba más remedio que exiliarse para salvar sus vidas. Pero después, cuando el viento cambió de dirección y los alemanes comenzaron a perder la guerra, no dudó en ofrecerse a los círculos sociales alemanes más exclusivos, entre ellos muchos nazis que querían huir de toda responsabilidad. Fue tal la demanda de los germanos que le pedían ayuda para escapar de Alemania, que tuvo que establecer contactos en los países receptores para agilizar el proceso. América del Sur estaba entre los destinos más solicitados.

Las dudas de Hans Schülz desaparecieron después del desembarco aliado en Normandía. La guerra estaba perdida y el pánico se extendió entre las clases más adineradas. Hans Schülz entregó gran parte de su fortuna, además de las ingentes comisiones que le exigieron por llevar el dinero hasta Roma, a cambio de los ansiados salvoconductos.

El proceso duró semanas y el avance de la guerra hizo temer a Hans que su dinero hubiera sido incautado o destruido. Sin embargo, a principios de 1945, llegó a la residencia de los Schülz una misiva procedente de Roma: eran los salvoconductos que les atribuía la nacionalidad italiana y les permitía cruzar la frontera. Esa era la primera parte del plan y la más difícil.

Una vez que pisaran suelo italiano, deberían llegar hasta Génova y embarcar hacia algún país a través de los mares. Sin embargo, Conrad Bauer le informó que la mejor opción era Chile, ya que en el país sudamericano había camaradas que habían dejado Alemania hacía algún tiempo y acogían con los brazos abiertos a los que huían del desastre de la guerra.

Así pues, la suerte más próxima de los Schülz dependía de esos salvoconductos que en ese preciso momento Hans entregaba a uno de los guardias del puesto del control. El soldado se fijó en el papel y después miró a la familia con el ceño fruncido. Su alemán era torpe pero se entendía.

—¿Por qué van a Italia? —preguntó. Hans sabía que se estaba jugando el futuro de su familia. No había lugar para los errores.

—Tenemos familia. Vamos a empezar de cero allí —contestó con una sonrisa compasiva en sus labios. Todo quedaba en manos de aquel soldado. Por un instante, como si el tiempo se hubiera condensado, pensó en que una palabra o incluso una mirada de Rolf serían suficientes para que les denegaran el paso. El soldado repasó una vez más los documentos y se dispuso a refrendarlos con uno de los muchos sellos que tenía sobre la mesa. Eran de diferentes colores y cada uno, pensaba Hans, tenía el poder de decidir sobre el futuro de una persona... de una familia.

—Todo está correcto. Continúen.

Hans recogió los documentos validados por el soldado y le indicó a su familia que pasaran. Lo habían conseguido.

Una semana más tarde llegaban a Génova después de un duro viaje. Por distancia, podrían haber empleado menos tiempo, pero había numerosos controles e incluso, no muy lejos de Milán, se descubrió un grupo de soldados italianos, fascistas acérrimos, que se negaban a aceptar que la guerra había terminado. Los americanos se lo tomaron a broma hasta que perdieron a dos hombres en aquel ridículo combate, y arrasaron la posición italiana con morteros. Aquel incidente los retrasó un día.

Una vez en Génova, fueron directamente al puerto e hicieron uso de nuevo de los salvoconductos para embarcar rumbo a Chile, no sin antes pagar unas tasas que tenían más de soborno que de impuesto. Algunos alemanes llegaban sin un marco en el bolsillo y, al no poder pagar la cantidad exigida, veían como sus esperanzas de escapar se desvanecían.

En el barco se encontraron a numerosos compatriotas, alemanes como ellos que se mostraban recelosos y guardaban silencio durante casi todo el día. Las miradas indiscretas y escrutadoras iban de un lado a otro. Todos conocían a alguno o reconocían al pariente de un amigo, y así hasta que la mayoría de los pasajeros del barco, entre unos y otros, podían llegar a conocerse sin necesidad de presentarse. Muy pocos podían afirmar no haber pagado a nadie para estar donde se encontraban en ese momento.

Por ello, en los primeros días de travesía se percibía un ambiente tenso. Muchos habían huido de Alemania cuando deberían haberse quedado para hacer frente a la justicia, otros eran

desertores que habían abandonado a sus camaradas en combate y otros eran altos cargos del Partido Nazi que mostraban en todas sus chaquetas un leve desgarró fruto de las insignias que habían arrancado apresuradamente para evitar ser reconocidos por los soldados en las aduanas.

Los Schülz tuvieron la suerte de encontrar un modesto camarote en el que instalarse y en el que pasaron la mayoría del tiempo los primeros días de travesía, como si tuvieran miedo de mostrarse a los demás.

Jael pasaba los días releendo los pocos libros que había podido llevarse consigo, los cuales, creía, podría transcribir sin mirar sus hojas ni una sola vez. El tiempo pasaba despacio y el ansia por llegar a ese destino exótico que prometía una nueva vida no hacía más que adormecer las agujas del reloj.

A diferencia del resto de su familia, Jael no se sentía cómoda con el resto de los pasajeros y procuraba pasar el menor tiempo posible con ellos, mientras que su hermano Rolf era todo lo contrario: había encontrado un par de chicos de su edad y se pasaban el día gritando proclamas nazis o haciendo desfiles por los pasillos del barco.

En un primer momento, hubo quienes los reprendieron, otros los observaron con recelo y algunos con clara nostalgia. Pero, finalmente, llegaron incluso a aplaudir a los jóvenes cuando los veían desfilar como si se trataran de soldados de la *Werchmacht*. Hasta llegó el día en que un grupo de personas se unieron al improvisado desfile, provocando el regocijo de los demás. Sin embargo, para Ada no pasaba inadvertida la actitud de su hija, la cual se mostraba cada vez más solitaria. Al fin, una tarde, después de pasear por cubierta, pudo hablar tranquilamente con ella y conseguir que esta se sincerase.

—Toda esta gente, mamá... ¿Somos como ellos? —dijo Jael, temerosa de alzar demasiado la voz.

—¿A qué te refieres?

Jael miró a su alrededor antes de contestar.

—Rolf me ha contado que muchos aquí pertenecían a las SS y que han conseguido escapar del país igual que nosotros.

Ada frunció el ceño y lo negó al instante. Les quitaba importancia a sus palabras agitando su mano.

—Ya sabes cómo es tu hermano. Tiene muchos pájaros en la cabeza, pero no es más que un niño. —Ada se fijó en que la preocupación de Jael residía en otra cuestión—. ¿Eso es todo?

—Mamá... ¿Somos como ellos? —preguntó Jael mirándola a los ojos—. Como esa gente que no debería haber salido de Alemania. He escuchado cosas terribles.

Ada cogió aire y tensó su rostro. En ocasiones se le olvidaba que Jael tenía diecisiete años y que era la más inteligente de la familia.

—Tu padre trabajaba en una sucursal bancaria. Ya sabes que lo que tantos problemas nos ha causado es ese pariente que servía en las SS —dijo Ada—. Pero no pueden relacionarnos con ellos; no tenemos nada que nos una.

—Ya lo sé.

—En cuanto a esas cosas terribles que has mencionado, solo puedo decirte una cosa: hablar es fácil; las palabras son gratis y cualquiera que esté aburrido puede inventarse una historia para regocijarse del efecto que origina en otras personas.

—Entiendo —dijo Jael.

—Las injusticias que antes cometían unos, ahora la cometen otros. Eso no cambia nunca, pase lo que pase, y al final los inocentes acabamos pagando —insistió su madre. Jael la miró con remordimientos por haber tenido ese pensamiento tan injusto con su familia.

Su madre tenía razón, Rolf no era más que un crío y como tal actuaba, pero había tal convencimiento en su mirada que Jael no podía hacer otra cosa que estremecerse.

Las celebraciones nazis y los elogios al Führer fueron en aumento con el paso de los días, incluso la tripulación se había sumado al éxtasis general de los pasajeros, la mayoría eran marinos italianos que habían servido a Mussolini. Jael lo observaba todo como si estuviera viviendo una horrible pesadilla de la que era incapaz de despertar. Creía que toda esta gente que actuaba y pensaba de esa manera, iba a extender ese odio allá donde vayan. Angustiada, Jael se convencía de que lo único que podía salvar al mundo era enseñar a los niños a amar, a pensar por sí mismos, a tener juicio propio para evitar males como el que había asolado su país.

Capítulo Nueve

Hans no desaprovechó las semanas de travesía. A medida que la tensión se difuminaba entre los pasajeros y el paso de los días aportaba familiaridad a los rostros, comenzaron las conversaciones que dieron lugar a revelaciones y confesiones de lo más curiosas.

Resultaba que muchos de los pasajeros compartían la nacionalidad alemana con la de otro país, donde afirmaban tener parientes, e incluso algunos aseguraban haber nacido allí. Por supuesto, ninguno se aventuraba a comentar mucho acerca de su segundo país ni tampoco había interés por parte de los otros locutores.

Después de tantos años de guerra, parecía que el ánimo de discutir acerca de cualquier cuestión había desaparecido del ánimo de los pasajeros. Un italiano incluso afirmaba haber pasado toda la guerra oculto en las montañas y, dándose golpes de pura sinceridad en el pecho, afirmaba no saber quién era Mussolini ni Hitler. Los que le escuchaban asentían asombrados por su historia y no le planteaban más preguntas. Ninguno se fijó en las sutiles zurcidas que había sobre el pecho de su chaqueta o sobre las hombreras, lugar donde se solían emplazar las condecoraciones de carácter militar. Tampoco hubo la mínima revisión a su discurso cuando una noche, que había abusado del vino, alzó el brazo derecho con la mano firme y juró llevar la *fascio* allí donde fuera.

En este ambiente apacible y opaco, Hans supo moverse bien. Dio con un grupo de alemanes que habían pertenecido a las SS y que habían conocido a su primo, Conrad Bauer, lo que le granjeó la confianza suficiente como para que el grupo compartiera sus planes abiertamente con él. Al igual que la mayoría de los pasajeros, contaban con poco dinero en los bolsillos, pero, por suerte, habían establecido contactos con alemanes ya afincados en Chile, concretamente en Osorno, donde esperaban iniciar una nueva vida sin muchos problemas. Cuando Hans preguntó qué o quién había en Osorno, uno de los alemanes se acercó a él y le dijo:

—Un empresario alemán de éxito. Un hombre de bien, ya me comprende.

Hans le dijo que comprendía sin estar seguro de ello, pero era una oportunidad demasiado buena como para dejarla escapar. Así pues, cuando desembarcaron, empleó gran parte del dinero que le quedaba en desplazarse hacia Osorno junto con los miembros del grupo.

—¿A dónde vamos? —preguntó Ada una vez estuvieron de camino.

—A Osorno. Allí hay un empresario, un compatriota que, según me han dicho, estaría dispuesto a ayudarnos —contestó Hans.

Las expectativas acerca de la ayuda que ese empresario iba a prestarles se desvanecieron rápido, ya que, al igual que ellos, muchas familias alemanas habían llegado en los últimos meses y la supuesta generosidad del hombre tenía un límite de personas a las que podía ayudar, por lo que Hans tenía que buscar un trabajo, el que fuera, si quería dar de comer a su familia.

Alquilaron una casa pequeña y humilde y trataron de ganarse la vida. Hans consiguió un

puesto como contable en una fábrica que pertenecía a un alemán afincado en Chile desde antes de la guerra, el señor Frank Schneider. Mientras tanto, Rolf y Jael acudían a unas clases gratuitas que una compatriota daba a los jóvenes recién llegados al país con el fin de enseñarles tanto el idioma como las costumbres. Jael destacó rápidamente, llegando al año siguiente a impartir las clases más sencillas, mientras que Rolf se negaba a aprender nada que no fuera de origen alemán y si consintió aprender el idioma fue porque no quería que los lugareños se riesen de él o lo engañasen.

Jael estaba pletórica. Después de años de guerra, de explosiones y de ciudades entristecidas por el miedo, Chile, y en concreto Osorno, se le antojaba lo opuesto y le hacía resurgir la esperanza de un mundo mejor. La vegetación, de un verde intenso, mostraba un contraste con el resto de los colores de la ciudad. El cielo azul o incluso nublado adquiría para ella una belleza inexplicable, pues consideraba que ese cielo no había sido mancillado por aviones de la muerte que soltaban sus cargas sobre las ciudades... sobre personas inocentes cuya única culpa fue haber nacido para vivir en aquel tiempo tan aciago. Allí el recuerdo de la guerra se difuminaba entre el sonido de una ciudad viva, entre gritos y risas. Su alegría, abanderada por su magnífica sonrisa, se transmitía a todos los que estaban cerca de ella.

Tras un año estudiando el idioma, comenzó a dominarlo lo suficiente como para poder mantener una conversación sobre cualquier tema. Rolf, en cambio, seguía utilizando mayoritariamente el alemán y procuraba relacionarse solo con gente de su país.

Pero el golpe de suerte definitivo para Jael y para los Schülz fue cuando el señor Schneider le preguntó a Hans si conocía a alguien que pudiera aleccionar a jóvenes alemanes en sus propias casas.

—Son buenas familias. Conservan todavía el prestigio y el poder que mantenían en Alemania. La cuestión es que quieren educar a sus hijos en su propio hogar y con requisitos para el maestro elegido. Y puesto que soy uno de los camaradas que más tiempo llevo residiendo en la región, me han pedido que lo disponga todo.

—Mi hija Jael ayuda a jóvenes alemanes recién llegados. Puede recomendarles a esas familias que lleven a sus hijos a ese lugar.

Schneider hizo una mueca incómoda.

—Esas familias requieren un trato especial. Pagan bien, pero a cambio exigen que la persona que contratan se amolde a sus exigencias.

—¿Podría conocer alguna de esas exigencias, señor Schneider? —Este asintió con educación exquisita.

Sacó un pequeño papel del bolsillo y lo leyó en voz alta. Quitando la palabrería, el texto podía resumirse en un par de puntos muy sencillos: tenía que ser una persona alemana, discreta, con conocimientos, cultura y con experiencia en el trato con niños.

—¿Qué me dice? ¿Cree que su hija cumple con estas condiciones? —preguntó Schneider.

—Todas las que ha mencionado —dijo Hans convencido. No podía permitir que se le escapara esa oportunidad. Además, Jael se amoldaba a todas y cada una de las exigencias: era alemana; era culta e inteligente y, aunque no llevaba mucho tiempo, servía como guía para los recién llegados.

El señor Schneider lo citó al día siguiente con su hija para conocerla en persona. Por lo que Hans se lo comentó a Jael, quien estuvo de acuerdo desde el primer momento. La reunión se desarrolló de la mejor manera, por lo que Frank, al finalizar el encuentro y quedar realmente contento con la joven, le dio a esta un papel con una dirección y le dijo que estuviera allí el día lunes a las nueve de la mañana.

La primera casa en la que sirvió fue en la de los Münster, una familia con tres niñas pequeñas que apenas sabían pronunciar un par de palabras en alemán. Acorde a los padres, su primera tarea fue hacer que las niñas hablaran los dos idiomas, alemán y español. Tras un par de semanas, y muy contentos con los resultados, los Münster se pusieron en contacto con el señor Schneider para felicitarle por la elección de la muchacha.

No tardó mucho tiempo en extenderse la noticia de la joven profesora entre los círculos de las familias alemanas. La referencia a Jael en algunas fiestas y el hecho de que las tres niñas de los Münster fueran capaces de intercalar palabras en ambos idiomas provocó que otras familias quisiesen contar con los servicios de Jael.

Pasados los meses y con una gran demanda de padres, Jael con sus primeros sueldos, adquirió un auto. Recorría grandes distancias para acudir a las residencias más exclusivas del sur de Chile, donde las familias estaban dispuestas a pagar importantes sumas con tal de que fuera ella quien educara a sus hijos. Sin embargo, y pese al éxito de su trabajo, una sensación extraña recorría su cuerpo y la hacía sumirse en reflexiones acerca de lo que quería hacer en un futuro. Disfrutaba dando clases y educando a los más pequeños, pero no quería limitarse a tratar solo con jóvenes alemanes; ella quería ir más allá.

En su cabeza, más de una vez había imaginado establecer una educación que englobara no solo a los jóvenes alemanes, sino que incluyera también a los niños chilenos y a todos aquellos que desearan aprender. Esas ideas habían surgido al observar a su hermano Rolf en el barco y habían madurado hasta dar lugar a un proyecto más concreto que quería hacer realidad. De alguna manera, aunque no sabía todavía cómo hacerlo, quería aunar ambas culturas, aquella del país que llevaba en la sangre, junto con la del país que los había acogido.

No obstante, los tímidos intentos de fusionar conocimientos para ofrecer una educación híbrida para las dos culturas habían fracasado entre prejuicios y reproches, tanto de alemanes como de chilenos, que rehuían unos de otros. Aunque a sí misma se había jurado cumplir su sueño, había momentos en los que le apetecía dejar de soñar y limitarse a educar a niños alemanes.

Sin embargo, poco a poco comenzó a trazar las primeras líneas de su proyecto. Con el dinero que ganaba como institutriz pudo comprar libros, algunos ejemplares eran importados y particularmente caros. Su primera acción para llevar a cabo su sueño fue conformar una biblioteca de la que estuviera orgullosa y que pudiera utilizar más adelante. Pues eso sería la piedra angular de su proyecto. Ella quería fundar una escuela, con las puertas abiertas para todos y con una educación accesible sin importar de dónde vinieran.

Capítulo Diez

La situación para los Schülz, a casi dos años de su llegada a Chile, era bastante buena. Jael, pese a su juventud, pues solo contaba con diecinueve años, se había convertido en una maestra de prestigio entre la población alemana de la región de Los Lagos, y este éxito había catapultado a Hans, que había entablado una gran amistad con Frank Schneider con quien incluso llevó a cabo negocios que le aportaron importantes ganancias.

Así, pudieron dejar la humilde casa que alquilaban y adquirir una. Su nuevo hogar era más grande, mejor ubicado y además contaba con varias hectáreas de tierras que ofrecían infinitas posibilidades para emprender.

Sin embargo, no todo era felicidad en la casa de los Schülz. Si en un principio Rolf se negó a aprender de la cultura chilena y solo se relacionó con los alemanes, su pensamiento se radicalizó cuando conoció a unos jóvenes que se hacían llamar las Viejas Espadas. Estos negaban la derrota alemana en la Segunda Guerra Mundial y abogaban por extender el nacionalsocialismo por el mundo. Tras esas ideas no había más que violencia, robos y extorsiones, especialmente contra la población judía de la zona o contra todo aquel que les expresase rechazo a sus doctrinas. Sin embargo, quedaba la certeza que su ideario tan solo era una pobre justificación para delinquir a su libertad.

Hans intentó razonar con su hijo, pero este estaba convencido de que él y el resto de sus amigos que integraban las Viejas Espadas hacían lo correcto. Insistió un par de veces antes de desistir y confiar en que se tratara de una impetuosa fase de su juventud, e incluso llegó a decirle a Ada que en un par de semanas Rolf habría olvidado esas ideas.

Los deseos de Hans estaban muy lejos de cumplirse, pues, con el pasar de los meses, los jóvenes contaban con más apoyo. Una pequeña parte, aunque no menos poderosa, de la población alemana, entre las que principalmente se encontraban exoficiales del ejército o miembros de las SS, los encubrían o testificaban a su favor si era necesario, lo que alimentaba el ímpetu de los jóvenes y su idea de que no había nada malo en su actuar.

Una mañana, cuando Hans llegó a la oficina, el señor Schneider lo sorprendió con una pregunta:

—¿Cuántos años tiene su hijo? —Hans lo miró tratando de averiguar qué intención escondía.

—¿Rolf? Ha cumplido los diecisiete hace poco, ¿por qué me lo pregunta?

Frank Schneider se pasó las manos por su cabello y después cruzó los brazos. Era evidente que no le resultaba sencillo pronunciar esas palabras.

—Porque su hijo está hablando demasiado y afirmando hechos que pueden buscarle un buen lío, ¿sabe a lo que me refiero?

—Está un poco desbocado. Anda todo el día con esos jóvenes que parecen no creerse que la guerra ha terminado —dijo Hans—. Ya se les pasará.

El rostro del señor Schneider no expresaba la misma opinión de Hans.

—Me han llegado rumores de que su hijo anda diciendo por ahí que usted perteneció a las SS y que luchó en la guerra. Según me han contado, esta es la base de su discurso. A partir de ahí, es capaz de soltar cualquier cosa por esa boca.

El rostro de Hans palideció. Estaba avergonzado a la par que furioso con su hijo.

—No es más que un niño —dijo hastiado y Frank se mostró conciliador.

—Lo sé, amigo, lo sé. Esa edad resulta complicada. Uno quiere lucirse como un pavo real, cuando la realidad es que no eres más que un mocoso. Créame, sé muy bien lo que estará pasando por la cabeza de su hijo, pero le recomiendo que hable con él para que se comporte de una manera más sutil. Discreción, sería la palabra más adecuada. A veces no tenemos en cuenta que no son más que niños que han visto su mundo derrumbarse.

Aquel momento, se había quedado grabado a fuego dentro de la cabeza de Hans, que aun reviviéndolo horas después se ruborizaba. A lo largo del día contuvo su ira, pero cuando llegó a casa, no dudó en expulsarla sobre Rolf, que ni siquiera había tenido tiempo de reaccionar cuando sintió que comenzaron a lloverle golpes por todas partes.

—¿Así que somos de las SS, imbécil? —dijo Hans mientras lanzaba golpes a su hijo, que se había convertido en un ovillo en el suelo. Ada, al escuchar los gritos, acudió desde otra habitación, acompañada de Jael.

—Por el amor de Dios, Hans —exclamó Ada. Su marido se dio la vuelta y la encaró.

—¡Papá! —gritó Jael.

—Este granuja está diciendo por ahí que yo pertenecí a las SS y que luché en la guerra —dijo Hans señalándolo, con los ojos rojos de furia—. Ha sido el señor Schneider quien me ha advertido de su comportamiento y yo he tenido que agachar la cabeza como si no conociera lo que hace mi hijo cuando sale de casa. ¿Qué pretendes, Rolf? ¿Es que no sabes que solo te traerá problemas decir esas cosas?

Parecía que Rolf iba a admitir su culpa y a derrumbarse en cualquier momento, pero en cuanto se libró de los azotes de su padre, se reincorporó y alzó la mano derecha.

—¡*Sieg Hail!* —gritó. Sus padres y Jael se quedaron boquiabiertos por su actitud. En la mirada de Rolf se atisbaba una decisión a no ceder ni un centímetro. Hans, fatigado por el castigo que le había infligido, no pudo evitar sentir un atisbo de orgullo al presenciar la disposición de su hijo. Se veía reflejado en él, incluso se veía a sí mismo en los primeros años del gobierno de Hitler. En sus hijos notaba la bravura de una nación que había osado enfrentarse al mundo. Entonces, recordó lo que le había dicho el señor Schneider.

—Sé más discreto, ¿de acuerdo? Tú y tus amigos —acabó diciendo Hans con un tono muy diferente al que había utilizado en un principio. Su hijo asintió levemente y se retiró. A partir de entonces, y pese a que Rolf continuó relacionándose con las Viejas Espadas, no volvió a hablarse del asunto en casa de los Schülz.

Jael, preocupada por el camino que estaba tomando su hermano, intentó hablar con él en un par de ocasiones, pero todas las conversaciones desembocaban en propaganda y reproches por parte de Rolf. Sus padres, a los que Jael también recurrió, tomaban una actitud distante, en cuanto ella se refería a este problema con su hermano. Cambiaban el tema de la conversación o daban respuestas vagas que no tenían sentido. Ni siquiera cuando hablaba con su madre a solas consiguió hacerla entrar en razón.

—Es el ímpetu propio de la juventud —le decía su madre—. Pronto se le pasará. Tu hermano ha sufrido mucho.

—Yo también he sufrido, mamá —dijo Jael.

—Todos, Jael. Cada uno cicatriza sus heridas de manera distinta. Todo saldrá bien.

Esta actitud pasiva de los padres de Jael coincidió con los meses de mayor trabajo de la joven. Se iba de casa muy temprano y llegaba poco antes de la cena, totalmente agotada. Los días transcurrían veloces y los problemas que Rolf causaba eran sepultados por el paso del tiempo. Jael sabía de ellos en ocasiones, pero al preguntar a sus padres, estos le respondían con evasivas, así que acabó por cansarse del asunto y centrarse en su vida y en los proyectos que quería llevar a cabo.

Una noche, mientras cenaban, decidió contarles sus planes para los próximos meses. Había visto un par de locales en Osorno que eran muy buenos para montar un modesto centro educativo donde podría desarrollar el sistema de educación que tanto deseaba y del que ya había investigado algunos puntos. Cuando terminó, observó a su familia expectante por no conocer su opinión. Aunque la de Rolf ya se la imaginaba, la reacción de sus padres no pudo ser más que una desagradable sorpresa.

—Me parece muy bien, hija —dijo Ada, aunque a Jael no le gustó el tono conformista con que lo hizo. Le pareció que le daba la razón como se la daría a un niño con rabieta. Su padre, Hans, se mostró más sincero.

—¿Mezclar extranjeros y chilenos? No nos parecemos en nada —dijo Hans. Jael clavó sus ojos en él con la intención de responderle, pero Rolf le tomó la delantera.

—Es una idea aberrante, hermana. ¿Mezclar? Sería un retraso considerable para las superiores mentes de los jóvenes alemanes.

Jael advirtió que su padre, si bien no apoyó directamente la opinión de su hijo, tampoco hizo gesto alguno de estar en contra. Conformidad y silencio, de alguna manera que Jael no conseguía entender, se habían convertido en los emblemas de su familia.

—¿Cómo puedes decir eso, Rolf?

—Más absurdo es que tú te plantees que seamos iguales. ¡Es ridículo!

—No discutan —dijo Ada con un tono conciliador. Jael la miró en busca de que añadiese algo más a sus palabras. Hans, mientras tanto, comía tranquilamente.

—No puedo creer lo que estoy escuchando —dijo Jael.

—Pues créetelo —añadió Rolf.

—Puede que sea una buena idea, hija, pero, no sé... ¿No sería mejor separarlos? Ya sabes, alemanes por un lado y chilenos y lo que desees por otro.

Jael miró a su padre.

—No tengo más apetito. Me voy a la cama —dijo Jael echándose hacia atrás y tirando la servilleta sobre la mesa. Sus ojos brillaban por el llanto contenido.

—Apenas has cenado —dijo Ada.

—Es suficiente. Además, mañana tengo que irme a primera hora y estoy cansada. Buenas noches.

Cuando Jael llegó a su dormitorio, sintió un temblor nervioso en sus manos. Recordó cuando en el barco, le preguntó a su madre si eran iguales que el resto de los pasajeros que mostraban esas actitudes tan reprochables. Su madre le contestó que no, pero Jael, después de lo que había visto, no lo tenía tan claro.

A la mañana siguiente, Jael se marchó temprano. Lo que había vivido la noche anterior la convencía más de la necesidad de hacer realidad su proyecto. Para ese día había adelantado una hora todas las clases y había cambiado de día otras pocas con tal de disponer de la tarde libre: a las cuatro había quedado con el dueño de un local para entregarle un adelanto y confirmar el alquiler del mismo. Poco le importaba lo que pensara su familia, ella estaba dispuesta a hacer

realidad su sueño.

Capítulo Once

Durante semanas, Jael estuvo trabajando días enteros, desde el despuntar de los primeros rayos de sol hasta el anochecer. Ajustó los horarios de las clases y rechazó las ofertas más lejanas de Osorno para evitar perder mucho tiempo conduciendo de un lado para otro. Cuando acababa, a media tarde, se dirigía al local que había alquilado en la ciudad y trabajaba en él para tenerlo preparado lo antes posible.

Una cuadrilla de obreros se encargaba de levantar las paredes para separar las aulas de las otras salas, así como de pintar y arreglar los servicios. También tenían que armar una estantería para guardar los muchos libros que Jael iba trayendo poco a poco, e instalar las placas de las pizarras. Era una reforma costosa y junto con el alquiler y todo el material que tenía que comprar, sus ahorros desaparecerían casi por completo.

Tenía claro que no cobraría mucho a los alumnos, por lo que tenía que idear alguna forma de financiación si quería que el centro subsistiera. Pero, además de todos estos problemas, no había conseguido de la Junta de Educación el permiso necesario para abrir una escuela, que era su máxima aspiración, y solo terminó naufragando en un mar de papeles.

Finalmente, su idea de montar una escuela se vio truncada, ya que solo pudo disponer de permiso para abrir un centro de apoyo; es decir, Jael podía impartir las clases que quisiera, pero no tenían un carácter académico oficial.

Experimentaba cierto vértigo cuando pensaba en lo mucho que había invertido y lo incierto que resultaba su futuro más próximo, pero en alguna ocasión había leído que todo acto trascendental y movido por la libertad de conciencia lleva implícito un sentimiento de miedo y rechazo, pues es el momento en el que accedemos a un nivel superior al comúnmente aceptado. Ella sentía ese miedo, por lo que supuso que iba en la dirección correcta.

Una tarde, después de que ya se hubieran marchado los trabajadores, Jael se encontraba colocando los libros en los espacios de la estantería que habían terminado ese mismo día.

Los obreros se habían ofrecido a echarle un mano, pero ella se negó diciendo que tenía que ponerlos de una manera en concreto y no quería hacerles perder el tiempo. Subida sobre una silla, repasaba los libros con un trapo antes de situarlos en su lugar. Absorta en su labor, no advirtió que alguien, tras pasar por la puerta en varias ocasiones, entró en el local.

—¿Hola? —dijo el hombre. Jael se sobresaltó y estuvo a punto de caer de la silla.

—¿Quién es usted? —le gritó mientras trataba de recuperar el equilibrio.

—Disculpe, yo... —Pero el hombre se quedó obnubilado con la imagen de Jael. Sus ojos azules destacaban sobre su piel clara, como zafiros en una arena blanca, albergando una mirada poderosa que haría abdicar a cualquiera.

—¿Qué es lo que quiere? —insistió ella mientras se bajaba de la silla y observaba al desconocido con cierta precaución.

—He pasado por la puerta y no he podido evitarlo, ¿qué está haciendo aquí?

Jael se acercó varios pasos al desconocido y lo miró con desconfianza. Se trataba de un hombre joven, o al menos no mucho mayor que ella. Vestía un traje de chaqueta muy usado y en su mano derecha llevaba un libro, detalle que la tranquilizó. Por los rasgos de su rostro, sabía que era chileno. Sus ojos marrones buscaban los suyos con insistencia, aunque también advertía que no trataba de importunarla.

—Voy a abrir una escuela o, más bien, un centro de apoyo. Espero que la semana próxima a más tardar.

—Supongo que no le hace falta ningún profesor —dijo el hombre con poca ilusión. Jael lo observó y pensó en que nunca había barajado esa opción. La verdad era que contar con una ayuda le facilitaría mucho las cosas.

—¿Es usted profesor? —preguntó.

El hombre asintió y alzó la mano con el libro como si eso fuera señal inequívoca de su profesión.

—Me llamo Román Morales —dijo extendiendo su mano, aún con el libro, llevándola después hacia atrás para cambiar el libro de mano y ofrecérsela nuevamente a Jael, que reía divertida.

—Yo soy Jael Schülz.

Román asintió con decepción.

—Me lo temía. Habla muy bien mi idioma para ser alemana.

Jael no entendía su reacción.

—Enseño su idioma a jóvenes alemanes y, además, lo practico bastante. ¿Qué se temía, si puede saberse?

Román encogió sus hombros.

—No querrá a un profesor chileno en una escuela para niños alemanes —dijo con desilusión.

—¿Por qué iba a ser así? —La pregunta pilló desprevenido a Román, que no hallaba una respuesta que dar—. En este centro se aceptará a todo aquel que quiera estudiar.

La sentencia de Jael dejó boquiabierto a Román.

—¿A qué se refiere?

—A que todos, sin importar creencia o nacionalidad, podrán estudiar y aprender si lo desean.

—A las palabras de Jael le siguió un tenso silencio que ella no supo descifrar. Aquel hombre la observaba como si hubiera visto un fantasma. Por un instante, temió que él la increpara, ya que también había chilenos que se oponían a mezclarse.

—¡Gratis! —dijo Román.

—¿Perdone? —dijo Jael sin saber si dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—Que trabajaré gratis si quiere, pero, se lo suplico, déjeme formar parte de esto.

—¿Qué?

El hombre, emocionado, dio un paso hacia delante. Jael se fijó en que era mucho más joven de lo que aparentaba.

—No sabría explicárselo, pero esto es lo que he deseado hacer desde hace años. Solo quiero ayudarle a que esto funcione.

—Pero todavía no tengo alumnos, Román.

—Yo le ayudaré a tenerlos. Soy de aquí y llevo dando clases un par de años. Me conozco muchos pueblos de esta zona y mucha gente sabe a lo que me dedico. Eso borrará los prejuicios de muchos chilenos, ya que confiarán en mí. ¿Qué me dice?

Jael no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—Sí que me sería de ayuda, pero me temo que no podré pagarle mucho. Todavía no he pensado cómo financiar el centro.

—Cobraré acorde a los ingresos ¿Qué le parece? ¿Hay trato?

—No sería justo, Román. En los primeros meses no podré asegurarle que cobre siquiera.

—Merece la pena si lo conseguimos. —Estas palabras despertaron la emoción de Jael.

—Hay trato —contestó Jael, divertida.

—¡Estupendo! —dijo Román. Después, soltó su libro sobre una mesa y se quitó la chaqueta—. Pues, a trabajar. ¿Qué criterio está siguiendo para colocar los libros?

Ella, asombrada por el entusiasmo del que Román hacía gala, pensó en que iba a conseguir lo que se proponía sí o sí, el centro funcionaría y algún día conseguirían los permisos necesarios para abrir su propia escuela.

—He clasificado a los autores por género —dijo Jael, mientras sus mejillas se sonrojaban. No estaba acostumbrada a que nadie se interesase por ella, ni mucho menos por nada relacionado con su proyecto.

Pese a su simpatía y su buena disposición, que tan agradables resultaban a los que trataban con ella, esa imagen escondía una joven reservada, celosa de expresar abiertamente sus pensamientos y desconfiada en un primer momento. Por ello, la actitud de Román... la verdad que transmitían sus gestos y sus palabras, burlaban esas barreras que ella había dispuesto contra el resto del mundo y le hacían experimentar una sensación de libertad como no lo había hecho antes.

—Excelente idea —dijo Román agachándose junto a una de las cajas y cogiendo uno los libros—. Veamos, la *Eneida*, de Virgilio.

Jael, comedida en sus gestos, señaló hacia una parte de la estantería.

—Todos los clásicos van ahí. —Román asintió y llevó el libro hacia ese punto. Una vez lo hubo colocado sobre la repisa, observó con satisfacción los otros ejemplares que había allí y regresó a la caja. Jael, sin perder la sonrisa, volvió a subirse en la silla, aunque miraba de reojo en todo momento a Román.

—¿Cuánto tiempo lleva en Chile, Jael? —preguntó Román mientras cogía un par de libros de la caja—. ¿*Flora y Fauna de Sudamérica*?

Jael señaló hacia el otro lado de la estantería.

—Ciencias naturales, en la segunda repisa. Llegué con mi familia poco después de la guerra. Ya se cumplirán dos años. Desde entonces, he estado aleccionando a jóvenes descendientes de alemanes, les enseño el idioma y la cultura alemana para que conozcan su procedencia y lo integren lo antes posible.

—¿Y qué le ha llevado a querer aunar la educación y fusionar ambas culturas?

—Primero aclarar que no solo ambas, sino que todas las que quieran españoles, italianos, chilenos, quien quiera participar de este proyecto. Somos todos iguales, ¿no es así?

—Así es —contestó Román con una mirada de orgullo, como si ella hubiera puesto palabras a sus pensamientos—. ¿*Crimen y Castigo*?

—Literatura rusa, allí. Creo que es necesario, tanto para bien de los chilenos como de los alemanes y otros inmigrantes. No somos pocos los que hemos dejado nuestro país y nos hemos instalado en esta tierra. Los alemanes somos muy diferentes a los chilenos, tenemos otra cultura e, incluso, vemos la vida de manera distinta. Sin embargo, vivimos en el mismo país y dentro de un par de años muchos niños inmigrantes crecerán y tendrán hijos que serán chilenos de pleno derecho. A todos, sin excepción, hay que educarlos para que se sientan parte de lo mismo.

Román, que se había quedado quieto para escucharla, asintió y aplaudió aun con un libro en

cada mano.

—Parece que se hubiera metido dentro de mi cabeza, Jael. Es nuestra obligación como profesores asegurarnos de que los más jóvenes se formen de la mejor manera posible. —Ella lo miró satisfecha—. ¿*Los Miserables*?

—Estoy de acuerdo, Román. Clásicos.

Román dio un par de pasos, pero se detuvo en el centro de la sala y alzó el libro.

—¿Clásicos? —preguntó con el ceño fruncido.

—Así es.

—¿Está segura? —insistió Román—. Es buena obra, pero de ahí a establecerlo como clásico...

Jael entró a la discusión enseguida, no porque le importase mucho la cuestión, sino porque era la primera vez que hablaba con alguien abiertamente de literatura sin miedo a reproches absurdos o ideológicos.

Toda su vida, pensaba, o al menos toda su vida intelectual, había flotado en torno al nacionalsocialismo y la guerra. Cualquier juicio estaba manchado de ideas racistas y supremacistas que tenía que filtrar para disponer de un juicio coherente a sus principios, e incluso después de la guerra y en la otra punta de mundo, era testigo de cómo en su hogar persistían esas ideas rancias y sin futuro en el mundo que se avecinaba.

Aquel joven profesor, Román, sin embargo, parecía traer consigo una brisa de aire fresco y renovador. Se sorprendía de que aquellos pensamientos pasasen por su cabeza cuando no hacía ni una hora que había conocido a Román.

—Me encanta Víctor Hugo. Es uno de los mejores escritores que jamás han existido, no se lo niego, pero no veo correcto situarlo en la misma repisa que Cervantes o Tomás de Aquino —contestaba Román a un reproche de Jael. Esta, indignada, le escuchaba con los brazos en jarra y negando con la cabeza.

—¿Y dónde pretende ubicarlo?

—¿Qué le parece en novela histórica? ¿En qué repisa?

—Está loco. Es un clásico de la literatura —exclamó Jael.

Al fin, Román comenzó a reírse mientras se acercaba a la repisa de las obras clásicas.

—Pero bueno, ¿se estaba burlando de mí? —dijo Jael sin perder la jovialidad.

—Para nada —contestó Román con los brazos en alto—. Solo quería ver su reacción. De hecho, *Los Miserables* es mi novela favorita: la situaría entre los clásicos de los clásicos.

Continuaron su labor entre risas y conversaciones acerca de literatura, educación y de cómo la lectura podría ayudar a conseguir los objetivos que compartían.

Ambos, aunque sin expresarlo, estaban sorprendidos por la cultura del otro, así como por las reflexiones que compartían. Pero era Jael, henchida de libertad, la que experimentó una sensación de paz, como si después de mucho tiempo bajo el agua, hubiera podido sacar la cabeza a la superficie.

Pasada una hora, finalizaron de colocar los libros y retiraron las cajas. Después, se dirigieron a una de las aulas y Jael se dispuso a explicarle, ayudándose de una de las pizarras, cuál era su intención. Román, con otro pedacito de tiza entre sus dedos, realizaba apuntes de vez en cuando y daba su opinión al respecto.

Cuando decidieron irse a casa, aunque podrían haberse pasado toda la noche trabajando, ya había anochecido. Salieron de la escuela y se despidieron hasta el día siguiente.

Un formal apretón de manos y una mirada fugaz fue toda la despedida antes de que Román se alejara caminando y Jael lo hiciera en su auto. Ninguno de los dos vio al macharse al hombre

que los observaba desde el otro lado de la calle. Camuflado bajo la escasa luz de la farola, Rolf resoplaba con preocupación y negaba con la cabeza.

Capítulo Doce

Hans Schülz esperaba en su despacho a que el reloj marcara las once de la mañana. Estaba nervioso. Las cosas le habían ido bien desde que llegó a Chile, ascendió rápido en la empresa de Frank Schneider y llegó a ser su socio en determinados negocios que le procuraron grandes beneficios. Atrás quedaban los años de guerra, la miseria y el miedo. Sin embargo, cuando pensaba en el cauce que había tomado su familia, sí se mostraba más preocupado.

La causa de sus tormentos no recaía sobre su esposa, la cual se dedicaba a colaborar con los alemanes recién llegados al país, sino sobre sus hijos, a los que definía como el agua y el aceite. Jael se había centrado por completo en esa rocambolesca idea de educación internacional —que tanto le sonaba a comunismo— y se pasaba los días en ese lugar que había fundado en el centro de Osorno.

Hans no compartía sus ideas, pero tenía que aceptar que ciertos tiempos ya habían pasado.

En el otro lado estaba Rolf. Su hijo había tomado un camino incierto que tan solo le causaba problemas. El adoctrinamiento que había recibido en Alemania persistía en él, le turbaba el juicio y le hacía ver la realidad con unos ojos muy distintos a los del resto. Abogaba continuamente por instaurar el nacionalsocialismo en Chile, o por limpiar el país de judíos. Nada lo desviaba de su camino o ser comedido al menos. Ni el paso del tiempo, ni los juicios que se habían llevado a cabo en Nuremberg, que habían condenado a los altos mandatarios nazis a la horca, eran suficientes para amedrentarlo.

No obstante, borró rápidamente esos pensamientos de su cabeza y trató de serenarse. A las once había quedado con el señor Schneider, el cual quería proponerle un nuevo negocio. Hans, aparte de la empresa donde realizaba labores de gerencia, había adquirido una extensión de tierras con la intención de convertirse en un gran propietario y productor, aunque, por el momento, no conseguía los resultados esperados.

A las once en punto llegó el señor Schneider. Se saludaron con un apretón de manos y se sentaron ambos con un cigarro entre los labios. Hans se fijó en que había un entusiasmo inédito en los ojos de su socio y, por qué no, amigo.

—Le traigo buenas noticias, Hans. Casi diría que estoy dedicándole dinero en vez de palabras —dijo con una sonrisa espléndida.

—¡Qué suerte la mía!

—Y que lo diga. Como ya sabe, mantengo contactos en Alemania. Desconozco si tiene noticias de la patria, pero, al parecer, las labores de reconstrucción van a buen ritmo y me complace anunciar que ya hay factorías con capacidad para exportar su producción.

—¡Eso es magnífico! Brindo por nuestros compatriotas —dijo Hans alzando su vaso. Frank lo acompañó en el gesto.

—Pues he aquí donde usted va a beneficiarse, Hans. El rendimiento de sus tierras es precario,

¿no es así? —El tono del señor Schneider se volvió más serio, empatizando con el rostro grave de Hans.

—No puedo negarle que el rendimiento resulta deficiente. Mis planes son hacerme con las tierras colindantes, pero, para ello, necesito una mayor producción. En estos momentos, los costes son altísimos y el precio de venta de las cosechas no es suficiente.

El señor Schneider dio una calada a su cigarrillo y asintió.

—Permítame decirle que su suerte está a punto de cambiar.

—¿A qué se refiere?

—Las últimas semanas he mantenido un contacto frecuente con una fábrica alemana de tractores. He decidido adquirir uno de sus vehículos y probar la eficiencia en sus tierras. Si me lo permite, claro. Usted no tendrá que pagar nada y obtendría únicamente beneficios. Es una inversión alta, siendo sinceros, pero si resulta rentable a medio plazo, estoy dispuesto a firmar un contrato de suministro mensual.

Hans se asió la barbilla. Uno de los problemas de sus tierras era que apenas había máquinas y tenía que contratar a numerosos jornaleros para las plantaciones o las cosechas, lo que absorbía los pocos beneficios.

—No veo inconveniente ninguno por mi parte.

El señor Schneider celebró sus palabras con un breve aplauso.

—Me complace escuchar eso. Pero, además, quiero informarle que estoy dispuesto a cederle más tractores si la producción produce el beneficio esperado y me permite entrar como su socio. Es una propuesta generosa.

—No creo que haya podido darme mejor noticia, señor Schneider.

Tal y como predijo el señor Schneider, la llegada del tractor, un Lanz Bulldog modelo 45, supuso un cambio radical desde el primer momento. El vehículo llegó a Puerto Valparaíso y desde allí fue traslado en camión hasta Osorno, donde fue llevado, en primer lugar, a la residencia privada del señor Schneider, donde pasó varios días, a la espera de solucionar una cuestión burocrática. Hans no comprendía aquella decisión; sin embargo, el propio señor Schneider le afirmó que se trataba de papeleos aduaneros que había que solucionar antes de darle uso para evitar males mayores.

Una vez arreglada toda la documentación, el tractor fue trasladado hasta la propiedad de Hans, donde fue empleado desde el primer momento. Los resultados fueron visibles a las pocas semanas, ya que el tractor realizaba cargas de trabajo para las que antes Hans había de emplear a siete jornaleros y, además, en la mitad de tiempo. Ya en el primer mes y antes de recoger la cosecha, los gastos se habían reducido de manera exponencial.

El tractor, de un tamaño que llamaba la atención, relucía bajo el sol y era toda una atracción en Osorno. Era una mezcla entre locomotora a vapor y Ford T, y su sonido era como el de un helicóptero. Contaba con un solo pistón gigante y su vivo color azul con ruedas rojas no solo atraía a niños y curiosos, que se arremolinaban sobre las vallas de la propiedad del señor Schülz, sino a otros propietarios de tierras, alemanes también, que contactaron con el señor Schneider para encargar sus propios Lanz.

Después de seis meses, la situación de los Schülz había dado un vuelco por completo. Gracias al tractor, la producción de sus tierras había crecido tanto que había adquirido, con Frank Schneider, como socio, tierras colindantes para aumentar los cultivos e incrementar más todavía los beneficios. Por entonces, llegó a Valparaíso el segundo tractor. En esta ocasión, Hans insistió en estar presente en ese momento, pues afirmaba que sería muy grato para él, ver descargar aquel vehículo que tanto había cambiado su vida.

El señor Schneider no parecía muy contento, pero aceptó. Durante el camino, vio a Frank con una actitud sombría y desconfiada, algo inaudito en un hombre de su carácter, exponiendo continuamente toda una lista de sucesos que podían ocurrirle al tractor antes de su llegada a Osorno, como si quisiera ahuyentar a la desgracia o atraerla. De hecho, el viaje en sí, no era como Hans se lo había imaginado.

Nada más llegar al puerto, Hans se quedó a solas mientras el señor Schneider discutía con un par de operarios. Por suerte, pensó Hans, eran alemanes y eso facilitaba las cosas. Mientras tanto, en el muelle más amplio, el barco de mercancías que transportaba el tractor retiraba los correajes de seguridad a los contenedores para que las grúas del puerto comenzaran a descargar. Al cabo de unos minutos, el señor Schneider regresó con Hans expresando una forzada sonrisa y con gotas de sudor sobre su frente.

—Ya está todo solucionado.

—¿Cuál era el problema? —preguntó Hans.

—Solicité a la aduana celeridad para que nuestro contenedor se pusiera en camino lo antes posible, pero ya sabe cómo funcionan las cosas. Los altos cargos con los que hablé no han comunicado nada a los operarios, por lo que poco importa que hayan aceptado o no mi requerimiento. Se comprometen con el dinero y, una vez en sus manos, olvidan con una facilidad pasmosa.

Mientras observaban cómo descargaban el barco, un hombre, manco del antebrazo derecho y con una notable cojera, se situó no muy lejos de ellos. Lucía un parche en el ojo izquierdo y en el rostro se apreciaban cicatrices de tono rosado que destacaban sobre el color pálido de su piel. Eran tantas las cicatrices que el menor gesto de expresión estiraba la piel de su cara y le emblanquecía los labios. Se apoyaba en un bastón y, pese a su lamentable estado físico, mantenía una presencia erguida y formal.

—Buenos días —dijo aquel hombre en un perfecto alemán. Para sorpresa de Hans, el señor Schneider lo saludó con cierta naturalidad. Pero lo que más lo desconcertó fue que el hombre no se marchó hasta que el contenedor que contenía el tractor fue descargado del barco. Asintió satisfecho y se alejó caminando tranquilamente entre los muelles del puerto.

Para el camino de regreso tenían pensado pasar la noche en Temuco, donde supuestamente el camión que transportaba el tractor tendría que pararse también. Pero cuando ya se encontraban en el hotel y Hans le pidió al señor Schneider visitar la nueva adquisición, este último se excusó diciéndole que el camión había continuado su camino para ganar tiempo, y que se lo encontraría al día siguiente en su propiedad, listo para trabajar. Sin embargo, no fue así, ya que el tractor tardó un día más en llegar a la plantación de Hans.

Mientras observaban cómo el nuevo vehículo se unía a la labor, recordó al lisiado que vio en el puerto y no dudó en preguntar acerca de él.

—Luchó en la guerra —contestó el señor Schneider—. Era de las SS. Se libró de que lo ejecutaran debido a las heridas que presentaba. Los rusos creyeron que sería mejor castigo dejarlo con vida. Consiguió llegar a las líneas alemanas arrastrándose.

—¿Lo conoce entonces?

—Por supuesto. Lejos de lamentarse de sus heridas, continuó sirviendo a Alemania desde la retaguardia, haciendo lo que buenamente podía. El resto de la historia puede imaginarla.

Hans guardó silencio y recreó en su mente la experiencia de aquel hombre. Era difícil tener alguna conclusión certera acerca de ese sujeto, por lo que no insistió más con el tema, a pesar de lo extraño que había sido su encuentro. Hans no se sentía en la posición moral para juzgarlo, y menos haría preguntas que pudieran alejarlo de un negocio tan lucrativo.

Capítulo Trece

Rolf caminaba de un lado a otro, ayudándose de las farolas y de los árboles para enderezarse y continuar el paso. Los primeros rayos de sol comenzaban a despuntar en el horizonte y sabía que tenía que apresurarse para llegar a casa antes de que sus padres se despertaran y lo reprendieran por llegar borracho una vez más. Tampoco le importaba mucho, pero no tenía ganas de soportar sermón de nadie a aquellas horas.

No había sido una buena noche, para qué negarlo, aunque lo cierto era que las buenas jornadas formaban ya parte del recuerdo.

Las Viejas Espadas se reunían en el *Höhle*, una taberna alemana donde comenzaban a beber cerveza desde primera hora de la tarde. Después, con abundante alcohol en las venas, cantaban himnos y proclamas nazis mientras levantaban la mano derecha y juraban vengar a Alemania. Por la noche, ebrios, salían por las calles buscando a cualquier desgraciado que tuviera la mala fortuna de cruzarse con ellos o realizaban pintadas en escaparates que consideraban, sin tener prueba alguna, que pertenecían a un judío. Después, acudían a un prostíbulo o regresaban a *Höhle* para seguir bebiendo hasta caer rendidos. Eran jóvenes y la mayoría pertenecía a familias adineradas; sin embargo, un ambiente de fracaso y recelo reinaba sobre ellos. Ya era la tercera noche en que la policía agarraba a un integrante de las Viejas Espadas, por lo que tuvieron que terminar temprano sus fechorías. La desilusión se debía, no solo a eso, sino que sospechaban que ya no tenían tanto poder sobre la ley.

Rolf cruzó el jardín de su casa y abrió la puerta, atravesó el umbral y la cerró con cuidado. El silencio que reinaba le hacía saber que sus padres dormían por el momento. Se encaminaba hacia su cuarto cuando lo sorprendió el aroma a café que llegaba desde la cocina. Por el silencio, supo que se trataría de Jael, que estaría leyendo un libro antes de marcharse a esa aberración de escuela que había montado.

—Buenos días —dijo Rolf apoyándose en el quicio de la puerta. Jael, que en efecto estaba leyendo, cerró el libro y lo dejó sobre la mesa.

—¿Otra vez, Rolf? ¿Es que nunca tienes suficiente?

Rolf negó, burlón.

—Es muy temprano. ¿Ya te vas al circo ese? —dijo, refiriéndose a la escuela.

—No tengo ganas de discutir.

—Con ese chileno —inquirió.

Rolf no había podido evitar pasarse en varias ocasiones por la escuela, alegando interés cuando, en realidad, su única intención era intimidar a Román, al que incluso había llegado a conocer en persona. Sin embargo, Rolf sí que intercedió a favor de su hermana cuando las Viejas Espadas propusieron una noche incendiar el centro, por mezclar a niños alemanes y chilenos, él les dijo que había que evitar todo lo que estuviera relacionado con menores.

—No empieces otra vez —pidió Jael, molesta.

Rolf estalló en carcajadas—.

¡Shh! Vas a despertar a nuestros padres.

—Mi hermana tonteando con un chileno como una cualquiera —gritó Rolf.

—Estás enfermo, Rolf —dijo marchándose de la cocina. Rolf intentó detenerla, pero no coordinó bien sus movimientos y estuvo más cerca de caerse que de sujetarla. Lo mejor que podía hacer era irse a dormir.

—Como se pase contigo, lo pagará caro. ¿Me has escuchado, hermanita? ¿Me has escuchado?

Jael, que en ese momento salía de casa, soltó las primeras lágrimas de rabia y frustración. La misma pregunta se repetía una y otra vez en su cabeza: ¿Qué le había pasado a su hermano? ¿En qué clase de monstruo se estaba convirtiendo?

La mente se le despejó cuando llegó al centro de apoyo y vio la fila de niños esperando a que Lucía, la mujer contratada para labores tanto de conserje como de secretaria, abriera las puertas. Los niños, al ver a Jael acercarse por la acera, levantaron todos sus manos y la saludaron con efusividad. Jael, con la espléndida sonrisa que acostumbraba, recorrió toda la fila saludando a cada uno por su nombre, grandes y pequeños, lo que hizo sentir a cada uno de ellos los más afortunados del mundo. Ella no solo era una profesora que les enseñaba, sino que era buena con ellos y hacía suyos los problemas que los jóvenes le contaban.

—¿Han venido con ganas de aprender? —preguntó a uno de ellos. Su melena rubia bailaba a la brisa de la mañana, mientras que el sol aclaraba aún más sus ojos azules hasta disponerlos en un llamativo tono turquesa.

—¡Sí! —respondieron todos al unísono, incluido Román, que llegaba desde el otro de la calle, lo que provocó que los niños lo miraran y se rieran por la ocurrencia que había tenido su profesor. Justo en ese momento, Lucía, que había terminado de disponerlo todo, abrió las puertas y los estudiantes corrieron hacia el interior. A estos, enzarzados en una alegre conversación, los siguieron Jael y Román.

Ninguno de los dos podía evitar emocionarse al ver en lo que se había convertido el centro y el fuerte mensaje que hacía llegar a los demás. Niños chilenos, alemanes y algunos españoles, libres de todo prejuicio, estudiaban codo con codo, se ayudaban y hablaban de sus costumbres con orgullo pero libres de altanería o de sentimiento de superioridad.

Además, ambos se sentían afortunados de haberse encontrado con el otro. Por un lado, Jael reconocía que sin Román no hubiera sido capaz de ganarse la confianza de los padres chilenos, con lo que el proyecto habría desembocado en un centro educativo para alemanes. Por el otro, Román no había día que no agradeciera haber entrado al lugar aquella tarde, mientras Jael organizaba los libros en la estantería. Los padres de los jóvenes estaban tan contentos que no tardaron en hacer una colecta y entregar lo recaudado para financiar la compra de material. Román y Lucía percibían un sueldo, pero Jael conseguía su dinero con las clases que continuaba dando algunas tardes a hijos de alemanes.

—Hay que iniciar una lectura con los más grandes del grupo —dijo Jael.

En ese momento, Lucía, que había agrupado a todos los niños en una sala adaptada como biblioteca, se disponía, como todas las mañanas, a decirles tres acertijos para borrar el último rastro de sueño de sus cabezas y tenerlos activos desde primera hora; cada acertijo estaba dirigido a un grupo de edad. Tenían el resto del día para decirle las soluciones. Solo había dos normas: el que lo resolviera debía guardar silencio y solo se tenía una oportunidad de decirle la respuesta, excepto los más pequeños, que podían intentarlo todas las veces que quisieran.

—Yo me encargo.

—¿*Los Miserables* otra vez? —preguntó Jael ladeando la cabeza.

—¿Acaso lo dudabas? Es una obra muy completa: hace a los chicos pensar.

—Como quieras.

La sonrisa de Román, un destello blanco sobre la tez aceitunada de su rostro, deslumbró a Jael, como venía haciendo desde poco después de que Román apareciera esa bendita tarde. En un primer momento, ella no supo identificar bien ese calor agradable que ascendía por su estómago, ese bienestar inexplicable que sentía cuando se encontraba con él a solas o cuando sus miradas se cruzaban. Quizás era la felicidad por estar consiguiendo hacer realidad su sueño o algo más intrincado que le daba miedo reconocer siquiera en la soledad de sus pensamientos.

—Por cierto, Jael —dijo Román—, ¿sigue en pie la jornada de convivencia?

Jael asintió.

—El ejercicio físico es muy importante para el crecimiento. Aquí no tenemos espacio, pero he pensado en rentar un autobús para ir a algún lugar fuera de la ciudad. Pero, no se me ocurre a dónde podemos ir.

—Conozco un lugar no muy lejos: un lago. Está rodeado de árboles y creo recordar que había un embarcadero. Solía ir de pequeño. Es ideal.

—Sería fantástico.

—Si quieres, pido información acerca del autobús, Jael —dijo Lucía, que no pudo evitar oír la conversación.

—Sería estupendo. Gracias, Lucía.

Lucía Sánchez, se había incorporado a los pocos días de la apertura del centro. Era una joven de clase humilde que no había podido acceder a los estudios. Sin embargo, había leído mucho y se preparó por su cuenta, lo que le había hecho ser atenta e instruida pese a las dificultades. Se enamoró de la propuesta desde el primer momento y estaba encantada de formar parte de un proyecto que consideraba más que necesario. «Ojalá fuera yo uno de estos niños», solía decir.

Por lo anterior, ponía todo su esfuerzo para que las cosas resultaran de la mejor manera. Ella coordinaba, hacía de secretaria, y apoyaba a Jael y Roman, quienes impartían las clases.

Hasta ese momento no era necesario mas personal, pues solo había dos salas y la biblioteca, que también era oficina.

En realidad, todo funcionaba por la improvisación y el carisma del equipo formado por los tres. Ellos dedicaban todas sus energías a ayudar a todos los jóvenes que acudían al centro. No obstante, su propuesta educativa y el hecho de que la Junta de Educación de la comuna no los considerara como escuela, les había originado críticas de profesores que no veían con buenos ojos el proyecto de Jael.

Capitula Catorce

A las palabras de Jael les siguió un profundo silencio por parte de Myriel y Jeanne. Lo que había empezado como unas inesperadas vacaciones estaba tomando un matiz muy complicado. Jael observó a sus nietas y pensó en la ingenuidad en la que habían vivido todos estos años, aunque también era cierto que nadie podía hacerse una idea de lo que ella vivió desde su llegada a Chile hasta el año 1960.

Esa parte de su vida permaneció oculta en su interior, relegándola a la inexistencia. Quizás si la vida hubiera transcurrido por otro camino, ella podría haber indagado más acerca de lo que ocurrió ese día que su vida se partió en dos, pero, tras la muerte de su hijo en un terrible accidente de tráfico cuando sus nietas aún eran pequeñas, tomó a su cargo a las niñas y les dedicó todas sus energías.

Remover el pasado teniendo dos niñas a su cargo habría sido un acto egoísta e irresponsable. Pero todo había cambiado. Sus nietas, aunque jóvenes, ya eran mujeres, al fin y al cabo, y la verdad oculta de esos años que permanecieron en el olvido había salido a la luz para hacerse realidad.

—¿Eras profesora? —preguntó Jeanne sin dar crédito a sus propias palabras. Jael asintió solemne, anegada de recuerdos.

—Profesora, pero sin estudios, todo fue basado en la experiencia que iba adquiriendo, antes algunos profesores nos íbamos formando así. Fui muy feliz los años que me dediqué a eso. Era joven y quería cambiar el mundo.

Myriel, más seria que su hermana, tamborileaba la mesa con sus dedos.

—Lo que nos has contado, ¿está relacionado con la carta que quemaste?

—En parte. Aunque, para ser sincera, aún desconocía el desastre que se estaba fraguando a mi alrededor. —Una vez dicho esto, señaló el celular con la mirada y apuntó con su dedo índice a la fotografía—. Por eso quiero marcharme de aquí cuanto antes. —Su dedo señalaba hacia la imagen del comisario Hernández. Las nietas observaron su gesto con temor.

—Pero ¿qué decía en la carta, abuela? —insistió Jeanne.

—Nada que puedan comprender por el momento —contestó Jael con una sonrisa en los labios.

Apuraron sus bebidas y regresaron al hotel en taxi. Una vez allí, Myriel trató de conseguir un vuelo de regreso a Santiago para esa misma noche. Mientras tanto, Jeanne, devorada por los nervios, fumaba un cigarrillo junto a la puerta del hotel. Su mirada barría la calle de un lado a otro, deseando y temiendo al mismo tiempo vislumbrar al comisario en su auto, agazapado, atento a cualquier movimiento de alguna de las tres.

Ni el humo del cigarrillo podía aliviar el agobio que le oprimía el pecho. Aspiró una última calada y cuando iba a tirar la colilla, sus peores temores se hicieron realidad: al otro lado de la

calle, bajo la sombra de un árbol, vio el mismo auto y el mismo hombre que aparecía en la fotografía. Allí estaba el comisario Hernández, observándola, sin esconder la mirada cuando Jeanne lo descubrió. Esta no tardó ni un segundo en darse la vuelta y dirigirse a la habitación.

Jamás creyó que se le podía hacer tan largo un camino tan corto como era el que había desde la entrada del hotel hasta la habitación. Recorrió con desesperación los pasillos y aporreó la puerta con tanto ímpetu que Myriel preguntó con cierto recelo de quién se trataba.

—Soy yo. ¡Abre la puerta! —gritó Jeanne.

Myriel abrió la puerta al instante.

—¿Qué ocurre? —Jael, que se encontraba en la terraza, entró con cara de circunstancia.

—¡Ese hombre está ahí fuera! ¡Lo he visto! —dijo señalando hacia la puerta.

—Dios mío.

—¿El comisario Hernández? —preguntó Jael con aplomo. Su nieta asintió. Jael bajó la mirada y reflexionó unos segundos ante la histeria de sus nietas.

—Nos vamos de inmediato, abuela. Hay un vuelo en un par de horas, hay que hacer dos escalas, pero por nada del mundo vamos a quedarnos aquí —dijo Myriel.

—Traigo la tarjeta de crédito. No importa cuánto cuesten los pasajes —dijo Jeanne.

Sin embargo, Jael sabía que huir no solucionaría el problema. Ese hombre, el comisario, estaba obsesionado. Lo había visto en sus ojos cuando se reunieron con él. Sabía que las perseguiría hasta Santiago o hasta los confines del mundo, y más si había conseguido leer los fragmentos de carta que no se habían quemado. No podían marcharse.

Hernández no perdió de vista a la nieta de la anciana hasta que esta se marchó corriendo hacia el hotel. Lo había visto, pero no le importaba, aunque no esperaba que esa fuera la reacción de la joven. Eso le hacía suponer que Jael les había contado la verdad, lo que significaba, a su vez, que la anciana le había ocultado información por algún motivo en concreto. Estaba convencido de que sabía perfectamente quién era Aníbal Valjean y, por supuesto, que sabía mucho más acerca del contenido de la carta que quemó para que nadie más pudiera leer sus líneas y descubrir su secreto. Pretendió que las llamas borrarán el último rastro, que el fuego condenara al olvido aquellas líneas.

—Te crees muy lista, vieja —dijo a solas mientras observaba con fijación la puerta del hotel. A partir de ahora tenía que aguantar. No podía hacer otra cosa, pues estaba a la espera de que el agente Rojas recopilara información acerca de ese Aníbal, y mientras tanto existía la posibilidad de que regresaran a Santiago, aunque ya tenía pensado qué hacer en tal caso para retenerlas en Valdivia, al menos durante un tiempo.

Hizo un esfuerzo y sacó del bolsillo de su chaqueta una fotografía de los fragmentos legibles de la carta. Cuando leyó las frases seccionadas por las llamas, experimentó de nuevo una mezcla de sentimientos que le llevó a recordar a su madre y lo mucho que insistía en la cuestión que lo ocupaba en ese momento. Casi podía verla, agotada después de pasarse todo el día trabajando por unos pocos pesos, consumida por una vida que la había señalado como si se tratara de una delincuente. Pese a que el comisario tenía más de sesenta años, en aquel momento se sintió como si no tuviera más de siete, desando encontrarse otra vez entre sus brazos.

—Es nuestro, mamá. Es nuestro y voy a recuperarlo —dijo con voz gangosa.

Se frotó los ojos, cogió aire y guardó la fotografía en la chaqueta. Miró su reloj y comprobó que habían pasado cerca de veinte minutos desde que vio a la nieta de Jael entrar en el hotel. Se desprendió de todo sentimentalismo y se concentró de nuevo en su objetivo.

Su nostalgia se transformó en inquietud. Jeanne lo había reconocido, por lo que Jael ya sabría que él se encontraba ahí fuera. Pensó en que quizás estuvieran observándolo, esperando que se

marchara. Aquella repentina idea provocó que arrancara el motor y se dispusiera a dar un rodeo con la intención de hacerles creer que se iba, como si quisiera precipitar el próximo movimiento del destino. Así, rodando a escasa velocidad, bajó la calle y dio la vuelta en un cruce. Después ascendió por la misma carretera, pero se detuvo antes de llegar al hotel, pues un auto de alquiler, de esos que se rentan en los aeropuertos, acababa de salir del estacionamiento del hotel.

—Te pillé, vieja.

Capítulo Quince

Jeanne y Myriel creían que su abuela había perdido la cabeza. Lo tenían todo dispuesto para regresar a Santiago y las maletas junto a la puerta de la habitación cuando la anciana se sentó en una de las camas y, con el anillo de la caja entre sus dedos, dijo que lo había pensado mejor y que prefería quedarse al menos ese día. Los rostros de estupefacción de sus nietas no hicieron mella en su opinión y, una vez transmitida su voluntad, les dijo que desearía visitar esa escuela donde hallaron la caja. Jeanne le replicó diciendo que el comisario estaba ahí fuera, que las estaba vigilando y que ese hombre le daba muy mala espina. Sin embargo, parecía que alguien hubiera cambiado el cerebro de su abuela, pues esta cuestión apenas le preocupaba.

—Todo saldrá bien, fueron las palabras que pusieron fin a toda discrepancia.

Mientras Myriel y Jael se dirigían al vehículo, Jeanne se acercó a la salida del estacionamiento con un cigarrillo en los labios y miró disimuladamente la calle. El comisario se había marchado, lo cual la tranquilizó bastante. Pensó, llevada por su repentino optimismo, que quizás el hombre de antes no se trataba del comisario, o que igual él vivía por allí y por eso había salido en la fotografía. Decenas de razones donde la casualidad primaba sobre cualquier otra posibilidad colmaron la cabeza de Jeanne, que apagó el cigarrillo en cuanto Myriel se detuvo junto a ella.

—Ese hombre no está —dijo emocionada Jeanne al subirse al auto. Myriel respiró aliviada; sin embargo, el sosiego de Jeanne se enturbió al ver la reacción de su abuela.

—¿Estás segura, abuela? Todavía estamos a tiempo de marcharnos —dijo Myriel.

—Lo estoy. Fueron ustedes las que insistieron en que viniéramos a Valdivia. No ocurrirá nada.

Sus nietas guardaron silencio y se miraron de reojo.

—¿Qué esperas encontrar en la escuela? —preguntó Jeanne.

—Solo quiero verlo con mis propios ojos.

El resto del trayecto lo hicieron en silencio. La tensión que había en el ambiente y las miradas continuas que las tres dedicaban a los espejos para comprobar si las perseguía el comisario expresaban mejor que nada el pensamiento que tenían. A la salida del Valdivia, Jael les dijo que necesitaba ir al servicio, petición a la que se sumó Jeanne, por lo que Myriel decidió estacionar en la primera gasolinera que encontrase y así aprovechar la parada para repostar combustible. Por alguna razón que no supo ni explicarse, intuyó que iban a hacer bastantes kilómetros y que la escuela era la primera parada en un largo camino.

—La abuela quiere comprar una botella de agua —dijo Jeanne señalando hacia la tienda.

Myriel asintió y le preguntó a su hermana qué opinaba del repentino cambio de opinión de la abuela.

—No sé qué decir —dijo Jeanne—. Todo esto es muy extraño. ¿Recuerdas lo que te dijo el

comisario? Se supone que no iba a dedicarle ni un minuto más a la investigación y, sin embargo, un rato después, descubrimos que nos está siguiendo. Estoy segura de que él y la abuela saben mucho más que nosotras.

—¿Crees todo lo que nos ha contado?

Jeanne se mostró tajante en respuesta.

—El problema es lo que no nos ha contado todavía. Conozco muy bien a la abuela y sé que no nos engañaría con historias absurdas. Si lo piensas, sabemos muy poco acerca de su juventud. Yo ni siquiera sabía que fue profesora y mucho menos que fundó un centro educativo en Osorno. Pero, si lo piensas, ha de ser cierto. ¿Dónde ha aparecido la caja? En una escuela; quiero decir, hay relación.

—Tienes razón.

En ese momento, sonó el crujir del plástico de una botella. Era Jael.

—¿Preparadas para partir? —preguntó.

Las nietas contestaron afirmativamente al unísono, se subieron al auto y se pusieron otra vez en camino. Ya estaban casi en las afueras de la ciudad, por lo que no deberían tardar mucho en llegar a la escuela. Preguntaron a un par de vecinos y, siguiendo las indicaciones, pudieron llegar sin mayores problemas a un camino de tierra que las condujo a una serie de construcciones ruinosas amparadas por una exuberante vegetación: habían llegado. Estacionaron frente a lo que parecía el edificio principal y se bajaron del auto.

—Esto tiene que ser la escuela —dijo Jeanne.

—Lo es —dijo Myriel señalando hacia un cartel oxidado que había sido devorado por la maleza.

Las nietas se aferraron a los brazos de su abuela para evitar que esta tropezara y se dirigieron hacia el interior del edificio. Todo estaba abandonado, cubierto de escombros y polvo.

—Será mejor no entrar en los edificios —dijo Myriel.

Jael asintió y miró hacia las escaleras, cuyos peldaños ascendían a un piso inexistente. Borearon el edificio principal y caminaron hacia el patio trasero, donde la estatua de la mujer y del niño, caída a un lado, mostraba el lugar donde habían descubierto la caja. Sin embargo, cuando ya estaban a punto de llegar a la fuente, un par de niños salieron corriendo del otro lado de la explanada y se acercaron a ellas.

—¿Siguen impartiendo clases? —bromeó Jeanne. Los niños rieron y negaron de inmediato con la cabeza.

—¿Han venido por el tesoro? —preguntó uno de ellos.

—¿Qué tesoro? —preguntó Jael.

—El que la policía se llevó. Estaba debajo de la fuente.

—Solo queríamos visitar el lugar. No sabemos nada de ningún tesoro —comentó Jael.

El muchacho se tapó la boca con las manos como si hubiera cometido un error insalvable, lo que provocó la risa de las tres.

—¿Y dónde se supone que estaba ese tesoro? —preguntó Jeanne.

El niño se giró y señaló hacia la fuente.

—Ahí mismo. Estábamos jugando al escondite y la estatua se cayó de repente.

Todos observaron la figura ladeada desafiando a la propia gravedad. Con precaución, se acercaron.

—Parece un ángel —dijo Myriel. Jael, con sus nietas aferradas a sus brazos, tenía la sensación de que la conducían de manera irremediable hacia su pasado. Se detuvieron junto al muro que cercaba el lugar y observaron el espacio que antes había ocupado la caja.

—Ahí mismo estaba —dijo uno de los niños.

Jeanne, al cerciorarse de que no había nada más en aquel lugar, soltó el brazo de su abuela y comenzó a caminar alrededor del ángel de piedra. Nada le llamó la atención hasta que llegó a la altura del rostro de la estatua, especialmente al de la mujer, que, aunque desgastado por el paso del tiempo, reconoció enseguida.

—¡Dios mío!

Jael y Myriel miraron a Jeanne con el corazón sobrecogido.

—Eres tú, abuela —gritó Jeanne. Todos acudieron al frente de la estatua y comprobaron cómo, ciertamente, el ángel evocaba el rostro de Jael. Esta, con los ojos llenos de lágrimas, extendió su mano y acarició las mejillas duras y frías. Después, sus dedos se posaron sobre la cabeza del niño que estaba en sus brazos. Jeanne y Myriel se miraron sin saber cómo reaccionar.

—¿Es un ángel, señora? —preguntó uno de los niños. Jael se rio ante la ocurrencia del muchacho.

—Mira, abuela. —En esta ocasión, Myriel señaló hacia un adoquín que sobresalía del suelo. Todo estaba cubierto de polvo y tierra, pero, al mirar de cerca, se podía distinguir la silueta de un par de letras—. ¿Qué es lo que pone?

La atención se centró hacia ese punto en concreto. Algunas letras estaban en muy mal estado, pero, en general, el mensaje podía leerse con facilidad.

—Fuente de Jael —dijo Myriel—. Es tu nombre, abuela.

—¡Es el ángel! —gritó el niño.

Aquellos dos hallazgos fueron demasiados para Jael, que navegaba entre la sorpresa y la incredulidad. Su ser entero se estremeció y por su rostro cayeron lágrimas de emoción.

—¿Ese tal Aníbal construyó la fuente? —preguntó Myriel.

—Eso parece—contestó Jael, aún perpleja.

A la pregunta de Myriel le siguieron una docena más, ambas nietas no podían creer lo que estaban viendo. No obstante, acabaron por despejar todas las dudas que pudieran tener respecto a lo que les había contado su abuela.

El comisario Hernández había tomado muchas precauciones a la hora de seguir el auto en el que iban las tres mujeres. Se había mantenido alejado en todo momento, siempre tres o cuatro vehículos por detrás de ellas, pues sabía que si lo descubrían, cambiarían sus planes o darían la vuelta para regresar al hotel. Pronto intuyó hacia dónde se dirigían y sintió como su corazón se encabritaba. Cuando se aseguró de que se dirigían a la escuela donde hallaron la caja, esperó varios minutos en el arcén y después aparcó su auto a cierta distancia, oculto entre matorrales. Caminó la distancia que lo separaba de la escuela y, ocultándose tras un árbol, observó como las tres mujeres, acompañadas de dos niños, caminaban por las ruinas de la escuela.

Tuvo que avanzar en cuanto dejaron atrás el edificio principal, por lo que decidió dirigirse al interior y vigilarlas desde la oscuridad. Al parecer, los niños les estaban explicando dónde encontraron la caja; después, fue testigo de cierto momento emotivo que vivió la anciana. Todos señalaban hacia el suelo como si hubieran descubierto algo relevante.

El comisario aguardó en su posición, atando sus impulsos para no cometer ninguna locura. Tal y como se figuraba, esa mujer no iba a marcharse de Valdivia como si nada, lo que era una certeza más de que todo aquello era real. El oro que ese tal Aníbal Valjean mencionaba en la carta, la misma que Jael había intentado destruir, existía y estaba escondido en alguna parte. Tan solo tenía que seguir a Jael y esperar el momento adecuado para recuperar lo que debió de pertenecerle a su madre.

Por fin, unos diez minutos después, las tres mujeres se marcharon hacia su auto y tomaron la

carretera en dirección a Valdivia. El sol comenzaba a posarse sobre el horizonte, por lo que Hernández intuyó que se dirigirían de regreso al hotel para descansar. Asegurándose de que los niños se habían marchado también y de que nadie podía verlo, regresó a su vehículo y se dispuso a seguir a Jael para asegurarse que se dirigían al hotel. Ahora, más que nunca, no podía despistarse ni un solo segundo.

Lo primero que hicieron nada más llegar fue dirigirse al restaurante: había sido un día muy largo y estaban hambrientas. Una vez estuvieron sentadas y disfrutando los primeros bocados de la cena, Jeanne insistió en preguntarle a su abuela por Aníbal Valjean.

—¿Quién era ese hombre? —decía Jeanne.

—Aún tienen que saber muchas cosas antes de llegar a ese punto —dijo Jael con una sonrisa maliciosa. Myriel se fijó en que, pese a la actitud despreocupada de su abuela, sus ojos reflejaban una melancolía penosa, un reflejo constante de un pasado que sacudía su alma.

—Al menos no hemos vuelto a ver a ese comisario —dijo Myriel.

—Y que lo digas. Qué hombre más desagradable —añadió su hermana.

—Todavía me resulta increíble todo esto —dijo Myriel.

Las dos hermanas se enzarzaron en una discusión acerca de los últimos acontecimientos, mientras que Jael, releía las páginas de su memoria, mientras asentía y hacía gestos para que sus nietas creyeran que las estaba escuchando con atención. A medida que pasaban las horas, sus esfuerzos por recordar días pasados habían conseguido recopilar cada vez más recuerdos, como si hubiera tenido que desempolvarlos y acicalarlos antes de disponer de una imagen definida de ellos.

—¿Estás bien, abuela? —le preguntó Myriel después de que Jael no contestara a sus preguntas.

—Sí, lo siento. Es que estoy recordando muchas cosas en muy poco tiempo.

—No te preocupes. Yo también estaría confusa —dijo Myriel cogiéndole las manos.

—Abuela —dijo Jeanne con un tono de voz nada común en ella—, ¿qué es lo quiere el comisario?

Jael miró a su nieta y reconoció a su hijo en su mirada. También a su padre.

—Tendría que seguir contándoles lo que ocurrió para lo comprendan.

—Te escuchamos —dijo Myriel, mientras las dos hermanas se preparaban para oír el relato de su abuela, mucho más atentas que la primera vez.

Jael, decidida, miró a su alrededor y comprobó que todavía quedaba mucha gente en el restaurante, por lo que tenía tiempo suficiente.

—¿Por dónde íbamos?

—Cuando abriste la escuela. Querías llevar a los niños de excursión al lago.

—Oh, sí, claro. Ya me acuerdo. Por entonces, las cosas comenzaron a complicarse para todos.

Capítulo Dieciséis

La aguja del reloj había pasado ya de las doce y el silencio reinaba en las calles. La medialuna dispensaba una luz tibia y clara que apenas se apreciaba entre los reflejos de los autos y la luz de las farolas.

Agazapados, ocultos como fieras a punto de saltar sobre su presa, Rolf y sus amigos de las Viejas Espadas, esperaban para actuar. Eran en total unos siete y se repartían a lo largo de un amplio jardín con arbustos.

—¿Cuál es la tienda de ese judío? —preguntó Rolf mientras pasaba una piedra de una mano a otra. Carl, uno de los cabecillas de las Viejas Espadas, señaló hacia el tercer escaparate de la calle. Se trataba de una pequeña relojería.

—Esa es. Deberíamos quemar el edificio entero para desinfectar su ponzoña —dijo Carl.

Otro miembro del grupo, Harman, que vigilaba la esquina de la calle para asegurarse de que nadie les sorprendía, se acercó al grupo y dijo que era el momento. El mensaje se extendió rápidamente por todo el grupo. Las Viejas Espadas prepararon sus armas —piedras, palos y navajas— y esperaron la señal definitiva.

Carl salió de su escondite y levantó el brazo.

—¡Heil Hitler! —gritó.

—¡Heil Hitler! —gritaron al unísono el resto de sus camaradas, lanzándose a la carrera hacia la tienda. Rolf, desde el centro de la calle, lanzó la piedra con todas sus fuerzas y rompió el cristal del escaparate en pedazos.

Aquel primer éxito alentó a los jóvenes, que saltaron sobre los pedazos rotos del cristal y entraron en la tienda dispuestos a destrozar cuanto fuera posible.

—¡Cerdo judío! —gritaban mientras volcaban las estanterías, rompían espejos y se guardaban en el bolsillo todo lo que pudiese tener valor.

Mientras sus camaradas arrasaban el lugar, Rolf se dirigió a la fachada del edificio y sacó varios trozos de carbón que llevaba en los bolsillos. Sobre la pared blanca, escribió con numerosas faltas de ortografía: *No queremos judíos*.

—¡Fuera ya! —gritó Harman desde la calle—. ¡Fuera!

Perfectamente sincronizados, los jóvenes salieron a toda velocidad de la tienda y corrieron por la calle como locos. A sus espaldas se empezaron a escuchar gritos y reproches. Rolf se detuvo y se giró. Encima de la tienda, en uno de los balcones del edificio, un hombre totalmente fuera de sí agitaba su puño en el aire e insultaba a los jóvenes. Rolf, en actitud desafiante, avanzó un par de pasos y, pese a la distancia, le lanzó una piedra. El hombre se agachó y la piedra impactó en la barandilla.

—Vamos, Rolf —le gritaron sus amigos.

Los jóvenes, borrachos de adrenalina, decidieron ir a gastar parte de su botín al *Höhle*, donde

podían pagar las ingentes cantidades de alcohol que consumían con lo poco o mucho que hubieran robado.

El propietario de la taberna, nazi acérrimo, aceptaba las piezas que los muchachos le ofrecían, siempre que hubiera sido robado a un judío —pese a que muchas veces se la sustraían a sus propios padres—, animando así a los jóvenes a continuar delinquiendo.

—Lo has hecho bien, Rolf —dijo Carl levantando su pinta de cerveza, proponiendo un brindis por su amigo—. Tienes la puntería de un francotirador de la *Wermacht*.

El resto jaleó lo dicho por Carl.

—Aún tendríamos que estar tirando piedras a ese judío —dijo Rolf.

En la mesa de al lado, junto a ellos, dos hombres levantaron sus copas en honor a Rolf y toda la taberna brindó por su puntería.

—En cuanto ese desgraciado vuelva a abrir la tienda, le hacemos otra visita —dijo Carl.

No era ninguna tontería la presión a la que determinados negocios eran sometidos. Muchos de ellos, al igual que la relojería que acababan de arrasar, llegaban a una situación límite.

Algunos propietarios hacían la maleta y se marchaban de la ciudad, pero otros se endeudaban para poder reabrir su local. Era entonces cuando los jóvenes regresaban y lo destrozaban todo de nuevo.

La fiesta y la emoción continuaron hasta que la puerta de la taberna sonó con estrépito: tres golpes secos en la parte baja de la puerta. Incluso las Viejas Espadas guardaron silencio. El propietario se acercó a ella garrote en mano y la abrió, la puerta de la taberna siempre estaba cerrada. No todo el mundo tenía permitida la entrada. Con la mano invitó a pasar a quien estaba al otro lado del umbral. El chirrido de una muleta al apoyarse sobre el suelo reinó sobre el silencio. Un hombre joven con solo una pierna y medio rostro repleto de injertos debido a graves quemaduras avanzó hacia la barra, barrió la taberna con una mirada dura y se sentó en un taburete. El propietario cerró la puerta, regresó a su puesto natural y sirvió una cerveza al recién llegado. Poco a poco, las conversaciones fueron desplazando el silencio hasta que la normalidad se instauró en el ambiente de la taberna. Carl miraba con adoración y temor al recién llegado, que, por otra parte, no era muy partidario de las Viejas Espadas.

—Otto Van Salek —dijo.

—Veterano del frente del este —dijo Harman.

El resto asintieron en silencio y dieron un trago a la cerveza. Hasta Rolf parecía intimidado. Miraba sin cesar a Otto que estaba sentado de espaldas a él, y envidió el aura de valentía que desprendía ese hombre. Hasta el propietario, siempre rudo e intransigente, se mostraba servicial con Otto.

Poco a poco, los allí presentes parecieron olvidar la presencia del hombre. y, quizás animados por el alcohol, comenzaron a cantar canciones y gritar proclamas nazis. Todo parecía normal, como cada noche. Nadie se percató de cómo Otto comenzaba a negar sutilmente con la cabeza, decepcionado por cuanto oía. Fue entonces cuando uno de los jóvenes de las Viejas Espadas se acercó a la barra para pedir otra pinta de cerveza, poniendo sobre la madera uno de los relojes robados aquella noche. Otto, que estaba próximo, lo miró de reojo.

—Esta noche invita un cerdo—dijo con una carcajada.

Lo que ocurrió a continuación dejó a todos sin reacción. Otto, en un movimiento inesperado, golpeó al joven con la muleta y, levantándose del asiento, encaró sin temor al grupo jóvenes.

—¿Qué se creen? —dijo secamente. Ninguno de los jóvenes se atrevió a contestar.

—No queremos problemas amigo —dijo Rolf alzando su jarra de cerveza.

Otto lo miró con desprecio.

—No me llames amigo. No son más que unos cobardes. —Dicho esto, Otto se dio la vuelta, dispuesto a regresar a su asiento. Pero Rolf, afectado ya por el alcohol, no estaba dispuesto a permitir que lo insultasen sin más. Poco le importaba que se tratase de un veterano.

—Yo no soy ningún cobarde, lisiado —gritó.

Un silencio tenso se instauró en la taberna. Otto se detuvo antes de llegar a su asiento y se giró lentamente. El chirrido de la muleta helaba la sangre de los allí presentes.

—¿Qué eres entonces? —preguntó Otto, desafiante, dando un paso al frente sin retirar la mirada de Rolf.

—Alemán ante todo y fiel a mi Führer.

—Tu Führer está muerto —dijo el veterano.

—Su sacrificio nos ha mostrado el camino a seguir —añadió Rolf. Otto lo observó de arriba abajo. Negó con la cabeza y volvió a dirigirse a su asiento.

—¿A dónde vas?

—Eres un crío. No merece la pena.

—Lisiado y cobarde —dijo Rolf. Leves susurros recorrieron la taberna.

Estas palabras fueron demasiado para el veterano, que volvió a encarar a Rolf.

—¿Has combatido? —dijo con voz profunda—. ¿Alguno aquí ha combatido en la guerra? —gritó.

Nadie en la taberna alzó la voz y, en cambio, muchos agacharon el rostro.

—No son más que unos imbéciles que no hacen más que llenarse la boca de proclamas. Pero ¿qué es todo esto? —dijo señalando un puñado de relojes que había sobre la mesa—. ¿Esto lo hacen por su *Führer*? No son más que delincuentes. Me gustaría haberlos visto en el frente; no habrían durado ni cinco minutos.

—Habría sido un honor morir por el *Führer* —dijo Rolf.

—Te aseguro que no hay honor en la muerte, muchacho.

Rolf quiso replicar, pero la imagen de Otto, sus terribles heridas y la única pierna que tenía hablaban con más convicción que sus propias palabras.

—El *Führer* ha muerto —dijo Otto mientras se dirigía hacia la puerta, repitiendo aquella frase como si se tratara de una maldición.

Capítulo Diecisiete

Hans Schülz paseaba por sus plantaciones todas las mañanas. Al iniciarse en el negocio y disponer de pocas tierras, su paseo solía ser el mismo, pero desde la llegada de los tractores y la ampliación de la finca, cada mañana, antes de salir de casa, tenía que elegir qué camino iba a tomar. Aparte de que le gustaba comenzar el día con un paseo matutino, consideraba oportuno que los mozos lo vieran a diario controlando la producción, preguntándoles dudas acerca de las semillas o de cuál era la mejor manera de evitar a los insectos. Hans escuchaba a sus trabajadores e incluso se permitía alguna broma cuando se encontraba de excelente humor, cosa que cada vez solía pasar con menor frecuencia.

Fiel a su costumbre, la mañana después de que las Viejas Espadas robaran en la relojería, Hans caminaba tranquilamente entre los cultivos, ajeno a las actividades nocturnas de su hijo. Había escuchado a algunos trabajadores hablar acerca de un robo y destrozos, pero él se negó a atar cabos, pese a que cuanto más escuchaba, más certeza tenía de que su hijo estaba involucrado. Agachado, contemplando los primeros brotes, vio a lo lejos un vehículo que reconoció de inmediato: era el de Frank Schneider. Para no hacerle esperar mucho, pidió un caballo a uno de los mozos y se acercó galopando hasta su casa. Ya en el saludo advirtió que el señor Schneider parecía molesto y ansioso por tratar un tema cuanto antes en la privacidad de su despacho. No lo hizo esperar, y nada más cerrar la puerta que los aislaba del resto del mundo, el señor Schneider dijo:

—Tenemos un problema con su hijo, Hans.

Este se puso la mano sobre la frente y suspiró.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—¿Hace falta que se lo diga? No se habla de otra cosa en la ciudad. Ya le dije en una ocasión que las compañías de su hijo no son las más adecuadas, pero la situación no ha hecho más que empeorar y ahora... y discúlpeme por mi atrevimiento, diría que su hijo se ha convertido en el peor de toda esa banda de maleantes.

Hans encajó el golpe con estoicidad y, sobre todo, con inteligencia. Era cierto que el señor Schneider le había faltado el respeto a su hijo, pero también era verdad que era su socio principal y el único que tenía los contactos para traer los tractores desde Alemania. Por otro lado, Frank no había dicho ninguna mentira. Rolf estaba desatado y sabía que su futuro no era muy halagüeño si no cambiaba radicalmente de mentalidad.

—Está en una edad difícil y ha sufrido mucho —se excusó Hans, aunque sabía que sería insuficiente para el señor Schneider.

—Todos hemos sufrido, Hans. Comprendo a su hijo, a todos esos muchachos, pero Rolf tiene que comprender que ese tiempo ha pasado. Su actitud solo nos buscará problemas.

—Tiene usted razón.

El señor Schneider cogió aire y suspiró.

—Confío en que hablará con él y pondrá remedio.

—Seré inflexible con él a partir de este mismo momento. Descuide.

Sin embargo, las palabras de Hans no se transformaron en actos concretos. Tan solo mantuvo una breve conversación con Rolf en la que este le dejó claro que no estaba haciendo nada malo y que todas sus fechorías no eran más que rumores infundados. Así pues, Hans, incapaz de dominar a su hijo, simplemente se confió a la suerte para que no se volviera a meter en problemas, al menos por un tiempo.

Sin embargo, apenas dos días después de mantener la conversación con el señor Schneider, lo llamaron de la comandancia de Osorno para comunicarle que su hijo, Rolf Schülz, estaba en el calabozo, arrestado bajo fianza por una pelea en la calle. Esta vez el señor Schneider argumentó experimentar tal rabia por lo sucedido que creyó más conveniente mantener una conversación telefónica.

—Creo que no es consciente, Hans, de en lo que estamos inmersos. ¿De verdad no es capaz de dominar a su hijo? ¿Va a permitir que ese inconsciente lo eche todo por la borda?

—De ninguna manera —respondió Hans comprendiendo a qué se refería su socio. Pues desde hacía unos meses, conocía la realidad del negocio de los tractores. Se había ganado la confianza del señor Schneider, y él lo había hecho partícipe del secreto que tan buenos dividendos le traía.

—Sabe tan bien como yo lo que ocurriría si llamáramos la atención de las autoridades. Podemos blanquear gran parte del capital en las granjas o las factorías, pero sería imposible hacer desaparecer las comisiones de cada envío. Eso significa que tenemos un punto débil, que debemos ser cuidadosos y no tentar a la suerte.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Schneider.

—Bien, y si necesita ayuda para dominar a su hijo, dígamelo. Puedo mandarlo una temporada lejos para que se olvide de sus amistades y de sus muchos vicios.

—Mi hijo es asunto mío —dijo Hans.

—Lo comprendo, pero es vital que solucione el problema cuanto antes. De momento, y si me permite el consejo, déjelo un par de días en el calabozo. Le vendrán bien para redimirse. Tengo varios contactos en la comisaría, por si le preocupa su seguridad.

—Quizás eso le haga pensar un poco en las consecuencias de sus actos.

—Téngalo por seguro. Nada como verse privado de la libertad para pensar en los errores que uno ha cometido a lo largo de su vida y en los pasos que le han llevado a estar en una situación tan angustiosa.

Hans se preguntó, a raíz de lo escuchado, si alguna vez el señor Schneider habría estado encarcelado. Por supuesto, consideró que no era el momento de resolver su cuestión.

—Esperemos que todo esto sirva como punto de inflexión —continuó el señor Schneider—. Bien, y en cuanto al negocio, en las próximas semanas podríamos recibir de dos a tres máquinas más.

Hans, de inmediato se olvidó de la cuestión de su hijo, y se sorprendió.

—¿Dos o tres tractores? Estamos hablando de...

—De una cantidad considerable. Los tractores serán enviados a granjas cercanas al lago Llanquihue, que en estos momentos están siendo adquiridas por grandes familias alemanas. En cuanto oficialicen todos los documentos, se efectuará el envío.

Hans, mientras escuchaba, hacía sus cálculos sobre una hoja.

—Es mucho oro —añadió.

—De ocho a diez kilos, Hans. Nuestra comisión es de un veinte por ciento.

—¿Descontados los pagos a los oficiales de aduanas?

—Por supuesto. El oro pertenece a varias familias relacionadas con las SS. Según me han comentado, tienen grandes cantidades guardadas en Alemania; incluso piezas que han de ser fundidas para su traslado. Ya sabes a lo que me refiero. Este encargo es solo un ensayo general de lo que puede llegar a Chile en los próximos meses.

Hans sonrió.

—Es un placer hacer negocios con usted, señor Schneider.

Los primeros tractores que Frank Schneider trajo de Alemania, y que había cedido después a Hans, llevaban consigo oro oculto, con un sistema ideado por el propio Frank para poder transportar la mercancía que guardaban muchos alemanes. En Chile podrían blanquearlo fácilmente.

En un primer momento, llevó el negocio a solas, sin especificar a nadie el contenido de los tractores y pagando sumas astronómicas en comisiones. Sin embargo, fue en ese viaje a Valparaíso donde Schneider no pudo ocultarle más la información a Hans, sumado a que, en cuanto la noticia se extendió entre los alemanes más adinerados del país, muchos se pusieron en contacto con él para sacar su oro de Alemania. Por lo anterior, necesitaba un socio confiable para llevar a cabo la labor.

Cuándo Hans se sumó al negocio comenzaron a poner algunas reglas, una de ellas era que quienes encargaban los Lanz Bulldog, debían dejar las máquinas en sus manos desde que desembarcaban en Chile, pues primero tenían que pasar por su propiedad, donde se les extraía el oro correspondiente a la comisión. Luego de esto los tractores eran enviados a sus respectivos dueños. Este corto almacenaje conllevaba sus riesgos, pero ellos estaban dispuestos a arriesgarse a cambio de las ganancias.

—Tiene claro que los negocios pueden verse afectados si su hijo continúa actuando como un inconsciente.

—Haré lo que tenga que hacer, señor Schneider.

Capítulo Dieciocho

Hans no dijo esas palabras de manera gratuita: la situación con su hijo le preocupaba, pero no estaba dispuesto a llegar tan lejos. Pensó en el consejo que le había dado el señor Schneider: no pagar la fianza y dejarlo encerrado durante un par de días en comisaría para que recapacitara. Pero Rolf, pese a su actitud y los problemas que podía causarle, era su hijo, y dejarlo privado de libertad le dolía tanto como si fuera él mismo el que estuviera entre rejas. No era tan fácil.

Atendió unos asuntos que no podía dejar para el día siguiente y, a continuación, salió a pasear por las calles de Osorno. En el bolsillo de su chaqueta llevaba el dinero exacto para abonar la fianza. Pero antes de comprar la libertad de su hijo, idea que le resultaba estremecedora, decidió indagar un poco en los lugares que Rolf solía frecuentar. En varias ocasiones le había oído hablar de un lugar donde solía reunirse con sus amigos: *Hölhe* creía recordar que se llamaba.

Después de varios minutos, encontró la taberna sin mayores problemas. La puerta estaba cerrada, pero se escuchaban hilos de conversaciones tras ella, por lo que decidió tocar un par de veces. A los pocos segundos, la puerta se abrió y, al otro lado del umbral, apareció un hombre de gran tamaño y escaso pelo en la cabeza.

—¿En qué puedo ayudarle? —dijo ese hombre en un perfecto alemán. Hans se sorprendió.

—Me gustaría tomar una cerveza —contestó también en su lengua materna.

El hombre, que a todas luces tenía que tratarse del propietario, pensó Hans, lo ojeó de arriba abajo y, con un tosco gesto de cabeza, le indicó que entrara. Una vez lo hizo, el hombre volvió a cerrar la puerta. Hans frunció el ceño al ver el lúgubre ambiente que se respiraba allí, oscuro y repleto de humo de tabaco, pero, al mismo tiempo, tuvo la certeza de que era el lugar predilecto de su hijo. De las paredes colgaban varias banderas nacionalsocialistas, así como infinitas esvásticas, un casco de soldado, un mapa de Europa subyugada por Alemania y multitud de fotografías de la guerra. El hombre que le había abierto la puerta, ahora tras la barra, sirvió una jarra de cerveza y la puso sobre la barra.

—Aquí tiene.

—Gracias.

Ambos continuaban hablando en alemán. Dio un trago a la cerveza y volvió a echar un vistazo a su alrededor. Se sentía un extraño y percibía la mirada de tres hombres que estaban sentados en una mesa más al fondo.

—¿Conoce a mi hijo? —preguntó de repente. No tenía sentido postergar más lo que había ido a hacer. Era evidente que en aquel lugar no tenían predilección por los extraños. Además, no disponía de todo el tiempo del mundo: tenía que pagar la fianza para sacar a Rolf lo antes posible de la comisaría. El tabernero negó con la cabeza mientras secaba un vaso con un trapo.

—¿Quién es su hijo? —preguntó con desdén.

—Rolf Schülz.

El hombre soltó una carcajada y puso el vaso sobre la mesa con un golpe que sobresaltó a Hans. Incluso los hombres que estaban más alejados reaccionaron al nombre de su hijo, lo que produjo una gran agitación en Hans.

—Vaya, vaya. Es un honor conocerlo, señor. Rolf nos ha hablado mucho de usted.

El hombre le estrechó la mano con sincero orgullo en sus ojos. Hans tuvo un mal presentimiento cuando supo de su propia notoriedad.

—¿Conoce a Rolf?

—Su hijo es asiduo, señor Schülz. De los mejores clientes que tengo, no le quepa duda. Un muchacho de buen beber y buen pagar. Pero permítame insistirle en que es un placer que haya decidido acudir a mi humilde taberna. Esta primera jarra de cerveza corre a mi cargo.

Hans no comprendía el entusiasmo del tabernero.

—El placer es mío, supongo —dijo, confundido.

—No se muestre humilde, caballero —volvió a decir el tabernero con toda la amabilidad del mundo—. No todos los días tengo la suerte de tratar con un comandante de las SS. Estaría muy agradecido si pudiera arengar a nuestros camaradas con un discurso. Estoy seguro de que arden en deseos de escucharle.

¿Sería posible?, pensó Hans. ¿Habría sido Rolf capaz de hacer algo así?

—¿Un comandante de las SS? —se preguntó en voz baja, como si estuviera mentando al mismísimo demonio.

El tabernero estalló a carcajadas.

—¡No es necesario que baje la voz, camarada! —gritó justo antes de dirigirse a los hombres que estaban un poco más allá—. ¡Tenemos un oficial de las SS! ¡*Heil* Hitler!

—¡*Heil* Hitler! —gritaron los hombres con el brazo extendido. Hans no sabía cómo reaccionar. Si antes quería marcharse, en ese momento solo pensaba en desvanecerse como el humo de un cigarrillo. Justo en ese instante, recordó los exhaustivos controles que sufrieron cuando dejaron Alemania después de la guerra.

—¿Quién les ha dicho eso? —preguntó. Podía sentir los latidos del corazón en sus sienes.

—Su hijo Rolf, por supuesto. Nunca he visto a un chico tan orgulloso de su padre. Buenos motivos tiene.

El tabernero continuó hablando y a la conversación se sumaron los otros tres hombres, igualmente excitados por la presencia de Hans, pero este apenas era capaz de escuchar nada más. Aceptó los halagos con la mayor educación que le era posible y se despidió con la mayor presteza que pudo. Cuando atravesó el umbral y salió a la calle, respiró hondo y trató de mantener la calma. La insensatez de su hijo iba mucho más allá de lo que imaginaba. No solo abusaba del alcohol y rondaba antros como el que acababa de visitar, sino que iba contando por ahí embustes que podían costarles muy caro a él y al señor Schneider.

Hans no podía comprender, después de todo lo que habían sufrido los últimos días de la guerra, cómo Rolf podía ir diciendo que su padre era de las SS, aunque, por lo que había escuchado del tabernero, eso era la punta de la pirámide de toda una serie de embustes que su hijo contaba asiduamente, sin importarle las consecuencias que podían tener. Despropósitos continuos, seguramente alentados por el alcohol, que todos escuchaban y muchos se creían.

Estaba furioso. Las ganas de sacar a su hijo de la comisaría se equiparaban con las de dejarlo allí durante semanas, aunque, finalmente, se decantó por la primera opción. Caminó hasta la comisaría apresurado, resoplando como una bestia acorralada. Una vez allí, firmó una decena de documentos y obtuvo más información de la actitud y aficiones de su hijo, así como de los

delitos que se le atribuían

—Es una pena que su hijo, siendo tan joven, sea tan conocido por la mayoría de los agentes.

—Está pasando una mala racha —lo excusó Hans que intentaba no mostrar su verdadera opinión al respecto. Aquellas palabras sonaron ridículas en su cabeza.

—Eso no es excusa, señor Schülz. Su hijo y sus amigos, esos jóvenes que se hacen llamar Viejas Espadas, van a meterse en problemas. Las fechorías que llevan a cabo no tienen cabida en nuestro país.

—¿A qué se refiere? —preguntó Hans como si desconociera de qué iba todo ello.

—Tenemos indicios para creer que su hijo está involucrado en actos de odio y vandalismo contra ciudadanos chilenos o inmigrantes de origen judío. Algunas tiendas han sido atacadas por la noche, saqueadas y, sobre las paredes, han realizado pintadas haciendo alusión a la religión ¿Me comprende?

Hans asintió en silencio. La vergüenza le sonrojaba las mejillas.

—Afortunadamente, ni el otro joven ni el propietario del local han interpuesto una denuncia, cosa que hubiera complicado mucho las cosas y más al tomar en cuenta el historial de su hijo.

—¿No hubo más detenidos?

—No, solo su hijo. Sobre él hubieran recaído todos los cargos.

Hans no se sentía con fuerzas para argumentar una defensa a ultranza de su hijo. Se limitó a no ser descortés con el agente y procuró que todo terminara lo antes posible. Al cabo de una media hora, apareció Rolf, esposado y custodiado por dos agentes. Nada más mirarle a los ojos, Hans supo que el milagro de la redención no se había producido y que, por el contrario, la detención parecía haberle dado justificación a todo lo que había ocurrido.

—Esperemos no volver a tenerlo por aquí, muchacho —dijo un agente mientras le retiraba las esposas.

Rolf dibujó una sonrisa maliciosa en su rostro y retiró sus muñecas en cuanto las tuvo libres. Después, observó a su padre y agachó la mirada, su manera de expresar que había cometido un error. La única muestra de sumisión que iba a conseguir de Rolf. Después, sin intercambiar una palabra, padre e hijo salieron de la comisaría.

—Creí que habías venido en auto —dijo Rolf tanteando la situación. Hans no contestó y siguió caminando sin mirarle siquiera.

Una vez llegaron a casa, Hans le dijo que fuera al despacho. Una vez estuvieron los dos dentro y con la puerta cerrada, Hans propinó a su hijo un puñetazo que lo arrojó al suelo.

—¿Cómo puedo tener un hijo tan estúpido? —gritó.

Rolf intentó levantarse lo más rápido posible, pero el golpe lo había dejado aturdido y era incapaz de mantener el equilibrio. Había sido tan inesperado que le costaba creer lo que acababa de ocurrir.

—¿Cómo se te ocurre ir contando por ahí que serví en las SS? Aparte de otras muchas barbaridades que he tenido que escuchar. ¿Es que no sabes que con decir eso solo puedes traernos problemas?

Pero Rolf no contestaba. Mantenía la mirada en suelo. El ojo que se había llevado la peor parte del golpe lagrimeaba y la piel se enrojecía a su alrededor.

—Se acabó eso de salir y entrar cuando quieras, malgastando nuestro dinero en antros y poniéndonos a todos en peligro. A partir de ahora, vas a trabajar si quieres tener dinero. Todos los días, en las plantaciones. Vamos a ver si cuando estés agotado de trabajar tienes ganas de salir con esos desgraciados por las noches y meterte en líos otra vez.

Capítulo Diecinueve

Esa misma noche, cuando Jael llegó a casa, escuchó una discusión entre su madre y su padre acerca de su hermano Rolf, situación que comenzaba a formar parte de la rutina de los Schülz. Por ello no le prestó mucha atención.

Desde que abriera la escuela, Jael pasaba cada vez menos tiempo en casa y tenía la sensación de que mientras ella había avanzado un par de pasos en su vida, su familia se había quedado anclada en el pasado; algo que ella ni quería ni podía permitirse. Quería a su familia y trataba de ayudar en todo lo que le era posible, pero estaba convencida de que sus ideas respecto a la educación de los niños, así como otras doctrinas que iba desarrollando, eran vistas por su familia con recelo, especialmente por su hermano Rolf. Este había acudido en un par de ocasiones a la escuela en los últimos meses y, además de intentar engatusar a Lucía y pedirle que le diera algo de dinero, dejó clara su opinión respecto a la educación ideada por su hermana y mostró abiertamente su hostilidad hacia Román. Pero al menos él había ido al centro y la había visto con sus propios ojos, ya que la intención de sus padres se quedaba en promesas de un próximo día que jamás llegaba.

Por eso, cuando llegó a casa esa noche, lejos de intervenir en los problemas familiares, como habría hecho antes, fue hasta la cocina, cogió un trozo de queso y se retiró a su habitación para trabajar un rato más antes de irse a dormir. Al día siguiente tenía que levantarse más temprano de lo que acostumbraba y preparar todas las cosas para pasar la jornada en el lago mencionado por Román. Pues, gracias a Lucía, que había conseguido un autobús con conductor a muy buen precio, pasarían un día fantástico donde los muchachos podrían hacer ejercicio y disfrutar de la naturaleza.

Después de un buen rato en el escritorio, cuando el sueño comenzó a dominarla, apuntó en un papel las cosas que le quedaban por hacer y se fue a dormir. Durante la noche, le pareció oír de nuevo una discusión entre sus padres, aunque no sabía si era real o lo estaba soñando. Se despertó temprano, se vistió y bajó a la cocina a tomarse un café. En sus manos tenía una novela que Román le había recomendado y en la cual pensaba avanzar un par de capítulos. Sin embargo, se llevó una sorpresa al entrar a la cocina.

—¿Qué haces despierto a esta hora, Rolf? ¿Qué te ha pasado en la cara? —Su hermano la miró con los ojos apenas abiertos por el sueño y el golpe que le había propiciado su padre el día anterior. En torno a su ojo izquierdo lucía un círculo morado que resaltaba la blancura de este. También mostraba algunos rasguños por la pelea en la calle.

—Muchas preguntas tan temprano —contestó—. Tuve una discusión en la calle, aunque salí bien parado. Lo del ojo ha sido nuestro padre.

Le quitó importancia a sus palabras con un gesto.

—Eso responde a una de las preguntas. Ahora la otra.

—Nuestro querido padre ha decidido que tengo que trabajar —dijo mientras observaba la taza de café que tenía entre las manos.

—Oh, ¿cómo ha podido pensar algo tan terrible? —dijo Jael con teatralidad.

—No estoy de humor.

—Suele pasar antes de trabajar, Rolf —dijo Jael divertida. Desde que dejaran Alemania, Rolf había evitado toda disciplina que no fuera la impuesta por él mismo o la de sus amigos, sin nadie que le coartara o le dijese qué podía hacer y qué no.

—Nuestro padre se ha vuelto loco si piensa que esto va a durar mucho. Lo hago simplemente por calmar las aguas. En cuanto se olvide, lo dejaré.

—Igualmente tendrás que trabajar algún día.

Las palabras de Jael dejaron pensativo a Rolf. Su hermana se sentó a su lado.

—¿Por qué te detuvieron? —le preguntó.

—Una pelea, nada importante. La gente pierde la cabeza cuando bebe.

—Ya te he dicho que esos amigos no te convienen. Estoy segura de que alguien más te lo habrá mencionado. Tú vales mucho más que ellos.

—Ellos no tuvieron nada que ver —dijo levantándose—. Tengo que irme. Papá ya está en la plantación y no quiero escuchar ningún sermón por llegar tarde.

Al poco rato, Jael salió de casa y, en cuanto lo hizo, los problemas que bullían entre sus paredes se desvanecieron y el centro ocupó todos sus pensamientos. No se trataba de dejadez respecto a su familia, sino de un desapego frío que no le permitía involucrarse más de lo necesario. Consideraba que parte de la culpa de la situación de Rolf la tenían sus padres, quienes habían estado demasiado ocupados y lo habían dejado desatendido, a merced de cualquiera que pretendiera ocupar ese vacío.

De camino, reflexionó sobre lo que había vivido en su casa. Cómo casi todas las mañanas —exceptuando la presencia de Rolf—, su padre ya se habría marchado a pasear por las plantaciones, mientras que su madre continuaba dormida. Su familia estaba ahí, vivían en la misma casa, pero sus vidas habían divergido de tal manera que Jael tenía la sensación de vivir en un mundo solitario y deprimente. Pero ese mundo oscuro cobraba vida y se llenaba de color cuando llegaba al centro y veía su sueño hecho realidad, como si la puerta de este contara con un filtro que dejara en el exterior todo lo negativo. Esa mañana, más que nunca, sintió una alegría inmensa al llegar a la escuela y contemplar con satisfacción cómo Román y Lucía preparaban todo el material que habían de llevarse hasta el lago.

—Ha pasado por aquí la madre de Alberto García. Al parecer, su hijo le insiste tanto en que quiere ir con sus compañeros al lago que ha venido a preguntar si todavía era posible dar el permiso para que su hijo nos acompañara —dijo Lucía—. Me ha preguntado cuál es el precio.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Jael.

—Pues que no había problema, que tenemos sitio de sobra en el autobús y que el día en el lago no le costará ni un peso. Van casi todos los alumnos, ¿no es así? —preguntó Román.

—Así es. Todo un éxito. Esperemos que vaya todo bien —dijo Jael.

—Irà todo bien —concluyó Román con una sonrisa que se ganó por completo la confianza de Jael y le creyó... no tenía duda que el día en el lago iba a transcurrir de la mejor manera posible.

Lucía, como si no advirtiera la actitud de ambos, continuó con sus labores. Cualquiera que pasara unos minutos con Jael y Román podía advertir el gran cariño que se profesaban y lo atento que estaban el uno del otro. Ella había hablado del tema en varias ocasiones con Jael, pero esta le había dicho que Román era muy buen profesor y no podía arriesgarse a perderlo. Era comprensible, y Lucía apoyó su decisión, pero también sabía que los sentimientos eran capaces

de arrasar con todo lo establecido desde la frialdad de la razón con un simple arrebato.

Los niños habían sido citados en el colegio a las ocho y media; sin embargo, era tal la expectación y las ganas que tenían de montarse en un autobús, que poco después de las ocho en punto ya estaban todos formando una fila ordenada junto a las puertas. Sus sonrisas resplandecían bajo del sol de la mañana, aunque las de sus padres también eran evidentes. Muchos de ellos agradecieron a Jael su labor y la oportunidad que les brindaba a sus hijos.

Una vez llegó el autobús, los muchachos subieron enseguida y Lucía los contó en varias ocasiones para confirmar que estaban todos, luego de esto se pusieron en marcha. El lago estaba a pocos kilómetros de Osorno, por lo que, no debían tardar mucho.

El autobús estacionó a media distancia de la orilla y Román se llevó a los muchachos, mientras, Lucía y Jael disponían los toldos para la sombra y preparaban los ejercicios. El griterío de los niños, que corrían libres, sin ninguna preocupación que enturbiara su actitud, llenó de gozo a Jael.

—Están muy felices —dijo.

—Tienen a los dos mejores profesores de todo Chile —añadió Lucía. Jael hizo un gesto de modestia y continuó preparando todo el material. Román, al cabo de unos minutos, dejó a los niños en la orilla del lago buscando renacuajos, mientras que otros tenían la misión de recolectar pequeñas ramas caídas para una fogata que iban a prender más adelante.

—¿Qué es eso? —preguntó Román señalando hacia un montón de tiras de tela que eran de un color en concreto o mostraban un número de tamaño considerable.

—Es para un juego que he ideado. Es divertido y ayudará a los más pequeños a asimilar los colores y los números —explicó Jael.

—¿En qué consiste? —preguntó Román.

Jael cogió un puñado de trapos.

—Los niños se ponen los trapos en la espalda. Haremos distintos grupos y los clasificaremos según el número o el color. Después, nosotros diremos qué color o qué número tienen que pillar. Así se los memorizarán casi sin darse cuenta.

Román asintió mientras dedicaba a Jael una tierna sonrisa.

—¿Es que esa cabeza tuya nunca se toma un descanso?

Terminaron de disponerlo todo y Lucía fue en busca de los niños, que pronto la siguieron formando una fila. Román y Jael observaban la escena desde los toldos que habían establecido junto al autobús, en una especie de campamento improvisado.

—Este lugar es precioso, Román —dijo Jael.

Lo cierto era que el paisaje invitaba al regocijo. El lago estaba rodeado en su mayoría por árboles, a excepción de una explanada, que era donde había estacionado el autobús. Desde allí, luego de una leve pendiente, se llegaba hasta la orilla, donde el sol incidía con un centenar de destellos. El canto de los pájaros llegaba por doquier y la brisa arrastraba consigo el aroma de plantas y flores.

—Vengo desde que era un niño. Y ahora, siempre que necesito paz, acudo aquí. Es como mi santuario. Se llama lago Ranco, nunca lo olvides —dijo Román mirándola a los ojos—. ¿Recuerdas la tarde que nos conocimos? Pues regresaba de pasar la tarde aquí.

Jael se sorprendió.

—¿Necesitabas paz ese día? —preguntó. Román asintió en silencio con la mirada fija en las relucientes aguas, se formó un incómodo silencio entre ambos.

—Perdona, no tienes que contestar si no... —dijo Jael, aunque Román se giró hacia ella con la intención de hacerlo. De lejos, llegaban los gritos y las risas de los niños.

—No sé si te he contado que mi padre falleció hace muchos años. A mi madre le costó mucho superarlo e incluso hoy en día no creo que lo haya conseguido. Cuando mi padre nos dejó, yo tenía once o doce años y mi hermano Lucas ni siquiera había cumplido un mes en el mundo. Con esa edad tuve que hacerme cargo de mi familia.

»Comencé a trabajar en una herrería durante el día y a estudiar por la noche, ya que, por fortuna, un maestro era amigo de la familia y cada semana me dejaba en casa un montón de libros y lecciones apuntadas en un papel. Antes de que sucediera todo aquello, era un pésimo estudiante, pero después, comprendí que los libros eran lo único que podría sacarme de esa situación.

»Estudié mucho, apenas dormía, pero obtuve excelentes calificaciones año tras año hasta que ese maestro, al que estaré siempre agradecido, medió por mí para que cursara estudios en la escuela de profesores normalistas y pudiera convertirme en lo que soy hoy.

»Por todo lo que pasé y sufrí, quiero ayudar a otros niños a cambiar sus vidas. Trabajar es honorable, Jael, y necesario, pero tanto o más necesario es que los muchachos estudien y tengan la posibilidad de elegir la vida que quieran vivir, y si gracias a nosotros podemos conseguir que alguno de estos muchachos consiga mejorar su vida y la de su familia, seré el hombre más feliz del mundo.

El primer impulso de Jael después de escuchar esas palabras fue abrazar con todas sus fuerzas a Román, pero consiguió refrenarse.

—Eso es... es una historia... —musitó Jael al borde de la emoción.

—¿Sabes qué libro me traía casi siempre el maestro del que te he hablado?

—¿*Los Miserables*? —preguntó Jael.

—Exacto —dijo Román sonriendo—. No sabría decirte cuántas veces lo he leído, pero él insistía en que lo hiciera una y otra vez, que así podría descubrir algo que las anteriores veces habría pasado por alto. La lucha constante, el no rendirse. Me decía que en sus páginas aprendería a ser tenaz.

»Hay una frase de ese libro que encaja perfecto con lo que hoy queremos construir y yo no quiero ser culpable de causar oscuridad en los niños.

A los ignorantes, enséñenles la mayor cantidad de cosas posibles. La sociedad es culpable por no darles instrucción gratuita; ella debe responder por la oscuridad que con ello produce. Si un alma sumida en sombras comete un pecado, no tiene la culpa el que peca, sino el que ha causado la oscuridad.

—Te parecen lógicas las palabras de Victor Hugo —dijo Román sonriendo.

Jael sonrió y asintió como si acabara de comprender muchas cosas. Claro que conocía ese y muchos pasajes de *Los Miserables*, y hoy más que nunca resonaban en su cabeza. Sin embargo, había algo que no le había quedado claro.

—Pero, Román, no me has dicho por qué necesitabas paz ese día.

Este cogió aire y dio un par de pasos hacia el frente. Jael lo observaba expectante.

—Ese día falleció mi maestro. Se llamaba Aníbal.

Capítulo Veinte

Para mayor desesperación de Hans, las duras jornadas de trabajo no tuvieron el efecto deseado en su hijo. Los primeros días, Rolf se resignó y obedeció como uno más. Agachaba la cabeza y procuraba seguir las indicaciones. Sin embargo, a los pocos días, la sumisión de Rolf alcanzó su límite y estalló contra todo aquel que se atreviese a sugerirle cualquier cosa. A gritos, decía que era alemán —como si se tratase de un título— e hijo del propietario de las tierras, lo cual interpretaba como pretexto para no ensuciarse sus manos en el trabajo. No le importaba encararse con varios mozos a la vez con tal de que le dejaran tranquilo, o al menos eso le decía uno de los capataces a Hans.

—No queremos problemas, señor, pero trabajar con su hijo es muy complicado. Su predisposición de los primeros días se ha esfumado y ahora apenas hace otra cosa que dejar pasar el tiempo para marcharse cuanto antes. Se ha negado a hablar español y contesta siempre en alemán; apenas entendemos lo que dice.

Hans se pasó las manos por el rostro y suspiró. Las pocas esperanzas que tenía respecto a su hijo se esfumaron con las palabras del capataz, quien estaba al tanto de la complicada personalidad de Rolf.

—No entra en razones, señor. He creído que comunicárselo era la mejor opción.

—Has hecho bien. No te preocupes, Lorenzo. Hablaré con él.

Apenas se hubo marchado el capataz, Hans mandó llamar a su hijo, quien se presentó ante él como si no tuviera nada de lo que excusarse. Vestía ropa de trabajo, pero esta lucía, tan limpia como si no hubiera salido de casa en todo el día. Hans lo observó en silencio, buscando con tiento las palabras adecuadas para que aquello no desembocara en una desagradable discusión. En el rostro de su hijo destacaban todavía las señales del golpe que le había propinado días atrás.

—¿Cómo va el trabajo, Rolf? —preguntó, procurando dotar a sus palabras de toda la normalidad posible. Quería evitar que su hijo se pusiese a la defensiva y echara por tierra cualquier oportunidad de llegar a un acuerdo.

—Todo lo bien que puede ir cuando obligas a tu hijo a rebajarse al nivel de tus trabajadores. ¡Ni siquiera hablan alemán!

Hans cogió aire.

—No estamos en Alemania, hijo. No tienen por qué hablar alemán, y, es más, tenemos que ser nosotros los que utilicemos su idioma.

—¡Yo soy alemán! —gritó.

—Nadie está diciendo lo contrario —dijo Hans con sosiego.

Rolf cruzó sus brazos e hizo un gesto evidente de que no comprendía las palabras de su padre, pero este mantuvo la calma, pese a que cada vez le resultaba más complicado. Su mujer, Ada, le había pedido comprensión con Rolf, pero lo consideraba un consejo estéril, ya que ella

sabía muy poco del comportamiento de su hijo y de las actividades a las que se dedicaban las Viejas Espadas. Hans, como cabeza de familia, procuraba llevar las riendas y ser quien estuviera detrás de cada aspecto; sin embargo, era consciente de que a la única que podía tratar de esa manera era a su esposa Ada: sus hijos, Rolf y Jael, se le escapaban de las manos.

—Te considero un joven inteligente. Por eso quiero que pienses qué me ha llevado a ponerte a trabajar en las plantaciones como si fueras uno más de mis empleados.

Para Rolf, las palabras de su padre eran equiparables a un insulto, ya que su predisposición a hablar sin tapujos de su pasado era, en su opinión, una muestra inequívoca de su valentía y el orgullo que sentía. Mientras muchos alemanes, incluso algunos que había formado parte del gobierno nazi, rechazaban toda relación con sus vidas en Alemania, él la ensalzaba y procuraba que todos lo supiesen. Sabía también que cuando estaba bebido añadía hechos o recuerdos que no eran ciertos, pero lo consideraba un mal menor y, desde luego, insuficiente para justificar la reacción de su padre.

—Lo único que hago es ser fiel a mis principios —contestó el joven. Hans se exasperó como si su paciencia hubiera colapsado de golpe.

—¿A qué principios te refieres? ¿Al nacionalsocialismo? Perdimos la guerra, Rolf. Fuimos derrotados.

—Resurgiremos. Solo es cuestión de tiempo.

Hans tenía la sensación de estar hablando con un magnetófono que repitiera las mismas premisas una y otra vez. Ciego para ver y sordo para oír aquello que no fuera afín a sus ya mencionados principios. Su padre, que podía compartir alguno de ellos, simplemente tenía razón suficiente para advertir que esos principios no resultaban prácticos. Formaban parte de un pasado fallido que no tenía hueco en el presente en el que vivían. De repente, la imagen de Jael cruzó la mente de Hans como un halo de esperanza.

—Tu hermana no ha tenido muchos problemas para amoldarse a este nuevo país.

Rolf irrumpió en carcajadas.

—¿Mi hermana Jael? ¿Con esa monstruosa escuela que ha montado? Gracias a Dios que no me parezco a ella.

—¡Rolf!

—Tengo razón —gritó—. Incluso pasa mucho tiempo a solas con ese profesor chileno, pero eso no les molesta. Sabes tan bien como yo que hay rumores, pero lo que haga la dulce Jael, bien hecho está, mientras que a mí me controlan hasta lo que debo decir.

—Porque Jael no va diciendo por ahí que serví en las SS.

Rolf se incorporó de un salto y golpeó la mesa con los puños cerrados.

—¿Acaso es mentira?

Hans miró a su hijo como quien posa sus ojos en una montaña infranqueable. Sin embargo, iba a reunirse con el señor Schneider esa misma tarde y este le exigiría que el asunto de su hijo estuviera solucionado de una vez por todas. Frank Schneider había sido respetuoso y paciente, pero no estaba dispuesto a que su negocio con los tractores se viera afectado. Según le había contado a Hans, podían recurrir a una opción desesperada para hacer recapacitar a Rolf.

—Es la última oportunidad, Rolf. O mides tus palabras de aquí en adelante o añorarás estos días que has estado trabajando en las plantaciones.

—Eres otro traidor.

Y dicho esto, salió del despacho cerrando la puerta con un gran estrépito. No volvería a trabajar en las plantaciones, de eso estaba seguro, así que, durante cierto tiempo, se reservaría de contar historias de la guerra o de su vida en Alemania, ya fueran reales o inventadas.

Durante los siguientes días, en los que Rolf recuperó las costumbres de su ociosa y problemática vida, un hombre enviado por el señor Schneider lo vigiló muy de cerca y, sobre todo, se cuidaba de escuchar todo lo que salía de su boca. Comunicó con satisfacción al señor Schneider que Rolf, aunque seguía cometiendo delitos menores y frecuentando antros de baja condición, se mostraba quieto en la cuestión que les interesaba. Fanfarroneaba acerca de mujeres y alcohol, pero no se le escuchaba mencionar nada relacionado con el pasado de él o de su padre. El señor Schneider decidió comunicarle las buenas noticias a Hans en persona y, sin previo aviso, se presentó una mañana en la residencia de los Schülz. Tras saludar educadamente a Ada y comentar la llegada de nuevos compatriotas al país, se reunió con Hans en su despacho.

Al cabo de unos minutos, quizás alertado por la voz animada de su madre, Hans bajó de su habitación. Le acompañaba un molesto dolor de cabeza fruto de los excesos de la noche pasada, pero nada a lo que no estuviera acostumbrado.

—¿Tenemos visita? —preguntó. Su madre, que podaba un ramo de flores con esmero, asintió.

—El señor Schneider ha venido a hablar con tu padre. Cosas de negocios, me imagino.

Una sonrisa traviesa se dibujó en el atractivo rostro de Rolf. Si para algo le había servido trabajar un par de días en las plantaciones era para darse cuenta de que tenía que buscar una ocupación importante, digna de él. Ansiaba por encima de todo independizarse de sus padres, cosa que no podía hacer si no se ganaba la vida por sí mismo.

No obstante, no estaba dispuesto a trabajar de cualquier cosa. Por una cuestión de orgullo, no quería pedirle ayuda a su padre; en cambio, el señor Schneider era diferente. Lo veía como un empresario de éxito, con contactos y respetado por todos los que lo conocían. Estaba seguro de que él podría ubicarlo en un puesto de trabajo acorde a su posición.

Con esa idea, se acercó hasta el despacho de su padre, pero se detuvo junto a la puerta cuando vio que estaba ligeramente abierta. Pensó que podría ser útil, antes de entrar, escuchar en torno a qué giraba su conversación para resultar lo menos intrusivo posible o para sorprender al señor Schneider con su discurso. La idea de dejar a su padre boquiabierto también le animaba a querer hacerlo lo mejor posible. Así, se acercó a la puerta y se mantuvo silencioso.

—Los tractores ya están en camino. En un mes aproximadamente llegarán a la finca. En este papel están apuntadas las cantidades a retirar de cada uno —escuchó Rolf. Era Frank Schneider el que estaba hablando.

—Este encargo va a dejarnos una buena parte —dijo Hans—. En cuanto a las cantidades, no se preocupe. Yo mismo me encargaré de dividir el oro y pesarlo como es debido.

Oro. Esta palabra resonó en la mente de Rolf con un eco infinito: oro. ¿De qué oro estaban hablando?

—Fantástico. Tengo que felicitarle, Hans. Su hijo ha comprendido el mensaje y, por el momento, parece comportarse de una manera más discreta. No me malinterprete, pero me preocupé mucho cuando tuve noticias de su actitud. Llamar la atención es algo que no podemos permitirnos bajo ningún concepto.

La palabra seguía tiñendo los pensamientos de Rolf: oro.

—Su preocupación no solo es comprensible, sino que la comparto. Supongo que, de salir a la luz el tema de los tractores, se armaría un gran escándalo —dijo Hans.

—Un escándalo de proporciones bíblicas, señor Schülz. No solo seríamos arrestados por las autoridades chilenas, sino que las autoridades de los países que controlan Alemania exigirían hasta el último gramo. Sería una catástrofe. Por eso es primordial que todo este asunto lo sepan la menor cantidad de personas posibles. Una mayor discreción se traduce en una mayor

confianza y eso hace que los propietarios se atrevan a correr el riesgo que supone trasladar su oro hasta acá.

—No ha podido explicarlo mejor. Por cierto, luego de recibir estas máquinas, ¿cuándo será el próximo envío? —preguntó Hans.

—No tardará mucho. Se percibe cierta estabilidad, por lo que todo el mundo quiere aprovechar el momento. De continuar así la situación, es probable que el envío de tractores adquiera una frecuencia de dos semanas entre uno y otro. Mi contacto en Alemania está tratando de aumentar la capacidad de carga de cada tractor, aunque es complicado.

Rolf continuó escuchando hasta que la conversación tomó otra dirección que dejó de interesarle. Con sumo cuidado, se alejó de la puerta y se dirigió a su habitación. Le acompañaba una sonrisa traviesa. Había encontrado ese trabajo que tanto buscaba.

Capítulo Veintiuno

Ada caminaba hacia la casa de los Stauffen sin saber si lo que iba a hacer podía considerarse como adecuado. En raras ocasiones hacía a solas su paseo vespertino, pero ese día, dijo a sus amigas que tenía unos asuntos que atender, los que la iban a mantener ocupada durante un par de horas y que no podía postergar de ningún modo.

Por costumbre, su paseo iniciaba a las cinco de la tarde, momento en el que dos amigas la recogían en la puerta de su casa, y paseaban hasta las siete y media. Pero esa tarde, tan anómala para ella, había dejado su casa a las cinco y media, mientras observaba con estupor lo diferente que resultaba todo tan solo media hora más tarde. Caminó apresurada, aunque guardando la compostura. Tan solo su rostro sonrojado revelaba su excitación. «¿Es correcto lo que voy a hacer?», se preguntaba.

Jael había fundado ese centro para niños hacía muchos meses y, pese a sus insistencias, ni ella ni Hans habían ido nunca a visitarla. Ninguno disimulaba su reticencia a esa idea de Jael de establecer una educación común que englobara a todos los niños, igualándolos en todos los aspectos. De hecho, las noticias de la fundación del centro no habían gustado a los amigos de los Schülz, que no veían con buenos ojos aquella simbiosis cultural.

Cuando a esto se le sumó el rumor de que Jael había contratado a un profesor chileno, la joven se había convertido en protagonista de todos los cotilleos y rumores, lo que había terminado por llegar a los oídos de Ada. Al principio no le había prestado mucha atención, pues confiaba en la madurez de Jael como para considerar todas esas historias poco más que tonterías, pero, a medida que iban aumentando las habladurías, Ada, como madre y como mujer, había decidido que era mejor prevenir que curar. Mantuvo una conversación con Hans y ambos acordaron, por el bien tanto de la familia como de Jael, que esta contrajera matrimonio con Markus Stauffen, el hijo menor de una familia de clase alta alemana que había visto en Jael la opción ideal para acabar con los rumores afeminados que circulaban alrededor de su hijo. El enlace, por lo tanto, convenía y urgía a las dos familias.

Ada se detuvo frente a la casa de los Stauffen y respiró hondo. Jael no tenía conocimiento de nada de lo que iba a ocurrir o ya estaba ocurriendo, pues su futuro ya había sido acordado y ella, iba a hablar de los detalles del enlace con la madre de su futuro marido.

Casi al mismo tiempo que Ada hablaba tranquilamente con la madre de Markus Stauffen, Jael y Román terminaban de recoger las clases después de que los muchachos se hubieran marchado. Lucía, que normalmente les ayudaba, se había encontrado indispuesta la mayoría del día y Jael le había dicho que se marchara a descansar. Los últimos días habían sido de mucho trabajo para los tres, ya que, después del éxito de la jornada en el lago, la notoriedad del centro se extendió por la ciudad y muchos padres comenzaron a tener una opinión más favorable acerca de la escuela. Esto se tradujo en que al menos una veintena de padres querían entrevistarse con Jael

para que sus hijos entraran a estudiar de inmediato, lo que significó que Lucía tuvo que hacerse cargo de, además de su trabajo, parte de las clases que impartía Jael, lo que fue demasiado para ella.

—No me extraña que se enferme; un día se volverá loca con tantos acertijos —dijo Román. Jael, que barría el pasillo, asintió con una sonrisa.

—Por suerte, estamos a viernes. Le vendrá bien el descanso. No falla ni un solo día. Construye un acertijo con cualquier cosa —dijo Jael.

Román, que en ese momento agrupaba un montón de sillas, se giró hacia Jael y levantó sus manos como si se tratara de un mago.

—Tres esquinas tengo yo y albergo un rey en mi corazón —dijo de repente—. ¿Quién soy?

Jael frunció el ceño y apretó sus labios como si tratara de extraer la solución de su cerebro.

—¿Albergo un rey en mi corazón? ¿Esta adivinanza es de Lucía?

—Cosecha propia —dijo Román—. El lunes se la diré a Lucía para que se la cuente a los más pequeños —dijo, guiñando un ojo.

—Muy gracioso. Tú dame solo un segundo.

Román, haciendo aspavientos con el brazo, miró su reloj de manera exagerada en un par de ocasiones.

—Como necesites más tiempo, no nos dará tiempo a irnos antes de que regresen nuestros alumnos.

—¡Lo tengo en la punta de la lengua!

Román comenzó a reírse de tal manera que Jael no pudo evitar contagiarse.

—Oye, Jael, ¿qué te parece si, mientras le das vueltas a la cabeza, vamos a celebrar lo bien que ha salido lo del lago? El centro va mejor de lo que nunca pudimos imaginar e, incluso, he escuchado rumores de que un miembro de la Junta de Educación quiere visitarlo. Nos merecemos desconectar un rato, ¿qué me dices?

Jael, por alguna razón a la que no supo encontrar explicación, arqueó sus labios en un gesto evidente de duda, pese a que no se planteó en ningún momento rechazar la propuesta de Román.

Era algo tan simple pero complicado al mismo tiempo que en su interior se originaron sentimientos contradictorios, que luchaban unos con otros y añadían más confusión a esa sensación desconocida pero maravillosa al mismo tiempo. Nunca se había planteado ir con Román a algún sitio que no estuviera relacionado de la escuela, pero, de repente, su propuesta no solo se le mostraba irresistible, sino que era como si un mundo nuevo y apasionante hubiera surgido ante ella.

Terminaron de limpiar y se dirigieron a un bar de moda que había en el centro de la ciudad, cuyas luces eran tan potentes que se reflejaban en toda la calle y la música de su interior se dejaba oír como un eco lejano.

Jael miraba sorprendida y fascinada aquella realidad que se presentaba por primera vez ante sus ojos. Su juventud había sido absorbida por la guerra, los bombardeos y la huida hacia Italia, y cuando llegó a Chile, se volcó tanto en su trabajo que se olvidó de sí misma. Para ella, las fiestas, el alcohol o salir a bailar eran cosas extrañas que consideraba que no le pertenecían. Estaban cerca de la puerta cuando, de repente, Jael agarró del brazo a Román y tiró de él hacia el otro lado de la calle.

—¿Qué ocurre, Jael? —preguntó Román mientras trataba de no caer al suelo.

—Nada. Continúa caminando —dijo Jael con la mirada baja—. Vamos a otro sitio.

Román no comprendía lo que estaba sucediendo. No fue hasta que se alejaron lo suficiente del bar que Jael pareció calmarse.

—¿Por qué nos hemos marchado? —preguntó.

—He visto a mi hermano dentro del bar. Si nos hubiera visto juntos, te habrías metido en problemas. No le caes muy bien.

Román sonrió.

—Eso ya lo sé. Ha dejado clara su opinión sobre mí las pocas veces que ha visitado el centro.

—Es... difícil. Es buena persona pero irascible, y más cuando está con sus amigos. —Jael se detuvo y miró hacia atrás. La presencia de su hermano la había incomodado—. Creo que será mejor que regrese a casa. No te importa, ¿verdad?

Román le dedicó una tierna sonrisa que no expresaba la desolación que sentía en ese momento. La ilusión de pasar con Jael más tiempo se había esfumado. Así es que la acompañó hasta su casa. El camino transcurrió en un silencio incómodo que ninguno de los dos se atrevió a rellenar con palabras, lo que hizo más patente la decepción que ambos experimentaban en aquel momento. Cuando se despidieron y ambos se daban ya la espalda, Jael gritó:

—Román, lo he resuelto. Es una pirámide. ¡Una pirámide!

Capítulo Veintidós

Con el transcurso de los días, Jael consideró que Rolf no debió haberlos visto aquella noche y así se lo aseguraba a Román. Sin embargo, el martes siguiente, para sorpresa de ambos, Rolf se presentó en el centro poco después de que se hubieran marchado los alumnos. Apenas cruzó el umbral, la tensión se hizo patente. No era la primera vez que hacía acto de presencia, pero siempre había acudido con un fin concreto, ya fuera despotricar contra la propia escuela o, a veces, justo después de lo primero, a pedir algún dinero prestado a su hermana; un pago que Jael llegó a considerar una extorsión.

—Saludos, hermanita —dijo Rolf alzando sus brazos.

—Papá me ha dicho que no te dé ni un solo peso, Rolf —fueron las primeras palabras de Jael. Román, al escuchar al hermano de Jael, salió de su clase y se asomó al vestíbulo.

—Qué bueno verte a ti también, Román.

—Lo mismo digo, Rolf —respondió el joven profesor.

—No necesito dinero, hermanita. Tengo en vista un negocio que me dará grandes beneficios en muy poco tiempo —dijo Rolf con una sonrisa. Estas palabras causaron más preocupación en Jael—. Tal vez te compre una escuela como Dios manda.

—No te metas en problemas, Rolf.

Pero este le hizo un gesto a su hermana para dejarle claro que lo tenía todo controlado y encaró a Román.

—Me pareció verte la pasada noche, Román. Ibas muy bien acompañado.

Román y Jael se sobrecogieron. Los había visto.

—Es posible —dijo Román dando un par de pasos al frente. Rolf, con gran teatralidad, se giró hacia Jael.

—Se parecía mucho a ti, hermanita.

—¿Acaso no podemos pasear?

—No he dicho eso —dijo sin perturbar la sonrisa de sus labios.

La incomodidad podía palparse con las manos. Lucía, que había escuchado hablar de Rolf y sus amigos, temía que la situación se complicase.

—En fin, solo pasaba por aquí. Nos veremos después —dijo Rolf dándose la vuelta con una enigmática sonrisa mientras se dirigía hacia la puerta.

Cuando salió de la escuela, Román, Jael y Lucía siguieron con sus tareas antes de cerrar la escuela un par de horas mas tarde. Jael, entristecida por la actitud de su hermano, le preguntó a Román si podía acompañarla a pasear un rato. Román no se negó, e incluso, tuvo que contener su emoción.

—No puedo regresar a casa ahora —dijo Jael—. Necesito tomar aire.

Caminaron tranquilamente por las calles sin destino alguno, combinando silencios con breves

conversaciones y disfrutando cada uno de la compañía del otro.

—¿A qué crees que ha venido tu hermano a la escuela? —preguntó Román. Jael se encogió de hombros.

—No lo sé, pero no me da buena espina. Por cierto, ten cuidado, Román. Ya sabes que mi hermano y sus amigos son unos salvajes.

—No te preocupes—dijo Román, sabiendo que solo podía recurrir a la esperanza de que no llegara el momento de tener que enfrentarse a ellos.

Regresó el silencio a ambos. Fueron hasta una cafetería y se sentaron en la terraza. La tibieza de los últimos rayos de sol resultaba agradable. Tras los primeros sorbos de café, la preocupación desapareció de ambos y enseguida comenzaron a conversar de sus propios asuntos.

La última vez que salieron solos, la noche en que Rolf los vio, había sabido a poco y, desde entonces, no era tan raro que, tras salir de la escuela, fueran a pasear o a tomar café. Siempre, bajo cualquier pretexto, pasaban tiempo juntos.

—¿Qué piensas entonces? ¿Lo ves factible? —preguntó Jael tras exponerle a Román las primeras ideas de un proyecto que se venía fraguando en su cabeza desde hacía cierto tiempo. Especialmente desde que la jornada del lago había dado gran notoriedad al centro.

—Es un poco arriesgado, no te lo niego, pero puede hacerse —dijo Román para regocijo de Jael. Esta esbozó una sonrisa y, en un gesto incontrolable, puso sus manos sobre las de Román, que le devolvió el gesto con un leve apretón—. ¿Estás segura de ello? Supondrá oficializarlo todo, y eso nos llevará tiempo y dinero.

—Creo que es el momento de hacerlo. Tenemos muchos alumnos y cada día acuden padres al centro para apuntar a sus hijos. Muy pronto tendremos que decir que no a incorporar nuevos alumnos y eso significa niños que van a perder la oportunidad de aprender o mejorar en aquellos aspectos donde flaquean. Da igual que sea arriesgado o que pueda suponer una gran inversión, es nuestra obligación hacer todo lo que esté en nuestra mano. Sabes tan bien como yo que el centro se nos ha quedado pequeño; necesitamos una escuela, que todo nuestro esfuerzo por enseñar a los niños sea reconocido.

Román reflexionó durante unos segundos.

—Tienes razón, pero ¿tienes idea de cómo vamos a hacerlo? Necesitaremos una gran cantidad de dinero, solo para empezar.

—Quizás mi padre quiera invertir. No me hace ilusión tenerlo como socio, pero la prioridad es tener disponible la escuela cuanto antes. Nos reuniremos con él y se lo explicaremos todo.

—¿Nos? Me dijiste que a tu padre no le gustaba mucho la idea de educación que tenemos; lo que significa que yo tampoco le gustaré.

Jael soltó una carcajada.

—No creo que sean amigos, pero estoy segura de que así me tomará más en serio. Además, tú eres muy inteligente y hablas muy bien, seguro que cambia su opinión respecto a ti.

—Dios lo quiera. —Y en ese preciso momento, cuando Jael volvió a sonreír, Román se sintió el hombre más afortunado sobre la tierra.

Capítulo Veintitrés

La visita al señor Schülz había sido fijada para dentro de tres días, ya que Hans alegó que tenía muchas cosas que hacer y que lo último que podía permitirse era perder el tiempo. Las palabras de su padre predijeron el resultado de la reunión con Román, aunque Jael confiaba en este para que le hiciera cambiar de opinión.

Era complicado: su padre nunca vio con buenos ojos las intenciones de su hija; él le había insistido en bastantes ocasiones en que podía vivir muy bien como institutriz de niños alemanes, que tendría trabajo para bastantes años y que tenía la fortuna de contar con la ayuda del señor Schneider, pero Jael se había negado en redondo.

No obstante, Hans prefería el idealismo de su hija que la insensatez de Rolf, razón principal por la que le había permitido actuar libremente, situación que llegaría a su fin en cuanto Jael contrajera matrimonio con Markus Stauffen. Con suerte, se quedaría embarazada pronto y se dedicaría únicamente a su familia, por lo que podrían olvidar todas esas ideas absurdas de la educación compartida y, sobre todo, los rumores que vinculaban a su hija con el profesor y en los que no quería pensar siquiera.

Fue por ello que, ya en la fecha y el lugar acordado para la reunión, Hans mostró su estupefacción cuando vio aparecer a su hija acompañada de un joven que se presentó como Román y que Jael le explicó que formaba parte del centro de apoyo.

—Así que quieren conformar una escuela oficial. Adscrita al sistema —dijo Hans una vez escuchó el proyecto de ambos de boca de Jael.

—Esa es nuestra intención, señor Schulz —dijo Román, pronunciando el apellido de manera perfecta, detalle en el que Jael insistió mucho. Hans miró al joven sin ocultar su desprecio y después dirigió su atención a su hija.

—¿Para qué me necesitan? —preguntó.

—Necesitamos que nos ayudes en la inversión principal, papá. Tenemos que adecuarnos a lo que exige la Junta de Educación y eso requiere un dinero del que no disponemos en este momento. Una vez en marcha, podremos subsistir. Te devolveremos hasta el último peso.

Hans observó a su hija con fijación. Dejando de lado las ideas, no podía negar la tenacidad de Jael y su empeño por conseguir sus objetivos. Una pena que Rolf no tuviera ni la mitad de los valores que presentaba su hermana.

—Es complicado, Jael. Tengo socios en importantes negocios que no ven con buenos ojos lo que están haciendo y si los ayudo, podría sufrir las consecuencias; todos las sufriríamos.

Román quiso intervenir, pero Jael le dio un ligero toque con la pierna para que guardara silencio.

—Lo único que apoyamos es la unión de ambas culturas. Te he escuchado decir muchas veces que ya no estamos en Alemania, ¿qué sentido tiene educar a los más jóvenes como si lo

estuvieran?

—He dicho que es complicado, Jael. Y por respeto a tu amigo, no quiero dar más explicaciones, ¿entendido? —Los ojos de Hans se clavaron en su hija para exigirle que pusiera fin a la conversación.

—No creo que vaya a asustarse de lo que puedas decir —añadió Jael.

—¡Es suficiente! —dijo Hans golpeando la mesa—. No voy a permitir que se me falte el respeto en mi propia casa. Esta reunión se ha terminado.

Hans, con un gesto tosco, se detuvo junto a la puerta y la abrió de par en par. Román se despidió con toda la cortesía que le era posible, mientras que Jael apenas miró a su padre a la cara al salir. Ada, que se encontraba en el salón, se asomó al pasillo para ver a ese joven del que tanto había oído hablar. El corazón casi se le sale por la garganta cuando lo vio caminar junto a su hija.

—Esto es inaceptable —dijo Jael.

—No iba a ser fácil, Jael. Buscaremos otra solución.

La joven negó con la cabeza.

—¿Qué solución? Necesitamos dinero y con el centro de apoyo jamás conseguiremos la cantidad que necesitamos. No puedo creer que no pueda hacer nada más.

Las primeras lágrimas comenzaban a caer por las mejillas de Jael cuando salieron al jardín, momento en el que Román la detuvo y la estrechó entre sus brazos. Ada, que del pasillo se había dirigido a una de las ventanas de la casa, contempló horrorizada la confianza de su hija con ese hombre. Los rumores eran ciertos.

—Tranquila, Jael.

—Me siento una estúpida —exclamó—. ¿Qué esperaba conseguir? Perdóname por haberte hecho pasar un momento tan desagradable.

Román la abrazó de nuevo y aquello fue suficiente para que Jael dejara de sollozar.

—Podría haber sido peor; podría haber pronunciado mal tu apellido —dijo Román. Jael dejó escapar una carcajada.

—Tienes razón.

Después, ante el amago de Jael de agachar el rostro, Román lo evitó con sus manos, quedando los dos a escasa distancia; tan cerca que podían sentir el calor el uno del otro. Los ojos marrones de Román se perdieron en los de Jael, azules y profundos. Todo más allá de ellos mismos dejó de existir y ambos experimentaron el mismo silencio en el que solo resonaban los latidos frenéticos del corazón.

—¡Jael! —Aquella voz fue como si un cubo de agua fría cayera sobre ellos. Ada, desde la puerta de la casa, con una postura que reflejaba claramente su indignación por la actitud de su hija, la llamaba una y otra vez—. ¡Jael!

Román y Jael dieron un paso atrás y tomaron distancia entre ellos, avergonzados por lo que acababa de ocurrir, pero experimentando una sensación de que aquello no era más que el principio de algo maravilloso.

—Nos vemos mañana, Román —dijo Jael. Dos manchas rojas cubrían sus mejillas, mientras que en su rostro se dibujaba la sonrisa de una niña traviesa.

—Hasta mañana, Jael.

En cuanto Jael cruzó el umbral, Ada se volvió para dedicar una mirada de reproche a Román y después cerró la puerta con contundencia. Sin embargo, el joven profesor era inmune a cualquier ofensa en ese momento y, silbando una vieja canción con las manos en los bolsillos, se alejó feliz, confiado en que ese pequeño gesto era lo que necesitaba para tomar valor.

Capítulo Veinticuatro

Román puso sobre el mostrador un montón de billetes arrugados y miró a la joven que había al otro lado, que, a su vez, observó los billetes y después miró al profesor. Estaba tan nervioso que era incapaz de quedarse quieto, sacaba las manos de sus bolsillos, y las volvía a meter, movimiento que hacía dudar a Eva de si pretendía poner más dinero sobre el mostrador.

—Veré lo que puedo hacer. —Dicho esto, la joven caminó hasta una estantería cerrada con cristal donde relucían una decena de anillos. Cogió una selección, cuyo valor se aproximaba a la cantidad que Román había puesto sobre el mostrador, y regresó frente a él.

—¿Cuál me recomiendas, Eva? —preguntó Román.

—Si no me dices para qué es, no puedo ayudarte —dijo Eva. Román asintió.

—Es para una mujer.

—¿Para tu madre?

Román negó con un gesto incómodo. Ni siquiera él mismo se creía lo que estaba haciendo y por ello le resultaba tan difícil expresarlo, como si temiera que sus palabras pudieran ahuyentar la buena fortuna de sus intenciones. Eva, que lo conocía desde hace unos años, intuía el motivo que había llevado a Román hasta la joyería, pero quería oírsele decir.

—Román, si no me dices para quién o para qué es, no puedo ayudarte —dijo Eva—. No soy adivina.

—Es para Jael; voy a pedirle matrimonio —susurró, avergonzado. La joven expresó su sorpresa con una carcajada.

—¿Jael Schülz? Esa es la hermana de Rolf, si no me equivoco, ¿verdad?

—Así es.

—¿Quieres casarte con ella? —preguntó, divertida.

—Ese es el plan, sí —confirmó mientras agachaba la cabeza—. Por eso necesito el mejor anillo que puedas darme.

—Por esta cantidad, puedes elegir entre estos de aquí. No sabía que conocieras a la hermana de Rolf.

A Román no le gustó que Eva pronunciara el nombre de Rolf en dos de sus últimas tres frases, pero también era cierto que el hermano de Jael era conocido en toda la ciudad y que no eran pocas las jóvenes que fantaseaban con ese chico rubio y de ojos azules, rebelde y que parecía querer enfrentarse al mundo continuamente. Los Schülz, pensó Román, estaban bendecidos por el don de la notoriedad.

—Trabajo con ella en un centro de apoyo para niños. Allí la conocí.

—Qué historia tan bonita. Es una joven muy bella.

Román asintió, sonrojado.

—Así que necesitas un anillo para la mujer de la que estás enamorado, para pedirle que

comparta su vida contigo para siempre, ¿no es así? —preguntó Eva con solemnidad, como si estuviera dando un gran discurso.

—¿Cuál me recomiendas? —preguntó Román, cansado de la insistencia de la joven. Nadie más sabía de la noticia, y aunque conocía a Eva desde hacía años, no le agradaba la idea de que ella fuera la única que estuviera al tanto. Esta miró el dinero que descansaba sobre el mostrador y después señaló un anillo en concreto: se trataba de un anillo dorado con una diminuta piedra azul.

—No es oro macizo, pero está bañado en oro y la piedra simula un zafiro. Humilde pero elegante —dijo Eva tomando el anillo y ofreciéndoselo a Román. Este lo cogió y lo observó, incrédulo.

—Es bonito.

—Por esta cantidad, es lo mejor que puedes llevarte, Román.

Mientras Eva preparaba el anillo, le comentó a Román su emoción por la noticia y le deseó buena suerte, así como que acudiera a la joyería con Jael una vez esta fuera su esposa. Román le dijo que así lo haría, se guardó la pequeña caja negra con el anillo en su interior en el bolsillo y salió de la joyería mirando a un lado y a otro, como si hubiera cometido un atraco y temiera ser atrapado en cualquier momento, aunque la verdad era que temía ser visto por alguien conocido o por cualquier otra persona que pudiera hacerle llegar la noticia a Jael. Casi podía imaginarse a esa persona corriendo hasta casa de Jael para gritarle: «¡Román va a pedirte matrimonio!».

Se rio de la estupidez de su pensamiento, no sin cierta intranquilidad, y se marchó hacia su casa, sin prever que esos pensamientos disparatados iban a hacerse realidad, aunque de una manera distinta,.

Capítulo Veinticinco

Lucía casi sufrió un infarto cuando vio aparecer a Rolf en el centro. Era media mañana, y tanto Jael como Román impartían clases y no podían ver lo que ocurría en el vestíbulo. Conocía al hermano de Jael y la fama que le precedía, por lo que trató de mantener la calma.

—Buenos días, preciosa —dijo Rolf con una sonrisa mientras se acercaba con su paso provocador y chulesco. Varios mechones de pelo rubio caían sobre su frente y adornaban la mirada de sus ojos azules.

—Buenos días —respondió Lucía—. ¿Quieres que avise a tu hermana?

—¿No quieres hablar conmigo? —dijo Rolf mientras se pasaba un pañuelo de manera elegante por la frente. Los excesos de las noches los sudaba durante el día.

—Tengo cosas que hacer, Rolf —dijo Lucía volviendo a enfocar sus ojos en los papeles que tenía sobre la mesa. El hermano de Jael, entendido el gesto, alzó sus manos al aire.

—Tranquila, tranquila. No vengo a incordiar. Me gustaría hablar con Román, ¿sería posible?

—Está con los alumnos. Tendrás que esperar a que acabe la clase.

Rolf, ceremonial, se puso las manos en el pecho y negó con la cabeza.

—En ese caso, no quiero causar molestias. ¿Podría dejarle un mensaje?

Lucía, desconfiando de las palabras amables de Rolf, le ofreció un trozo de papel y un lápiz.

—Escríbele lo que quieras. Se la daré en cuanto acabe la clase.

—¡Fantástico!

Rato después de que Rolf se hubiera marchado, Lucía le entregó la nota a Román, quien tuvo que hacer un esfuerzo por no desplomarse en cuanto la leyó.

—¿Dices que ha sido Rolf? ¿El hermano de Jael?

—Así es —contestó Lucía—. Hoy estaba de lo más simpático, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Quién estaba simpático? —preguntó Jael, que en ese momento salía de la clase.

—Tu hermano Rolf. Ha estado aquí para dejar una nota a Román.

Jael frunció el ceño mientras Román maldecía en silencio las palabras de Lucía. Hubo un par de segundos de tenso silencio.

—¿Qué pone en esa nota?

—Nada importante. Ya sabes cómo es tu hermano —dijo Román, quitándole importancia y guardando la nota en el bolsillo.

—Pero...

—No tienes de qué preocuparte, de verdad. Son tonterías, nada más.

El resto del día transcurrió con normalidad. Román se aseguró en todo momento de que la nota no saliera de su bolsillo y, de hecho, no volvió a sacarla hasta que se encontraba en su casa, a solas en su dormitorio.

*Te va a decir que no.
Tu cuñado, Rolf.*

Román creía que el corazón le iba a estallar de un momento a otro. ¿Cómo era posible que Rolf se hubiera enterado de que pretendía pedirle matrimonio a su hermana? Estuvo dándole vueltas al asunto sin imaginarse que el mismísimo Rolf estaba llegando a la puerta de su casa. Sonaron tres golpes y la madre de Román abrió la puerta.

—¡Román! —escuchó a través de la puerta de la habitación—. Ha venido un amigo a verte.

Román se incorporó lo más rápido que pudo y fue casi corriendo hacia la puerta de casa. Allí, al otro lado del umbral, se encontraba Rolf, que era observado por su madre con desconfianza. El hermano de Jael vestía un elegante traje hecho a medida y sonreía mostrando su perfecta dentadura, mientras que su pelo rubio brillaba bajo la luz de las bombillas.

—¿No vas a invitarme a pasar? —preguntó Rolf después de que Román se quedara perplejo durante unos segundos.

—Sí, claro —contestó Román. En cualquier otro contexto, jamás hubiera permitido a Rolf entrar en su casa, pero ahora sentía que estaba en sus manos y que su futuro con Jael dependía de él.

Fueron hasta la cocina, donde la madre de Román les sirvió dos vasos de agua y después los dejó a solas. Por suerte, pensó Román, su hermano pequeño estaba dormido.

—Es una casa muy bonita —dijo Rolf sin perder la sonrisa—. ¿Puedo fumar?

Román negó levemente con la cabeza, bebió un poco de agua y miró a Rolf fijamente.

—¿Qué quieres?

Rolf soltó una carcajada.

—Deberías ser más simpático conmigo. En el mejor de los casos, seremos familia, ¿no es así?

Román lo miró incrédulo y con precaución.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, una familia no debe tener secretos, ¿no? No eres el único que ha encontrado a la mujer de su vida —dijo Román haciendo el gesto de un anillo con las manos. Era imposible.

—¿Te refieres a Eva? No me lo creo, Rolf. Ella es chilena y tú...

—Y yo he cambiado, Román —le interrumpió Rolf—. Algún día quiero sentar cabeza. He madurado desde que me encerraron en el calabozo y ahora veo las cosas de otra manera. De momento, no he encontrado a mi futura esposa, pero Eva cumple con muchos de los requisitos.. Y en cuanto a mi futuro, en breve ganaré mucho dinero con un negocio. Por eso he venido a verte, cuñado, o posible cuñado, más bien. Todo depende si las cosas salen según mis planes, porque vamos a ser socios.

Román miró a Rolf como si hubiera perdido el juicio. El hermano de Jael mantenía su sonrisa misteriosa y hablaba con calma, como si hubiera reflexionado mucho acerca de lo que tenía que decir.

—¿De qué estás hablando?

—Tranquilo. Te interesa mucho escucharme si quieres tener alguna posibilidad de casarte con mi hermana. —Estas palabras dejaron a Román al borde de un abismo desconocido. Hasta ese momento no era consciente de hasta qué punto todo dependía de Rolf.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

Rolf, con la arrogancia en sus gestos, se echó sobre el respaldo de la silla y después apoyó sus manos sobre la mesa. Estaba disfrutando de la situación. Sentirse superior tanto a su hermana

como a Román, siempre tan buenos e inteligentes, ejemplares en cada gesto, le resultaba una sensación casi orgásmica.

—Mis padres tienen planes para mi hermanita y te aseguro que tú no formas parte de ellos. Hasta donde he podido saber, la reunión con mi padre no estuvo bien, ¿verdad? —Román agachó la mirada y procuró mantener la calma.

—¿Qué clase de planes?

—¿Piensas que van dejar que su querida Jael, el ángel de sus ojos, se case con un profesor chileno cualquiera? Van a desposarla con el hijo de una importante familia alemana. No son muy buenos guardando secretos, aunque mi hermana no sabe nada por el momento.

—¡Ella no aceptará jamás! —dijo Román, mostrando su desesperación.

Rolf soltó otra carcajada.

—Te diré algo, Román. Subestimas a mi padre. Yo no soy el único Schülz que se salta la ley de vez en cuando. Llegado el momento, utilizará todos los medios para que mi hermana acepte —dijo guiñando un ojo—, y aceptará. Tarde o temprano.

—Tiene que haber alguna manera de convencer a tu padre. Jael será una desgraciada el resto de su vida.

En ese momento, Rolf se puso serio y sacudiéndose las mangas de la camisa dijo:

—La situación sería muy distinta, claro está, si pudieras abrir esa escuela de la que tanto hablan y, además, yo mediaría para que mi padre no pusiera ningún impedimento en que Jael se case contigo.

—¿Por qué ibas a hacer tú algo así?

—Tengo mis motivos.

—¿Y cuáles son, si se pueden saber?

Rolf se quedó mirando fijamente a Román, como si tratara de descifrar sus pensamientos. Lo que estaba a punto de decirle era delicado, y si Román reaccionaba de una manera que él no esperaba, las consecuencias podían ser nefastas. Tenía que ser cuidadoso y valorar todas las opciones.

—Será mejor que hablemos en un lugar más discreto —dijo Rolf al fin.

—Este sitio es tan bueno como cualquier otro —señaló Román.

—¿Quieres casarte con mi hermana, Román? Bien, pues ven conmigo o de lo contrario habrás perdido la oportunidad de tu vida.

Caminaron hasta una taberna alejada de todo tumulto, situada en una calle que Román jamás había pisado y por la que apenas transcurría gente, o al menos nadie con buenas intenciones; siluetas oscuras que no deseaban ser vistas. Durante el trayecto, que no duró más de quince minutos, Rolf insistió en no mencionar nada acerca del asunto, ya que no quería arriesgarse a que alguien los escuchara. En la taberna, tal y como vaticinó Rolf, solo había un par de hombres que bebían en la barra en un silencio absoluto. De una gramola salía una música animada de esas que parecen estar compuestas para sonar en cualquier lugar y a cualquier hora. Avanzaron hasta la mesa más alejada, la cual estaba apartada del resto del local por una falsa pared de madera, y se pidieron un par de cervezas. Román no quitó los ojos de encima a Rolf, en parte por la intriga de saber cuanto antes qué tenía que decirle y también por la desconfianza natural que le ocasionaba.

—La cuestión es la siguiente —dijo Rolf—: tú necesitas mi ayuda y yo, podríamos decir, necesito la ayuda de alguien ejemplar como tú. Alguien que nunca levantaría sospechas de nada.

A Román no le gustó lo que acababa de escuchar.

—Ya sabrás que perdimos la guerra —continuó Rolf— y que muchas familias alemanas huyeron del país, ¿verdad? Unas tuvieron que dejar allí todo lo que tenían; sin embargo, otras

poseen cosas tan valiosas que no están dispuestas a abandonarlas sin más, por lo que buscan la manera de sacarlas de Alemania.

—¿A dónde quieres llegar, Rolf?

Este miró a un lado y otro, pese a que nadie podía oírlos.

—Los nazis acumularon grandes cantidades de oro durante la guerra. Una parte de ese oro ha sido descubierto y requisado por las autoridades, pero todavía quedan muchos kilos escondidos, inmensas cantidades de oro, Román, y parte de ese oro está llegando a Chile cada poco tiempo. ¿Sabes cómo? En los tractores que mi padre y el señor Schneider importan desde Alemania. Camuflan la compra de los tractores con la excusa de querer mejorar la producción en las plantaciones; sin embargo, la mayoría de sus ganancias provienen de las comisiones que obtienen de cada tractor que desembarca en Valparaíso y que contiene kilos de oro en sus entrañas.

—¿Quién te ha dicho todo eso?

Rolf se encogió de hombros.

—Supongo que fue una cuestión de suerte, aunque tuve que realizar mis pesquisas para asegurarme. Tuve las mismas dudas que estarán pasando por tu cabeza en este momento, pero es tan cierto como que tenemos el cielo sobre nuestras cabezas.

El rostro de Román fue perdiendo color hasta quedarse pálido por completo. Incluso sintió un escalofrío que le hizo estremecerse. Todos en Osorno conocían los grandes tractores del señor Schülz, quien se había enriquecido en relativamente poco tiempo. Sabía que Rolf era un mentiroso y un embaucador, pero en aquella ocasión intuía que todas y cada una de sus palabras eran ciertas.

—¿Cómo sé que dices la verdad? —preguntó Román.

—¿Qué ganaría yo engañándote? Esos tractores llegan cada mes y, por suerte para nosotros, llegarán un par en pocos días, así que te explicaré para qué te necesito.

—¿Quieres robar el oro? —susurró Román.

—Vaya, sí que eres inteligente. Verás, Román, la cuestión es que ni yo ni mis amigos podemos vernos involucrados, ya sabes la mala opinión que tienen de nosotros: una simple evidencia y lo pagaríamos muy caro. Además, mi padre no me quita los ojos de encima. Por eso necesito la ayuda de alguien como tú, un hombre honorable, el civismo personificado.

Román quiso contestar, pero era demasiada información que procesar, por lo que Rolf continuó exponiendo su plan.

—Tan solo hay que llegar hasta uno de los tractores y coger el oro. Mi padre y el señor Schneider pensarán que se ha producido un malentendido con su contacto en Alemania o que les han engañado, eso a nosotros ya no nos importa. Una vez tengas el oro, me entregarás tres cuartas partes, el resto es para ti. —En ese momento, regresó la sonrisa al rostro de Rolf, que dio un generoso trago a su cerveza después de su discurso.

—No pienso participar en todo esto. ¡Es una locura!

—Baja la voz. Es un plan perfecto. Nadie sospechará de ti y con tu parte podrás fundar esa escuela que tanto quieren y te sobrará dinero para casarte con mi hermana las veces que quieras. Por otra parte, yo te juro aquí mismo —se puso la mano en el pecho— que le insistiré tanto a mi padre que no le quedará más remedio que aceptar que Jael se case contigo.

Se produjo un silencio entre ambos, momento en el que Rolf aprovechó para encender un cigarrillo. Después, se inclinó hacia delante y miró fijamente a Román.

—Te estoy ofreciendo todo lo que deseas en una bandeja de plata. ¿Qué me dices?

La labia de Rolf jugaba con la razón de Román con suma facilidad. No se trataba de robar el

oro de esos tractores, sino de hacer realidad el sueño de Jael y vivir juntos el resto de la vida. Planteándolo de otra manera, era perjudicar a todos aquellos que representaban la oposición más rancia a las ideas de Jael y ofrecer, además, si las cantidades eran las mencionadas, una mejor vida a su madre y a su hermano. La cuestión era ¿qué riesgos estaba dispuesto a correr por conseguir todo eso? Observó a Rolf, que hacía justicia de su cerveza mientras esperaba que tomase una decisión.

Capítulo Veintiséis

Era noche cerrada en Valdivia cuando el comisario Hernández abandonó la recepción del hotel en el que se hospedaba Jael con sus nietas. Había sido suficiente que enseñara su placa de policía para que el recepcionista se plegara a sus deseos; no obstante, se aseguró de que cumpliera su petición poniendo sobre la mesa una buena cantidad de dinero. Las instrucciones, eran muy claras: tenían que avisarle de cualquier movimiento de alguna de las tres mujeres, pero, sobre todo, llamarlo de inmediato si estas abandonaban el hotel.

Ya en su auto, se dirigió a la casa de uno de los muchachos que estaba en la escuela abandonada cuando Jael estuvo allí. Mientras los observaba, pudo escuchar el nombre del pequeño y, tras decírselo a Rojas, este no tuvo muchos problemas para hallar su lugar de residencia en el mismo pueblo donde se encontraba la taberna que había visitado el día pasado.

Llegó al pueblo pasada la medianoche entre ladridos de perros y miradas de curiosidad desde alguna ventana. Se trataba de un lugar pequeño en el que todos se conocían y donde la costumbre se convertía en la regla general de lo que podía suceder o no.

El comisario estacionó el auto frente a la casa del muchacho y, por unos segundos, reflexionó acerca de si estaba yendo demasiado lejos con todo el asunto del oro, pero de inmediato una sonrisa irónica respondió a su propio pensamiento. Se bajó del vehículo y caminó hasta la puerta, que aporreó sin ninguna consideración. Al minuto, un hombre y una mujer abrieron la puerta asustados, pero nada comparado con el rostro que pusieron cuando el comisario mostró su placa y preguntó por su hijo.

De poco sirvió que los padres insistieran en que su hijo dormía, ya que el comisario, levantó la solapa de la chaqueta dejando a la vista el mango de la pistola. El muchacho apareció amparado por su madre, que estrechaba sus brazos sobre los hombros de su hijo. Hernández clavó los ojos en el joven.

—¿De qué has hablado con la anciana de la escuela?

El niño miró a su padre, que era incapaz de disimular su angustia, y miró con claro temor.

—De la estatua —susurró.

—Allí había una caja, ¿verdad? —preguntó el comisario. El niño asintió—. ¿Hablaste de la caja?

El niño volvió a asentir como si se sintiera culpable de cada gesto. La madre podía sentir en sus manos como el cuerpo del pequeño se estremecía ante la presencia abrumadora del comisario.

—¿Mencionó algo esa mujer?

Pero el niño, quizás por los nervios o el miedo que experimentaba en ese momento, negó con la cabeza y dijo que la anciana casi no había hablado. El comisario quiso insistir, pero una breve mirada tanto al pequeño como a sus padres le hizo saber que ya no iba a conseguir nada. Sabía

que había pocas probabilidades de que Jael hubiera compartido su secreto con alguien más, por lo que se dijo que ya tenía suficiente y se marchó. Mientras se iba, la familia, aún afectada por la extraña visita del comisario, le observaban tras las cortinas.

Una vez en el auto, el comisario se puso las manos sobre el rostro y suspiró antes de arrancar y alejarse por la misma carretera por la que había llegado hasta el pueblo. Por el momento, poco más podía hacer por saber más de la caja y del oro, por lo que se relajó, y el sueño le convirtió los párpados en dos pesadas planchas que hubo de mantener alzadas, con gran esfuerzo, hasta que llegara a casa: necesitaba descansar.

Su casa era el claro ejemplo del hogar de alguien que vivía en el pasado, repleta de fotos antiguas y muebles que seguro tuvieron tiempos mejores. No lo esperaba nadie, pues su vida se desarrolló entre su madre y su trabajo, los que, a su parecer, eran lo único importante. Fue así que su existencia cada vez más solitaria y amargada acentuaba su megalomanía y le daba la razón de que ninguna mujer de las que conoció fue digna de compartir su vida y menos de traer sus hijos al mundo.

Ya en su dormitorio, mientras se quitaba la chaqueta, observó una imagen de su madre en la que aparecía cuando ella era joven e irradiaba felicidad. No sabía exactamente la fecha de aquella fotografía, pero sí estaba seguro de que fue tomada antes de que ella fuera engañada y su vida se partiera en dos.

—Voy a recuperar lo que te pertenece —dijo Hernández sujetando la fotografía—. Cueste lo que cueste, mamá, pero voy a hacer justicia. Voy a recuperar nuestro oro.

Capítulo Veintisiete

El agente Rojas movió su cabeza de un lado a otro y dio un sorbo a la taza de café que tenía sobre la mesa. Miró el reloj y comprobó con hastío cómo las agujas señalaban las seis y media de la mañana, lo que significaba que restaba una hora y media para que comenzara su jornada. Hizo un mal gesto y volvió a concentrarse en la pantalla de la computadora y en las decenas de informes que tenía extendidos sobre su mesa.

—¿Y estas horas de más quién me las paga? —susurró en el silencio de la oficina.

Había sido una noche tranquila y la mayoría de los agentes de guardia dormitaban en la sala de descanso. El suceso más relevante del turno fue la llegada del agente Rojas a las seis de la mañana, con el sueño todavía en el rostro, diciendo que tenía bastante papeleo atrasado y que quería ponerse al día. Sin embargo, la verdad era que Rojas apenas había encontrado información de Jael Schülz, de la escuela y de Aníbal Valjean, y conociendo la poca paciencia del comisario, le urgía encontrar cualquier cosa que añadiese un poco de luz a la investigación. El pasado día había dejado un poco de lado a Aníbal y se había centrado en Jael y, sobre todo, en su apellido.

Al parecer, hubo hace unos sesenta años, algunas familias con ese apellid, y aunque no parecían tener ningún nexo de unión con todo lo que rodeaba el caso, sí que había una familia Schülz, o al menos aparecía ese apellido, como solicitante de una autorización para abrir una escuela en Osorno. El registro de la Junta de Educación de la comuna de aquellos años así lo reflejaba.

Sin embargo, lo más notorio respecto al apellido Schülz era que había indicios, e incluso alguna publicación en diarios de la época, en la que relacionaban este apellido con el contrabando de oro desde Alemania. Según la poca información que había al respecto, los rumores saltaron a la luz tras el terremoto que asoló el sur de Chile en 1960, pero la gravedad del mismo y el fallecimiento de muchos de los implicados conllevó que las investigaciones no fueran a mas. En cuanto a la propia Jael, no mintió cuando afirmaba que vivió en Osorno, lo que hacía muy probable que estuviera al tanto de dicho contrabando y que, al destaparse todo, decidiera marcharse.

Hallar toda esa información de hizo que el agente Rojas se olvidara del reloj y se sumergiese en los informes de aquellos años, pasando por alto las muchas horas que todavía le quedaban en el trabajo, del cansancio y de la remuneración de esas horas de más. No había otra opción que hacer lo que le pedían, pues aunque no fuera una investigación oficial, y él lo tenía claro, quería la recomendación de Enrique Hernández, para el ascenso luego de que este se jubilara.

Rojas, tenía la sensación de haber tirado de la cuerda correcta y creía que en cualquier momento el nombre de Aníbal Valjean aparecería en alguno de los informes, pero lo único que podía relacionar con el caso era un profesor —Aníbal Cáceres— que falleció a finales de los cuarenta, cuando los Schülz ya vivían en Chile.

Rojas no estaba satisfecho, la presión de no encontrar nada le resultaba insoportable. No obstante, para celebrar este pequeño hallazgo se sirvió otro café, que disfrutó tranquilamente, y después se dispuso a comunicarle todo lo que había descubierto acerca de Jael al comisario. Esas eran sus órdenes: no importaba hora ni lugar, por lo que tomó el teléfono para ponerlo al tanto de las novedades.

—¿Utilizaban tractores para el contrabando? —preguntó el comisario después de que el agente Rojas le contará lo que había averiguado. El oro se hacía cada más real en la cabeza del comisario.

—Así es. Se fabricaban en Alemania. Allí introducían el oro y después exportaban los tractores a Chile o a cualquier otro país, depende de dónde residiese el propietario en cuestión. Aquí la mayoría se descargaban en Valparaíso para después ser trasladados hacia el sur para ser repartidos entre las propiedades.

—Interesante.

—Estoy seguro que los Schülz de Osorno relacionados con el contrabando fueron familiares de Jael Schülz, aunque ella sería muy joven por aquellos años y no podemos asegurar que conociera lo que estaba ocurriendo. No creo que muchos lo supieran.

Hernández, todavía en casa, miró de reojo la fotografía de su madre, la cual parecía animarlo con su sonrisa a continuar. De un modo u otro, el comisario sintió unas ganas inmensas de ponerse en marcha y descubrir la verdad cuanto antes. Todo era cierto, el oro existía y, después de tantos años de dudas y preguntas sin respuesta, sabía por dónde había entrado ese oro que su madre le mencionaba: el oro que le prometieron y que nunca le entregaron. Sin embargo, todavía quedaban puntos oscuros en todo aquello.

—¿Y Aníbal Valjean? —preguntó Hernández sin expresar ni un ápice de emoción. Rojas tragó saliva.

—Aníbal Valjean no aparece en los registros, señor. He comprobado los registros de extranjería e inmigración, pero no hay ninguna persona que coincida con los datos que ya conocemos.

—Es chileno —masculló Hernández, recordando las palabras del hombre de la taberna. Aferrándose a esa única oportunidad—. Aníbal Valjean no es extranjero, solo así puede explicarse que no aparezca en los registros de inmigración.

Rojas iba a contestar, pero el comisario se adelantó:

—Continúe la investigación y avíseme si descubre alguna cosa más, por ínfima que le parezca. Estaré fuera el resto del día.

Sin mencionar una palabra más, Hernández colgó, dejando a Rojas con la palabra en la boca. No le importaba mucho, él estaba acostumbrado a la actitud tosca y egoísta del comisario y sabía que esperar otra cosa, era como pretender que un árbol caminara. Además, el comisario le había dado la grata noticia de que se pasaría el día fuera, lo que le permitiría estar más tranquilo.

Todavía no comprendía bien la fijación de su superior con el caso. La idea de que estuviera persiguiendo el oro le parecía ridícula y, sobre todo, tomarse tantas molestias por una investigación que era un capricho personal, pues le pidió no dejar ningún registro de los avances.

Durante unos instantes, se preguntó dónde iría el comisario, aunque pronto abandonó esos pensamientos y continuó buscando entre informes y registros; no le interesaba saber más de lo necesario. Lo que no podía imaginar Rojas era que, en ese preciso momento, el comisario Hernández se dirigía al hotel en el que se hospedaba la anciana con sus nietas, dispuesto a seguir sus pasos.

Capítulo Veintiocho

Prácticamente a la misma hora, Jael, Jeanne y Myriel desayunaban en el restaurante del hotel. De hecho, las tres eran las primeras clientas de la mañana e, incluso, habían tenido que esperar unos minutos a que los camareros terminaran de adecuarlo todo. No fue hasta después de los primeros tragos de café que comenzaron a surgir las palabras entre las tres.

—Lo que nos has contado, todo eso del oro y de los tractores, ¿realmente fue así? —preguntó Jeanne. Jael, con una taza de café en sus manos, asintió.

—Yo supe toda la verdad años más tarde, pero sí, así ocurrió. Mi padre estaba involucrado en el contrabando del oro desde Alemania. Tenía contactos con altos cargos nazis y junto con el señor Schneider se aprovecharon de la situación.

—¿Por qué los nazis tenían tanto oro? —preguntó Myriel.

—Por las razones más viles —contestó Jael—. Durante años, llevaron a cabo un saqueo sistemático de Europa, por no mencionar todo el oro que le arrebataron a los judíos que encerraron en campos de concentración. Cuando comenzaron a perder la guerra, en vista de que no podían blanquear todo ese oro, muchos decidieron esconderlo y esperar que pasara la tormenta para sacarlo. Algunos tuvieron que hacer frente a la justicia o fallecieron en la guerra, pero otros consiguieron escapar e instalarse aquí en Chile, en Argentina, en Brasil...

—Pero, abuela, ¿y qué tiene que ver ese comisario con todo esto? ¿Por qué nos sigue de manera tan descarada? —dijo Jeanne. Para Jael resultó evidente que la omnipotente presencia de Hernández era lo que más desquiciaba a sus nietas. No podían soportar esa amenaza invisible y constante sobre ellas.

—Solo es una víctima más de toda esta historia —contestó la anciana.

—¿Víctima?

—Así es. Ya tendremos tiempo de hablar de él.

—¿Hablar de qué? ¿Qué más tienes que contarnos, abuela? —preguntó Myriel.

—¿Por qué no ahora? —insistió Jeanne.

En ese momento, llegó un mensaje al celular de Myriel, que estaba sobre la mesa.

—¡Hay un vuelo este mediodía! Podemos volver a casa.

—¡Eso es genial! —exclamó Jeanne. Jael, en cambio, no se alteró por lo que acababa de escuchar, pues estaba concentrada en su *strudel* de manzana—. ¿No es una buena noticia, abuela?

Jael miró a su nieta y con una sonrisa tierna, casi angelical, le dijo que no.

—Si piensan que marchándonos pondremos fin a esto, están equivocadas —sentenció Jael con tanta solemnidad que sus nietas se quedaron petrificadas—. Puedo asegurarles que el comisario Hernández irá hasta Santiago, si es que nos permite subir al avión. Querían conocer la verdad, ¿no es así? —Jeanne y Myriel asintieron como dos niñas amedrentadas por una regañina

—. No tenemos otra opción. Soy la última persona del mundo que las pondría en peligro, pero, en esta situación, no hay otro camino. Tenemos que ir hasta el final.

Las palabras de Jael vinieron acompañadas de un silencio tenso en el que Myriel y Jeanne parecían dos peces fuera del agua. Miraban a un lado y a otro, miraban a su abuela y se miraban entre sí.

—Yo... necesito un cigarrillo —dijo Jeanne, que se marchó a la terraza de la cafetería y allí comenzó a fumar mientras paseaba enérgica de un lado para otro. Jael y Myriel la observaban, aunque la joven no tardó mucho en concentrarse en su abuela.

—No lo entiendo, abuela. Cuando el comisario llamó a casa, tú ni siquiera querías venir hasta Valdivia, podríamos decir que fue más por nosotras que por ti; y ahora, no quieres marcharte.

—Es complicado, lo sé, pero marcharnos no solucionará nada; por el contrario, solo hará que nos llevemos los problemas a casa. Todo saldrá bien.

Myriel no las tenía todas consigo, pero la confianza en su abuela era total, por lo que no necesitó más razones. La seguiría hasta el fin del mundo si se lo pidiera.

—Bueno, ¿cuál es el siguiente paso? —preguntó Myriel. Jeanne, exhalando el último humo del cigarrillo, regresó a la mesa.

—Creo que en uno o dos días ya se habrá solucionado todo, por lo que habrá que hablar con la recepción para ampliar nuestra estancia. Eso es lo primero que tenemos que hacer.

Capítulo Veintinueve

El comisario Hernández se estaba impacientando. Eran cerca de las nueve de la mañana y no había tenido noticia de la anciana por parte de los recepcionistas, ni tampoco las había visto merodear por allí. La posibilidad de que se hubieran marchado por la noche era remota; aunque también era posible que hubieran sobornado a los trabajadores del hotel, para que nadie hubiera visto nada. Sobre todo, si, en algún momento que él hubiera pasado por alto, Jael hubiera encontrado el oro. ¡Pero eso era imposible! Borró esos pensamientos de su cabeza y se centró de nuevo en la puerta de hotel. Esas tres mujeres no podían haberse escabullido con tanta facilidad.

Estaba nervioso y los rayos de sol que incidían sobre su auto tampoco lo ayudaban a encontrarse más cómodo. Se bajó y caminó hasta la sombra de un árbol que se encontraba cerca de una de las entradas del hotel. Sacó el pañuelo del bolsillo y se secó las primeras gotas de sudor que comenzaban a caerle por las sienes. En esas estaba cuando, de repente, vio salir a las tres mujeres del hotel para dirigirse al estacionamiento que había justo al lado. Hizo el amago de regresar a su vehículo, pero se arrepintió y decidió ir al encuentro de la anciana.

—Buenos días —dijo el comisario cuando se encontraba a pocos metros de las tres. Estas, al escuchar su voz, se giraron de inmediato, compartiendo el rostro de sorpresa. Fue Jael la que pareció encajar mejor aquella extraña situación.

—Qué casualidad, comisario —dijo Jael.

—Pues sí, señora Schülz. ¿Ya se marchan de esta bonita ciudad? —preguntó Hernández con una sonrisa que sería capaz de desconcertar al más valiente. Por si fuera poco, el sombrero le ocultaba la mirada, resaltaban sus ojos azules como si se trataran de los de un lobo hambriento.

—Vamos a hacer un poco de turismo —dijo Jeanne con un tono de desafío. El comisario clavó sus ojos en ella.

—Eso es fantástico. Hay muchas cosas que ver y, sobre todo, que encontrar en esta ciudad. ¿No opina lo mismo, señora Schülz?

—Es posible —respondió la anciana.

—Claro —dijo Hernández, ajustándose el sombrero—. Por cierto, permítame la indiscreción, pero ¿su familia no estuvo implicada en el tráfico ilegal de oro desde Alemania?

El rostro de Jael se endureció de súbito. Sus nietas, que ya estaban al tanto de esa parte de la historia, apretaron los labios en un gesto idéntico. Para el comisario no pasó desapercibido la reacción de las tres y supuso que Jael había decidido compartir la verdad, puede que hasta el lugar exacto de donde se encontraba el oro, con sus nietas.

—No sé de qué está hablando, —respondió Jael.

—¿Está segura?

Jael fulminó lo fulminó con la mirada.

—No tengo nada que decirle al respecto.

—Al igual que en lo que concierne a Aníbal Valjean, ¿verdad, señora Schülz? La edad parece estar afectando a su memoria.

Myriel y Jeanne no podían creer que el comisario se refiriera a su abuela con esas palabras, pero era esa misma impresión la que las había dejado sin reacción.

—A veces es mejor olvidar—dijo Jael.

Hernández esbozó una sonrisa nerviosa alrededor de sus labios y agitó la cabeza de un lado a otro. El sudor hacía brillar su frente de nuevo. En esta ocasión, fue el comisario el que pensó en lo que acababa de escuchar.

—Nunca he tratado con alguien con tanta desvergüenza, señora. Pagaré las consecuencias de todo eso.

Dicho esto, el comisario se dio la vuelta y se alejó bajo la atenta mirada de las tres mujeres, que lo observaban como si se tratara de una bomba a punto de estallar. Myriel, concretamente, era la más afectada y no tardó mucho en ponerse a llorar sin consuelo.

—¿Qué es todo esto, abuela? ¿Qué está pasando?

Jael se estremeció al ver a su nieta llorar con miedo en su mirada. Jeanne intentaba darle ánimos, pero ella también estaba afectada.

—No he sido del todo sincera con ustedes. He intentado mantenerlas al margen de todo prácticamente desde que nacieron, y si tú, Myriel, no hubieras cogido el teléfono la pasada mañana, nada de esto estaría ocurriendo. Les pido disculpas —dijo Jael poniéndose la mano en el pecho. Pero estas palabras, lejos de consolar a Myriel y Jeanne, les originaron más preguntas.

—Pero ¿qué está pasando? —balbuceó Myriel.

—La carta que me dejó Aníbal Valjean tenía un mensaje muy importante; un secreto muy codiciado para el que conoce su existencia. El comisario es una de las pocas personas que sabe a lo que Aníbal se refería.

Myriel y Jeanne se miraron sin comprender nada.

—¿A qué se refería, abuela? —preguntó Jeanne.

—Es todo lo que deben saber por el momento —dijo Jael con esfuerzo—. No quiero que sepan más de lo necesario. Es mejor para todos.

—¿Por qué no acudimos a la policía? Lo que está haciendo ese comisario no puede ser legal —dijo Myriel secándose las lágrimas que le caían por las mejillas. Jeanne desestimó de inmediato la idea de su hermana.

—¿Estás loca? Los policías se protegen unos a otros. Además, no tenemos más pruebas que una fotografía de él en la misma calle de nuestro hotel.

—Jeanne tiene razón. Por otra parte, nos conviene que lo sepa la menor cantidad de gente posible. Suena extraño, pero es así. —En ese momento, Jael levantó la mirada y vio, a lo lejos, al comisario Hernández en su vehículo, mirándolas fijamente. Sabía que no las iba a dejar a solas en ningún momento. Lo que tuvieran que hacer de aquí en adelante, lo tendrían que hacer con la compañía invisible y silenciosa del comisario.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Myriel.

—Quiero que vayamos a un pueblo que no está muy lejos de aquí: Los Pinos. Aníbal lo mencionaba en su carta. Puede que allí se aclare un poco la situación.

Una vez subidas en el auto, Jeanne preguntó a Jael si le ocurrió algo a su familia a causa de los tractores y el contrabando de oro desde Alemania.

—Desde luego que pasó. Muchas cosas, quizás demasiadas para que las recuerde una anciana como yo.

Myriel conducía con la atención dividida entre la carretera y un vehículo oscuro que las

seguía a cierta distancia.

—¿Robaron el oro? —continuó Jeanne
Jael, solemne, asintió en silencio y dijo:

—Fue por entonces cuando todo comenzó a derrumbarse.

Capítulo Treinta

Román tenía que hacer un esfuerzo para no quedarse dormido. Había perdido ya la cuenta de las noches que llevaba aguardando la llegada de los tractores, que Rolf pregonaba ante cualquier gesto sospechoso de su padre o del señor Schneider o guiándose por su propia intuición. En las primeras ocasiones, pasaba largas horas en tensión, agazapado entre las cajas del depósito de mercancías de Osorno, siendo una parte más de la oscuridad. Pero, a medida que se sucedían las noches, la tensión fue abandonando su cuerpo hasta convertir la espera en un desierto somnoliento que había de atravesar con gran esfuerzo. Había pensado, incluso, en llevarse un libro consigo para pasar las horas, pero la luz era tan escasa que se habría quedado ciego antes de leer un solo párrafo. Pensaba que esa noche iba a ser como las anteriores e incluso pensó en marcharse, cuando, de repente, varios camiones llegaron a la puerta del depósito, justo en frente de donde se encontraba Román. Este se agachó para que ninguno de los focos de los vehículos rebelara su posición y aguardó en absoluto silencio.

—La llegada estaba prevista para mañana, ¿por qué están aquí? —dijo uno de los operarios señalando con efusividad hacia una carpeta que sostenía en su mano.

—Ya están aquí y punto —contestó uno de los conductores de los camiones—. Los liberaron antes del puerto.

Román observó perplejo la discusión entre los trabajadores, pero pronto toda su atención se centró en la carga de los camiones, que bajaron con gran esfuerzo los operarios. Se trataba de dos tractores inmensos que estaban tan solo tapados con una lona que dejaba al descubierto sus gruesas ruedas. El grito de un operario acabó por despejarle todas las dudas:

—He llamado al señor Schülz. En un par de horas, sus hombres vendrán por los tractores; hasta ese momento, no quiere a nadie cerca de los vehículos. ¡Ya han escuchado! Aléjense y vuelvan al trabajo.

Román sintió un nudo en su garganta. Un par de horas. Ese era el tiempo indefinido del que disponía para acercarse sin ser visto a los tractores y extraer el oro de allí donde estuviese. Rolf le había procurado un juego de herramientas necesario para poder manipular el tractor a su antojo, pero una cosa era decirlo y otra hacerlo. Los nervios hacían temblar las manos de Román, por no mencionar lo difícil que sería la búsqueda en plena oscuridad, fiándose únicamente del tacto de sus manos. Rolf le había explicado que lo más seguro era que el oro viniese escondido en el motor o quizás fundido con la forma de alguna pieza. Tan solo tenía que hallar la manera de retirar la cubierta del motor, extraer el oro y dejarlo todo tal y como estaba para que nadie sospechara de lo ocurrido.

Así pues, con la imagen de Jael en su cabeza como fuente inagotable de ánimo y valentía, Román Morales comenzó a arrastrarse hacia los tractores. La oscuridad le permitía resultar invisible y avanzar a mayor velocidad de la que creía en un primer momento, por lo que no tardó

mucho en llegar hasta el primer tractor, meterse bajo la lona y aguardar unos segundos para asegurarse de que nadie lo había visto.

Más allá de la lona escuchaba pasos, pero iban y venían en todo momento, pasando de largo, por lo que no le quedó más remedio que acostumbrarse a ellos y ponerse a buscar el oro lo más rápido posible. Guiándose con sus dedos, halló los tornillos que sujetaban la tapadera del motor y pudo desatornillarlos, aunque consideró una quimera revertir ese paso y los fue dejando caer al suelo a medida que los quitaba. Apartó la tapa metálica y apenas podía ver el motor con la rudimentaria linterna que tenía. Era el momento más delicado. Si alguno de los operarios advirtiera la luz en el interior de la lona, se acabaría todo. En un primer vistazo no halló nada que le llamara la atención y su primer impulso tras ello fue el de marcharse cuanto antes.

—¿Cómo me he podido dejar engañar por el estúpido de Rolf? —dijo para sí mismo.

Estaba dispuesto a marcharse y decirle a Rolf que allí no había ningún oro cuando el filo de sus manos rozó algo que había depositado en la tapa inferior del motor. Enfocó la linterna al lugar en cuestión y afinó los ojos para cerciorarse de lo que estaba viendo. Pegadas a la tapa, había pequeñas cajas metálicas puestas una sobre otra, y todas ellas cubiertas con una densa grasa negruzca que camuflaba su verdadera función.

Román acercó su mano hasta una de ellas y la levantó con sumo cuidado: debía pesar como un kilo y algo como arena sonó en su interior. Con suma precaución, se agachó y, con la linterna en la boca, se dispuso a retirar toda la porquería que cubría la caja que tenía en la mano. Cuando lo logró, pudo ver que apareció una pequeña soldadura que la mantenía cerrada. La volvió a mover y se dio cuenta de que esas cajas nada tenían que ver con el motor de un tractor.

—No puede ser —susurró.

La dejó a un lado y cogió otra. Repitió el proceso cinco veces. Rolf no mentía; lo que Román tenía en sus manos era una auténtica fortuna. Si todo salía según lo conversado y esas cajas estaban llenas de oro, con solo una de ellas podría hacer realidad los sueños de Jael y los suyos propios, y pasar el resto de la vida junto a ella. Tal posibilidad le hizo meter todo rápidamente en una bolsa de tela que había traído para tal fin para alejarse lo más rápido posible y no ser visto por ninguno de los operarios.

Capítulo Treinta Y Uno

No sabía cuánto tiempo llevaba corriendo, pero Román comenzaba a experimentar un dolor atroz en el costado fruto del esfuerzo. Se detuvo junto a una carretera, oculto tras unos arbustos, y contempló el contenido de la bolsa mientras luchaba por recuperar el aliento. Las cajas continuaban allí, todavía con restos de grasa. Quería abrirlas; no obstante, no tenía tiempo para eso. Ni menos para celebraciones. Mientras el oro no estuviera a buen recaudo, estaría corriendo un gran riesgo, por lo que cerró de nuevo la bolsa, se la echó al hombro y continuó caminando a paso ligero.

Era de noche; sin embargo, en el horizonte se adivinaban las primeras luces del nuevo día. Román, cegado por la adrenalina, había perdido la noción del tiempo y reparó en ella cuando vio despuntar los primeros rayos de sol. Como era temprano, decidió ir hacia al centro de apoyo. Allí sacó las cajas de la bolsa y utilizó las herramientas que le entregó Rolf para forzar la soldadura.

En cuanto abrió la primera caja, vio cientos de pequeñas piedras doradas del tamaño de una arveja. Sonrió y se sintió aliviado de que el riesgo no hubiera sido en vano. Sacó todo el oro de las cinco cajas y lo separó en dos bolsas, una con el contenido de una caja y la otra con el de las otras cuatro.

Tomó la bolsa que tenía más cantidad y la llevó a un pozo seco que había junto a las ruinas de un caserón, a las afueras de Osorno. Lo ocultó bien con piedras y ramas y después regresó al centro como si tratara de un día más. Sin embargo, Román no sabía que su vida, para bien o para mal, nunca sería la misma.

Pocas horas después, mientras él y Jael estaban inmersos en sus tareas en el centro, Hans Schülz, con una cólera incontrolable, mantenía una angustiosa conversación telefónica con el señor Schneider. La estupefacción en ambos se equiparaba al desconcierto que experimentaban. Uno de los tractores que acababa de llegar de Alemania había llegado hasta su finca con el motor al descubierto y sin rastro del oro. En concreto, más de cinco kilos se habían esfumado. Las voces de Hans resonaban por toda la casa y Rolf, en su dormitorio, no podía más que deleitarse con ellas.

—Nos han robado en nuestras propias narices —gritaba Hans, al que poco le importaba que su familia o algún empleado escuchase la conversación.

—He hablado con mi contacto en Alemania—dijo Schneider—. Él mismo comprobó que el oro se encontraba en el interior de los tractores. Los vehículos fueron cargados en el barco con el oro, Hans.

Hans Schülz resopló y golpeó la mesa.

—¿Qué podemos hacer?

—Hay que averiguar qué ha ocurrido. Iban cinco kilos de oro en ese tractor y, al no haber sido interceptado por las autoridades, la desaparición del oro corre por nuestra cuenta. ¿Sabe qué

significa eso, Hans?

—Que tendremos que indemnizar al propietario del oro.

—No podemos arriesgarnos a que se vaya de lengua. Sería el fin. Además, hemos de mostrarnos profesionales en todo momento y asumir las consecuencias si queremos seguir dentro de este negocio. La primera consecuencia es que tendremos que rebajar nuestras comisiones por envío, es la única forma de garantizar que vuelvan a confiar en nosotros.

—Y aumentar la seguridad.

—Eso por supuesto. A partir de ahora, incrementaremos la seguridad. Con ello nos arriesgamos a llamar la atención de las autoridades, pero no podemos permitirnos otro robo — dijo el señor Schneider.

Capítulo Treinta Y Dos

Rolf había perdido la cuenta de los cigarrillos que se había fumado en la última media hora, pero era incapaz de calmarse. Después de escuchar la discusión que su padre había mantenido con el señor Schneider y de su terrorífico humor para el resto del día, sabía que Román había tenido éxito a la hora de coger el oro.

Precisamente, esa tarde recibió una nota de Román pidiéndole verse esa misma noche, lo que no dejaba lugar a dudas: el plan había sido todo un éxito. Estaba tan frenético por lo que significaba que todo había salido según lo planeado que no dudó en revelarle a sus amigos de las Viejas Espadas algunos detalles de su plan, aunque, como era natural en Rolf, añadiéndole un par de afirmaciones inventadas para no quedar como un vulgar ladrón.

No había tenido muchos reparos para afirmar, con toda la vehemencia de la que era capaz, que esa misma noche le iban a hacer entrega de parte de las posesiones de su pariente y oficial de las SS Conrad Bauer, entre las que se encontraban piezas puras de oro valoradas en una auténtica fortuna. Sus amigos no le creyeron en un primer momento; sin embargo, uno de ellos, Carl, advirtió a los demás con buen ojo cuando dijo:

—Ya sabemos cómo es Rolf. Sin embargo, hoy apenas se ha tomado un par de cervezas.

Los demás se miraron tratando de descifrar las intenciones de los otros, pero ninguno se atrevió a adelantar acontecimientos, aunque todos estuvieron de acuerdo en no perder de vista a Rolf.

Sin embargo, ajeno a esto, Rolf no hacía otra cosa que fumar y mirar continuamente el reloj, sentía una real tortura por lo lento que avanzaba el tiempo, a su parecer. Había quedado con Román en una pequeña taberna que apenas resultaba visible para quien no fuera allí concretamente, con la puerta oculta en un callejón oscuro y repleto de cajas. El sol se derretía sobre el horizonte pintando el cielo de ámbar y alargando las sombras en infinitos tentáculos que manchaban el suelo.

—Ya era hora, ¿por qué has tardado tanto? —exclamó Rolf cuando vio a Román aparecer por el callejón. Su mirada desconfiada barría cada rincón de la calle.

—No he podido venir antes.

Rolf no pudo evitarlo, abrazó a Román e incluso lo alzó del suelo, a pesar de que Román era más alto que él.

—¡Este es mi chico! Tienes buenas manos, Román. —Pero este se soltó pronto de las manos de Rolf.

—Pero ¿qué estás haciendo? ¿Quieres que nos descubran?

—¿Es que no puedo saludar a mi futuro cuñado?

—¡Ya basta, Rolf!

—Está bien, no hay que enfadarse. Vamos, sígueme.

Se internaron en el oscuro callejón y dejaron atrás la entrada de la taberna para dirigirse a un punto más escondido, a salvo de miradas indiscretas.

—Bueno, ¿qué esperas, Román? ¿Dónde está?

Román miró a un lado y a otro, sacó una pequeña bolsa del bolsillo de su chaqueta y después se la entregó a Rolf. Este la abrió de inmediato, volcó un poco del contenido sobre su mano y se maravilló durante unos segundos del relucir de aquellas piezas. Sin embargo, la sonrisa desapareció pronto de su rostro.

—¿Qué es esto, Román? —dijo Rolf levantando su mano con la pequeña bolsa de oro en ella—. ¿Dónde está el resto?

—El resto te lo iré entregando a medida que vayas cumpliendo con lo que me dijiste. Tienes mi palabra.

Se produjo un tenso silencio entre los dos.

—Eso no fue lo que acordamos, Román. ¿Qué te hace pensar que no voy a cumplir con mi palabra? ¿Dónde está el resto del oro? —dijo alzando la voz.

—¡No hables tan alto! —dijo Román, mirando hacia la puerta de la taberna, donde varios hombres fumaban en la penumbra, sus rostros se iluminaban únicamente con la lumbre de sus cigarros—. Media entre tus padres y yo para casarme con Jael y te entregaré el resto.

Dicho esto, Román se giró y se encaminó hacia la salida del callejón. Sin embargo, Rolf no iba a permitir que las cosas acabasen de esa manera. Él había cumplido, el oro estaba en los tractores. El trato era muy simple y estuvieron los dos de acuerdo. Román no tenía ningún derecho de no entregarle su parte del oro en ese momento.

—¡Román! —gritó Rolf desde el fondo del callejón, pero no le contestó.

Por el contrario, el profesor aceleró el paso. Rolf salió corriendo tras él y, en cuanto estuvo lo suficientemente cerca, le saltó encima y cayeron los dos al suelo, ya en la calle principal, fueron vistos por los que pasaban por allí. Se incorporaron de inmediato y se produjo un breve intercambio de golpes, aunque la pelea no duró mucho más: ambos se jugaban demasiado como para arriesgarse a perderlo todo en una pelea estúpida.

—No quiero quedarme con tu parte, Rolf. Lo único que me importa es que cumplas tu palabra.

Rolf suspiró y puso los brazos en jarra mientras pensaba qué era lo que más le convenía. Mientras, los testigos de la pelea los observaban expectantes, creyendo que iban a volver a pegarse en cualquier momento.

—No me queda otra opción —dijo el hermano de Jael, resignado—. Supongo que estará bien guardado.

—Está a buen recaudo, no te preocupes.

—Bien —levantó los brazos—. Has ganado, Román, lo haremos a tu manera. Solo tengo una pregunta más, ¿qué cantidad había en el interior?

Román miró a su alrededor y después se centró en Rolf. Ladeó la cabeza e hizo un gesto con los labios.

—Cuatro o cinco kilos. No menos.

Los ojos de Rolf se abrieron de par en par y en ellos Román vio una codicia inmensa.

—Ten por seguro que vas a casarte con mi hermana, Román. Ya puedes estar seguro.

Se estrecharon la mano y se despidieron. Rolf todavía sentía los latidos desbocados de su corazón, la emoción de saber que dentro de poco tiempo tendría el dinero suficiente para emprender su propia vida sin nadie que le dijera qué podía o no podía hacer. Observó a Román alejándose por la calle y pensó en la mejor manera de abordar el tema con su padre. ¿Cómo

podía convencerlo para que permitiera a Jael casarse con ese hombre? Era complicado, pero no imposible. Decidió ir a la taberna a refrescar sus pensamientos cuando lo sorprendió Eva, la joven de la joyería, que había visto la pelea entre ambos.

—No ha sido para tanto —dijo Rolf, quitándole importancia al asunto.

—Los he visto, pero no he querido acercarme. ¿Qué sucede entre ustedes? —preguntó Eva. Román pasó un brazo por encima de su hombro y la condujo hacia la taberna.

—No tienes de qué preocuparte, solo ha sido un malentendido. Ya está todo solucionado.

Ella apoyó la cabeza en sus hombros y le rodeó la cintura con los brazos. La relación entre Rolf y Eva había surgido cuando el primero había acudido a la joyería a vender unas joyas que aseguraba que pertenecían a su abuela. Eva, prendada por los rasgos de Rolf, le había gustado desde el primer momento y luego de unos meses ya se había enamorado de él.

Rolf por su parte, no podía negar la belleza de la joven, quien además tenía una abuela por línea materna, que era austriaca, y lo mejor de todo se llamaba Eva, como la compañera de Hitler... era perfecta.

Ambos estaban contentos con lo que tenían, aunque no era algo formal, era lo más cercano a una relación que Rolf conocía, era de las pocas personas con las que solía mantener una conversación, o incluso la llevaba al cine o al teatro. Además, Eva lo apoyaba en todo y rara vez le ponía trabas, ya que este acudía a ella siempre que necesitaba vender alguna pieza robada.

Entraron en la taberna y bebieron, Rolf más que Eva, ya que esta se limitó a un refresco. La pelea le había revuelto el estómago, dijo.

Al cabo de un rato, ya fuera por el alcohol o por lo cerca que se encontraba del oro, Rolf comenzó a hablar más de la cuenta, diciéndole a Eva que ya mismo tendría tanto dinero que le compraría lo que ella quisiese y todo gracias a ella.

—No hay de qué, supongo —dijo Eva, encantada ante las muestras de cariño de Rolf.

—Si no fuera por ti, habría sido mucho más complicado —dijo Rolf antes de levantar su jarra de cerveza y darle un largo sorbo.

—¿Qué habría sido mucho más complicado?

Rolf apuró su cerveza mientras observaba a Eva, que se amedrentó ante la mirada tan intensa del joven. Después, dejó la jarra sobre la mesa bruscamente, se levantó y se volvió a sentar justo al lado de Eva. La besó en la frente y luego en un siseo continuo, le contó su propia versión del oro. Lo que Eva comprendió fue que Rolf mandó a Román a recoger el oro que venía escondido en un tractor y que en pocos días lo tendría en sus manos.

—Vamos a ser ricos, Eva.

—¿Vamos? —preguntó Eva.

—Te daré una parte, por supuesto —dijo Rolf con una espléndida sonrisa.

Eva se lanzó a sus brazos y pensó que no era el momento de sincerarse. Llevaba buscando a Rolf durante horas, y cuando por fin lo encontró, lo vio peleándose con Román, lo que le produjo una gran intranquilidad que no consiguió aplacar hasta que entró la taberna con él.

Ahí estaba Rolf, delante suyo, ajeno a la sorpresa que el destino había escondido en el vientre de Eva. Cuando parecía que recuperaba la calma, la información del oro acabó por convencerla de que no era el mejor momento y que tendría que esperar un par de días para darle la noticia. Sin embargo, no todo era malo para Eva. La existencia de ese oro que mencionaba Rolf simplificaba mucho las cosas y, al menos, permitía mirar al futuro con más tranquilidad.

—Es lo mínimo que puedo hacer, Eva. Te pertenece. Te mereces eso y mucho más.

Al poco rato, Rolf acompañó a Eva hasta su casa. Había bebido mucho y muy rápido, por lo que las reiteradas promesas que le hacía a Eva iban incrementándose a medida que el alcohol le

subía a la cabeza. La joven intuía que mucho de lo dicho por Rolf iba a quedarse en meras palabras, pero estaba tan enamorada de él que le resultaba complicado no confiar. Se despidieron con un apasionado beso cerca de la casa de Eva. Mientras él se alejaba, lo observó sumida en un estado de felicidad incomparable y que jamás había experimentado. Tan solo deseaba verlo cuanto antes, que las horas corrieran hasta el día siguiente y poder abrazarlo de nuevo... pero ella desconocía que nunca más iba a volver a ver a Rolf.

Capítulo Treinta Y Tres

Después de dejar a Eva, Rolf fue en busca de sus amigos. En el bolsillo de su chaqueta llevaba la pequeña bolsa de oro que Román le había entregado y que se traducía en una fortuna. Un par más como esta, pensó, y no tendría que preocuparse por nada más el resto de su vida.

Encontró a sus amigos en una taberna que solían frecuentar. Quizás fuera por el alcohol que ya había ingerido aquella noche cuando estaba con Eva, pero no advirtió los excesivos saludos de ellos cuando llegó ni tampoco las miradas ávidas e intrigantes que lo tenían a él como protagonista de sus intenciones. De hecho, nada más llegar, Rolf invitó a una ronda y brindó por el éxito y el futuro que le esperaba.

—Pronto el dinero correrá para las Viejas Espadas. ¡Hurra! —gritó Rolf.

—¡Hurra! —gritaron sus amigos al unísono.

Rolf estaba pletórico y en cuanto el primero de ellos le preguntó acerca de ese oro que él había mencionado antes, no dudó en sacar de su bolsillo la pequeña bolsa y mostrarles el interior. Todos se quedaron fascinados y sin saber qué decir, pues creyeron en un primer momento que la historia del oro era uno de los muchos embustes de Rolf.

—Esto es solo el principio, muchachos —dijo Rolf.

Después, inclinándose sobre la mesa, indicó a los demás que se acercaran para que nadie más pudiera oír sus palabras—. Tengo mucho más escondido. Tan solo tengo que esperar el momento idóneo para sacarlo y meterlo en circulación —mintió.

Sus amigos no daban crédito. Rolf se guardó la bolsa en su bolsillo y se limitó a saciar la curiosidad de los muchachos, mintiéndoles en todo momento y diciéndoles lo que querían oír. Era el centro de atención y eso le gustaba, pero ignoraba cómo la actitud de los otros se iba transformando poco a poco. Rolf no se daba cuenta, pero sus embustes no hacían más que aumentar el interés por el lugar donde estaba escondido el oro: esa ingente cantidad que Rolf había jurado albergar. El flujo de jarras de cerveza hacia dónde se encontraban era continuo, pero ninguno bebía tanto como Rolf, que empezaba incluso a tener problemas para mantenerse en pie.

—Será mejor que me vaya —balbuceó.

Sus amigos no dudaron en ir con él, con intenciones bastante más oscuras que acompañarlo hasta casa.

Ya en la calle, Rolf caminaba ayudándose de los árboles y las paredes, saltando de uno a otro como si de un chimpancé se tratase. Dos de sus camaradas lo cogieron de los brazos y, por un instante, Rolf cayó en un repentino sueño.

En ese momento, otro de sus amigos se acercó, dispuesto a arrebatarse la bolsa con oro que les había mostrado, pero justo cuando introdujo su mano en la chaqueta, él reaccionó.

—¿Qué demonios estás haciendo, imbécil? —gritó Rolf, aunque apenas podían entenderse sus palabras. Los muchachos lo soltaron y él cayó al suelo—. Pero ¿qué haces?

Lo ayudaron a levantarse, pero, mientras lo hacían, Rolf pudo escuchar.

—¿Dónde tienes escondido el oro?

—Eso, ¿dónde está?

Rolf se revolvió.

—Déjenme en paz —dijo, malhumorado. Quiso seguir caminando, pero, de repente, tropezó y volvió a caer al suelo.

—Dínoslo, ¿dónde está el oro? —volvió a escuchar Rolf, que estaba tan afectado por el alcohol que apenas podía identificar quién pronunciaba esas palabras. Además, las continuas caídas le habían producido un desagradable mareo. De nuevo, sintió cómo una mano se introducía en su chaqueta, por lo que se revolvió y rodó sobre el suelo para alejarse.

—¡Bastardos! —gritó.

—Maldito borracho.

—¡Sujétenlo!

Dos de sus amigos se lanzaron sobre él con esta intención, pero la adrenalina del momento provocó que Rolf se despejara un poco y ofreciese una resistencia más decente. Al fin y al cabo, estaba acostumbrado a pelearse con el alcohol en su sangre. Lanzó una patada y después un puñetazo al que se acercó primero, que cayó al suelo gritando y tapándose el rostro con las manos. Sin embargo, un fuerte empujón desde su espalda le hizo chocar con la pared. Quiso incorporarse, pero otro golpe, esta vez en las costillas, le hizo experimentar un dolor muy intenso. Aun así, en cuanto sintió de nuevo unas manos rebuscar entre su ropa, lanzó sus puños y se giró de inmediato, lo que provocó un grito de dolor en su agresor. Pero fue entonces, cuando un dolor lacerante, casi abrasivo, le estremeció y, sin darle tiempo, se repitió a lo ancho de su espalda.

—¿¿Dónde está el oro?!

—¡Déjalo de una vez! ¡Lo vas a matar!

Pero esta vez Rolf era incapaz de moverse. El dolor de un principio se había transformado en un frío intenso que parecía estar durmiendo todo su cuerpo. Lo último que vio antes de cerrar los ojos fue su propia sangre formando un charco alrededor de su cuerpo.

Capítulo Treinta Y Cuatro

La noticia no tardó mucho tiempo en llegar a casa de los Schülz. El amanecer trajo consigo el grito desgarrador de Ada, que perdió el conocimiento en cuanto los agentes comunicaron la noticia a la familia. Rolf había sido encontrado en un callejón con signos de violencia en su cuerpo y varias puñaladas en su espalda.

Jael, que había visto llegar a los agentes justo en el momento en el que se iba para el centro de apoyo, se derrumbó igualmente y trató de emplear sus pocas energías en consolar a su madre, aunque era inútil. Por otro lado, Hans mostró en los primeros momentos una entereza que se fue derrumbando a medida que los agentes daban detalles de la muerte de su hijo.

—Es suficiente, agentes —dijo Hans, levantando sus manos como si pidiera clemencia a la vez que silencio—. Tan solo encuentren a quien lo haya hecho.

Los agentes se despidieron y dejaron a los Schülz sumidos en un dolor agónico. Sin embargo, la noticia había provocado en Hans una conclusión arbitraria a la vez que desconcertante. No habían pasado ni dos días desde que les habían robado el oro de uno de los tractores cuando su hijo apareció en un callejón con varias puñaladas en la espalda. Una casualidad demasiado precisa y que podía tener consecuencias inimaginables. Dejó a solas a su esposa y a su hija y arrastró los pies hasta el despacho. Cerró la puerta y descolgó el teléfono.

—Han matado a mi hijo —susurró con voz ronca mientras el humo del cigarrillo lo envolvía. Al otro lado de la línea, el señor Schneider se tomaba su tiempo para contestar.

—Tiene todo mi apoyo en estos momentos, Hans.

Este dio una profunda calada al cigarrillo y dejó escapar el humo lentamente de sus labios.

—¿Se sabe algo del oro desaparecido?

—No tiene que preocuparse de eso ahora —dijo el señor Schneider.

—De eso es precisamente de lo que tengo que ocuparme.

—Estaré en su casa en diez minutos.

Poco a poco, fueron llegando a casa de los Schülz amigos que, afectados por la noticia, acudían a presentar su respeto a la familia y darle todo el apoyo posible, pero el dolor de los Schülz atravesaba las paredes de la casa. Hans, que había salido a recibir a sus conocidos, rompió a llorar en un primer momento, se abrazó con su hija y con su esposa y, después, regresó de nuevo a su despacho, donde descargó toda su ira contra los libros de una estantería. Había tenido sus más y sus menos con Rolf, era consciente de que algún día iba a meterse en problemas, pero no se esperaba que acabara muerto como un perro en un callejón oscuro, a la vista de todos. La imagen del cuerpo de su hijo sin vida lo estremecía, pese a que era fruto de su imaginación. Fumó un cigarrillo tras otro, trató de buscar consuelo en algunas copas de alcohol, pero el dolor permanecía allí, en su interior, como púas pinchando el corazón de Hans.

Sonó la puerta, pero no le dio tiempo a contestar a Hans cuando el señor Schneider cruzó el

umbral. Se dieron un respetuoso abrazo y el señor Schneider le dio todo el apoyo que cabía en un momento como ese.

—No hay palabras que den consuelo en esta situación. No las hay —dijo el señor Schneider estrechando la mano de Hans.

—Era mi hijo, mi pequeño Rolf —dijo Hans con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Cómo he podido permitir que mi hijo acabase de esa manera?

—No tiene por qué torturarse así, Hans. Nadie es culpable de esta situación mas que los animales que han cometido un acto tan vil. Permítame decirle que voy a hacer lo que esté en mi mano para que el culpable o los culpables paguen por ello. Tiene mi palabra.

Hans miró al señor Schneider y le agradeció su disposición con un leve gesto. No se lo había comentado, pero, después del robo, una pequeña parte de las sospechas de Hans acerca de la autoría, descansaba en su hijo. No tenía pruebas, ya que todo provenía de su intuición, aunque tampoco encontraba razones claras que le permitieran desechar la idea.

En el otro lado de la casa, Ada descansaba sobre un sillón con la cabeza echada hacia atrás, rodeada por sus amigas, que la abanicaban o le mojaban la frente con un paño húmedo según consideraran que era lo más conveniente.

Jael, más repuesta, observaba la escena como si ella fuera una extraña allí, como si ella no acabara de conocer la noticia del asesinato de su hermano. Sentada en una escueta silla de madera, se limitaba estar presente y a mostrarse agradecida cuando alguien le daba sus condolencias.

En ocasiones, percibía cómo las conversaciones de algunos de los que estaban allí se centraban en ella o la señalaban con discreción, lanzándole miradas de reojo. Estaba segura de que para ellos, ella no era simplemente la hermana de Rolf, sino la joven rebelde que había organizado un centro de apoyo donde daban clases alemanes y chilenos juntos. Por lo tanto, un espécimen raro al que observar de vez en cuando.

Cada vez estaba más agitada y le costaba calmarse. Tenía la necesidad de salir, de irse a cualquier lugar a regocijarse en el dolor que sentía por la muerte de Rolf sin la mirada de nadie pesando sobre sus hombros. Pensó en el lago, ese mismo al que habían llevado a los niños del centro, y supo que quería estar allí, paseando descalza por la orilla, sintiendo el suave acariciar del agua y los infinitos aromas que el aire arrastraba. Cerró los ojos y se concentró más en su pensamiento, alejándose de la tormentosa realidad en la que se encontraba.

Capítulo Treinta Y Cinco

Román estaba llegando al centro de apoyo, tan solo le faltaba torcer una esquina para encarar el edificio. Estaba cansado. No había podido dormir debido a los nervios de todo lo relacionado con el oro y con Rolf. Si lo pensaba fríamente, en ese momento poseía una fortuna como nunca había soñado con tener y eso se traducía en un miedo irracional que era incapaz de dominar. Por otra parte, deseaba con todas sus ganas decirle a Jael que disponía del dinero suficiente para hacer realidad su sueño de conformar su propia escuela y que, si ella quería, podían pasar juntos el resto de sus vidas. Aquel pensamiento aceleró su corazón; se tocó el bolsillo de la chaqueta para asegurarse de que todavía permanecía allí la pequeña caja con el anillo, aunque pensaba sustituirlo por otro de mayor valor.

Tomó la esquina y, cuando lo hizo, observó sorprendido como Lucía se despedía de los pocos niños que había en la puerta del centro en aquel momento. Era evidente que estaba alterada.

—¿Qué sucede? —preguntó Román. Lucía lo miró perpleja.

—¿No te has enterado?

—¿De qué?

Lucía puso cara de circunstancia.

—Es Rolf. Lo han asesinado, Román. —Lucía rompió a llorar. No era que mantuviera una espléndida relación con el hermano de Jael, pero estaba impresionada por el hecho de que lo hubiesen asesinado, como si el mero hecho de ser joven fuera suficiente para que la muerte tuviera que mirar hacia otro lado. No hacía muchos días que había estado en la escuela y, de repente, ya no estaba; se había marchado para siempre.

—¿Cuándo? —Fue lo único que Román pudo decir. Había estado con él la noche anterior, le había entregado una bolsa de oro.

—Esta madrugada.

—¿Y Jael? ¿Cómo está?

—No lo sé, Román. Me he enterado de la noticia de camino al centro. Supe que era verdad en cuanto Jael no se presentó. Algunas personas se han pasado por aquí a preguntar por ella y me han confirmado los rumores.

—Dios mío... —La cara pálida de Román era incapaz de expresar todo lo que sentía en aquel momento. Su primer pensamiento se centró en Jael, lo que más deseaba era estar con ella y acompañarla en su dolor, que debía ser indescriptible.

Sin embargo, no podía quitarse de la cabeza la bolsa de oro que le entregó a Rolf hacía solo un par de horas. Era demasiada casualidad que lo hubieran asesinado esa misma noche. Conocía al hermano de Jael lo suficiente como para saber que le gustaba hablar demasiado y que la posesión del oro no le ayudaría en absoluto a comportarse con mayor discreción.

Era tal su estupefacción, que Lucía trató de animarle con un tímido abrazo.

—Yo también me he quedado sin palabras, Román.

—Tengo que irme —dijo Román de repente, alejándose de Lucía.

—¿Vas a casa de Jael? —preguntó la joven mientras él se alejaba caminando de espaldas.

—Más tarde o quizás mañana.

Lucía se sorprendió por la respuesta de Román y lo agarró del brazo justo antes de que este estuviera demasiado lejos para hacerlo.

—Pero se trata de Jael... En fin, entre ustedes...

—No quiero molestar a la familia —exclamó Román—. Yo, no sé... Mañana nos vemos aquí y vemos cómo organizamos todo esto.

Lucía se quedó perpleja por la actitud de Román, que se alejaba a media carrera por la acera, mirando hacia un lado y hacia el otro, y desaparecía de su vista tras tomar la esquina. No era la reacción que esperaba de él y eso, junto a todos los demás sucesos con los que se había iniciado el día, la hicieron experimentar una preocupación creciente, como si percibiera que algo terrible se avecinaba, especialmente sobre Román.

Entró en el centro y preparó un improvisado cartel anunciando que permanecerían cerrados el resto del día. Cerró la puerta tras salir y pegó el cartel sobre el cristal. Después, se marchó a casa de los Schülz, dispuesta a mostrar sus respetos a la familia y, especialmente, a su amiga. Sin embargo, cuando llegó a casa de Jael, se llevó una desconcertante sorpresa.

Entre los muchos dolientes que se encontraban en casa de los Schülz, la gran mayoría alemanes, estaba Román. Estaba pálido, tenía el rostro desencajado y era incapaz de permanecer quieto, daba cortos paseos por el jardín delantero de la casa, donde esperaban aquellos que no querían permanecer en el interior de la casa.

—¿Román? —preguntó Lucía. Este, sorprendido, se limitó a saludarla tímidamente. Le contó que después de marcharse del centro recapacitó y decidió finalmente dirigirse a casa de Jael.

—Justo después pasé por el centro, pero ya te habías marchado —concluyó Román.

Lucía dio por buenas las palabras de Román; sin embargo, supo que no le estaba contando la verdad. Si él hubiera pasado por el centro, la habría encontrado en el interior, ya que tardó al menos quince minutos en organizarlo todo y preparar el cartel. Sin embargo, no era el momento de pedirle explicaciones por su extraño comportamiento. Al fin y al cabo, pensó Lucía, la muerte de Rolf les resultaba demasiado cercana y los últimos detalles que se fueron conociendo acerca de cómo transcurrieron los hechos, provocaron una pátina de angustia a todos los que lo conocían. Era comprensible que estuviera afectado; todos lo estaban.

Capítulo Treinta Y Seis

Román se preguntó en qué estaba pensando cuando le dijo a Lucía que no acudiría a ver a Jael hasta el día siguiente, algo absurdo, pero los pensamientos le discurrían a tal velocidad que no podía discernir más allá de ellos. En primer lugar, deseaba estar con Jael en esos momentos tan duros, pero todavía recordaba la nefasta reunión que habían tenido con el señor Schülz y la mala impresión que este se había llevado de él, por lo que no quería arriesgarse a convertirse en el desahogo de su dolor y de su frustración. Por otra parte, mientras esperaba en el jardín a que una empleada informara a Jael de su presencia, se fijó en muchos de los que, como él, esperaban. No había tristeza ni ningún tipo de sentimiento en sus rostros, sino una tensión inherente y miradas de desconfianza continuas.

Los nervios y el miedo a ser descubierto le hacían fijarse en todos los detalles y, de alguna manera que le llegó a parecer lógica, los acoplaba a la fatal predicción de que, de un momento a otro, todos aquellos rostros malhumorados iban abalanzarse sobre él para preguntarle dónde estaba el oro. Estaba tan abstraído que ni siquiera se fijó en que Jael salía de la casa y se dirigía hacia ellos —Lucía estaba junto a Román—. Enseguida, los tres se estrecharon en un intenso abrazo que se prolongó durante varios minutos bajo la mirada compasiva de los que se encontraban también en el jardín.

—Han matado a mi hermano —repetía Jael en un penoso lamento.

Román y Lucía trataban de consolarla, pese a que sabían que sus palabras resultaban estériles para tal fin. Tuvieron que esperar un poco hasta que Jael se calmó y pudo salir de ese bucle tortuoso.

—La policía está investigando los hechos —dijo Jael entre sollozos—, pero todavía no sabemos nada.

—Encontrarán al culpable y pagará por lo que ha hecho, Jael —dijo Lucía mientras secaba las lágrimas de su amiga. Román, pese a que le mostraba su afecto y deseaba amarla con todas sus fuerzas, se mantenía ligeramente alejado para evitar cualquier desavenencia con el señor Schülz. Además, a medida que escuchaba detalles de la muerte de Rolf, se sentía más incómodo y, de manera insoportable, partícipe.

—El centro... Ni siquiera...

—No tienes que preocuparte de nada, Jael —dijo Román.

Lucía reafirmó sus palabras con una tierna sonrisa.

—Nos haremos cargo nosotros —añadió—. El tiempo que sea necesario, ¿entiendes?

Jael los estrechó de nuevo entre sus brazos y después lanzó una mirada de desesperación hacia la casa. Si en los últimos años esas paredes la habían asfixiado, ¿cómo sería su vida ahora que su familia se había sumergido en un mar de dolor? ¿Cómo podría comunicarles a sus padres que ardía en deseos de abandonar esa casa que durante tan poco tiempo consideró su hogar? El

aire, pese a que entraba en sus pulmones, no saciaba su angustia y, por si no estuviera sufriendo ya lo suficiente, tenía la vaga sensación de que Román se mostraba esquivo.

—No estaré muchos días sin aparecer por allí —dijo Jael. Después cogió aire y templó sus fuerzas—. Rolf llevaba mucho tiempo jugando con fuego y, aunque me duela, una parte de mí no se sorprende de lo que ha ocurrido.

Lucía se fijó en cómo se estremecía el cuerpo de Jael. El brillo de sus ojos se había apagado, y si antes solían ser azules como el océano, en ese momento se asemejaban más bien a un tormentoso anochecer.

—No digas eso, no es el momento —dijo Lucía.

—Es la verdad —dijo Jael, aunque la dureza de sus palabras contrastaba con el llanto.

Román, al no soportar su sufrimiento, la recogió entre sus brazos y la abrazó con fuerza, momento en el que Jael se derrumbó definitivamente.

—¡Dios mío! —gritó Román.

—¡Un médico! —gritó Lucía mientras trataba de ayudar a Román a sostener el cuerpo lánguido de Jael.

—Traigan una silla —gritaron desde el otro lado del jardín.

Sentaron a la joven en la silla y un médico, curiosamente el que había corroborado la muerte de Rolf en el mismo callejón, atendió a la joven en un primer momento. Ada, en volandas desde la puerta, observaba con el rostro compungido como su hija caía sobre la silla, inerte. Sin embargo, Jael comenzó a reaccionar.

—Ha sido solo un mareo —dijo el médico—. Demasiadas emociones para una joven.

—¡Hija mía! —gritó Ada desde la puerta.

—Necesita descansar y permanecer tranquila un par de horas. Ayúdame, muchacho —dijo el médico dirigiéndose a Román. Entre ambos cogieron a la joven y la introdujeron en el interior de la casa. Hans salió en ese momento del despacho acompañado del señor Schneider y lanzó una mirada de odio en cuanto vio a su hija en un estado tan lamentable en brazos de Román.

—Solo necesita descansar —dijo el médico para calmar a Hans, cuyo rostro había expresado toda y cada una de sus emociones—. ¿Dónde podemos llevarla?

—Al cuarto de invitados. Está en esta misma planta. ¡Rápido!

Hasta allí fueron con Jael a cuestas. La pusieron sobre la cama y el médico pidió un par de toallas mojadas para ayudarle a recuperar la conciencia.

—¿Me escuchas, jovencita? —preguntó el médico sosteniendo el rostro de Jael entre sus manos y moviéndolo dulcemente de un lado a otro.

Román permanecía junto a la cama, aunque a varios pasos de distancia y con los brazos cruzados. Podía sentir la mirada acusadora no solo de Hans, sino la del hombre que lo acompañaba. No obstante, el estado de Jael colmaba todas las atenciones y establecía una especie de tregua que todos estaban dispuestos a respetar en ese momento.

—Hija —dijo Hans, agachándose junto a Jael—. Soy yo, tu padre.

El diagnóstico de que había sido un simple mareo levantaba cada vez más dudas, invitando a ello la propia expresión del doctor. Este no podía comprender por qué la joven no había recuperado la conciencia todavía.

—¿Puedes oírme? —insistió.

La tensión iba en aumento y fue por eso por lo que Román dio un paso al frente y casi suplicó:

—Jael, vamos despierta.

Hans miró a Román con auténtico desprecio, pero, justo en ese momento, Jael abrió los ojos

y miró a su alrededor como si no recordara nada de lo sucedido.

—Gracias a Dios —dijo Hans pasando las manos por la frente de su hija, perlada de sudor.

Sin embargo, Jael miró más allá de su padre y clavó sus ojos en Román, que esbozaba una sonrisa de tranquilidad que ella consideró la más bonita que jamás había visto.

—Dame la mano, Román —susurró Jael.

Hans no daba crédito, pero no estaba dispuesto a perder la compostura delante de todos. Se echó a un lado con toda la decencia que pudo y fue testigo directo de cómo ese joven al que había despachado de mala manera unos días atrás cogía la mano de su hija y se sentaba junto a ella.

—Delira —fue todo lo que dijo Hans mientras salía de la habitación seguido por el señor Schneider. Ada, a la que habían dejado entrar una vez Jael despertó, se tiró a los pies de su hija y comenzó a llorar. Román hizo el amago de levantarse, pero Jael apretó sus manos con más fuerza y negó sutilmente con la cabeza. En su sopor, sonreía.

Capítulo Treinta Y Siete

Cuando se llevaron a Jael hacia el interior de la casa, Lucía prefirió esperar en el jardín. Sintió un gran alivio cuando a los pocos minutos corrió la noticia de que había despertado y se encontraba bien. Esperó un par de minutos más y, al ver que Román no aparecía por ninguna parte, decidió marcharse. No podía afirmar tampoco que se encontrara muy cómoda en la casa de los Schülz.

Sin embargo, apenas había cruzado la puerta principal y había puesto un pie en la calle cuando una voz la sorprendió.

—Disculpe, señorita. ¿Es usted Lucía Sánchez? —Lucía se giró y vio a dos agentes de policía que caminaban hacia ella de manera apresurada.

—Soy yo —respondió con timidez. La presencia de los dos agentes, que se habían detenido a pocos pasos de ella, la intimidaba. Estos la miraban con clara sospecha.

—¿Usted trabaja en un centro de educación de Osorno junto a Jael Schülz y Román Morales?

Lucía asintió en silencio. Supuso que todo aquello debía estar relacionado con el asesinato de Rolf, aunque tampoco le dio mayor importancia.

—Por lo tanto, conoce a Román Morales, ¿no es así?

—Sí, claro. Es mi compañero, ¿por qué lo preguntan?

Los agentes se miraron sin expresar ninguna de sus intenciones y volvieron a concentrarse en ella.

—¿Sabe dónde podríamos encontrar a Román Morales en este momento?

Lucía frunció el ceño. No comprendía lo que estaba ocurriendo ni mucho menos la intención de los agentes. No obstante, y con toda la tranquilidad del mundo, ella les contestó que Román se encontraba allí mismo, en la casa de los Schülz, mostrándoles sus condolencias a la familia por la terrible pérdida que acababan de sufrir. Lucía dijo estas palabras sin imaginarse nada de lo que estaba a punto de suceder.

—Será bastardo —dijo uno de los agentes pasando de largo y entrando en la casa.

—Muchas gracias, señorita —dijo el otro antes de seguir a su compañero.

Fue Hans Schülz, al salir de la habitación donde habían dejado a su hija, el que primero vio entrar a los dos agentes de policía que habían mantenido una conversación con Lucía en la misma entrada del jardín.

—¿Hay alguna novedad respecto al asesinato de mi hijo? —preguntó Hans, mirando a los agentes con desconfianza. El señor Schneider, que caminaba tras él, disfrazaba su tensión con una exagerada sonrisa.

—¿Usted es el padre de Rolf Schülz?

—Así es.

Los agentes se miraron con gravedad.

—Tenemos un posible sospechoso y nos han confirmado que se encuentra aquí, por lo que queremos hacerle unas preguntas.

Hans palideció al instante, necesitó incluso apoyarse contra la pared para no caer al suelo. Estaba tan impresionado que no era capaz de articular palabra.

—Soy Frank Schneider, un amigo íntimo de la familia. Son momentos muy difíciles, por lo que cuenten con mi ayuda si es preciso y permítanme que medie entre ambas partes llegado el caso.

Los agentes miraron a Hans para pedirle su consentimiento y este dio el visto bueno.

—Necesitaríamos una habitación con la intimidad suficiente para poder realizar unas preguntas a una persona.

—El despacho del señor Schülz es el lugar indicado —dijo Schneider, señalando hacia el lugar en cuestión.

—¿Quién es? —preguntó Hans sin levantar la vista del suelo—. ¿A quién están buscando?

—A un tal Román Morales, ¿saben dónde se encuentra?

La idea de que el posible asesino de su hijo estuviese con su hija en su propia casa fue tan insoportable para Hans que el señor Schneider tuvo que aplacar la reacción visceral del padre de Rolf y llevárselo a otra estancia en la que pudiera calmarse. No obstante, entre dientes, señaló la habitación en la que se encontraba Román, y el señor Schneider apuntó que allí se encontraba la hija del señor Schülz, por lo que solicitó la mayor discreción posible.

Los agentes asintieron y avanzaron hacia el lugar indicado. Tocaron la puerta y la abrieron cuando escucharon una tímida respuesta desde el otro lado. Todos los que estaban en la habitación en ese momento los miraron sorprendidos.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Ada. Jael, que había estado adormecida, abrió sus ojos de par en par y se incorporó. Los agentes, antes de contestar, clavaron sus ojos en Román.

—¿Es usted Román Morales?

Román soltó la mano de Jael y encaró a los policías apretando sus manos para evitar que estas temblasen. Sin embargo, nada podía hacer para esconder la gravedad de su rostro: el sudor caía por su frente y sus mejillas habían perdido todo atisbo de color.

—Soy yo —contestó.

Fue entonces cuando los agentes rompieron su dupla y caminaron ambos en direcciones opuestas a lo largo de la habitación. El primero de ellos dio varios pasos hacia la derecha y se quedó a medio camino entre la puerta de la habitación y una ventana que daba al patio; el otro, a su vez, avanzó hacia la izquierda en dirección a Román, que instintivamente dio un par de pasos hacia atrás mientras miraba de reojo a los agentes.

—¿Qué sucede? —preguntó Jael como una niña asustada.

—Tenemos que hablar con usted, señor Morales. ¿Podría acompañarnos?

Román asintió en silencio y se dispuso a seguir a los agentes, no sin antes calmar a Jael guiñándole un ojo y diciéndole:

—Todo va a salir bien.

Jael le dedicó una sonrisa; sin embargo, en su cabeza bullía el recuerdo de la mañana en la que Lucía le entregó a Román una nota que Rolf había dejado en el centro. Le resultó extraño entonces, pero nada comparado con lo que estaba experimentando Jael en ese momento en el que Román se marchaba custodiado por dos agentes: una sensación de vértigo y miedo tan intensa que deseó volver a perder la conciencia.

Los agentes guiaron a Román hasta el despacho de Hans Schülz, donde había tenido lugar la desafortunada reunión. Estaban a solas y el silencio de los primeros instantes pesaba toneladas.

—¿Qué desean? —preguntó Román. El corazón le latía tan deprisa que pensaba que iba a sufrir un infarto en cualquier momento.

Uno de los agentes, con excesiva teatralidad, avanzó hacia la puerta del despacho, se apoyó en ella y encendió un cigarrillo como si aquello no fuera con él. El otro, mientras tanto, con los brazos en jarra, dejando lucir su arma, miraba fijamente a Román. Este supo que pretendían intimidarlo.

—¿Podría decirnos, señor Morales, dónde estuvo ayer por la noche? A partir de las nueve, concretamente.

Sus dudas se disiparon: era uno de los sospechosos del asesinato de Rolf.

—En mi casa —mintió. Sobre esa hora se vio con Rolf en el callejón para entregarle el oro, pero no podía mencionar siquiera aquel encuentro, aunque se inventase un motivo: tenía que negarlo todo. Sin embargo, el recuerdo que vino a su cabeza le estremeció de tal manera que incluso el agente pareció advertirlo.

—¿Alguien podría confirmar su coartada?

—Mi madre.

—Ya... —contestó el agente que fumaba apoyado en la puerta. Eso fue suficiente para que Román dedujera que los agentes sabían más de lo que aparentaban.

—Entonces, no vio usted ayer a Rolf Schülz, ¿no es así? —preguntó el otro. Román los observaba como una presa arrinconada.

Era la última oportunidad de Román, pero optó por negar todo lo que lo relacionase con el hermano de Jael. Siempre había pensado cómo reaccionaría en una situación como esa, sobre todo cuando leía novelas en las que el protagonista se metía en problemas o era traicionado de manera inesperada. «Como robar un poco de pan», pensó en *Los Miserables*. Incluso había llegado a imaginar la angustia que experimentaría en un momento como ese y cómo reaccionaría llegado el momento.

Sin embargo, la realidad dejaba atrás todo lo leído. La valentía quedaba lejos y los elocuentes discursos de los personajes novelescos morían en su garganta seca y temblorosa, mientras sus ojos bailaban al son de los agentes que poco a poco iban cercándolo.

La habitación olía a sudor, tabaco y miedo, y más allá de la puerta, se escuchaban los rumores de la multitud que se agolpaba junto a la puerta del despacho, esperando con ansias alguna respuesta. Hasta el reloj que colgaba en la pared del despacho de señor Schülz marcaba cada segundo con un *tic tac* apremiante.

—No, no lo vi —contestó Román.

—¿No tuvieron una acalorada discusión cerca de las nueve y cuarto de la noche, señor Morales?

Al otro lado de la puerta se escuchó un breve murmullo. Sin embargo, volvió a negarlo. No había vuelta atrás.

—Supongo que la docena de testigos se equivocan —dijo el agente que estaba junto a la puerta.

Román no dijo nada, en parte porque no tenía nada que decir. Sabía que podía demostrar su inocencia inmediata si revelaba todo el asunto del oro y los tractores.

Era tan fácil como decir que se citó con Rolf para entregarle parte del oro que él mismo le había robado a unos contrabandistas —lo cual consideraba que no era delito— y que después se había marchado a casa. Podía decirles que el motivo de la discusión no fue otro que el reparto del mencionado botín. Podía incluso gritar que Rolf tenía que convencer a sus padres para que le permitieran casarse con Jael, la mujer de la que estaba enamorado, y por la que había estado a

punto de condenarse con su silencio. Pero eso solo ocurría en las novelas.

Si confesaba todo lo que sabía acerca del oro, acabaría de destruir la familia de Jael, e incluso ella podía verse implicada. Un riesgo que no estaba dispuesto a correr.

—Tiene mala cara, señor Morales —dijo uno de los agentes, pero Román se limitó a agachar la mirada.

—Yo no he matado a Rolf Schülz. —Era lo único que le quedaba.

De repente, el agente que estaba frente a él lo golpeó con dureza en el rostro. Román cayó al suelo aturdido, con un hilillo de sangre saliéndole por la nariz.

—Y no he visto nunca a un desgraciado como tú, tratando de consolar a la misma familia de su víctima. —Y dicho esto, le lanzó una patada que le hizo estremecerse.

—No te pases —dijo el compañero—. Ponle las esposas. Nos lo llevamos.

El agente obedeció y con brusquedad, retorciéndole las muñecas, esposó a Román, que gritó de dolor, lo que provocó una reacción inmediata al otro lado de la puerta.

—Deberíamos dejarte aquí esposado, cobarde. Seguro que la familia tendría algo que decirte.

Pero Román, entre el golpe, el intenso dolor de los brazos y lo que estaba viviendo, apenas era consciente de lo que estaba ocurriendo. Además, todos sus pensamientos estaban enfocados en Jael y en el dolor que iba a causarle. El agente abrió la puerta y pidió que dejaran paso, pero enseguida todos trataron de acercarse a Román. Lo último que vio este antes de que el mundo se le viniera encima en forma de golpes y arañazos fue la imagen de Jael totalmente desconsolada, incrédula ante lo que sus ojos estaban viendo. Los agentes pararon a Román frente a Hans y Ada, que enseguida le golpearon, descargando toda su frustración. La multitud los jaleaba y se unía a aquel popular castigo.

—¡Asesino!

—¡Mátenlo!

El agente, temiendo por la vida del detenido, gritó que era suficiente y tiró de nuevo de Román, que apenas podía caminar, y lo sacó de la casa lo más rápido que pudo. Sin embargo, los golpes se sucedieron a lo largo del trayecto, así como los gritos en alemán y el lanzamiento de toda clase de objetos. Jael, como un fantasma, caminaba detrás de aquel improvisado calvario con el rostro desencajado. Alzaba sus manos, pero era incapaz de pedir que dejaran de golpearlo. Fue justo antes de cruzar la puerta cuando una patada arrojó a Román al suelo, quien cayó bocarriba, con lo que pudo mirar a Jael por última vez.

—Arriba, basura, o no lo cuentas —dijo el agente tirando de las esposas.

La multitud siguió a Román hasta el auto de los agentes, increpándolo y golpeándolo. Sin embargo, Jael se había quedado a solas frente a la puerta, justo en el lugar donde Román había caído al suelo. Esa mirada le había dicho tanto como un discurso de mil páginas.

A los pocos días se celebró el juicio y Román Morales fue declarado culpable del asesinato de Rolf Schülz. En la sala, donde estuvo presente la familia Schülz —incluida Jael— fueron testigos de cómo Román, magullado de pies a cabeza, se mantuvo en silencio en todo momento, sin responder a ninguna de las acusaciones y sin defenderse de ellas. Jael no le quitaba los ojos de encima, pero Román no levantaba los suyos del suelo.

Jael no podía creer que el hombre al que amaba hubiera sido capaz de tal cosa. Román era un hombre culto, instruido, que rechazaba la violencia siempre y al que le resultaba difícil matar a una simple mosca. ¿Cómo podía haber asesinado a Rolf de esa manera?

Pero a su pesar, y al igual que todos los que se encontraban presentes en la sala, Jael presencié la declaración de los testigos, entre ellos, la de la joven de la joyería, que dejó a todos boquiabiertos cuando se presentó como novia de Rolf.

Todos coincidían en que su hermano y Román se habían peleado en plena calle horas antes de que Rolf apareciera sin vida. También resultó demoledor para la joven el testimonio de Lucía que tremendamente afectada declaró el extraño comportamiento de Román la mañana después del asesinato. Todo esto, unido a esa extraña nota de la que nunca pudo saber nada, superaba los deseos de Jael de que Román fuera inocente y la sumía en un pozo de desesperación infinito.

Lo condenaron a cadena perpetua, lo que fue aplaudido por toda la sala, que estaba repleta de cercanos a la familia y los amigos del propio Rolf, que mostraron su apoyo a la decisión del juez con auténtico fervor, a la vez que pedían la muerte para Román.

Hans, con un conmovido gesto, les agradecía en todo momento el apoyo que le procuraban.

Las Viejas Espadas, estaban al completo allí, exultantes al ver cómo la culpa del asesinato de Rolf caía sobre los hombros de aquel pobre desgraciado mientras el oro descansaba en sus bolsillos.

Culpable. Era lo único que resonaba en la cabeza de Jael mientras veía cómo la sala entera estaba en éxtasis. Sus padres eran abrazados por unos y por otros, dándoles la enhorabuena por el hecho de que el asesino de su hijo fuera a pasar los próximos años en prisión. Ella no podía compartir esa euforia y permaneció sentada, observando cómo se llevaban a Román, quien era el único hombre que había amado en toda su vida y, al mismo tiempo, era el asesino de su hermano.

Capítulo Treinta Y Ocho

El relato de Jael concluyó casi al mismo tiempo que el auto se adentraba en el pequeño pueblo de Los Pinos. Sus nietas se habían quedado atónitas ante lo que acababan de escuchar.

—Pero, abuela, Román no asesinó a tu hermano Rolf —dijo Jeanne totalmente indignada.

—Por supuesto que no, fueron esos animales que tenía como amigos. Pero en ese momento yo no lo sabía. Tendría noticias de eso muchos años después, aunque, si les soy sincera, nunca acepté del todo que Román fuera el asesino de Rolf.

—Pero lo que hizo Román fue muy bonito. Se sacrificó por ti, para que no perdieras a tu familia —dijo Myriel.

—¿Y qué fue del oro que Román había robado de los tractores? —preguntó Jeanne. Jael encogió los hombros.

—Ese secreto se fue con Román —dijo Jael mirando a través de la ventana—. Román murió. O, al menos, murió para mí.

Un respetuoso silencio siguió a las palabras de Jael, como un luto tardío e improvisado, pero de obligatorio cumplimiento.

—Creía que ese Aníbal se trataba de Román —dijo Myriel, desilusionada.

Jael negó agitando su dedo índice de un lado a otro.

—A Aníbal lo conocí después —añadió Jael.

Sus nietas se sumieron en un reflexivo silencio. A todo lo que estaban viviendo en Valdivia —la misteriosa caja, el comisario Hernández, etc.— tenían que sumarle la historia de su abuela, que relataba con tal lujo de detalles que les resultaba difícil no visualizar cada una de las escenas que narraba.

Myriel estacionó el auto frente a una humilde pensión —la única del pueblo— y pagaron por una habitación. El lugar pertenecía a un matrimonio de ancianos muy agradables que trataron de satisfacer a sus inesperadas clientas con todo lo que estaba en sus manos.

—Nunca había oído hablar de Los Pinos —dijo Jeanne observando una serie de fotografías oscuras y antigua que colgaban de la pared más próxima a la recepción.

—Es un pueblo humilde y viejo. La mayoría de los jóvenes se han marchado —dijo el anciano con una sonrisa.

—Pero, desde luego, es bonito —añadió Jael.

—Muchas gracias, señora —respondió el anciano.

Ya en la habitación, la curiosidad consumía a Myriel y Jeanne. Por mucho que les hubiera contado su abuela, aún no tenían la menor idea de lo que hacían en aquel pueblo alejado de todo.

—Aníbal lo mencionaba en su carta y este era un lugar muy especial para él. Quizás encontremos algo que nos ayude a terminar con todo esto.

—Pero ¿el qué, abuela? En este pueblo no hay gente siquiera —dijo Jeanne señalando hacia

la ventana.

Jael esbozó una sonrisa ante la ocurrencia de su nieta.

—Paciencia, Jeanne. Todo saldrá bien, pero a su debido tiempo.

Jeanne, que no soportaba las frases con doble sentido de su abuela, se acercó a la ventana, sacó la cabeza por ella y encendió un cigarrillo. Aunque sentía la necesidad de fumar, tenía otra razón de peso para sacar la cabeza por la ventana: quería averiguar si el comisario las había seguido o, más bien, y dejando a un lado la ingenuidad, quería saber si el comisario Hernández había llegado ya a Los Pinos.

El comisario conducía con el ceño fruncido, sin quitarle el ojo al auto en el que viajaban las tres mujeres. Sus cejas se arquearon al límite cuando vio que se internaban en Los Pinos, un pueblo venido a menos y donde apenas vivían una treintena de vecinos. No obstante, al mismo tiempo, le pareció el lugar idóneo para esconder el oro, por lo que sus dudas se disiparon en un segundo.

Observaba como la anciana se bajaba del vehículo y se dirigía a una pensión cuando su celular comenzó a sonar: era Rojas; tenía noticias.

—He recopilado más información sobre Jael Schülz; información que podría serle muy interesante, señor —dijo Rojas con la esperanza de que el comisario lo felicitara por ello.

—¿Qué esperas para decírmela?

Rojas se sintió estúpido. Cogió aire y le contó todo lo que había averiguado hasta ese momento.

—Tenía un hermano, Rolf Schülz; fue asesinado a finales de 1948 por un tal Román Morales. Fue condenado a cadena perpetua, señor.

—Vaya, la vieja es toda una caja de sorpresas. ¿Tiene algo más?

—Por ahora eso es todo, señor.

—Bien, muchas gracias, Rojas. Siga así.

—Gracias, señor.

Hernández colgó el celular y se quedó durante unos segundos mirando hacia ninguna parte. Las palabras de Rojas no suponían ninguna novedad, sino una confirmación, más bien, de lo que él ya sabía hacía mucho tiempo. No era la primera vez que escuchaba ese nombre: Román Morales. Su madre se lo había mencionado en reiteradas ocasiones a lo largo de toda su vida, hasta sus últimos días.

Después de llegar a la policía, todavía joven, Hernández utilizó todo lo que estaba en su mano para encontrar a ese hombre. Buscó en toda clase de registros hasta que, por fin, supo qué había sido de él. Román Morales había fallecido en un incendio en la cárcel a principios de 1950. El hombre que, según su madre, asesinó a su verdadero padre y les privó de una inmensa riqueza.

Pese al odio que le procuraba, o, más bien, del odio que su madre había germinado en su interior, sabía que ese hombre era el único que podía llevarlo hasta el oro. Por ello, cuando supo de su muerte, perdió toda esperanza de recuperar lo que por derecho les pertenecía a su madre y a él. Pasaron los meses y los años, su madre falleció y la idea de hallar el oro se había vuelto inexistente.

Pero, de repente, unos niños encontraron una misteriosa caja que estaba referida a Jael Schülz, la hermana de su padre. Cuando lo supo, se sorprendió y reflató en él la necesidad de encontrar el oro. No le interesaba que ella fuese su tía, pues nunca sintió nada bueno por esa familia, pues los Schülz no tuvieron la decencia de ayudar a su madre cuando supieron que estaba embarazada de Rolf.

—¿Y cómo sabemos que Rolf era el padre de la criatura? —le dijo quien debía haber sido su

abuelo a su madre, tratándola como si fuera una cualquiera y condenándola una vida mísera.

El rencor hacia los Schülz era, por lo tanto, inmenso. Pero lo que más le llamaba la atención al comisario era que, en los muchos años que escuchó la historia de los labios de su madre, jamás le oyó mencionar a ese tal Aníbal Valjean: un hombre millonario que apareció y desapareció por arte de magia. ¿Se trataba de Román Morales? Él mismo del que había leído el acta de defunción, ¿qué probabilidad había de que estuviera falseado? Era cierto que habría podido recurrir al oro que tenía escondido, pero, entonces, no tenía sentido que hubiera pasado tanto tiempo en prisión.

Harto de deliberaciones que no llegaban a ningún lado, golpeó el volante y arrancó el auto. No iba a conseguir nada si se limitaba a observar cómo las mujeres iban de un lado a otro. Lo único que podía conseguir era que la perdiera de vista o que jugaran con él. Había prometido a su madre hacer todo posible por recuperar lo que era suyo e iba a hacerlo ese mismo día.

Capítulo Treinta Y Nueve

Las tres mujeres no tardaron mucho en abandonar su hospedaje. Según Jael, Aníbal afirmaba en la carta que quemó que debía acudir al cementerio. No decía qué debía hacer o buscar allí, pero la indicación era suficiente para que las tres estuvieran nerviosas. Preguntaron al anciano dónde se encontraba el cementerio y este les indicó que tan solo tenían que seguir la calle principal y atravesar un camino de tierra.

El anciano trató de saber qué llevaba a sus huéspedes a querer visitar el ruinoso cementerio de Los Pinos —los funerales se celebraban en La Unión—, pero ninguna de ellas se mostró muy locuaz, por lo que decidió no insistir para no molestar más de lo necesario. Su cordialidad era de lo más agradable.

—No parece estar muy lejos —dijo Myriel mientras miraba al horizonte—. Allí, justo detrás de esos árboles.

—¿Te apetece ir andando, abuela? —preguntó Jeanne.

—Sí, claro. Nos vendrá bien estirar un poco las piernas y tomar el aire.

Dicho esto, las tres se pusieron en camino, ignorando que a sus espaldas y casi en el otro extremo de la calle, el comisario Hernández estacionaba su auto y se disponía a seguir las a pie. Apenas había un par de personas más por la calle, por lo que decidió guardar la máxima distancia posible. Quería saber a dónde se dirigían y con qué intenciones, y sabía que si pasaba desapercibido le resultaría más fácil.

El cementerio de Los Pinos, tal y como dijo el anciano de la pensión, no tenía muy buen aspecto; más bien parecía que la muerte hubiera dejado de lado aquel pueblo y hubiese concedido la vida eterna a los pocos habitantes que allí quedaban. Lo que alguna vez fue un césped cortado y dispuesto para el santo lugar que vestía, se mostraba entonces con un aspecto silvestre y dejado. Los brotes llegaban a la altura de las rodillas y muchas lápidas parecían naufragios luchando por no perecer en aquel océano de verdor. Una antigua reja, en la que todavía quedaba algún resto de esmalte negro, trataba inútilmente de delimitar el trazado del viejo cementerio.

Jael avanzó con dificultad ayudada por sus nietas, que la sujetaban por los brazos y echaban las hierbas hacia un lado para que le resultara más sencillo caminar.

—¿Qué estamos buscando, abuela? —preguntó Myriel. Jael la miró y después observó el paisaje que las rodeaba.

—No sabría decirlo.

—Me parece que nada vivo —bromeó Jeanne.

—¿Es que no puedes tomarte nada en serio? —le recriminó Myriel.

—¿Me ves reír acaso?

—Ya basta. Hay que tener respeto. Estamos en un lugar sagrado —dijo Jael. Miró de nuevo a

su alrededor y buscó algo, cualquier cosa, que le llamase la atención, pero no parecía haber nada fuera de lo común. Se adentraron un par de pasos más en el cementerio. Fue Myriel la que dio el aviso.

—Hay una lápida que está apartada de las demás —dijo señalando hacia la pieza pétrea en cuestión.

—Y no parece de las más antiguas —añadió Jeanne.

Caminaron al lugar donde se encontraba la lápida, la cual era cierto que resultaba diferente a las demás. Era más gruesa y parecía estar hecha de una roca de mayor calidad, pues resistía el paso del tiempo bastante mejor que las otras.

Estaban a unos pocos metros cuando Jael se detuvo en seco y se tapó el rostro con sus manos.

—Dios mío —dijo Jeanne al ver el nombre que rezaba en la lápida.

—Aníbal Valjean —leyó Myriel. Después, observó a su abuela, que lloraba sin consuelo—. Lo siento mucho.

Jael negaba con la cabeza y trataba de secar las lágrimas que desbordaban sus mejillas.

—Tranquila, abuela —dijo Jeanne. Pero Jael no hizo otra cosa que dejarse caer de rodillas junto a la lápida para después acariciar la fría piedra con sus manos. La actitud de Jael no hizo más que incrementar la curiosidad de sus nietas, que no podían comprender el motivo del llanto de su abuela.

—Déjenme unos minutos —dijo Jael.

Myriel y Jeanne se apartaron y le dieron un poco de intimidad. Transcurrido ese tiempo, Jael se incorporó y se acercó a ellas—. Ya podemos regresar a casa.

El comisario Hernández no le quitó un ojo de encima a Jael durante su visita al cementerio. Debido a la abundante vegetación, le resultó sencillo acercarse y pasar desapercibido. No comprendía el motivo del llanto de la mujer, por lo que, cuando abandonaron el cementerio, la siguió para asegurarse de que regresaban a la pensión. No estaba muy lejos del cementerio, por lo que podía ir sin problemas a investigar esa lápida y tener controlado al mismo tiempo la puerta de la pensión.

Regresó sobre sus pasos y se dirigió apresurado hacia la tumba. Agradeció que no hubiera nadie más en el cementerio, ya que no quería llamar la atención. Fue hasta la lápida y leyó con sorpresa el nombre de Aníbal Valjean grabado sobre la piedra. Sus ojos relucieron bajo la sombra del sombrero.

—Es imposible —se dijo para sí mismo. Rojas había comprobado los registros concienzudamente y no había hallado rastro alguno de Aníbal Valjean, por eso resultaba ridículo que ese hombre estuviera enterrado tan cerca de Valdivia; su nombre habría aparecido por algún lado.

Golpeó la lápida con el pie para comprobar que era verdadera y que estaba bien clavada en la tierra. Después, miró a su alrededor y se iluminó ante él una sórdida idea. Si la experiencia le había enseñado algo a lo largo de su carrera era que un comisario tiene que improvisar en todo momento y hacer lo necesario para conseguir su objetivo, sin temor a equivocarse. Tenía la misteriosa identidad de Aníbal Valjean, un hombre que había desaparecido de la noche a la mañana y del que no se tenía constancia en ninguna parte. Era bastante probable que ese Aníbal ni siquiera existiese y que todo fuera una farsa, lo que significaba....

En ese instante sus ojos se posaron sobre la hierba que crecía a los pies de la lápida. Pisó la tierra con fuerza y comprobó con satisfacción como la lluvia de la última semana la había mantenido blanda.

—¿Y si todo esto no es más que una mentira? —dijo para sí mismo, como si necesitase

convencerse antes de realizar un acto tan deplorable. Sin dudarlo, se ajustó el sombrero y fue tranquilamente hasta su auto. En sus labios lucía una media sonrisa. Se subió el vehículo y atravesó la calle hasta detenerse justo en la entrada del cementerio. Se bajó del auto y se dirigió al maletero, cogió una pala y caminó hacia la lápida de Aníbal Valjean.

Capítulo Cuarenta

Para cuando Jael entró en la pensión, las últimas lágrimas habían desaparecido de su rostro. Sus nietas caminaban tras ella, deseosas de preguntarle, pero sin querer precipitarse. Tenía grabada hasta la última palabra de la carta, por eso no comprendía qué sentido tenía que Aníbal Valjean la hubiera conducido hasta su tumba. ¿Acaso escribió la carta estando muy enfermo? ¿Pasó sus últimos días en Los Pinos?

Era una posibilidad. Pensó que los ancianos que regentaban la pensión debían saber algo de la lápida, por lo que, de repente, se giró y regresó sobre sus pasos.

—¿A dónde vas, abuela? —preguntó Jeanne.

—Solo será un momento —contestó Jael. Esta dejó atrás el pasillo que llevaba hasta las habitaciones y llegó al vestíbulo, donde encontró al anciano sentado en una silla con un libro en sus manos.

—¿Puedo ayudarla en algo? —dijo el anciano. En ese momento, las nietas de Jael llegaron a la altura de su abuela.

—Me gustaría hacerle un par de preguntas acerca del pueblo —dijo Jael.

—Por supuesto, señora —dijo el anciano, cerrando el libro—. No dude en pedirme todo aquello que pueda hacerle más cómoda su estancia, ¿no es así, Margarita?

La esposa de Pedro, que tejía frente a él, asintió con la misma predisposición. Jael agradeció la actitud de ambos con una sonrisa.

—Quería preguntarle por la lápida de Aníbal Valjean, no sé si sabrá a la que me refiero.

—¡Por supuesto, señora! Aunque tengo que decirle que éramos bastante más jóvenes cuando se celebró el funeral de aquel hombre. Fue todo un acontecimiento en el pueblo.

—¿Por qué?

—Oh, por lo curioso que fue todo. Ese tal Aníbal no era de Los Pinos, ni nadie de aquí había oído hablar antes de él. ¿Verdad, Margarita?

Esta asintió mientras continuaba su labor.

—El hecho fue que —continuó Pedro— el ataúd llegó a los pinos con todos los gastos pagados por adelantado y con las instrucciones para el funeral en una hoja pegada sobre la tapa. ¡Todo el pueblo se volvió loco! Pero, por respeto al difunto, cumplimos con todas y cada una de las instrucciones. Además, al poco de llegar el ataúd, lo hizo esa lápida por la que usted me pregunta, ya con el nombre grabado y todo. En fin, quien fuera lo organizó todo a la perfección y nosotros nos limitamos a cumplir su última voluntad. Lo único que quedó en nuestras manos fue elegir el lugar en el cementerio, por eso lo enterramos un poco apartado del resto, para que pudiéramos encontrarlo fácilmente por si alguien venía preguntando por él.

—¿Y ha preguntado alguien por él desde entonces?

Pedro miró a su esposa e intercambiaron un par de miradas intensas, como si estuviesen

compartiendo su recuerdo a través de sus ojos.

—Pues, si le digo la verdad, creo que usted es la primera. No hemos escuchado que nunca hubieran venido a preguntar por Aníbal Valjean.

—¿Sabría decirme cuándo llegó el ataúd a Los Pinos?

Pedro encogió las cejas.

—Mil novecientos sesenta... y cuatro, cinco. O puede que pocos años después. Me es difícil acordarme con exactitud, pero seguro fue en la década de los sesenta y después del terremoto.

Jael estaba sorprendida por lo que acababa de escuchar. Desde que tuvo noticias de la caja, había procurado traer al presente cada recuerdo, hacer palpable cada segundo de su vida para entender todo lo que estaba ocurriendo; sin embargo, era incapaz de avanzar. Pensó en la carta que había leído en la comisaría, reflexionó acerca de sus palabras y trató de encajarlas en la nueva realidad en la que se encontraba. ¿Qué sentido tenía la tumba? ¿Por qué Aníbal iba a escribirle para mostrar el lugar donde había sido enterrado? No había explicación. Sin embargo, de repente, recordó la última frase de la carta; una frase que, en vista de las circunstancias, adquiriría un especial significado y la invitaba, muy a su pesar, a tomar la iniciativa en todo el asunto.

—La verdad no se corrompe y aguarda para salir a la luz —musitó Jael.

—¿Cómo dice? —preguntó Pedro al escuchar el susurro de Jael.

Myriel y Jeanne se acercaron a su abuela.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Myriel.

—Necesito descansar —dijo Jael.

—Claro, señora —dijo Pedro—. ¿Quieren que las acompañe hasta la habitación o que les prepare algo de comer?

—No será necesario. Muchas gracias —contestó Jeanne.

Se dirigieron hacia la habitación que tenían en la pensión, que se encontraba más allá de un pasillo, en el primer piso. Una vez allí, Jael se sentó en la cama y se tapó el rostro con las manos. Suspiraba y en su cuerpo se atisbaba un temblor que era incapaz de controlar. Sus nietas la miraban preocupadas y trataban de animarla dándole sutiles golpes en la espalda, aunque la realidad era que no sabían que decir, cómo animarla, cómo buscar las palabras idóneas para recuperar la sonrisa de su abuela. Aquella historia las superaba y, pese a que negaban cualquier sensación de derrota, lo único que deseaban era abandonar esa tierra que resultaba extraña para ellas y regresar a sus antiguas vidas.

Jael cerró los ojos y se dejó caer sobre la cama. Estaba agotada. A lo sucedido los últimos días tenía que añadirle el hecho de contarles toda la historia a sus nietas, lo que le procuraba un cansancio intenso. No tardó mucho en entrar en un sopor confuso, a medio camino entre un descanso incómodo y una pesadilla. Desde el otro lado de la habitación le llegaban los susurros de sus nietas, que conversaban creyendo que ella dormía plácidamente.

—¿Hasta cuándo vamos a permitir esto? —dijo Jeanne.

—No lo sé, es complicado.

Jeanne se mordió los labios.

—En qué maldito momento decidimos venir. ¿Cómo puede estar ocurriéndonos algo así?

—La abuela no quería venir —dijo Myriel—. Aunque con todo lo que nos ha contado, no me extraña.

Jeanne miró a su hermana pidiéndole que le contestara con sinceridad.

—¿Te lo crees? —preguntó con solemnidad.

—¿Lo que la abuela nos ha contado? ¿Por qué no iba a creérmelo? Lo estamos viendo con

nuestros propios ojos. Tenemos incluso a un comisario detrás nuestro.

—Me es muy difícil digerir que toda esta historia haya permanecido en secreto durante tanto tiempo, solo es eso —dijo Jeanne—. La abuela tiene una edad y, en fin, siempre ha tenido mucha imaginación. No es la misma desde que se murió nuestro padre.

—Papá y mamá fallecieron hace quince años —exclamó Myriel.

—Solo digo que tenemos que barajar la posibilidad de que la abuela esté un poco perdida. Quizás el viaje no le haya sentado muy bien.

Myriel se indignó ante la insinuación de su hermana, pero no le dio tiempo a contestar.

—Eso se llama cobardía, Jeanne —dijo Jael, que había escuchado toda la conversación y consideró que el momento era idóneo para intervenir.

—¡Abuela! —dijo Jeanne, avergonzada ante la idea de que Jael lo hubiera escuchado todo—. Creíamos que estabas dormida.

—No hay nada malo en decir lo que piensas, aunque preferiría que me lo dijeras a la cara, si no te importa.

Jeanne, sonrojada, asintió.

—Entiendo muy bien cómo se sienten y lo que pasa por su cabeza. Las conozco demasiado bien como para no saberlo. Piensan que estoy un poco loca, ¿no es así?

Jeanne agachó el rostro y Myriel pasó el brazo por su hombro para consolarla. Jael se acercó a ellas y las confortó con un abrazo

—¿Quieren saber la verdad?

Las dos jóvenes asintieron a la vez.

—¿Por dónde lo habíamos dejado?

Capítulo Cuarenta Y Uno

Román, como cada mañana, después de despertar, se enjuagó la cara con el agua que caía a través del caño que había en un rincón de su celda y, utilizando como pedestal un montón de libros, se alzó hasta la ventana con rejas que daba al exterior de la prisión, a una verde pradera que se extendía hasta los pies de un frondoso y lejano bosque. Era tal el esfuerzo que tenía que hacer para disfrutar de aquellas vistas que sabía que solo tendría unos segundos antes de que se empezaran a resentir los músculos de sus brazos. Sin embargo, aquellos segundos en los que sus ojos eran testigos de la libertad valían cualquier castigo.

—Un día te quedas sin dientes —dijo Rolex, un hombre con un bigotillo elegante y aspecto limpio que le hacía parecer cualquier cosa menos que se trataba de un preso. Su verdadero nombre era José Franco y lo de *Rolex* le venía porque fue por el robo de esa marca de relojes por lo que acabó en la cárcel. Era muy habilidoso con las manos y podía robar cualquier cosa que se le antojase. Era el compañero de celda de Román y una de las primeras amistades que entabló a su llegada a prisión.

—Estoy cansado de estas paredes —dijo Román poniendo sus pies de nuevo en el suelo.

Rolex le hizo una mueca y le ofreció un cigarrillo tan fino como un alambre. Román lo cogió y se lo guardó en el bolsillo.

—Menos mal que te queda poca condena —dijo Rolex con una sonrisa burlona.

—Te has levantado muy gracioso —replicó Román.

—¿Y por qué no? Ya habrá tiempo para perder la sonrisa. Además, deberías agradecer que recién se eliminó la pena de azotes, que por lo que alcancé a ver, no se la recomiendo a nadie.

Un estruendo metálico retumbó en la habitación. El guardia de turno acababa de abrir la puerta de la celda. Desde ese instante hasta después de comer eran libres para deambular por la galería A, momento en el que los guardias volvían a encerrar a los presos en las celdas durante otro par de horas.

Román y Rolex se dirigieron a la planta baja de la galería, donde desayunaron un poco de té y un pan, cuyo sabor camuflaba por completo su composición. Después, fiel a su costumbre, Román se dirigió a la biblioteca de la prisión, donde impartía clases a todos los presos que lo solicitaban. El mismo director de la cárcel fue quien le recomendó tal ocupación a Román después de leer su expediente. Él no lo dudó y aceptó de inmediato, no porque pretendiera aleccionar a los internos del correccional, sino porque al menos podría estar tranquilo y entre libros, lo que era toda una fortuna después de lo que había ocurrido. Sin embargo, pasada una semana desde que comenzara sus clases, el número de presos que acudía a ellas no había parado de aumentar. Román, culto y decidido a no dejarse pisar, mostraba una actitud cercana, mientras que la peculiar manera que tenía de expresar sus conocimientos lo situaba en una especie de limbo para el resto de los presos.

Muchos de los hombres que se encontraban allí habían delinquido porque no les había quedado más remedio; otros habían sido culpados injustamente y, por último, había un grupo de verdaderos delincuentes, desalmados y sin remordimientos, pero todos ellos coincidían en que veían a Román como una oportunidad para mejorar y para salir —los que quisieran salir— de ese mundo oscuro y peligroso en el que se habían adentrado. Pero, además, Román transmitía una sensación que invitaba al resto de presos a compadecerse de él. Por sus gestos, por sus palabras y por la manera de mirar que tenía, resultaba evidente que Román era el tipo de hombre al que el destino elige para enseñarse: preso sin culpa, dejó correr el miedo y la frustración de los primeros días para mostrarse a partir de entonces como un hombre callado y reflexivo, como si estuviera en todo momento rumiando sus pensamientos. Los presos lo observaban convencidos de que estaría derrochando conocimiento entre sus neuronas, accediendo a cotas de información reservadas a mentes privilegiadas.

Fiel a la costumbre, en la puerta de la biblioteca Román se encontró con Claudio Villarín, un hombre que medía más de dos metros y que había aprendido a leer y a escribir gracias a Román. No obstante, le costaba mucho aprender cualquier cosa, y casi el doble retenerla dentro de su cabeza, razón por la que acudía diariamente a las lecciones. Sin hacer ruido ni molestar a nadie, se sentaba en la última fila y se concentraba para quedarse con el máximo conocimiento posible.

—Buenos días, Bruto —dijo Román.

Bruto era el mote que recibía Claudio debido a su tamaño y al motivo de su encarcelamiento. Al parecer, un grupo de jóvenes estuvo increpándolo un par de días, siendo él aún muy joven, hasta que llegó un momento que se enfrentó a ellos: el resultado fue que dos de los jóvenes fallecieron por los golpes y los otros dos acabaron con varios huesos rotos. Así fue como Claudio Villarín entró a prisión con poco más de dieciocho años, aunque el descomunal tamaño de su cuerpo y los rumores que circulaban sobre el crimen que había cometido le mantuvieron libre de problemas. No obstante, no se relacionó mucho con los demás presos hasta la entrada a la prisión de Román, varios años después. En ciertas ocasiones, cuando se encontraba a solas en el patio, se asimilaba a un inmenso árbol comparado con el resto de los presos.

—Buenos días, profesor —dijo Bruto.

—¿Cuántas veces te he dicho que no me llames así, Bruto?

—Pero eres profesor —Román lo miró y acabó cediendo. La lógica de Bruto, aunque era simple, no daba lugar a errores. Eso tenía que reconocerlo.

Pocos minutos después, la biblioteca estaba repleta de presos que atendían en absoluto silencio las explicaciones de Román, mientras que un par de guardias los observaban y vigilaban para evitar problemas; aunque desde la llegada de Román no se había producido ni un solo altercado. El único cambio fue que cada vez más presos mantenían correspondencia con su familia y que la demanda de libros había aumentado de manera exponencial, ya que muchos habían descubierto un mundo nuevo y fascinante. Muchos podían evadirse largas horas de esas mugrientas paredes cuando tenían un libro en sus manos.

Debido a esto, Román no tardó en ganarse una reputación y, sobre todo, un respeto propiciado por todos y cada uno de los presos. La amenaza de los primeros días de prisión pasó rápido, y a las pocas semanas, nadie era lo suficientemente inconsciente como para meterse con el joven profesor.

Una vez Román se aseguró de que habían llegado todos sus alumnos, se puso al frente de la clase y, como cada mañana, les dijo un acertijo que provocó que muchos de los allí presentes se rascaran la cabeza pensando en la solución. Mientras tanto, Román dibujaba una sonrisa nostálgica en su rostro. Imágenes de tiempos mejores vinieron a su cabeza y la eterna pregunta

de cómo pudo él verse arrastrado hasta la prisión, le sacudió el alma.

Capítulo Cuarenta Y Dos

Los días arrastraban las semanas consigo, y estas, a su vez, a los meses. Pese a que Román tenía la sensación permanente de que el tiempo se había detenido y de que todavía se encontraba toda esa gente en casa de Jael, esperándolo para lincharlo si tenían oportunidad, lo cierto era que la vida no se había compadecido de la muerte de Rolf. Habían pasado cerca de un año desde que pusiera sus pies por primera vez en aquella prisión, y, sin embargo, a veces observaba aquellas paredes como si las viera por primera vez.

No obstante, su percepción se ajustaba de manera súbita al paso del tiempo cuando su madre y su hermano iban a visitarlo a la cárcel. Veía en ellos el transcurso infatigable de los días, las heridas de la necesidad y la preocupación, y en los días posteriores a dicha visita, se resguardaba en un silencio amargo hasta que la rutina volvía a absorberlo y a hacerle creer que, en efecto, la vida se había detenido.

Una tarde, mientras esperaba a que le avisaran de la llegada de su familia, tuvo una sensación extraña, similar a un mal presagio que no supo bien identificar. Estaba con Rolex y Bruto, compartiendo un cigarrillo entre los tres. Román no encontraba ningún placer en el tabaco, era más una distracción que un vicio.

—Así que la Revolución Francesa tuvo lugar en Francia, ¿no es así? —preguntó Bruto mientras miraba al suelo con el ceño fruncido, concentrándose todo lo que podía.

—Así es, Bruto.

—Bien dicho, licenciado —añadió Rolex.

—¿Dónde está Francia, profesor?

—En Europa. Al otro lado del océano —contestó Román.

—¿Muy lejos? —insistió.

—Muy lejos, sí.

Entonces Bruto, como si tuviera que hacer una larga reflexión para asimilar lo aprendido, comenzó a caminar tranquilamente de un lado a otro, acariciándose la barbilla y hablando en voz queda. Rolex lo observaba con una expresión divertida, pero cuando buscó la mirada de Román, tal vez para deleitarlo con un comentario hilarante, se frenó.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Rolex.

Román encogió los hombros.

—Un mal día, supongo.

—Hoy te toca visita, ¿no es así? ¿No te lo dijo tu madre en la última carta que recibiste?

—Me avisarán de un momento a otro.

—Pues no lo parece, Román. Más bien diría que te acaban de añadir un par de años a tu condena, como si eso fuera posible. ¿Seguro que no te ocurre nada?

—Nada nuevo bajo el sol. Supongo que será eso.

Rolex apuró el cigarrillo y lo tiró al suelo, para pisar la colilla justo después.

—A veces deseas que el mundo se olvide de ti, ¿no es así?

—Algo parecido.

—No te tortures mucho más. Forma parte del castigo, de la pena que nos imponen.

Román asintió en silencio, mientras que Rolex continuaba con su discurso. A veces, cuando la desesperación lo asfixiaba, pensaba en todo ese oro que había escondido a las afueras de Osorno. La suficiente cantidad como para empezar de cero en cualquier parte de mundo, tal vez en Francia. Pero esta vaga esperanza se difuminaba al recordar el rostro de Rolf cuando observaba el oro; como sus ojos relucían de locura y deseo. Era entonces cuando se prometía que jamás volvería a tocarlo, ya que para él era sinónimo de muerte. ¿Acaso no estaba él pagando con creces haberlo tenido en sus manos? Ni siquiera había tenido tiempo de pensar qué hacer con él.

—Román... ¿Me estás escuchando? —dijo Rolex.

En ese momento, un guardia se detuvo frente a ellos y señaló a Román.

—Morales, tienes visita.

Siguió al guardia hasta una sala que se encontraba en el edificio administrativo de la prisión. Allí, pálida y muy delgada, se encontraba su madre Raquel, acompañada de su hermano Lucas, que por entonces rondaba los doce años. Se saludaron con un cálido abrazo que desembocó en lágrimas y sollozos. Más calmados, se sentaron alrededor de la mesa y se dispusieron a aprovechar la media hora que tenían para estar juntos.

—Te he traído un poco de carne ahumada y algo de embutido —dijo Raquel poniendo un paquete sobre la mesa.

—No tienes por qué traerme nada, mamá. Estoy bien.

—Estás más delgado.

—Ustedes también lo están. —Las palabras de Román provocaron el llanto de su madre.

—Estamos bien. Ahora el trabajo está un poco flojo, pero tu hermano Lucas va a comenzar a trabajar como aprendiz en una carpintería. Con su sueldo estaremos mucho mejor.

Lucas, con el orgullo de sentirse útil para su hermano, le guiñó un ojo.

—¿Trabajar? Pero ¿y los estudios? —exclamó Román.

Raquel agachó la mirada ligeramente avergonzada.

—Podrá retomarlos mas adelante, Román.

—Sabes que no es cierto, mamá. Si deja de estudiar ahora, no volverá nunca.

—Pero quiero ayudar —dijo Lucas.

Román miró a su hermano con ternura.

—Lo sé, pequeño, lo sé. Pero no puedes abandonar tu futuro de esa manera.

Raquel pasó el brazo por los hombros de su hijo menor y lo estrechó con fuerza.

—No tenemos otra opción, Román. Son tiempos difíciles. Ya es toda una suerte que Lucas haya conseguido el trabajo.

—No puedo permitirlo. He destrozado mi vida y la de más gente, pese a ser inocente. Pero Lucas tiene una oportunidad para aspirar a mucho más allá.

Como si las palabras de su hijo le hubieran recordado algo, Raquel alzó las manos y enseguida rebuscó en la bolsa que traía consigo. Tras unos segundos, extrajo una carta.

—Es de Jael. Me la dio hace un par de semanas —dijo poniendo la carta sobre la mesa. De inmediato, Román la cogió y la leyó. No eran más que un par de líneas incoherentes que reflejaban el dolor y la incredulidad de la joven. Tan pronto lo acusaba de haber asesinado a su hermano como le mostraba su apoyo y reafirmaba su inocencia. Dolor, Jael estaba rota de dolor.

—¿Te la dio en persona? —preguntó Román, cabizbajo.

—Fue Lucía la que me la dio. Han pasado muchos meses, pero te aseguro que no son pocos los que dudan de que tú fueras el...

—No fui yo —dijo Román mirándola fijamente a los ojos—. Es cierto que discutimos esa noche. Eso fue lo que me condenó.

—¿Por qué no dices de una vez el motivo de la discusión? —dijo Raquel.

Román suspiró y pensó en ese motivo que había guardado con celo. Nadie más sabía que el oro del contrabando de Hans Schülz era el motivo de que ambos se enzarzaran en esa estúpida pelea. Ese oro, profundamente odiado por él, podía serle de gran ayuda ahora. Ya no se trataba de él ni de recuperar la libertad, sino de hacer que su familia viviera lejos de la ruina y del hambre.

—Quiero que solicites otra visita para la semana que viene —dijo Román, pillando desprevenida a su madre.

—¿Cómo dices?

—Una visita; la semana que viene. Di que vas a traerme libros o algo por el estilo. No te la negarán.

—Pero ¿qué estás diciendo?

Román, no obstante, continuaba con sus indicaciones.

—Prométeme que Lucas continuará en la escuela hasta que nos veamos la próxima vez. Es lo único que pido.

—Me estás asustando, Román.

Este dibujó una sonrisa.

—No hay motivos para ello. Solo prométeme que Lucas continuará estudiando hasta que nos volvamos a ver. ¿Me das tu palabra?

Raquel y Lucas se miraron sin comprender las extrañas palabras de Román.

—No quiero que te metas en más problemas —susurró Raquel.

—Te he dicho que no te preocupes.

El guardia, que se había mantenido alejado, se acercó hacia ellos para indicarles que les quedaba poco tiempo.

—¿Hay trato? —dijo Román extendiendo su mano.

Cuando Raquel se marchaba de la prisión acompañada de su hijo Lucas, hizo un esfuerzo por no mirar el rostro de los guardias que custodiaban las puertas, como si fuera cómplice de un grave delito que estuviera a punto de cometerse. La extraña actitud de Román le había dejado muy preocupada, en parte porque veía cómo la prisión iba modelando a su hijo poco a poco. Su manera de hablar había cambiado e incluso la forma que tenía de mirar se había agudizado. Pese a que le dolía en el corazón, sabía que su hijo no era el mismo y quizás eso era lo que más le aterraba.

Capítulo Cuarenta Y Tres

Cuando regresó de la visita, Román encontró a Rolex y a Bruto en la celda, donde el primero estaba llevando a cabo toda una exhibición de cómo sustraer cualquier objeto de los bolsillos sin que el respectivo propietario lo advirtiese. Bruto, que cada vez se lo ponía más difícil, estaba fascinado con la facilidad con la que Rolex le sustraía un lápiz y un trozo de papel que llevaba en los bolsillos del pantalón.

—¿Cómo lo haces sin que me dé cuenta? —preguntaba Bruto.

—Mucha práctica y muchos golpes en la cabeza.

Ambos se giraron hacia la puerta cuando Román cruzó el umbral.

—¿Todo bien, profesor? —preguntó Rolex. Sin embargo, Román no contestó, sino que se limitó a cerrar la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bruto.

—Tengo que hablar con ustedes.

Rolex, que supo interpretar el tono de voz de su amigo, se puso tenso.

—¿Cuántos años les quedan aquí? —preguntó Román. Los otros se miraron perplejos.

—Muchos —contestó Bruto.

—Menos que a los dos, pero supongo que todavía tendré que ver sus caras un par de años, al menos. ¿Por qué?

Román se acercó a la reja y, tras asegurarse de que no había nadie al otro lado, volvió al centro de la celda ante la mirada atónita de Rolex y Bruto.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó Rolex.

—A mí quedan me muchos años aquí —dijo Román— y todo por un crimen que no cometí. Quiero marcharme.

Rolex estalló en carcajadas.

—¡Qué novedad! Creo que ninguno de los que estamos aquí tiene pensamientos como el tuyo.

—Hablo en serio —dijo Román, clavando la mirada en su amigo.

—¿Vas a fugarte? —dijo Rolex bajando la voz, dándole toda la seriedad que requerían sus palabras.

—Los tres vamos a hacerlo. Siempre que quieran, claro.

—Es peligroso —añadió Bruto.

—Tiene razón —dijo Rolex—. Los guardias no son los más listos del mundo, pero de ahí a que podamos fugarnos los tres... Estás loco, Román. Los guardias de esta correccional son conocidos por disparar rápido si algún preso se acerca a las vallas.

—No vamos a fugarnos en sí, sino que vamos a comprar nuestra libertad.

—¿Qué vamos a comprar, Román? —dijo Rolex recuperando su hilaridad—. Compartimos

el tabaco entre tres y la comida que te trae tu madre la racionamos para varias semanas.

Román sabía que se encontraba en un punto de inflexión. Todavía podía olvidar aquel asunto, limitarse a cumplir la condena y ser testigo de las penurias de su familia, pero la carta de Jael y las dudas que expresaba la que había sido la mujer de su vida le insuflaban fuerzas para desafiar al destino. No había vuelta atrás.

—Tengo un amigo que puede ayudarnos a salir —susurró Román. Rolex, al escuchar la palabra “amigo”, se inclinó hacia Román. Bruto intuía también que aquello de lo que hablaban era de vital importancia y trató de escuchar con atención.

—¿Cómo puede ayudarnos?

Román sonrió con malicia. No era ningún secreto que el director de la prisión era un hombre dispuesto a escuchar cualquier oferta que le procurara un beneficio. No eran pocos los presos que, recurriendo a prestamistas o familiares, habían conseguido comprar su libertad al director. Este tan solo tenía que encargar un informe en el que se detallara el supuesto fallecimiento o la huida del preso en cuestión, quien era sacado de la prisión con la mayor discreción. Era algo que se sabía entre los presos; sin embargo, no se comentaba abiertamente, pues uno de los rumores que circulaba también entre presos y guardias era que si el director escuchaba una sola palabra acerca de las “desapariciones”, se encargaría de que nadie más “desapareciera”.

—Tiene mucho dinero y podrá prestarnos la cantidad necesaria para que podamos marcharnos.

—¿Los tres? —susurró Rolex—. ¿Tienes idea de cuánto costará comprar la libertad de los tres? No creo que tu amigo te preste tal cantidad de dinero, Román.

—Lo hará —dijo con una sonrisa que no expresaba felicidad, ni ningún sentimiento en sí—. Está en deuda conmigo.

—Yo no quiero irme —dijo Bruto de repente—. No, yo me quedo.

—¿Y eso por qué, Bruto?

—Porque hice daño una vez y no quiero volver a hacerlo.

Román le puso la mano en el hombro.

—¿Es que no quieres seguir aprendiendo?

La pregunta hizo dudar a Bruto, que miró a sus amigos de reojo.

—¿Tu qué vas a hacer? —preguntó a Rolex. Este reflexionaba mientras pasaba los dedos por su fino bigote.

—No rechazaré la invitación de Román. Supongo que tendremos que devolver el dinero a tu amigo en algún momento.

—Nos prestará su dinero a fondo perdido. No hay que devolver nada —al escuchar estas palabras, Rolex se levantó y comenzó a pasear alrededor de la celda—. Ya les he dicho que está en deuda conmigo.

—En ese caso, te acompañaré al fin del mundo si me lo pides.

Bruto, tras una breve reflexión, aceptó también. Los tres estrecharon sus manos y Román les aseguró que muy pronto serían libres.

Capítulo Cuarenta Y Cuatro

A la semana siguiente, tal y como Román le pidió a su madre, esta lo visitó de nuevo en prisión. Había dejado al pequeño Lucas con una vecina, pues intuía que la conversación que iba a mantener con Román no sería adecuada para los oídos de un niño de doce años. La ignorancia resultaba una bendición en algunos casos.

En cuanto se sentaron en torno a la mesa y el guardia se alejó lo suficiente, Román fue directo a la cuestión: la bolsa de oro que tenía escondida en un pozo seco a las afueras de Osorno. Raquel escuchó las indicaciones de su hijo totalmente sobrecogida e incrédula, parecía como si él hubiera perdido el juicio.

—¿De qué estás hablando, Román?

—Ahora no hay tiempo para explicaciones. ¿Sabes cuál es el lugar que te dicho? No lo apuntes en ninguna parte, memorízalo simplemente. Puedo repetírtelo.

Raquel asintió.

—En un pozo a las afueras de Osorno, cerca de la parroquia abandonada, oculto entre matorrales —dijo la mujer.

—Exacto. El pozo está seco y el muro parece estar intacto; sin embargo, muchas de las piedras están sueltas. Busca bajo las más profundas. Allí encontraras la bolsa.

—Pero, hijo, ¿de dónde ha venido ese oro?

—Algún día te lo contaré todo, mamá. Lo importante ahora es que puedas sacarlo del pozo y conseguir un poco de dinero. Tiene que ser poco a poco para no llamar la atención, ¿de acuerdo? Has de encontrar la manera de vender de una en una para que no hagan sospechar a nadie.

—¿Y qué hago cuando lo haya sacado?

Román miró al guardia, que se entretenía sacando brillo a su porra mientras sonreía como un psicópata. Después, le explicó a su madre el complejo plan que había ideado los últimos días.

Lo más importante era poner el oro a buen recaudo y que nadie más supiese de su existencia. Román le aseguró que se trataba de una cantidad importante que podía resultar incluso peligrosa si llegaba a oídos de otras personas. Una vez tuviera asegurado el oro, tendrían que irse de Osorno a otra ciudad lo suficientemente grande para pasar desapercibido cuando se escapará de la prisión. Después, le relató todos y cada uno de los pasos que tenía que hacer para que su plan tuviera éxito y pudiese salir de prisión. Cuando terminó y le aclaró todas las dudas —al menos en lo que al plan se refería—, se despidió de ella y le deseó suerte. La próxima visita sería dentro de un mes, y hasta esa fecha Román tendría que ser paciente y tener esperanzas.

Capítulo Cuarenta Y Cinco

Justo un mes después de la visita de la madre de Román, este, Rolex y Bruto aguardaban en el silencio de la celda. Román no les había dado muchos detalles al respecto de la labor que tenía que realizar su madre —de hecho, ellos todavía creían que todo el dinero provenía de un amigo de Román—, pero sí les había dicho que ese día era clave para saber si tenían alguna posibilidad de marcharse de la prisión. Por eso, a medida que se acercaba la hora de las visitas, que solía ser a partir de las tres, la tensión entre los los amigos fue en aumento.

En la galería A, en el pasillo principal, a la altura de la tercera planta, había un inmenso reloj que señalaba la hora, aunque había ocasiones en las que las agujas se quedaban encasquilladas y los guardias las ponían de nuevo en funcionamiento a golpes. Después de solucionar el problema, los mismos guardias, mirando los relojes de sus muñecas y ayudándose de palos de escoba, trataban de poner las agujas en hora, aunque rara vez conseguían hacerlo con exactitud. Cuando esto ocurría, se limitaban a avisar a voces de lo atrasado o adelantado que estaba el reloj. Aquel día, por fortuna, parecía que iba en hora. Precisamente, era Rolex el que entraba y salía continuamente de la celda para comprobarlo.

—Son las tres ya —dijo, entrando a la celda por vigésima vez. En sus labios llevaba un cigarro, el último que le quedaba, y que quería reservarse para cuando Román regresara de la visita. Si es que había visita.

—Todavía es muy temprano. Estarán abriendo las puertas a los visitantes —dijo Bruto.

—Bruto tiene razón. A las tres están abiertas las visitas. Hay que mantener la calma.

Rolex los miró de reojo, suspiró y volvió a salir de la celda. Román estaba igual o más expectante, pero sabía que si mostraba la agitación de su amigo, todos se pondrían mucho más nerviosos, lo que no era lo idóneo. Había que mantener la calma y tener paciencia.

De repente, un guardia entró en la galería, se detuvo en el centro y comenzó a mirar a un lado y a otro, como si buscara a alguien en concreto. Rolex, que estaba otra vez en la barandilla del pasillo, creyó que iba a sufrir un ataque.

—Morales. Román Morales. Tienes visita —gritó el guardia.

Román bajó las escaleras a toda velocidad y experimentó una alegría inmensa cuando vio a su madre y a su hermano sentados al otro lado de la mesa, con mucho mejor aspecto que la última vez que los había visto. Supo en ese preciso instante que su madre tenía el oro en su poder.

En efecto, Raquel le contó que había encontrado el oro tal y como le había dicho. Después de llevarlo a casa, lo dispuso todo, y en pocos días dejaron Osorno y se trasladaron a Valdivia con la excusa de que había encontrado un trabajo que le iba a permitir vivir mejor. Además, le dijo que había empezado a vender de a una las pepitas de oro —siempre en distintos sitios para no llamar la atención— y que poseía ya una gran cantidad de dinero en metálico. Román no podía sentirse

más orgulloso de su madre. Además, su hermano pequeño había empezado a acudir a un muy buen colegio en Valdivia y la posibilidad de que dejara los estudios y comenzara a trabajar estaba descartada por completo. La pátina de desgracia que parecía arrastrar el oro consigo permanecía en Román como un recuerdo muy lejano e incluso como una absurda idea que no le permitió arreglar las cosas mucho antes.

—Te he traído una parte del dinero dentro del pan, Román. No sé si será suficiente para tus planes. A partir de ahora, al vivir en Valdivia, nos será más complicado venir a visitarte, por lo que demorará algo juntar todo lo que necesitas.

—No has podido hacerlo de mejor manera, mamá. ¿Dónde están viviendo en Valdivia?

—En una habitación en una pensión humilde. Nadie tiene motivo para sospechar de nosotros. Tal y como me pediste. Además, me he buscado un empleo como costurera con el que consigo unos pocos pesos, los suficientes como para justificar nuestros gastos, aunque me es necesario acudir a este dinero de vez en cuando.

—¡No puedo estar más contento ¡—exclamó Román.

—¿Qué vas a hacer ahora con el dinero?

—Voy a salir de aquí, junto a dos amigos que vendrán conmigo. Son buenas personas, no tienes de qué preocuparte. Iremos a Valdivia y empezaremos de cero.

Raquel asintió, pero Román se fijó en que su madre no expresaba una alegría plena y, por el contrario, reflejaba una preocupación constante en su mirada.

—¿Qué te ocurre, mamá?

—Eres mi hijo y te querré siempre, pero todo esto del oro me hace plantearme muchas preguntas. ¿Está relacionado todo esto con el asesinato de Rolf?

Román estrechó las manos de su madre.

—No de la manera que crees. Soy inocente, pese a que el oro te haga pensar lo contrario. Te contaré la verdad cuando nos reunamos en Valdivia. —Raquel aceptó las palabras de su hijo con resignación. Creía en él, pero el asesinato de Rolf seguía contaminándolo todo.

—¿Cuándo sabré que has salido de la prisión?

—Te escribiré. No puedo adelantar cuánto tiempo me llevará ni cuánto emplearemos en llegar hasta Valdivia, pero te aseguro que volveremos a estar todos juntos. ¿Verdad, Lucas? —dijo Román alzando la voz.

El hermano menor, que había permanecido alejado leyendo un libro durante toda la conversación, levantó la mirada del papel y asintió con una sonrisa.

—Rezo por ello todas las noches, hijo.

—Pronto se cumplirá.

Capítulo Cuarenta Y Seis

Bruto y Rolex se quedaron de piedra cuando observaron la cantidad de dinero que Román saco de dentro de una hogaza de pan. Si alguna vez habían tenido dudas acerca de su plan, desde ese instante, lo obedecieron ciegamente. El joven había cumplido su palabra y, desde luego, tenía un gran amigo.

El plan que estableció Román para conseguir salir de la prisión se iniciaba con un proceso muy sencillo. Lo que tenían que hacer era demostrarles a los guardias que poseían dinero y que estaban dispuestos a utilizarlo para que su vida en la prisión fuera lo más cómoda posible. En primer lugar, Román ofreció una buena cantidad a un guardia para que los pusiera a los tres juntos en la misma celda, cosa que sucedió al día siguiente, momento a partir del cual el guardia se mostró solícito a satisfacer todas las necesidades que pudiera tener alguno de los tres, siempre a cambio de una pequeña contribución. Tal como esperaba Román, la noticia corrió entre los demás guardias y, en apenas un par de días, llegó al director de la prisión, que mostró una gran curiosidad por esos presos tan generosos.

Un mes y medio después, mientras Bruto, Román y Rolex jugaban a las cartas en su celda, un hombre custodiado por dos guardias se detuvo en la puerta de esta. Nada más verlo, Román supo que había llegado el momento que tanto había estado esperando.

El director de la prisión, Mateo Ruíz, era un hombre práctico al que no le gustaba perder el tiempo. Muchos presos, después de conocer que era posible “comprar” su libertad, se habían reunido con él para ofrecerle ingentes cantidades de dinero si les permitía escapar. Algunos decían que sus padres tenían mucho dinero y otros afirmaban que hablarían con prestamistas para darle la cantidad acordada el mismo día que abandonarían la prisión. Mateo se fío un par de veces con un mal final para él: los presos que le habían prometido pagarle tras su marcha habían desaparecido sin hacerle llegar ni un solo peso, lo que le hizo sentirse ridículo. Por ello, desde entonces, era él mismo el que escogía a los presos que, según le informaban sus guardias, mostraban la capacidad de reunir la cantidad necesaria para “solicitar” ese servicio tan especial que ofrecía el director de la prisión. Eso había sido la intención de Román desde que tuvo en su poder el dinero: llamar la atención de los guardias para que estos informaran a su superior de que había posibilidades de llegar a un acuerdo con él. Acudir directamente al director le hubiera hecho parecer desesperado y habría subido mucho el precio.

—Usted es Román Morales, el profesor, ¿verdad? Acusado de asesinato, si no me equivoco —dijo el director desde el umbral. Román quiso decirle que era inocente, pero recapacitó y optó por seguirle la corriente. Lo más importante era que aquel hombre aceptara lo que él quería proponerle.

—Así es, señor —dijo poniéndose en pie. Bruto y Rolex lo imitaron, y el director dio un par de pasos hacia delante. Durante un minuto, los observó en silencio, tras lo cual se giró y buscó la

aprobación del guardia. El gesto de este parecía decir: «En efecto. Estos son los presos».

—Ha llegado a mis oídos su.... generosidad —dijo Mateo Ruíz—. Creo que hasta han comprado un envío de tabaco para repartir entre los presos. Honorable, sin duda.

—Podemos permitirnoslo —dijo Román. El director clavó sus ojos en él como si estos tuvieran un resorte en su interior que se hubiera activado al escuchar esas palabras.

—Ya veo. ¿Y qué más están dispuestos a permitirse?

Rolex y Bruto seguían las indicaciones de Román: no abrir la boca en ningún momento. Para Rolex, locuaz y burlón, era una ardua penitencia.

—¿Qué nos podríamos permitir? —dijo Román con una leve sonrisa.

El director, sin retirarle la mirada, hizo un gesto a los guardias para que cerraran la puerta de la celda con él en el interior. Lo que iban a decir tenía que permanecer en el más absoluto secreto por el bien de todos. Román sabía lo que venía a continuación. Mateo sacó un paquete de tabaco y ofreció un cigarrillo a los presos. Bruto y Rolex no sabían si aceptar, pero un sutil gesto de Román fue suficiente para que lo aceptasen. El director se fijó en lo que acababa de suceder y confirmó su idea de que era Ramón Morales el que encabezaba al trío.

—Hablemos claro, señores, sin rodeos. ¿Entendido?

Los tres presos asintieron a la vez.

—Bien —continuó Mateo—. Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo en el que todos podemos salir beneficiados.

—Estoy seguro, señor.

El director los repasó con la mirada nuevamente.

—¿Los tres? Eso tendrá un coste extra.

—Estamos dispuestos a pagar la cantidad que considere oportuna —dijo Román, provocando que el director de la prisión dejara escapar una leve sonrisa de entusiasmo, que, por otra parte, trató de ocultar de inmediato. Román sabía que no se encontraban en posición de negociar, lo que les estaban ofreciendo era recuperar su libertad y regatear podía suponer que el director se cansase y decidiera hacerles pensar durante un par de meses antes de volver a ofrecerles la oportunidad de escapar. Por nada del mundo iba a perder la oportunidad.

—En ese caso, señor Morales, creo que podemos cerrar el trato.

—Solo hay una cuestión, señor. ¿En qué circunstancia tendrá lugar?

—¿Tienen alguna sugerencia? —preguntó el director como si se tratara del *maître* de un restaurante.

—Muertos. —Bruto se alarmó al escuchar a Román—. No queremos vivir huyendo el resto de nuestras vidas. Poco nos importa el cómo, pero, en la versión oficial, deberemos constar como fallecidos.

Mateo se quedó mirando a Román mientras se rascaba la barbilla. Hacer desaparecer a tres presos a la vez sin más no era tan fácil. Si se fugaran, asumiría parte de la responsabilidad, pero no toda. En cambio, declararlos muertos requería más riesgo por su parte y, sobre todo, tres cadáveres que enterrar en el cementerio y un montón de papeles que así lo certificaran.

—Eso subirá el precio.

—Como le he dicho antes, no hay inconveniente.

—En ese caso, podría producirse un incendio y tal vez un derrumbe posterior. Algunas partes de la prisión son muy antiguas y presentan un estado lamentable. Nadie sospechará de lo ocurrido.

—Supongo que a veces ocurren desgracias, señor.

Mateo dejó escapar una carcajada sibilina.

—Reconozco que me ha sorprendido, Román. Lo consideraba un mero profesor que había tenido la mala suerte de cometer un error, pero, siéndole sincero, ahora no soy capaz de encasillarlo. ¡Abran la puerta!

Capítulo Cuarenta Y Siete

Días después, Román, Bruto y Rolex fueron trasladados a una celda que se encontraba en la parte más antigua del recinto, ni siquiera tenía colchones, aunque los guardias que los acompañaron les aseguraron que no tendrían tiempo siquiera de utilizarlos. El día anterior, Román había acudido al despacho del director y había puesto sobre la mesa la cantidad solicitada, a la vez que pidió que le mostraran los certificados de fallecimiento que los convertiría, tras el inoportuno incendio, en invisibles para las autoridades. Estaba dispuesto a pagar lo que hiciese falta para recuperar la libertad, pero quería asegurarse de que las cosas se hacían como debían. Salir de la prisión como fugados significaba vivir escondidos durante muchos años.

—Como ve, están rellenos con los datos de cada uno. Después del incendio, serán sellados y enviados al registro. Desde ese momento tendrán su plaza reservada en el reino de los cielos, señor Morales. Quiera Dios que tarden lo suyo en ocuparla.

El incendio iba a tener lugar por la noche y cuando el sol comenzó a ponerse, los nervios se apoderaron de los tres presos. Se encendieron las bombillas y varios guardias entraron con trozos de madera y martillos en sus manos. La celda se hallaba en un edificio casi abandonado que formaba parte del recinto originario, construido por los españoles hacía más de doscientos años, cuando ni siquiera Chile era considerado una nación soberana. Estaba construido en madera y, desde hacía mucho tiempo que allí no se guardaban más que documentos desfasados, alcohol de contrabando que los guardias vendían a los presos y, en general, cualquier cosa que hiciera falta guardar protegido de la mirada de los curiosos.

El último rayo de sol se perdió en el horizonte y la noche se hizo con el control del cielo. Había llegado el momento. Bruto, Rolex y Román se asomaban a las ventanas y esperaban impacientes a que todo comenzara. Sin embargo, la zona alrededor del viejo edificio estaba muy tranquila.

—Maldita sea —dijo Rolex—. ¿Dónde están esos guardias?

—Paciencia —dijo Román.

—Espero que se acuerden de sacarnos antes de incendiar todo esto. No me fío de ellos.

Bruto, que saltaba a la vista que estaba asustado, se limitaba a mirar a Román y a confiar en él como único salvavidas para no ceder al pánico. El fuego le horrorizaba.

De repente, una pareja de guardias se presentó frente a ellos. Habían entrado por una puerta trasera y arrastraban un enorme saco que parecía excesivamente pesado. Uno de ellos, después de secarse el sudor de la frente, se acercó a los presos.

—Voy a explicarlo una sola vez, así que estén atentos. —Miró el reloj que vestía su muñeca y aprovechó el gesto para recuperar el aliento—. En poco más de un minuto, abriremos las puertas y serán libres. Tan solo tienen que caminar al borde del camino, nunca sobre él, y

siempre con la máxima discreción posible. Cuando lleguen a la puerta de la prisión, en una de las garitas encontrarán ropa para cambiarse. Después, saldrán por la puerta tranquilamente caminando e irán adonde quieran ir. No miren atrás ni hagan preguntas a los guardias. ¿Lo han comprendido? Han de saber que, si ignoran estas indicaciones, los guardias tenemos la obligación de disparar a todo preso que intente darse a la fuga. Sin excepción.

Pasó el tiempo establecido, y a la señal de los guardias, los tres salieron del edificio y siguieron las instrucciones recibidas. Continuaron el camino hasta llegar a la garita, se cambiaron de ropa —a Bruto le quedaba todo corto de manga y se asemejaba a un espantapájaros— y se dirigieron hacia la puerta. Estaba abierta, y los guardias que la custodiaban ignoraron a los tres hombres como si estos no existieran. Mirando con desconfianza hacia un lado y a otro, Román, Bruto y Rolex dejaron atrás el correccional y se perdieron en la oscuridad de la noche.

Tardaron varios días en habituarse a su nueva vida. Habían dejado atrás los horarios, los turnos y lo prohibido para entrar de lleno en la libertad más absoluta. Con el dinero que aún le quedaba a Román, pudieron comprar comida y descansar en una pensión perdida en medio de la nada, junto a una carretera que parecía no haber sido pisada desde hacía años. El lugar idóneo para tres hombres que buscaban el anonimato. Cualquier atisbo de curiosidad por parte del matrimonio que regentaba el negocio era silenciado con pagos por parte de Román.

Cuando descansaron lo suficiente y se acostumbraron a vivir sin un guardia pegado a ellos las veinticuatro horas del día, dejaron la pensión y pusieron rumbo a Valdivia. Nada más llegar a la ciudad, fueron en busca de Raquel, la madre de Román, que estalló de alegría al ver a su hijo de nuevo en libertad. Lucas, el hermano pequeño, también se abalanzó a los brazos de su hermano, feliz por tenerlo otra vez con él.

—Me asusté mucho cuando leí el periódico, Román. La noticia ha estado varios días en boca de todos —dijo Raquel.

—¿De qué noticia hablas? —preguntó Román.

—La del incendio en la cárcel. Pensé que podía haber ocurrido un accidente, no lo sé, me asusté. Pero ahora ya ha pasado todo. Estás aquí.

—Era todo puro teatro, señora; si me permite decirlo —dijo Rolex con su peculiar sonrisa. Raquel clavó sus ojos en él.

—¿Cómo dice?

Bruto no pudo evitar reírse.

—Quiere decir que estaba todo preparado. El propio director del correccional estaba involucrado. Antes del incendio, nos dejaron marchar.

Raquel arqueó las cejas e hizo un gesto de duda.

—No lo entiendo. ¿Era Mateo Ruíz el director?

—¿Cómo sabes su nombre? —dijo Román sorprendido.

—Aparecía también en el periódico. Falleció esa misma noche.

Bruto, Román y Rolex se miraron buscando explicaciones.

—¿Falleció en el incendio?

Raquel negó con la cabeza.

—Sufrió un ataque al corazón.

Capítulo Cuarenta Y Ocho

Desde la muerte de Rolf, el silencio fue la tónica general en la casa de los Schülz. Una tristeza inherente se había extendido por cada habitación, por cada rincón del campo. Todo estaba impregnado del dolor por la pérdida del hijo menor de la familia y la vida de todos parecía haberse detenido aquella fatídica mañana.

Hans Schülz, pese al inmenso sufrimiento que le había ocasionado la muerte de su hijo, vengativo como era, sentía que se había establecido una especie de justicia al estar el asesino de su hijo encerrado en la prisión. Además, no hacía muchos días que había sabido que ese desgraciado había fallecido en un incendio, lo que le originó una efímera sensación de victoria, como si Dios o el universo hubieran querido propiciarle la justicia que tanto anhelaba. No obstante, dejando a un lado la cuestión de su hijo, el oro robado le seguía atormentando. Cuando se produjo el robo, se planteó la opción de que Rolf hubiera sido quien robara el oro, pero su asesinato al poco tiempo dejó esa idea en el limbo de sus pensamientos. El discurrir de los acontecimientos le había privado de la verdad, y todo quedó en suposiciones que le resultaban muy difíciles de asimilar.

Había aceptado el ofrecimiento del señor Schneider de llevar a cabo una investigación acerca del enfrentamiento entre Rolf y Román con las esperanzas de discernir qué habría ocurrido entre ellos para que se produjera un final tan dramático. Sin embargo, nadie, ni los amigos de Rolf, sabían qué relación existía entre ambos, aunque, en opinión de Hans, los amigos de su hijo no eran una fuente fiable de información. La muerte de Rolf parecía haber sido el preludio de una ola de infortunios que arrasó con la mayoría del grupo, ya fuera por muerte, enfermedad o desgracia. Las Viejas Espadas se habían reducido a un número simbólico de miembros que la sustentaban por el simple hecho de permanecer ellos con vida: uno estaba en la cárcel; otro, impedido en un sanatorio, y otros dos, gravemente enfermos. El resto había fallecido por distintas causas.

Bien diferente había sido la experiencia vivida por Jael. De la noche a la mañana, dos de los hombres que más quería en el mundo, porque amaba a Rolf después de todo, habían desaparecido de su vida, ambos estaban muertos. El día que la noticia de la muerte de Román llegó a la casa de los Schülz, todos se abrazaron con lágrimas de emoción en sus ojos; sin embargo, para Jael fue como si le clavaran un puñal en las entrañas. La venganza no germinaba en su interior.

Sabía que se refería al asesino de su hermano, pero sus sentimientos hacia él siempre encontraban una manera de evadir aquel cerco de lejanía que Jael quería imponer entre ambos. Román había asesinado a su hermano: si este le provocaba algún sentimiento, debería ser odio puro. Sin embargo, no era capaz de expresar esa aversión, ni mucho menos experimentarla. Solo ella sabía del centenar de cartas que le había escrito: en unas le pedía explicaciones; en otras,

disculpas; en contadas le deseaba la muerte y en muchas le pedía volver a verse.

Esta amalgama de sentimientos fue la que escribió en la carta que entregó a Lucía para que se la diera a la madre de Román, pero cuando fue a llevarle otra en persona a Raquel, para averiguar si lo había visitado en prisión, se encontró con la puerta de su casa cerrada, al igual que el resto de las ventanas. Decidió regresar al día siguiente, alargando sus inocuas visitas por espacio de una semana hasta que, por fin, un día vio la puerta de la casa abierta de par en par.

Se dirigió hasta allí apresurada —Raquel era la única manera de no perder todo contacto con Román—, pero se llevó una gran decepción cuando golpeó la puerta y apareció al otro lado del umbral un anciano cejudo y con aspecto malhumorado que la miró de arriba abajo antes de hacerle un ademán para que Jael le dijese qué hacía allí.

—No quisiera importunarle, señor —dijo Jael—. La señora Raquel, ¿cuándo estará por aquí?

El hombre frunció el ceño y dibujó una mueca de difícil interpretación.

—Creo que se ha confundido, señorita —dijo el anciano antes de regresar a sus quehaceres en una habitación contigua. Jael se quedó perpleja. Dio varios pasos hacia atrás y observó tanto la calle como la fachada de la casa. Era el hombre el que estaba equivocado: allí vivía la madre de Román.

—Disculpe —dijo la joven golpeando la puerta. El anciano, con un gesto más tosco si cabía, regresó a su antigua posición.

—Me está haciendo perder el tiempo, muchacha. ¿Qué es lo que quiere?

—Busco a la señora Raquel, una mujer que vivía antes en esta casa con un niño.

El hombre alzó el bastón y apuntó hacia la calle.

—¿Así que esa mujer es la que busca? ¿La madre del asesino? Vaya, vaya. Esa mujer se marchó hace un mes aproximadamente. Es todo lo que puedo decirle.

—¿A dónde ha ido? —dijo Jael dando un paso hacia delante. Pero el anciano negó con la cabeza.

—¿Está sorda? No tengo la menor idea de a dónde ha ido. Ahora váyase. Lo único que está consiguiendo es hacerme perder el tiempo.

El anciano cerró la puerta y dejó a Jael confusa y desorientada, con pensamientos de todo tipo desbordando su razón. Se preguntó qué estaba haciendo y qué pretendía conseguir. Preguntó a un par de vecinos, pero ninguno pudo decirle nada acerca del paradero de la madre de Román. En ese momento, sintió como la última esperanza de volver a verlo se desvanecía. De camino a su casa, mientras se secaba las lágrimas, rompió la carta en mil pedazos y la tiró en un basurero.

Semanas después, llegó la noticia del incendio en el correccional número 4 y el periódico publicó los nombres de los tres presos fallecidos, entre ellos, el de un joven llamado Román Morales, antiguo vecino de Osorno. Esa noche, cuando al fin estuvo sola en su habitación, lloró por haber perdido de manera definitiva al hombre que amaba.

Capítulo Cuarenta Y Nueve

Como cada mañana, Bruto se levantó cuando los primeros rayos de sol entraron por la ventana que había justo encima de su cama, la cual abrió para que entrara la fresca brisa de la mañana y los infinitos olores que bajaban de la cordillera. Después, se acercó al calendario y con un lápiz que colgaba de una cuerda atada al mismo, tachó el día con una cruz, aunque después rodeó el número con un círculo: era un día especial. Esbozó una mueca de satisfacción y continuó hacia la estufa de leña, que se mantenía encendida durante la noche y donde habían varios rescoldos. Echó un par de troncos y sopló un poco para avivar el fuego. No había bajas temperaturas por aquellos días, pero, según él, el frío de la cárcel le había calado hasta los huesos y ahora necesitaba muchos días de temperaturas apacibles para templar su cuerpo. Además, por primera vez en mucho tiempo, tal vez en su vida, tenía un hogar en el que él podía hacer y deshacer cuando quisiera, sin dar explicaciones a nadie y sin pedir permiso a ningún guardia. Cuando esta reflexión pasaba por su cabeza, no podía evitar sonreír como un niño frente a un escaparate repleto de caramelos.

Con esa buena sensación en el cuerpo, se dirigió a las ventanas que estaban junto a la puerta y descorrió las cortinas. Fuera, el cielo se debatía entre tintes morados y anaranjados, mientras el sol luchaba por desprenderse del suelo; sin duda, la vista majestuosa del volcán era una maravilla. Observó el paisaje y después fue directo a preparar un poco de café. Más concretamente, tenía que preparar lo equivalente a dos tazas.

En esas estaba cuando escuchó el rumor seco y acompasado de un caballo que se acercaba lentamente hacia la casa. El sol había superado ya el horizonte y aportaba la claridad suficiente como para saber quién era, aunque Bruto hubiera podido adivinarlo con los ojos cerrados y los oídos tapados. Cogió las dos tazas de café humeante y salió de la casa.

—Buenos días, Román —dijo Bruto.

—¿Cuántas veces te he dicho que ese ya no es mi nombre, “Bruno”?

Bruto le tendió la taza de café y frunció el ceño.

—Creía que dentro de la finca no habría problema. Nadie puede escucharnos. Además, ese nombre nuevo no me gusta, profesor.

Román, a lomos del caballo, le recriminó de nuevo por llamarlo profesor.

—Olvida ese nombre y lo de profesor —dijo antes de darle un sorbo al café—. Ya solo puede traernos problemas, al igual que el tuyo o el de Rolex. Simplemente hay que olvidarlos, por eso ahora eres Bruno... Se parece al anterior, pero no es el mismo.

Bruto gruñó y movió la cabeza de un lado a otro.

—Ya lo entendí, pero no me acostumbro. Además, tu nombre me resulta muy extraño. Es un nombre extranjero, ¿verdad?

—En parte. El apellido es francés, como el protagonista de esa novela que leíste cuando aún

estábamos en la cárcel.

—Valjean —dijo Bruto—. Aníbal Valjean.

—Eso es, ese es mi nombre y para el resto de mis días. Y si alguien te pregunta, siempre lo ha sido.

—No creo que nadie me pregunte eso en la finca —dijo Bruto posando su mirada en el horizonte.

El caballo dio un par de pasos hacia delante y Román, tiró de las riendas para que retrocediera.

—Aun así, es bueno que lo recuerdes. Ya sabes que dentro de poco vamos a comprar los terrenos colindantes y vamos a tener a trabajadores nuevos en la finca. Nadie puede oírte llamarme por mi antiguo nombre. No podemos levantar sospechas de nuestro pasado. Estamos muertos.

Bruto asintió, pero enseguida una preocupación mayor le borró el nombre de Aníbal Valjean de la cabeza.

—¿Tendré que dejar mi casa, Ro... Aníbal?

Este alzó la vista y observó la casa de Bruto, construida por él mismo en la linde de una arboleda dispuesta sobre una colina. Desde allí, Bruto podía observar todo y, además, dedicarse con pasión a la cría de pájaros —afición que la había ocupado incontables horas desde su llegada al lugar—, tenía toda la arboleda repleta de casitas en las que canturreaban los animales. El problema era que, al adquirir las nuevas tierras, la arboleda quedaría justo en medio de la finca y Aníbal había pensado construir en el lugar un almacén, lo que significaba que Bruto y sus pájaros tendrían que trasladarse.

—¿Sería mucho problema, Bruno?

Bruto contestó que no mientras su rostro indicaba lo contrario. Aníbal era práctico, pero también sabía que estaba en deuda con ese hombre tan especial: dulce como un niño, pero con la fuerza de siete hombres; trabajador, obediente y celoso de la finca y los cultivos como si le fuera la vida en ello. Aníbal sabía que podía modificar muchas cosas, pero alterar la tranquila vida que llevaba Bruto no era lo más recomendable.

—Será mejor que te quedes aquí. Puedes controlar toda la finca con una simple mirada, ¿no es así? —dijo Aníbal—. Después de todo, vas a ser uno de los patrones. Tendrás que estar atento a muchas cosas.

—Con ojos de águila, Aníbal —dijo Bruto. Después, cogió aire y suspiró—. Hoy hace un año, por si no te habías acordado.

Aníbal sonrió y asintió en silencio mientras contemplaba el paisaje que se mostraba frente a él.

—Tienes razón. Creo que no te vi en mi funeral —respondió con una sonrisa burlona. Bruto comenzó a reírse—. Hemos tenido suerte, después de todo.

—La suerte la hemos tenido contigo y ese amigo tuyo que te ha dejado tanto dinero. Sin él, todavía estaríamos entre las paredes de la prisión.

La sonrisa de Aníbal se fue diluyendo en su silencio. El dinero que había mencionado Bruto no era otra cosa que el oro que robó de los tractores; oro que su madre había extraído del pozo donde él lo escondió y que había conseguido poner a salvo en Valdivia; el mismo oro con el que habían conseguido el dinero suficiente para pagar al director de la prisión y hacerse con una propiedad de pocas hectáreas en un lugar llamado Paillaco, cerca de Valdivia.

Era el lugar ideal para ellos, pues tenía una maravillosa vista del volcán y, además, estaba cerca de lago Ranco, aquel lugar que tanta tranquilidad le daba. A pesar de haber gastado una

buena suma, Aníbal guardaba una cantidad considerable que tenía a buen resguardo y no quería utilizar. Cada vez que pensaba en ese oro, inevitablemente, sus recuerdos iban hasta la noche en la que asesinaron a Rolf y a su injusta detención el día después, humillado frente a los ojos de Jael.

Había intentado escribirle varias veces, pero cuando escribía la última palabra, no se atrevía a dar el siguiente paso y acababa guardando la carta en uno de los cajones de su escritorio, donde su voluntad parecía acumularse bajo el polvo. No deseaba otra cosa en el mundo que hacerle llegar a Jael la noticia de que seguía con vida, de que el incendio de la cárcel había sido una farsa y que los verdaderos asesinos de su hermano seguían libres. Sin embargo, no era tan fácil. Después de instalarse, había contratado a varios hombres para que viajaran a Osorno e indagaran sobre la muerte de Rolf, pero no habían conseguido sacar nada en claro: rumores que no podía confirmar y que, por lo tanto, resultaban inútiles a sus oídos. Por lo que, mientras no supiera quién estaba detrás de la muerte de Rolf, no podía mostrarse ante Jael, pues a sus ojos continuaría siendo el asesino de su hermano. Necesitaba saber qué ocurrió esa noche. Con la verdad en sus manos, todo podía ser revelado.

Todos esos pensamientos lo llevaban a la única conclusión posible de por qué quería mostrarse como alguien intachable. La amaba, y su peor castigo era que ella dudara de su honestidad, pues sabía que era, lo que ella más admiraba de él. Sin embargo, su recuerdo, inquebrantable al paso del tiempo, le daba ánimos y la paciencia necesaria para no sucumbir ante un fugaz impulso. Tenía decidido que algún día le contaría la verdad, pero antes había de hallarla y mostrarse libre de toda sospecha.

—En fin, Bruno. Tengo que marcharme, hoy será una jornada muy larga. ¿Tienes claro lo que tienes que hacer?

—Hay que romper las vallas del lado oeste de la finca y tender las nuevas —contestó Bruto señalando hacia el lugar en cuestión.

Aníbal asintió satisfecho y se alejó tranquilo, agitando las riendas con delicadeza y perdiéndose entre los cientos de árboles que se levantaban alrededor. El recuerdo de Jael saturaba de nostalgia el aire y le hacía sentirse incómodo, como si una parte de su alma se hubiera quedado atrás, perdida en el momento en el que fue culpado del asesinato de Rolf.

Llegó al borde de la arboleda y tiró de las riendas para que el caballo aminorase el paso hasta detenerse por completo. Desde allí, observó las tierras que había comprado y solo ansiaba los terrenos suficientes para poder trabajar y ganarse la vida con honradez. Era cierto que había utilizado el oro, pero no vivía de él, sino del fruto de su trabajo. ¿Lo hubiera hecho el fallecido Román Morales? Seguramente jamás hubiera tocado el botín, pero Aníbal Valjean había pasado por la cárcel, había perdido su anterior vida y a la mujer que más amaba en el mundo, y lo último a lo que estaba dispuesto era a verse pisoteado de nuevo. Aníbal no ambicionaba una vida de riquezas y poder, pero sus padecimientos habían establecido un límite que no estaba dispuesto a atravesar de nuevo.

Miró las tierras en dirección al lago Ranco y pensó que obtendría todas las parcelas aledañas para seguir trabajando como lo iba haciendo desde hacía unos meses, de forma tranquila y austera, pues necesitaba que nadie se cuestionara la procedencia del dinero. Toda su propiedad tenía aspecto de humilde y ajado, incluso quien pasara por las cercanías podía tener la sensación de que no se esmeraban mucho en el cuidado del lugar.

Aníbal había priorizado en qué emplear el dinero y se había marcado una serie de objetivos para intentar subsistir sin tener que recurrir al oro nuevamente, que estaba escondido en un lugar que solo él y su madre conocían, y cuyo brillo le producía escalofríos. Así, las paredes de la casa

lucían con desconchones, privadas de pintura, con hiedras y plantas creciendo sin control por su fachada. El cobertizo donde guardaban todos los útiles para el trabajo en el campo parecía estar a punto de derrumbarse en cualquier momento, pese a que en el interior había toda clase de herramientas y estaba todo protegido de las inclemencias del tiempo.

Los cultivos, que se extendían tras la parte trasera de la casa, en cambio, estaban cuidados a la perfección y de ellos obtenían una generosa producción que Rolex, con el alias de Francisco Guevara, iba vendiendo por todo el país. Su amigo había conseguido su objetivo de abandonar la delincuencia, al menos como principal manera de buscarse la vida, pero era adicto a un modo de existencia errante, por lo que Aníbal le confió la venta de lo producido, así como cualquier negocio que él viera con buenos ojos. En ese aspecto, podía estar tranquilo: Rolex era perspicaz y astuto como un zorro, por lo que se desenvolvería bien entre comerciantes y hombres de negocios. De hecho, esa misma tarde, Rolex regresaba de Santiago después de cerrar un importante acuerdo de compra sobre la cosecha del siguiente mes.

Nunca antes había tenido tantas ganas de que regresase, pues esta vez le iba a pedir una tarea muy especial. Era una cuestión delicada, pero estaba seguro de que su amigo no se negaría a ello.

Capítulo Cincuenta

Habían pasado casi dos años desde que los tres hombres se escaparon del correccional número 4 y sus vidas habían cambiado drásticamente desde entonces. Bruto continuaba viviendo en la finca, pero se había enamorado de una de las trabajadoras contratadas por Aníbal y, tras casarse, se instalaron en la casa junto a la arboleda, felices y esperando aumentar la familia en los próximos meses. Por otro lado, Rolex se había convertido en un importante comerciante, llegando incluso a fijar su residencia y su oficina en la capital, aunque continuaba viajando por todo el país, atendiendo a las peticiones tanto de Aníbal como las suyas propias. Este último, junto con su madre y su hermano, podía jactarse de ser uno de los hombres más ricos del sector, aunque no solía hacer ostentación de ello. Pese a que su riqueza era el resultado del arduo trabajo, la base de su fortuna seguía siendo ese oro que robó una noche de los tractores.

Esta reflexión no le abandonó pese al buen discurrir de sus asuntos. Por el contrario, su personalidad se fue marchitando, ahogándose en un mar de suspiros y miradas perdidas. Los intentos de su madre o de su hermano por levantarle el ánimo resultaban inútiles. Parecía estar alejándose de todo cuanto le rodeaba, como si renunciara a la vida tal y como la estaba viviendo. De hecho, tras despachar sus negocios y comprobar que en la finca todo iba como debía, se encerraba en su oficina y pasaba incontables horas perdido entre las infinitas páginas de su biblioteca, la cual no había parado de crecer en ningún momento. Su actitud se había vuelto más sombría y cada vez resultaba más complicado mantener una conversación con él, ya que su mirada se perdía en cavilaciones que no compartía con nadie más. Tenía mucho más de lo que había soñado en toda su vida y, sin embargo, el desánimo se incrementaba en su interior. Su madre estaba preocupada por él, pero las veces que había intentado hablar del asunto, su hijo le había respondido con evasivas.

Sin embargo, todo cambió la tarde en la que Francisco Guevara o Rolex— apareció en la finca. Conducía un vehículo, y por el humo blanquecino que salía del motor y el olor a quemado que dejó en la entrada, era fácil averiguar que había venido a toda velocidad.

—¿Dónde está Aníbal? —gritó nada más apagar el motor. Raquel, que cosía tranquilamente junto a la puerta de la casa, se levantó sobresaltada.

—¿Qué ocurre, Francisco?

—Necesito ver a su hijo urgentemente. ¿Dónde está? —dijo exaltado. No era usual ver a ese hombre tan alterado.

Raquel soltó la aguja y se levantó de la silla rauda para guiar a Francisco hasta el despacho de su hijo, donde pasaba la mayoría de las horas del día. Incluso su piel, antes bronceada, se había tornado pálida y enfermiza.

—¿A qué se debe tanta urgencia? —preguntó Raquel.

—Me temo que debe ser su hijo quien le responda —dijo Francisco con solemnidad. No le

gustaba que su hijo estuviese involucrado en asuntos que quedaran fuera de su incumbencia. La base de esa preocupación crónica era cómo Rolf lo había convencido para que robara el oro de los tractores y todo lo que ello provocó. Era cierto que su hijo ya no era el mismo y que su inteligencia antes teórica había desembocado en una personalidad fría y observadora, pero la preocupación era superior a ella. Lo protegería de todo cuanto pudiera.

Al tomar la esquina del pasillo, se encontraron con la puerta abierta y Aníbal —para Raquel continuaba siendo su pequeño Román— de pie en el umbral, con el rostro contraído por la tensión. Nada más ver a Francisco, clavó sus ojos en él y le hizo un pequeño gesto. Francisco asintió sin decir ni una palabra.

—¿Qué sucede? —preguntó Raquel, situándose entre los dos y lanzando miradas ávidas a uno y a otro.

Francisco miró a Aníbal como si le pidiera permiso para hablar. Era evidente que la cuestión que los ocupaba era de vital importancia.

—Voy a enterarme tarde o temprano —dijo Raquel ante el silencio de ambos.

—Tienes razón —dijo Aníbal. Después, dio un paso hacia atrás y extendió su brazo para que su madre y Francisco pasaran al despacho. Una vez lo hicieron, Aníbal cerró la puerta y comenzó a caminar de un lado a otro con las manos en los bolsillos.

—Antes de que Francisco hable, quiero que entiendas por qué hago todo esto —dijo Aníbal mirando a su madre—. No he dejado de pensar en Jael en todo este tiempo. Sé que es bastante probable que guarde hacia mí un odio y un rencor infinitos, pero los dos saben qué ocurrió aquella noche; me he sincerado con ustedes y está claro que mi detención fue cuestión de mala suerte.

Raquel reafirmó las palabras de su hijo, aunque no comprendía su trasfondo ni mucho menos qué pintaba Francisco en todo aquello.

—Sabemos que eres inocente y que te tocó sufrir una de las mayores injusticias, pero ¿a qué viene eso ahora, hijo? Hemos salido adelante. La vida nos ha dado una segunda oportunidad.

—Me quitaron a la mujer que amaba. Jael... Mentiría si te dijera que no ansío cada segundo de mi vida volver con ella, cruzar la distancia que nos separa y gritar tantas veces como sea necesario que soy inocente, pero también sé, que eso no valdría nada. Para ella, quedé como el asesino de su hermano, nada más. La línea que separa el amor y el odio es muy fina; tan frágil que, si tuviéramos conciencia de ello, no nos atreveríamos a amar.

Aníbal cogió aire y se pasó las manos por el rostro.

—Sé que la he perdido y que los planes que tenía con ella son fruto de un pasado irrecuperable, pero no quiero que me recuerde como un vulgar asesino. Y si ella brindó por mi muerte, que Dios me perdone.

—¿Acaso pretendes comunicarte con ella? —dijo Raquel—. Espero que esa no sea tu intención, porque nos pondrías en riesgo a todos.

—Román Morales murió, madre. A ella le escribiré Aníbal Valjean.

—¡Menuda estupidez! —gritó Raquel—. ¿Qué pretendes? ¿Que te perdone y se case contigo? Dios te ha dado una segunda oportunidad; nos la ha dado a todos. No la desperdicies por tratar de recuperar tu antigua vida.

Aníbal, con toda la calma del mundo, se acercó a su madre y le puso las manos sobre los hombros.

—Voy a contarle a Jael quién asesinó a su hermano, ¿verdad, Francisco?

Este, que había tomado asiento y disfrutaba tranquilamente de un cigarrillo, asintió y dibujó su peculiar sonrisa traviesa. Raquel lo miró como quien observa un fantasma. El antiguo ladrón

de relojes había engordado ligeramente y sus rasgos se habían acentuado.

—Francisco, aparte de vender todo lo que producen nuestras tierras, es un hombre hábil en el trato y que sabe moverse muy bien por algunos lugares en los que gente como yo no duraríamos ni cinco minutos.

—No hace falta que me alabes de esa manera, aunque se agradece. Me ha costado lo mío.

—¿El qué te ha costado? —preguntó Raquel de repente.

—Averiguar quién mató a Rolf; o más bien quiénes.

Los ojos de Raquel crepitaron. Su hijo avanzaba de nuevo hacia el precipicio.

—Somos todo oídos —dijo Aníbal, sentándose tras el escritorio. Sacó papel y lápiz y se dispuso a tomar nota de las palabras de Francisco.

—Ya sabes que la comunidad alemana en la región es numerosa y algunos sectores de dicha comunidad recelan de los extraños. Esto lo he aprendido en mis viajes por el sur del país. Los alemanes siempre hacen negocios a través de un intermediario que garantiza la operación. Eso se traduce en que tienen que desembolsar más dinero, pero no les importa. Al parecer, les gusta jugar sobre seguro, así que después de varios fracasos supe que tenía que encontrar a esa persona que se ubicara en un término medio entre los chilenos y los alemanes de Osorno.

»Desvié todos mis viajes para tener que visitar la ciudad a menudo, frecuentar los mismos bares... En definitiva, ganarme la confianza de algún alemán que pudiera darme pie a preguntar sobre el asesinato de Rolf. Conocí a varios, pero, siendo sincero, comencé a atar cabos después de escuchar una conversación ajena en un bar. Eran dos hombres que hablaban de un joven que había fallecido en un desgraciado accidente: el muchacho creo que se llamaba Carl, no lo recuerdo bien. La cuestión es que escuché que ese joven era amigo de Rolf. Eso me llamó la atención.

»Frecuenté el bar y poco a poco fui sabiendo más de Rolf y sus amigos, que, por lo visto, se hacían llamar las Viejas Espadas. A lo largo del mes que visité Osorno, supe que tres de los amigos de Rolf fallecieron, mientras que de otro tuve constancia de que se encontraba muy enfermo en el hospital. Se esperaba lo peor en los próximos días. Era lo único que tenía, así que decidí hacerle una visita para tratar de hablar con él y preguntarle por Rolf. Por suerte, o por desgracia, había muchos ingresados en el hospital y pasé desapercibido en la sala de espera. Escuchando a familiares y enfermeras, pude saber en qué habitación se encontraba el joven. Así que aguardé el momento idóneo, me hice con una bata blanca que había en un perchero y entré en la habitación de madrugada. No era más que un joven, pero la enfermedad lo había consumido de tal manera que aparentaba tener mucha más edad.

—¿Qué te dijo? —le interrumpió Raquel, que se encontraba de pie con los puños apretados como si estuviese dispuesta a liarse a golpes. Francisco miró a Aníbal y le pidió tranquilidad con un leve gesto.

—Tu hijo entregó parte del oro a Rolf esa noche, ¿verdad, Aníbal?

—Así es. Por culpa de ese oro discutimos en plena calle.

—Por lo visto, lo primero que hizo Rolf a continuación fue mostrárselo a sus amigos. Estos quisieron robárselo, pero al negarse, lo asesinaron. El pobre desgraciado me lo confesó todo. Tal era su agonía que creyó que era una especie de sacerdote. Supongo que llegué en el momento idóneo. Cuestión de suerte. —Una vez dijo estas palabras, apagó el cigarrillo en el cenicero y trató de recomponerse. Desde luego, no le había resultado fácil y el recuerdo del joven todavía le atormentaba.

—En los días siguientes —siguió Francisco—, continué la investigación. La mayoría de los amigos de Rolf han muerto o han sufrido graves accidentes. No he podido averiguar si esos

accidentes se deben a que los propietarios de ese oro están ajustando cuentas, pero de aquí en adelante, te pido, Aníbal, que actúes con mucha precaución. Si tal y como me dijiste era el propio padre de la joven, Hans Schülz, el que estaba involucrado en el tráfico de oro, contactar con su hija puede significar adentrarse en la cueva del lobo.

—Estoy seguro de que Jael no sabe nada de los negocios de su padre —añadió Aníbal—. La conozco lo suficiente como para saber que no podría soportarlo.

—¿Y te va a creer a ti? ¿Crees que tu palabra tendrá en estos momentos algún valor para ella? Te he parido, hijo, y sé que vas a hacer lo que te venga en gana, pero antes de tomar tu decisión, piensa cuántos nos veríamos afectados. —Dicho esto, Raquel salió del despacho cerrando la puerta bruscamente.

Capítulo Cincuenta Y Uno

La noticia de la muerte de Román en la prisión había devastado a Jael. Si después de su arresto fue levantando la cabeza poco a poco, su fallecimiento acabó por hundirla en un pozo de dolor infinito. Abandonó por completo la idea de retomar el proyecto de la escuela y cambió su vida como profesora por una vida contemplativa y quejosa entre las paredes de su casa, sumida en una depresión constante que la retenía día y noche sobre la cama. Sus proyectos y su futuro no le robaron ni un pensamiento, se diluyeron en su dolor como una gota de sangre en el mar.

Su madre había intentado animarla e incluso le había insinuado la posibilidad de contraer matrimonio con algún alemán apuesto, pero Jael mostraba una actitud demasiado penosa como para pensar en celebraciones de ningún tipo, además de que ningún joven querría a una mujer en ese estado. Tanto la muerte de su hermano como la de Román habían sido dardos que mermaron toda su energía para vivir. En más de una ocasión se planteó incluso subir a lo más alto de la casa, al desván, y arrojarle por la ventana con tal de poner fin a la agonía que la torturaba día y noche, pero nunca aunaba el coraje suficiente para ello.

Sus padres acabaron por aceptar la situación de su hija y hasta llegaron a verla con buenos ojos. Después de haber perdido a un hijo, lo último que querían era que Jael los dejara solos y emprendiera su propia vida. Poco les importaba si su hija se pudría en una habitación, pues al menos la tendrían consigo, al otro lado de la puerta y con vida, que era lo más importante. Además, habían hablado entre sí y el matrimonio Schülz coincidía en que su hija solo necesitaba tiempo; y estaban dispuestos a concedérselo. Una vez recuperara el ánimo, podría decidir consecuentemente si quería casarse o permanecer con ellos.

Es por ello que, con el paso del tiempo, la presencia de Jael en la casa pasó a ser testimonial. Los señores Schülz y el servicio sabían que la joven se hallaba siempre en su cuarto, pero el discurrir de la vida les hacía olvidar su presencia. Era tal la quietud de Jael que todos interiorizaron que ese era su estado natural, como una flor marchita en un jarrón olvidado.

Sin embargo, todo cambió una mañana de marzo. A pesar de que aún era verano, fuera de la casa soplaba un viento huracanado que hacía silbar las ventanas. Las ramas de los árboles bailaban de un lado a otro y sus hojas bramaban. Mientras tanto, salvajes relámpagos pregonaban la tormenta que se acercaba, cuyas nubes grises colmaban el cielo. El silencio natural de aquellas horas en casa de los Schülz había sido sustituido por un rumor constante y golpes de puertas y ventanas mal cerradas.

Jael, en medio de su acostumbrado sopor, abrió los ojos para contemplar la escasa claridad que entraba por la ventana. Por alguna razón que desconocía, los días desapacibles le eran más agradables, como si empatizara más con la lluvia y la tormenta que con la claridad de un día soleado, el sur del mundo era ideal para ella. Se levantó de la cama lentamente y avanzó hacia la ventana. Justo en ese momento, las primeras gotas de agua comenzaban a caer desde el cielo.

Contempló aquel derroche de fuerza por parte de la naturaleza hasta que un ruido más cercano, y anómalo si cabía, le llamó la atención. A lo lejos, atravesando paredes, sonaba la voz acalorada de su padre: discutía con un hombre cuya voz reconoció enseguida.

—¡Olvídalo! No voy a dejar a mi hijo delante de todos como un ladrón cualquiera. Estamos pagando lo que nos robaron, así lo acordamos con la otra parte y así será —escuchó gritar a su padre.

—Nadie fuera de este negocio va a saber lo de tu hijo —dijo el señor Schneider.

—Tampoco hay pruebas de que mi hijo haya estado involucrado en el robo.

—Deje atrás ese sentimentalismo. Lo que le estoy pidiendo es que piense fríamente. Nuestros socios alemanes han reducido los envíos en un setenta por ciento y los que confían en nosotros pagan menos de la mitad. Saben que nos encontramos en una posición débil y se aprovechan de ello. Si no hacemos algo para recuperar el negocio, con la cantidad de dinero que tuvimos que pagar para compensar el oro perdido, estaremos arruinados. Si desvelamos la autoría del robo, podremos recuperar gran parte de nuestro negocio en cuestión de semanas.

Pero Hans no se dejó convencer.

—El tiempo nos dará la razón y volverán a confiar. Hemos redoblado la seguridad en cada uno de los tractores que llegan desde Alemania; hemos puesto a hombres de confianza que no se separen del oro en ningún momento.

—Han pasado más de dos años, Hans y sabe igual que yo que nuestros costes aumentan mientras nuestros ingresos se reducen. Este negocio es muy delicado y si entregamos a un posible ladrón, confiarían en nosotros nuevamente.

Jael dudaba de si todo lo que estaba escuchando era parte de un sueño o tan real como la tormenta que hacía temblar los cimientos de la casa. Casi sin darse cuenta, se vio pellizcándose el brazo, tratando de despertar. Su turbación alcanzó tal grado que dejó de escuchar, simplemente era incapaz. La desgracia y el tormento que torturaban su alma parecían no tener fin. ¿De qué oro estaban hablando? ¿Qué tenía que ver el oro con los tractores? Intentó calmarse, pero a medida que escuchaba la discusión de su padre con el señor Schneider su cuerpo se agitaba. ¿Acaso Rolf había muerto por eso? Y Román...

La incertidumbre y las dudas que se extendieron en torno a ella le hicieron sentir miedo. De repente, como si hubiera sido víctima de algún hechizo, se extrañaba de las paredes de aquella casa y de su propia familia.

Regresó a su habitación y escribió lo que acababa de escuchar. Después, agarró el papel y lo escondió en uno de los cajones de su armario, segura de que al día siguiente, cuando leyera lo que había anotado, no hallaría ningún oro ni acusaciones de robo dirigidas a su difunto hermano, sino algo totalmente diferente que su malograda cabeza había interpretado erróneamente.

Capítulo Cincuenta Y Dos

Pero al día siguiente se confirmaron sus peores temores. En la soledad de su habitación, mientras leía lo que había escrito, Jael comenzó a llorar sin consuelo. Sus ojos azules parecían dos puertas directas al océano por donde este se desangraba.

Sin embargo, esta impresión le había sacado de su letargo. Esa misma tarde, aprovechando que sus padres se habían marchado a la ciudad, entró en el despacho y comenzó a rebuscar entre los cajones de la mesa de su padre sin tener muy claro qué estaba buscando. Allí encontró decenas de documentos, infinitos números que mostraban las entrañas del negocio de la familia y que en un primer momento resultaron indescifrables para ella. Pero, poco a poco, pudo saber que algunos se referían a las compras e importaciones y otros, a la venta de diversos productos, que Jael supuso sería la producción de las cosechas.

—Aquí no hay rastro de ningún oro —dijo mientras abría otro cajón.

En este, en concreto se encontraba una carpeta negra sin nada que indicara qué albergaba en su interior, y sus peores temores se incrementaron. El corazón de Jael comenzó a latir con fuerza. Abrió la carpeta y encontró una serie de documentos escritos a mano donde se reflejaba la llegada desde Alemania de ciertos vehículos que enseguida identificó como tractores por el nombre de estos: *Lanz Bulldog 45*. Pero lo que más extraño le resultó a Jael fue que su padre no pagara por traer esos vehículos hasta Chile, sino que, al contrario, recibiera una suculenta suma por ellos. ¿Acaso se los compraba a sí mismo? Quizás era parte del negocio del señor Schneider.

Continuó rebuscando entre los papeles hasta que encontró uno donde se reflejaba una larga lista de nombres, todos ellos adscritos a una cantidad de dinero y a otro número cuyo significado Jael no pudo descifrar en un primer momento. Pero sí supo que los nombres no eran otra cosa que apellidos alemanes, algunos de los cuales se repetían varias veces.

—¿Qué es esto? —musitó mientras los papeles temblaban en sus manos. Al recordar las palabras de su padre y del señor Schneider, la realidad le resultó irrespirable. Esos nombres que estaban allí escritos coincidían con muchas de las familias que ella sabía que vivían en el país, que habían huido de la guerra al igual que ellos y que habían coincidido a lo largo de los años en Chile.

En ese instante, los latidos de su corazón se volvieron dolorosos, al igual que si su pecho se hubiera llenado de cristales rotos. Casi sin pretenderlo, echó la vista atrás y recordó los días en los que ella y su familia se marcharon de Alemania. En concreto, las palabras de su hermano respecto a muchos de los que abandonaban el país en ese momento.

«Muchos son miembros de las SS que están haciendo lo mismo que nosotros para huir del país», le había dicho Rolf años atrás mientras trataban de cruzar la frontera en dirección a Italia, refiriéndose a los documentos falsos que llevaban consigo para atravesar sin problema los controles.

—¿SS? —se preguntó Jael en el silencio del despacho de su padre mientras procuraba indagar en sus recuerdos.

Su padre, Hans Schülz, había trabajado siempre para un banco cuando estaban en Alemania, pero no había sido hasta ese momento en el que Jael pensó que nunca había oído hablar de ese supuesto banco ni de nada relacionado con él. Acerca del antiguo trabajo de su padre sobrevolaba un halo de secretismo que no aceptaba cuestiones al respecto y cuyas escasas afirmaciones había que aceptar sin más.

Fue bajando la vista, leyendo un nombre tras otro hasta que alcanzó uno que estaba tachado, casi como si su padre se hubiera propuesto atravesar el papel con el lápiz. A su lado, el signo del menos precedía a una inmensa cantidad de dinero, mientras que en letras mayúsculas podía leerse: *¿Qué ha sido del oro?*

Quiso continuar indagando, pero aquello le resultaba demasiado insoportable para hacerlo. El ruido de la puerta de la casa al cerrarse la despertó del embrujo. Guardó los papeles en el cajón, tal y como se encontraban cuando ella los descubrió, y se marchó corriendo a su habitación, donde dejó escapar toda la tensión en forma de llanto desesperado. La verdad se asomaba dolorosamente frente a ella, pese a que Jael quisiera mirar hacia otro lado.

El corazón se le detuvo cuando, de repente, alguien tocó la puerta de su habitación.

—¿Señorita Jael?

La joven se incorporó mientras los latidos torpedeaban su garganta. Reconoció la voz de Matilde al otro lado de la puerta, ¿acaso la había visto?

—Jael, ¿se encuentra bien? —insistió Matilde, la empleada del hogar que vivía con ellos. Llevaba tan solo unos meses trabajando en casa de los Schülz, el tiempo suficiente para apreciar que esa familia estaba aquejada por algún mal externo. Era una mujer supersticiosa y percibía ese aire a fatalidad que los rodeaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jael tratando de disimular el llanto. Rápidamente se secó las últimas lágrimas que caían por su rostro.

El silencio al otro lado de la puerta la turbó. Estaba en su casa. No estaba obligada a dar explicaciones de lo que hacía o dejaba de hacer y se aferró a esa posibilidad para evitar dar cualquier explicación acerca de lo que estaba haciendo en el despacho de su padre.

—Ha llegado una carta para usted, señorita Jael.

El cuerpo de la joven se relajó al instante. Desde la muerte de Rolf había recibido numerosas cartas, algunas de sus antiguos alumnos o incluso de Lucía, aunque ella no encontraba nunca la fuerza para responderlas. Todo lo anterior al asesinato de su hermano y al arresto de Román formaba parte de un pasado que ella no quería revivir y del cual huía constantemente. No obstante, supo controlar sus emociones lo suficiente como para abrir la puerta y permitir que Matilde, que poca culpa tenía de sus desgracias, le diese la carta.

—¿Se encuentra bien, señorita?

—Estoy bien —contestó Jael mientras cogía la carta—. ¿Cuándo ha llegado?

—Hace apenas unos minutos. ¿Puedo retirarme o me necesita para otra cosa, señorita?

Jael negó con un gesto amable.

—No, Matilde, puede marcharse. Muchas gracias.

A solas de nuevo en su habitación, con la carta en sus manos, observó que esta provenía de Valdivia y que había sido remitida por un tal Aníbal Valjean: un nombre que no había escuchado en la vida, pero que, al mismo tiempo, le era tremendamente familiar. Arqueó las cejas y trató de poner en orden sus recuerdos.

—Aníbal Valjean —susurró.

El único Valjean que conocía era Jean Valjean, el protagonista de la novela *Los Miserables*, que era la obra favorita de Román y que siempre utilizaba en sus clases para enseñar a sus alumnos. Ni siquiera podía recordar cuántas conversaciones había mantenido con Román al respecto. ¿Acaso era una cruenta broma del destino? Sacó la carta enseguida y comenzó a leerla. En ella, el mismo Aníbal Valjean solicitaba sus servicios como profesora para su hijo. Le ofrecía un suculento sueldo con la única condición de que tenía que trasladarse a Valdivia. Al final de la carta, adjuntaba una dirección.

Jael se quedó perpleja. La carta era una tormenta más en aquellos días tan convulsos que estaba viviendo.

Leyó de nuevo la carta que no se extendía más de diez líneas. ¿Cómo sabía ese hombre que ella había trabajado como profesora? Toda su labor, todos sus sueños se disolvieron en dolor por la pérdida tanto de Rolf como de Román. Sus aspiraciones de construir una educación que aunara las culturas sin distinción había quedado relegada a una mera fantasía. Incluso Jael había aceptado que su futuro pasaría por casarse con el hijo de algún empresario alemán de renombre, tener unos cuantos hijos y dedicar el resto de su vida a criarlos; se resignaba sin más a lo que el futuro le propusiese. ¿Para qué servían los planes después de todo? La muerte los hacía insignificantes con la facilidad con la que el viento alzaba una pluma en una noche de tormenta.

Sin embargo, todo aquello que había averiguado de los tractores y de las SS le habían producido un intenso desprecio por su familia, a la que le costaba incluso considerar como tal. No sabía la verdad, pero la sensación que tenía era de estar viviendo en una gran mentira. Y su padre, con esos negocios turbios que habían estado involucrados en la muerte de Rolf, era el máximo exponente de lo que ella más detestaba en aquel momento. De haber recibido la carta días atrás, la hubiera dejado sobre su mesa sin más, pero en ese instante, la invitación de ese Aníbal Valjean le suponía una salida a la libertad, como si tuviese la oportunidad de emerger del pozo oscuro en el que se encontraba y acariciar la luz por primera vez en mucho tiempo. Así que guardó la carta y respiró hondo: estaba decidido. Iría a Valdivia a ver quién era Aníbal Valjean y qué quería de ella.

Capítulo Cincuenta Y Tres

Pese a lo que creyó en un principio, Jael no encontró mucha resistencia por parte de sus padres cuando les comunicó su deseo de ir hasta Valdivia. Decidió no decirles nada de la carta, ya que ni ella misma sabía quién estaba detrás, justificándolo todo como un fugaz deseo de salir de Osorno y despejarse de un ambiente que le traía demasiados recuerdos.

Tuvo suerte, ya que por esos días una comunidad de alemanes pertenecientes a la parroquia, organizaba una excursión a Valdivia para la semana siguiente. Hans Schülz habló con el sacerdote que encabezaba la excursión y aceptaron a Jael sin ningún problema, pese a que ella tan solo acompañaría al grupo durante el trayecto, ya que se hospedaría en un hotel de la ciudad y tendría varios días de libertad. Hubo un tiempo, pensó Jael, en que ella era independiente y conducía de ciudad en ciudad para aleccionar a los hijos de prominentes alemanes, prerrogativa que su padre, malhumorado y taciturno, había depuesto. Se preguntaba en qué momento había dejado escapar su vida.

Mientras llegaba la fecha de partida, releyó la carta como un millón de veces. A veces tenía la certeza de que esa carta solo la podía haber escrito Román, pero ella sabía que eso era imposible. No solo había sido encarcelado, sino que había fallecido posteriormente en un incendio. Era como si la vida se hubiera querido asegurar de borrar su existencia. Pensó en la marcha de la madre de Román, pero esta había tenido lugar días antes del incendio. Su corazón abrigaba entonces esperanzas confusas que brotaban de sus deseos más profundos.

—Será un ricachón más —se decía cuando la emoción le sobrecogía para no permitirse saborear falsas ilusiones. Sin embargo, las señales eran demasiado evidentes.

La semana que transcurrió hasta la marcha a Valdivia significó para ella toda una eternidad, y más después de deducir el negocio en el que se hallaba metido su padre con el señor Schneider. Lo que había podido averiguar al indagar en sus cajones junto con lo que escuchó los días siguientes fue suficiente como para que ella pudiera hacerse una idea bastante acertada de lo que estaba ocurriendo.

Los alemanes habían perdido la guerra, pero muchos no estaban dispuestos a perder su fortuna, por lo que trataban por todos los medios de sacarla de Alemania. Ahí era donde su padre intervenía. Él o el señor Schneider —poco le importaba quién— se encargaban de adquirir tractores en Alemania, los cuales cargaban de oro antes de embarcar hacia Chile. El pago que Jael vio en las hojas que había en el interior de la carpeta negra era el dinero que obtenían por recibir esos tractores y por jugarse el pellejo ante las autoridades locales. Pero toda esta complejidad podía reducirse a una sola cosa: su padre se dedicaba a sacar un oro que había sido arrebatado de las manos de sus dueños durante de la guerra; aquel oro era el símbolo del expolio que Europa había sufrido a mano de los nazis.

Por ello, el día que Jael partió hacia Valdivia, aparte de la emoción de averiguar qué la

esperaba allí, la felicidad que sintió por alejarse de su familia fue inmensa. Ella era una Schülz, eso no podía remediarlo, pero desde ese momento en adelante, procuraría alejarse de ese nombre todo lo que pudiera. Sus padres no tenían noticia de ese Aníbal Valjean ni tampoco de su oferta de trabajo, ni mucho menos de la intención de Jael de instalarse en la ciudad si el sueldo era generoso. Ignoraban que habían perdido a su hija en el mismo momento en que esta atravesó el umbral.

Cuando el grupo de la comunidad llegó a Valdivia, dejaron a Jael en el hotel reservado por Hans, no sin antes dejar claro que la recogerían en ese mismo lugar dentro de tres días, que era la fecha acordada para que ella regresara a Osorno. Todos conformes, el grupo religioso se marchó y Jael se quedó a solas en una ciudad de la que apenas conocía una dirección apuntada en una carta. Se registró en el hotel y después, aprovechando que todavía era temprano, salió a dar una vuelta por Valdivia. Al día siguiente, tenía planeado ir en busca de ese Aníbal.

Caminó por las calles tranquila, sin rumbo, disfrutando de los nuevos rincones que aparecían ante sus ojos. Había estado tanto tiempo refugiada en su casa, recreándose en su dolor, que había supuesto que una pátina de tristeza se había extendido por el resto del mundo, como si sus desgracias hubieran vetado la felicidad al resto de los mortales. Pero la luz del sol, el canto de los pájaros y la brisa que arrastraba apetitosos olores se esforzaban por demostrarle que aún merecía la pena vivir.

El dolor que había horadado su alma durante meses pareció cicatrizar en aquel instante y la perspectiva de lo venidero le produjo una emoción que no había sentido hacía mucho tiempo. Mientras paseaba, se recreaba una y otra vez en el misterioso Aníbal Valjean. ¿Quién era? ¿Cómo sería? ¿Cómo la había encontrado? El hecho de no tener ni un solo dato de ese hombre hacía que cualquier cosa fuera posible, incluso la más improbable de todas. Pero cuando aceptaba esa posibilidad, aunque solo fuera para entretenerse unos minutos, sentía un vértigo repentino que la obligaba a pensar en otra cosa.

Después de varios minutos, llegó al centro de la ciudad. Era mediodía y, por lo tanto, había el ajetreo típico. Hombres, mujeres y niños iban de un lado hacia otro, viviendo sus vidas, soportando sus problemas. Jael observó aquel despliegue de vitalidad con satisfacción. Sus pasos la llevaron hasta la entrada del mercado, donde había multitud de gente entrando y saliendo. Los puestos, que se extendían desde la misma acera hacia el interior del lugar, estaban repletos de frutas y verduras, que primaban sobre la carne, seguramente porque esta estaría en los puestos techados, donde se conservaría más fácilmente.

Antes de entrar al mercado, Jael comprobó el dinero que llevaba consigo. Ya fuera por las vistas, los aromas que flotaban en el ambiente o el cambio de aires, le había entrado un hambre atroz. Siempre había sido delgada, pero desde la muerte de Rolf había ido perdiendo peso paulatinamente, ya que apenas probaba bocado. No obstante, tras cerciorarse de que llevaba lo suficiente, Jael estaba dispuesta a comprar un pastel o un poco de fruta. Se dirigió hacia los primeros puestos y, aunque todo tenía una pinta buenísima, optó por pasear por todo el mercado antes de comprar, como si quisiera recrearse con la mirada. Iba distraída, mirando a un lado y a otro con media sonrisa mientras sus ojos se clavaban en las manzanas o en pequeños bollos de chocolate; incluso un pescado crudo le pareció apetitoso. Después de cocinarlo, claro. Abstraída en sus pensamientos, rozó con el brazo a una mujer que pasó a su lado.

Fue unos segundos después cuando Jael, con el ceño fruncido, se giró:

—¿Raquel? —dijo Jael para sí misma. El corazón se le aceleró de súbito. Entre la gente, con una bolsa en la mano, le había parecido ver a la madre de Román. Una mirada que apenas duró un segundo cuando se rozaron, pero lo suficiente como para reconocerla. De inmediato fue a

acercarse a ella—. ¡Raquel! —gritó.

Entonces, la mujer levantó la vista y vio a la joven. Su rostro expresó una mezcla entre el horror y la sorpresa, y volviéndose, se marchó en la dirección contraria en la que había visto a Jael.

—No puede ser verdad. Es imposible —decía Raquel. A sus espaldas, oía la voz de la joven llamándola.

Jael fue tras ella, pero Raquel se internó en el mercado y aprovechó el barullo de gente que había para ganar distancia. Vestía de una manera discreta, por lo que la joven sabía que si la perdía le resultaría muy complicado dar con ella de nuevo.

—¡Raquel! —gritaba Jael sin comprender por qué esa mujer huía de ella. La había visto, por unos segundos se habían mantenido la mirada. ¿Por qué huía de manera tan descarada? Ya habían hablado después del arresto de Román. No tenía sentido.

La madre de Román apretó el paso y salió del mercado casi corriendo. Confiaba en despistar a Jael internándose en los callejones o dando un rodeo antes de regresar a casa. Por nada del mundo permitiría que su hijo volviese a acercarse a esa joven, ni mucho menos a esa familia que no había provocado otra cosa que tratarlo como un delincuente.

Cuando llegó a la esquina, giró a la izquierda, atravesó un portal que llevaba hasta la calle paralela y después avanzó todo recto hasta salir a una pequeña plaza que estaba menos transcurrida. Se ocultó tras un árbol y esperó que la muchacha apareciera por el mismo camino, esperaba haber sido lo suficientemente rápida, para desorientarla. Aguardó un par de minutos antes de sonreír satisfecha y encaminarse de nuevo a su casa, esta vez tranquila al tener la certeza de que nadie caminaba tras ella. Pensó que tendría que tener precaución un par de días, y aunque su hijo apenas salía del campo, no quería ni imaginar qué ocurriría si Román viera a Jael.

Jael, desesperada, se hallaba en un cruce de dos callejones, girando sobre sí misma mientras decidía qué camino tomar. Sabía que cada segundo que pasara la alejaba de Raquel, pero también era consciente de que equivocarse en la elección del camino supondría igualmente perder a la madre de Román. Agobiada, confió en una corazonada y avanzó recta por el callejón hasta que llegó a la calle, donde se detuvo enojada al ver que no había rastro de Raquel por ninguna parte.

Había escogido mal y había perdido la oportunidad de dar con ella. Sin embargo, su corazonada cobraba fuerza y cuando estaba a punto de regresar al hotel, cambió de opinión, sacó la carta de Aníbal Valjean y miró la dirección que adjuntaba. Apenas levantó los ojos del papel, supo que debía ir ahí en ese mismo instante y no esperar al día de la cita.

Jael pidió a un auto que la llevara a la dirección de la carta, mientras en su mente se cruzaban miles de ideas que le decían que su intuición no estaba errada. Se sentía con una mezcla de esperanza y rabia, no sabía cómo procesar lo que estaba imaginando. Finalmente, decidió que solo se dejaría llevar y que cualquiera que fuera la verdad, se mantendría tranquila y serena.

Cuando llegó al lugar luego de más de una hora de viaje, le dijo al conductor del auto que se fuera, pues quería hacer esto sola, sin ojos curiosos que pudieran ver una mala reacción de su parte. Se acercó lentamente, como si estuviera en un fastuoso sueño del que no quisiera despertar. Los latidos de su corazón resonaban en sus sienes y en su pecho con un eco poderoso, asimilándose a los golpes de un martillo. Era una casa grande y la antecedió una gran entrada de fierro que era impenetrable.

Por suerte, en ese momento, Raquel abrió la puerta de la casa y miró a ambos lados con una actitud nerviosa y asustada. Estaba pronta a cerrarla cuando vio a la joven tras la reja. Se quedó inmóvil, pero sus ojos se dirigieron a las manos de Jael, donde tenía una carta, y entonces comprendió qué estaba sucediendo. Su hijo se había comunicado con ella, no era una simple

casualidad.

—¡Aníbal! —gritó Raquel desde la puerta.

Jael, inmóvil, esperó con lágrimas en los ojos. La madre de Román la observaba con frialdad, como un centinela que estuviera guardando la puerta de su señor.

—¡Aníbal! —volvió a gritar. El papel temblaba en las manos de Jael.

Al otro lado de la puerta, sonó una voz masculina y unos pasos que se acercaban haciendo crujir la madera del suelo.

Entonces, Raquel empujó la puerta hacia dentro y se echó a un lado. Después de tanto tiempo, Jael y Román volvían a estar frente a frente.

Capítulo Cincuenta Y Cuatro

El comisario Hernández no estaba acostumbrado al trabajo físico, como bien atestiguaban los latidos desmesurados del corazón, la respiración agitada y el sudor que empapaba su camisa. El ataúd había sido enterrado hacía muchos años y la tierra estaba apelmazada, lo que hizo de las primeras paladas todo un desafío. Sus manos ardían de la fricción con el mango de madera de la pala. En varias ocasiones pensó en pagarle unos pocos pesos a algún muchacho del pueblo para que le ayudase, pero su curiosidad desmedida por lo que pudiera encontrar en el interior de la caja de madera le hacía recelar de cualquiera.

Al fin, después de un par de horas, miró con satisfacción el fruto de su trabajo. El ataúd de madera estaba al descubierto. El comisario lo observaba con atención, con un relucir maniaco en los ojos. Soltó la pala sobre el montón de tierra excavada y se abalanzó sobre el ataúd para abrirlo. Durante unos instantes, temió encontrarse con huesos o con los últimos restos de una persona, pero eso no le detuvo.

Colocó sus manos sobre la tapa y tiró hacia arriba con todas sus fuerzas. No tuvo que esforzarse mucho antes de que la cubierta se abriese con un chirrido de madera reseca. Por fin, después de tantos años, iba a tener la posibilidad de recuperar lo que le pertenecía. Miró hacia el interior y negó, desconcertado:

—¿Esto qué es? —dijo—. ¿Dónde está el maldito oro?

En el interior del féretro no había más que la tierra que se había filtrado por las grietas de la madera.

—Aquí nunca ha habido un cadáver —dijo apretando los dientes de rabia. Sin embargo, recuperó el control cuando advirtió lo que rezaba en la parte interior de la caja:

La verdad no se corrompe y aguarda para salir a la luz.

Solo tú puedes llegar al camino que nos da la paz que necesitamos

Búscate a ti misma.

Bajo la frase, de la que no pudo extraer ningún significado, había una especie de mapa que tampoco supo identificar. No reconocía ningún lugar en aquellos trazos, ni ningún pueblo o carretera que hubiera visto antes. No obstante, estaba seguro de que ahí se ocultaba un mensaje, quizás la localización del oro que tanto ansiaba. El comisario entró en cólera al sentirse un estúpido que no era capaz de ver más allá.

Estaba cansado, harto de perseguir a una anciana por la región y ser él incapaz de llegar a ninguna conclusión. Iba a poner fin a esa situación de inmediato. Sería la propia Jael la que le iba a decir qué significaba todo aquello.

Jeanne y Myriel no daban crédito a lo que acababan de escuchar. Si al principio la historia de su abuela les había parecido desvaríos propios de una anciana, ahora cada palabra tenía el poder de ablandarles en corazón y hacerles experimentar el dolor que debió sentir su abuela por aquellos años.

—Román era Aníbal Valjean —dijo Jeanne, repitiendo dicha afirmación por quinta vez.

Jael asintió.

—Así es. Desde el principio lo había sabido. Pero, si les soy sincera, después de tantos años, me costaba creer que volviera a saber de él.

—¿Qué ocurrió, abuela? —preguntó Myriel agarrándola por las manos y mirándola fijamente a los ojos.

—¿A qué te refieres?

—Llegaste a su casa y estaban frente a frente después de tanto tiempo. Yo creía que no volviste a verlo después de que se lo llevaran detenido y le diesen por muerto.

Jael esbozó una media sonrisa que se diluía entre la nostalgia y la tristeza. Jeanne se sacaba las lágrimas.

—Como puedes ver, la historia no se detuvo, sino que continuó hasta hacerse presente en nuestras vidas. Ahora, por casualidades del destino, son parte del elenco, al igual que lo soy yo o lo era Aníbal.

—¿Qué pasó, entonces? —preguntó Jeanne. Su abuela la miró y asintió antes de reanudar su historia.

Capítulo Cincuenta Y Cinco

Aníbal dio un paso al frente y, junto a la puerta, hizo un gesto para que le abrieran la reja. Ella avanzó unos pasos, dudando si lo que veía era cierto y no era producto de sus más profundos deseos. Él le tendió la mano para que lo acompañase como si pretendiera ganarse el favor de un animalillo del bosque. Su mano temblaba como la de un niño asustado a causa de los nervios. En un gesto antinatural e incómodo, retiró la mano y avanzó un par de pasos para retroceder después. No importaba todo lo que había pasado a lo largo de los años, Jael seguía teniendo un influjo casi mágico sobre él.

—Estabas muerto —dijo Jael, que todavía sostenía en sus manos la carta de Aníbal Valjean; de Román en este caso. Sus ojos enrojecidos pregonaban el llanto.

—Te lo puedo explicar todo, Jael.

—Román... —susurró, como si evocara un fantasma. Aníbal sintió un escalofrío al escuchar de nuevo el nombre de *Román* en los labios de Jael. Era como retroceder a aquellos años en los que únicamente tenían que preocuparse de la escuela y de un futuro que les prometía una vida dichosa. «Estuvo tan cerca», pensó Aníbal.

Raquel, que los observaba desde el interior, temía la reacción de la joven. Román Morales estaba muerto y enterrado, pero no podían permitirse el lujo de llamar la atención. Si Jael comenzaba a gritar o se le ocurría a avisar a la policía de que allí vivía el supuesto asesino de su hermano, se verían en problemas. Al menos había despachado a quien la acercó al campo.

—Todo tiene una explicación, incluso el motivo de mi arresto —dijo Aníbal con calma.

—Mataste a mi hermano —sentenció ella con orgullo, rebuscando el odio hacia él en alguna parte de su cuerpo.

—No, Jael, y si tuviera que demostrártelo con mi vida, lo haría. Soy inocente —dijo Aníbal.

Ella, como si no pudiera evitarlo, caminó hacia él y se dejó abrazar, pero casi al instante comenzó a llorar y a negar con la cabeza. Era una atracción que hería la piel; una traición a sí misma y, sobre todo, a su hermano.

—¡Estabas muerto! —le gritó—. Ese fue tu merecido por asesinar a mi hermano.

—Jael, por favor. Entra y te contaré todo lo que quieras saber. No es mi intención engañarte. Después, podrás creerme o no y hacer lo que consideres oportuno, pero dame la oportunidad de defenderme y de contarte la verdad.

Jael dio un paso hacia atrás, pero, aunque tenía el rostro bañado de lágrimas, era incapaz de retirar la mirada de Aníbal o Román, o quien fuese. Sus sentimientos eran dos tempestades enfrenándose. Estaba frente al asesino de su hermano, ¿por qué una parte de ella se negaba a aceptar esa realidad y buscaba excusarlo de toda culpa? ¿Qué especie de magia tenía Román para tener ese poder sobre ella? Desde que tuvo noticia de su muerte, había pensado que el paso del tiempo y su ausencia eran suficientes para olvidarlo para siempre: se suponía que estaba muerto

y eso debería haber erradicado toda conexión entre ambos. Pero, sin embargo, en su pecho siempre latió una llama de esperanza que le hacía soñar con el momento que estaba viviendo en ese preciso instante. El amor, la culpa y el odio se entremezclaban y daban lugar a sentimientos que no sabía identificar. Por un instante, pensó en sus padres y sintió un abismo de culpabilidad que casi le hizo perder el sentido.

Pero, casi sin darse cuenta, Jael había cruzado el umbral y se encontraba al otro lado de la puerta, bajo la atenta mirada de Román y Raquel. De pronto, sintió miedo.

—¿Quieres beber o comer algo? —le preguntó Aníbal. Ella rechazó la invitación con un gesto tosco. Un mohín con sus labios que a él le pareció el gesto más bello del mundo.

—Estoy bien. Me has prometido explicaciones y es lo único que quiero.

Aníbal asintió e hizo a su madre un gesto para que estuviese tranquila y los dejara a solas. Sabía que Raquel estaba dolida por no saber de la carta que le había mandado a Jael.

—Demos un paseo. Te vendrá bien tomar aire —dijo Aníbal.

Jael comenzó a caminar por el camino empedrado que bordeaba la casa mientras lo observaba de reojo. No acababa de fiarse, aunque también influía en la desconfianza, la incredulidad del momento, al estar caminando junto a un hombre que creía muerto desde hace tiempo.

—No tienes nada que temer. Puedes marcharte si lo deseas.

—Permíteme estar un poco alterada. Creo que la situación lo justifica —dijo Jael, que había pasado de la histeria al enfado.

Aníbal la observó sin poder ocultar una sonrisa de felicidad plena. Había pasado tanto que le costaba creer que la tuviera otra vez frente a sus ojos. Si durante meses idealizó la belleza de Jael, la realidad superó sus expectativas de un plumazo. Entusiasmado, comenzó a relatarle toda la historia. Lo hizo desde el principio, con calma y procurando no dejarse nada atrás. Comenzó con la noche en que Rolf fue a su casa para proponerle el robo del oro de los camiones.

—El contrabando de los tractores. Estoy al tanto —dijo Jael con una mueca incómoda en sus labios. No era algo de lo que presumir fácilmente. Aníbal consideró una suerte que ella ya estuviese al tanto de los negocios de su padre. Eso lo simplificaba todo. Continuó diciéndole que aceptó la proposición de su hermano porque él, a cambio, iba a ayudarlo a que sus padres aceptaran que él, Román Morales, le pidiera matrimonio a su única hija.

—¿Ibas a pedirme que me case contigo? —preguntó Jael con las mejillas sonrojadas.

Aníbal, con más vergüenza todavía, movió la cabeza de arriba abajo. De repente, parecían dos niños avergonzados. La tensión de un primer momento fue diluyéndose entre los dos.

—Era mi intención, sí. Incluso compré un anillo. —Jael dejó escapar una leve carcajada. Su hostilidad inicial perdía fuerza.

Continuó relatándole lo que ocurrió después. El robo del oro y cómo lo escondió en un pozo a las afueras de Osorno.

—Se suponía que tenía que entregarle a tu hermano tres cuartas partes, pero no confiaba en él. Temía que no cumpliera su palabra y no mediara por mí ante tus padres.

Jael tragó saliva y miró al horizonte.

—¿Fue por eso, Román? —insinuó, con la mirada perdida en el vacío.

—No tuve nada que ver en la muerte de Rolf —dijo Aníbal—. Le entregué una pequeña parte del oro que le correspondía, pero simplemente para asegurarme de que cumplía su parte. Él se enfadó y discutimos, nos peleamos en mitad de la calle, pero apenas fueron unos pocos golpes. Nos tranquilizamos y nos fuimos cada uno por nuestro lado. Pero nos vio gente, y supongo que eso acabó condenándome.

Un silencio incómodo siguió a las palabras de Aníbal.

—Entonces, ¿quién mató a mi hermano?

Aníbal cogió aire y trató de encontrar las palabras adecuadas. No se sentía cómodo hablando del tema y mucho menos con Jael. Su presencia continuaba intimidándole.

—Fueron sus amigos, Jael. —Aníbal dejó que las palabras maduraran en ella. Jael, por otra parte, siempre sospechó de los amigos de Rolf, a los cuales consideraba poco más que delincuentes. En más de una ocasión le advirtió que tuviera cuidado, pero su hermano jamás la obedeció.

—Probablemente, conociendo a tu hermano, les enseñó el oro. Le di solo una pequeña parte, en efecto, pero aun así era una cantidad considerable. Supongo que intentarían hacerse con el botín y Rolf se negó. El resto puedes imaginarlo.

Jael asintió mientras trataba de consolarse con las vistas de las tierras de Aníbal o Román, pues todavía no sabía siquiera cómo referirse a él en sus pensamientos.

—Ahora entiendo muchas cosas —susurró Jael.

—Por eso no dije nada y acepté la condena. Temía las represalias tanto de tu padre como de ese socio suyo, temía por mi familia. Que me culparan del asesinato fue también un alivio para ellos, ya que centró la atención de la policía en mí. Estaba en una situación muy complicada. De haber confesado, las cosas se habrían puesto muy difíciles para tu familia y, en última instancia, para ti.

—Mi padre y su socio todavía están pagando el oro que robaste, por si te sirve de consuelo de algún modo, y la mayoría de los amigos de Rolf han muerto. No sé si a eso se le puede llamar justicia.

Una fría racha de viento alzó varias hojas del suelo. El sol estaba en su cenit, pero no calentaba lo suficiente. Pronto el ambiente olería a leña y chimenea.

—No hay justicia en la muerte. Yo no era enemigo de nadie, tan solo quería estar contigo el resto de mis días —dijo Aníbal.

Jael agachó la cabeza y se centró en sus pasos. Habían dejado atrás la casa y avanzaban por un sendero de tierra que se internaba en los cultivos.

—¿Qué ocurrió la noche del incendio, Román? —preguntó Jael, deteniéndose.

—Me temo que Román Morales falleció esa noche, Jael. Ahora soy Aníbal.

—Estaba todo orquestado, ¿verdad?

—El oro abre muchas puertas —dijo Aníbal—. Soy inocente y no estaba dispuesto a cumplir una condena que no me pertenecía.

—¿Cómo lo sacaste de Osorno?

—¿A qué te refieres?

—El oro —indicó Jael—. Estabas en prisión. ¿Cómo lo sacaste de dónde lo guardabas?

—Mi madre se encargó de ello. Poco a poco. Con una pequeña parte, compramos un terreno con el que subsistir. Las ampliaciones y todas estas tierras que se extienden a lo lejos han sido fruto de nuestro trabajo, no del oro.

—Eres libre de usarlo si lo consideras oportuno —dijo Jael.

—No es gratuito, Jael. Todo tiene su precio.

Durante un rato guardaron silencio y se limitaron a pasear por la finca. Aníbal le presentó a algunos trabajadores. Cuando le presentó a Bruto, este le mostró a la joven todos los pájaros que cuidaba en la arboleda, así como la cuna que le estaba preparando a su futuro hijo. También le presentó a su esposa Adela, la cual tejía una mantita. Esta distracción endulzó el ambiente, lo que los llevó a que mantuvieran una conversación más distendida.

—Fallecieron tres presos en el incendio —le contaba Aníbal cuando retomaron el paseo—. Bruno es uno de ellos.

—¿Y el tercero?

—El tercero se ha convertido en un exitoso comerciante. Precisamente se encuentra en un viaje de negocios. Ha vivido una vida errante, no puedo pretender que se encierre aquí con nosotros, así que se encarga de vender las cosechas de ciudad en ciudad.

Jael mantuvo una tímida sonrisa en sus labios todo ese rato. Hacía mucho tiempo que no sentía una paz así en su interior. Lo último que deseaba era que Aníbal no tuviese nada más que decirle y el ocaso le señalara que era el momento de marcharse. A pesar del poco tiempo que llevaba allí, sentía que era más hogar que lo que había dejado en Osorno.

Continuaron paseando un buen rato, poniéndose al día, aunque Jael tenía poco que decir y era Aníbal quien le contó su labor como profesor en la prisión, cómo huyeron de la cárcel y cómo fueron ampliando su finca poco a poco. Jael lo escuchaba fascinada y le hacía continuamente preguntas que Aníbal respondía con todo el placer del mundo.

—Es casi la hora de comer —dijo Aníbal cuando sus pasos los llevaron de vuelta a la casa.

—No sé si debería quedarme —dijo Jael, cabizbaja. ¿Qué se suponía que tenía que hacer ahora? ¿Regresar a Osorno como si no hubiera ocurrido nada y continuar con su vida? ¿Olvidar a Aníbal y guardarlo en su memoria hasta que el tiempo o la vejez lo borrara por completo?

—Esta es tu casa, Jael —dijo Aníbal mirándola a los ojos—. Además, hemos caminado mucho. Tienes que tener hambre.

No le hizo falta mucho más a Aníbal para convencerla. Comieron todos en el porche —Raquel se mostró más simpática— y disfrutaron después de una agradable tertulia. La joven fue reacia a hablar en un primer momento, pero poco a poco fue participando más hasta que se soltó definitivamente y se comportó como la Jael que fue antes de que su vida se truncara con la muerte de su hermano.

—No puedo creermelo que hayas dejado de dar clases. ¡Era tu sueño!

—No me sentía con fuerzas. No después de todo lo que había pasado. Tú eras un pilar fundamental. Además, el hecho de que uno de los profesores de la escuela se hubiera visto implicado en un asesinato provocó que los padres renunciaran a la escuela de inmediato. Hubo cierta tensión en la ciudad semanas después.

Aníbal asintió en silencio.

—Mi madre me lo contó. La ignorancia y la estupidez prevalecen siempre, como la mala hierba.

—Supongo que tienes razón. Todo lo que habíamos construido se derrumbó de la noche a la mañana.

—¿Y qué pasó con los niños? —preguntó Aníbal.

—Aquellos cuyos padres pudieron permitírselo pagaron un colegio; los que no, se quedaron sin nada. Unos pocos padres me insistieron para que retomara la escuela, pero no era capaz.

Aníbal bajó la mirada y arqueó sus labios en un gesto de preocupación. Como profesor, la vocación surgía de su interior y traspasaba todo su ser.

—Un momento —dijo Jael deteniéndose—. Me constaste que el día que entraste en la escuela por primera vez había fallecido un profesor al que le tenías mucho cariño. Me dijiste su nombre: Aníbal, ¿no es cierto?

—Adopté su nombre como homenaje.

—Y Valjean por *Los Miserables*.

—Lo has clavado, Jael.

—¿Creías que con el nombre deduciría que eras tú quién estaba detrás?

Aníbal sonrió.

—Pensé en los acertijos de Lucía y supuse que podrías resolverlo. Tampoco podía dejar un rastro que resultara muy evidente.

—Es cierto, aunque no era tan buena como tú resolviéndolos. Pero sí, tenía mis sospechas.

Los planes de Jael de marcharse antes del anochecer se pospusieron. La joven había entrado de lleno en un hogar feliz donde todos se respetaban y aquellos sentimientos la embriagaron. Además, Aníbal estaba pletórico e irradiaba felicidad por cada poro de su piel, lo que contagió al resto y los llevó a pasar una agradable velada. Poco a poco, todos se fueron yendo a dormir, excepto Aníbal y Jael. El reloj apuntaba ya hacia la medianoche cuando ella dijo que tenía que regresar al hotel.

—Puedes quedarte aquí si lo deseas. Tenemos una habitación de invitados en la que te encontrarás muy cómoda —dijo Aníbal mientras la acompañaba hasta la puerta.

—No quiero causar más molestias.

—Disculpa, ¿has causado alguna? —respondió Aníbal divertido—. Es tarde, Jael.

Esta lo observó y se guardó unos segundos para reflexionar. Miró a través de la ventana y vio la oscuridad que se ceñía sobre los campos. Tan solo algunas farolas irrumpían con una luz pobre y apática.

—Mañana tendré que marcharme muy temprano: a primera hora.

—Eso no es problema. Aquí madrugamos mucho.

Jael sonrió.

—Está bien. Me quedará esta noche.

—¡Genial! —dijo Aníbal—. Déjame acompañarte a la habitación. Está en esta misma planta, en la parte más tranquila de la casa, lejos de los pasillos principales.

Caminaron por los pasillos hasta que llegaron a la habitación. Esta tenía una gran cama, un armario repleto de ropa y mantas, y un servicio con una amplia bañera y un estante repleto de remedios naturales. Aníbal le mostró la habitación y explicó todo lo que consideró necesario.

—Aun así —dijo Aníbal deteniéndose junto al umbral de la puerta antes de marcharse—, avísame si necesitas algo. Estaré en mi despacho, que está en el otro pasillo. Estaré despierto un par de horas más.

Ella miró a su alrededor y asintió para decirle que lo había comprendido todo.

—Solo tengo una pregunta —dijo Jael desde el centro de la habitación.

—Dime.

—¿Todavía me amas? —dijo de sopetón, como si las palabras estuviesen ardiendo en su boca.

Aníbal, que no se esperaba la pregunta, se quedó de piedra. Pasaron unos segundos antes de que reaccionara cerrando la puerta de la habitación. Los nervios desbordaron a Jael.

—Perdona, yo... No tenía que haber dicho nada —dijo ella sentándose al borde de la cama, ocultándose el rostro con las manos.

Aníbal se acercó y se sentó a su lado. Después, con mucho tacto, la envolvió con sus brazos. La sensación de sus cuerpos al unirse les hizo estremecerse.

—Nunca dejé de amarte, Jael.

Se abrazaron con más fuerza antes de mirarse fijamente a los ojos y unirse en un largo beso.

—No quiero volver a separarme de ti —dijo Aníbal.

—Te quiero — respondió Jael.

Otro beso los silenció, mientras sus cuerpos se expresaban cada vez con más pasión, embravecidos por el hecho de tenerse el uno al otro. Pronto, sus labios no fueron capaces de saciar la sed que tenían, y unidos en esa explosiva tempestad, se dejaron caer sobre la cama y experimentaron las acometidas de un amor contenido durante mucho tiempo. La juventud de sus cuerpos convirtió aquella unión en una batalla de dos y para dos, egoísta y generosa al mismo tiempo, mientras un placer los elevaba en un furor explosivo.

Capítulo Cincuenta Y Seis

—No regresé a Osorno ni nunca más abandoné a Aníbal. Escribí a mis padres para decirles que me había marchado y que sabrían de mí en un futuro. Sé que pudo ser egoísta por mi parte, pero es lo que sentía. Por ese tiempo pensaba que la felicidad me estaba vetada y, de repente, de un día para otro, me consideré la mujer más afortunada de la tierra.

Myriel y Jeanne no tenían tiempo para procesar todo lo que les estaba contando su abuela. Aún asimilaban la verdadera identidad de Aníbal cuando supieron que Jael había abandonado a su familia para vivir con él. Le costaba imaginarse a su abuela como la joven pasional que describía.

—¿Cuánto tiempo viviste con él? —preguntó Myriel.

—Un par de años. No tardamos mucho tiempo en tener un hijo.

—¿Cómo?! —gritó Jeanne, que se había quedado a medio camino del balcón, donde iba a fumarse un cigarrillo.

Jael asintió ante la sorpresa de sus nietas.

—Ese niño es quien unos años después se casó con su madre. En otras palabras...

—¿Nuestro padre era hijo de Aníbal? —preguntó Myriel.

—Eso significa que Román o Aníbal, o quien sea, es nuestro abuelo.

—Así es —afirmó Jael.

Sin embargo, no tuvieron más tiempo para digerir la noticia. Pillándolas desprevenidas, un duro golpe abrió la puerta de la habitación y las sobresaltó. El comisario Hernández, pistola en mano, entró en la habitación y apuntó directamente a Jael.

—¿Qué está haciendo? —gritó Jeanne, histérica.

—¡Silencio! Las tres van a venir conmigo. ¡Ya! —gritó el comisario. Su rostro estaba encendido y las venas de su cuello se asimilaban a las gruesas raíces de un árbol—. Vamos a ir todos al cementerio y tú, vieja, vas a dejar tu papel de anciana demente a un lado y vas a serme útil, ¿de acuerdo?

Jael, más serena que sus nietas, se puso en pie.

—¿Por qué está haciendo todo esto, comisario? —preguntó la anciana.

El comisario soltó una carcajada.

—Solo quiero lo que me pertenece; lo que le perteneció a mi madre y se lo negaron. Llevo años esperando este momento, sabía que iba a tener la oportunidad de hacer justicia. Tantos años...

—¿De qué está hablando? —La actitud desafiante de su abuela ponía muy nerviosas a Myriel y Jeanne, que estaban sentadas en la cama con los brazos en alto.

—¿No lo sabe? Me sorprende que no haya atado cabos con lo inteligente que es. Su hermano, ese Rolf, dejó embarazada a mi madre poco antes de morir. Ese bastardo le prometió colmarla de

atenciones, pero murió y su familia trató a mi madre como si fuera una prostituta. Por eso pedí que me derivaran el caso. En cuanto vi el apellido Schülz, el apellido de mi padre, supe que podía tener una oportunidad para limpiar el nombre de mi madre y exigir lo que nos pertenece.

Jael, Jeanne y Myriel se quedaron boquiabiertas, aunque la anciana ya intuía algo. Había reconocido gestos de su hermano en el comisario, pero no había querido decir nada.

—Quieres el oro, ¿verdad? —preguntó Jael. Como si hubiera escuchado unas palabras mágicas, el comisario clavó sus ojos en la anciana.

—No hay otra persona con más derecho a tenerlo que yo.

—El oro no te traerá paz —dijo Jael.

—¡Es mío! —El comisario dio un paso hacia delante e hizo a las tres mujeres salir de la habitación—. Van a ayudarme a conseguirlo si no quieren que les pegue un tiro.

—No puede hacer eso —gritó Jeanne en un arrebato de valentía. Justo en ese momento, Pedro, el propietario de la pensión, se asomó por el otro lado del pasillo con los brazos en alto, pidiendo calma.

—¿Qué está sucediendo aquí? Baje el arma.

—Ha perdido el juicio —gritó Jeanne envalentonada.

Pero el comisario, dispuesto a demostrar que estaba decidido a hacer lo que sea para obtener el oro, disparó a Pedro, que cayó al suelo. Las tres mujeres gritaron y se agacharon para protegerse.

—¡Mi pierna! —gritó Pedro.

—La próxima vez el disparo será entre ceja y ceja. ¡Andando!

El camino hasta el cementerio fue en un silencio absoluto. Jeanne y Myriel estaban llorando, pero temían tanto al comisario que se esforzaron por controlar sus sollozos. Jael, en cambio, aunque preocupada, no vertió ni una sola lágrima.

Al igual que había pasado por la mañana, el cementerio estaba solitario. Los rayos de sol jugueteaban con la sombra de los árboles, y la brisa refrescaba las sombras. Las tres se sorprendieron al ver la tierra excavada junto a la lápida de Aníbal Valjean y temieron ser testigos de un horrible espectáculo. Jeanne se ocultaba los ojos con las manos y Myriel miraba al horizonte.

El comisario llegó hasta el borde del agujero que él mismo había excavado y, apuntando a Jael, la obligó a acercarse.

—¡Vamos, vieja! Suficiente tiempo he perdido contigo.

Jael se acercó despacio sin bajar la mirada en ningún momento, preparada para lo que el destino le hubiera preparado. Cuando al fin sus pasos le posibilitaron ver el fondo del agujero, respiró aliviada: la caja estaba vacía. Eso no le aseguraba que Aníbal continuara con vida, pero, al menos, no había sido enterrado allí.

—¿Qué significa eso? ¡Ustedes! ¡Vayan con ella! —gritó el comisario a las nietas. La psicosis se había adueñado de su cerebro, dando por válida cualquier posibilidad que le permitiera llegar hasta el oro.

Las tres observaron la caja vacía con una mezcla de respeto y temor.

—¿Qué es lo que pone? —preguntó Myriel.

Jael, con cierta dificultad, se agachó para observarlo mejor.

—*La verdad no se corrompe y aguarda para salir a la luz. Solo tú puedes llegar al final del camino que nos da la paz que necesitamos. Búscate a ti misma* —leyó. Después, se fijó en el dibujo que había bajo la frase.

—¿Qué significa eso? —gritó el comisario agitando la pistola en el aire—. Sin trucos si no

quiere que le demos uso al ataúd.

—Necesitaré algo de tiempo —dijo Jael. El comisario gruñó, pero consideró aceptable la petición de la anciana.

Jael se quedó agachada mirando hacia la tapa del ataúd. La frase podía dividirse en dos: la primera parte hacía alusión a que el ataúd era una parte más del camino; la segunda frase era una referencia directa a ella. *Solo tú puedes llegar al final del camino que nos da la paz que necesitamos*; y la tercera, *Búscate a ti misma*, escondía un significado. Supuso que Aníbal se refería a algo que ella podría reconocer. Miró a su alrededor, pero no había nada en el cementerio que le indicara algo. Se concentró entonces en el dibujo que había en la parte inferior.

A simple vista no era más que líneas formando una composición sin sentido; sin embargo, ella sabía lo que era, aunque estaba segura de que si conseguía extraer el mensaje de la frase no podría descifrarlo del todo. *Búscate a ti misma*. Habían pasado muchos años desde que vio un dibujo como ese. La última vez que lo hizo fue cuando ella y Román tenían abierta la escuela en el centro de Osorno. En ella, todas las mañanas, Lucía les decía acertijos a los niños, pero, a veces, sustituía los dibujos por algo que ella denominaba “reflectarios”. Esto consistía en dibujar el mapa de la ciudad y señalar un punto concreto, aunque, por supuesto, el mapa no estaba pintado de una manera normal, sino que muchas partes estaban dispuestas al revés, como si hubieran sido calcadas desde un espejo que hubiera situado enfrente de un mapa. De esta forma, los niños tenían que hacer un esfuerzo considerable para resolverlo.

Los “reflectarios” que dibujaba Lucía eran más sencillos que el que había dibujado en la tapa de ataúd, pero podía resolverse. Lo más fácil hubiera sido coger uno de los pequeños espejos que sus nietas llevaban consigo para retocarse el maquillaje y ponerlo frente al dibujo, pero el comisario conseguiría lo que estaba buscando y podía matarlas después. Por lo que Jael tuvo que hacer el esfuerzo mentalmente. Se concentró todo lo que pudo y visualizó el verdadero mapa y el punto en concreto que marcaba. Sin embargo, la paciencia del comisario no iba a ponérselo fácil.

—¿Qué ocurre? —gritó Hernández.

—Estoy pensando —dijo Jael.

—Pues piensa más deprisa o rellenaré esta caja con alguna de tus nietas.

Jeanne y Myriel se abrazaron mientras lloraban. Jael no retiró la mirada de la caja, dispuso el dibujo de la manera que correspondía, dibujó los trazos en el aire con su imaginación. Más o menos podía hacerse una idea y recordarla para llegar hasta el lugar en cuestión, pero seguía sin entender la última frase. *Búscate a ti misma*.

—¡Te doy cinco minutos, vieja!

Jael asintió. El comisario sabía que estaba corriendo un gran riesgo, ya que el anciano de la pensión podría llamar a la policía pese a sus amenazas. Él podría inventarse el motivo por el cual le disparó, pero le supondría dejar libre a Jael y sus nietas, y quién sabía si renunciar al oro para siempre. No obstante, se sentía tan cerca que estaba dispuesto a correr cualquier riesgo.

Jeanne sollozó y Myriel trató de consolarla, aunque también estaba muy afectada.

—¡Silencio! —gritó el comisario.

Entonces, Jael se giró para observar a sus nietas. Estas la miraron con amargura, aunque advirtieron que su abuela miraba más allá de ellas, hacia el camino que conducía hacia el pueblo. En ese instante tuvo una revelación. En la escuela que había construido Aníbal había una estatua de ella y de su hijo. Tal vez en ese lugar que indicaba el mapa había otra estatua de ella. Tenía que ser eso. *Búscate a ti misma*.

—Necesito bajar al hoyo —dijo Jael de repente—. ¿Podría ayudarme?

El comisario dibujó una amenazante sonrisa y miró a las nietas.

—Si intentan algo, las entiero a las tres, ¿entendido?

El comisario se acercó a la anciana y le tendió el brazo para ayudarla a bajar. Jael estaba a punto de hacerlo cuando, sin nadie esperarlo, empujó al comisario hacia el agujero. Este intentó aferrarse a la anciana, pero no pudo evitar caer.

—¡Corran! —gritó Jael.

Sus nietas tardaron en reaccionar varios segundos, pero cuando lo hicieron, alcanzaron a su abuela y corrieron en dirección al pueblo.

—¡Hay que llegar al auto! —gritó Jael—. ¡Que se adelante una!

Myriel, más en forma que Jeanne, corrió con todas sus fuerzas y dejó atrás a su hermana y a su abuela. Tras ellas, en el cementerio, sonó un grito de rabia.

—¡Malditas! —gritó el comisario asomando la cabeza por el borde del agujero. No era lo suficientemente profundo como para que le costara salir, pero al caer se había hecho daño en el tobillo izquierdo y tenía serias dificultades para impulsarse. Todavía con la pistola en la mano, disparó un par de veces, pero las tres mujeres estaban ya demasiado lejos.

—¡Dios mío! —dijo Jeanne cuando escuchó el primer disparo. Myriel ya había llegado al auto y estaba entrando en ese momento.

—Ya casi estamos —le animó Jael.

Mientras tanto, el comisario guardó la pistola y utilizó sus brazos para salir a duras penas del agujero, repleto de barro y sudor. Después, cojeando, se dirigió a su vehículo maldiciendo a las tres mujeres. Jael y Jeanne subieron al auto.

—Sal de Los Pinos, Myriel. Antes de que pueda perseguirnos —dijo Jael.

Myriel obedeció y pisó a fondo el acelerador. Las ruedas chirriaron en el silencio de la tarde y el vehículo cruzó a toda velocidad la calle principal del pueblo. Sin embargo, el comisario había avanzado más rápido de lo que creían y antes de que pudieran desaparecer de su vista, este subió a su auto y se lanzó a perseguirlas.

—¿Están bien? —preguntó Jael. El llanto de sus nietas había desaparecido debido a la tensión.

—¿Qué es todo esto? —gritó Jeanne. Estaba histérica.

—¿Por qué se separaron Aníbal y tú? —dijo Myriel.

—¿Cómo dices?

—Aníbal y tú. Si él te ha dejado todo este reguero de pistas es porque se separaron en algún momento. ¿Qué ocurrió? ¿Qué sentido tiene lo de la caja?

Jael miró a sus nietas y después se fijó en el espejo. A lo lejos, reconoció el vehículo del comisario. No se había terminado.

Capítulo Cincuenta Y Siete

Esa noche en la que Aníbal y Jael se fundieron en uno, marcó el inicio de un nuevo capítulo en sus vidas. Ninguno de los dos tuvo voluntad suficiente para separarse del otro, y antes incluso de que Jael tuviera que regresar a Osorno, junto con el grupo de religiosos, ya habían dado la noticia en la finca de que Jael iba a quedarse una temporada... la que acabó convirtiéndose en ocho años.

En apenas unas semanas, dejaron clara su intención de casarse, aunque Raquel —siempre con un ojo puesto en Jael— enfrió los ánimos y aportó un poco de razón: su hijo no podía casarse de manera legal, pues Román Morales había fallecido y aunque quien se casara fuera Aníbal Valjean, la novia seguía siendo Jael Schülz, por lo que su nombre quedaría asociado a Valdivia y a Aníbal, y sus padres podrían hallarla recurriendo a los contactos que seguramente tendrían o podrían conseguir.

Ambos agradecieron el razonamiento de Raquel, aunque eso no hizo que su amor mermara en absoluto. Tras tantos años de ausencia, de frustraciones y de sueños rotos, hicieron que los sentimientos de ambos no encontraron freno. La felicidad se apoderó de la joven pareja y se contagió al resto de las personas que compartían el día a día con ellos. Raquel, la madre de Román, fue la única que se mostró reticente a que Jael se quedara a vivir con ellos, pero al comprobar lo feliz que era su hijo, no encontró razones suficientes para seguir negándose y aceptó a la joven como una más de su familia.

Jael, por su parte, mantuvo una correspondencia con sus padres, para lo que le fue muy útil conocer a Rolex. Ella le entregaba las misivas y este las enviaba a Osorno en algún momento de sus viajes, siempre desde un lugar distinto, de manera que los Schülz no podían hacerse una idea de dónde se encontraba su hija, aunque les aliviaba tener noticias de ella.

Los negocios de la finca iban bien y pronto Aníbal decidió aumentar sus propiedades con otros terrenos, para así alejar la producción principal de su casa, y dejar aquel lugar como un espacio idílico donde vivir con la gente que amaba. Pero la dicha alcanzó su máxima expresión cuando nació su primer hijo a finales de 1955; lo llamaron Víctor Hugo. La vida les sonreía; sin embargo, no todo iba según lo planeado.

Los padres de Jael se quedaron muy preocupados por la marcha de su hija y nunca desistieron de encontrarla, pues seguían recibiendo sus cartas con regularidad. Hans aprovechó su influencia y movilizó a sus contactos de Osorno para tratar de conseguir información de Jael. Sabía que su hija se había llegado a registrar en el hotel, por lo que no encontraba sentido a su desaparición. Además, las cartas que le enviaba desde distintas ciudades del país le hacían sospechar que la marcha de Jael había sido premeditada. Finalmente, fue el señor Schneider, mediante sus muchos conocidos, el que se presentó un día en casa de los Schülz con una información que podía resultar relevante en la búsqueda.

—Uno de mis socios mantuvo el pasado día una reunión con un comerciante. Un hombre que viaja de allá para acá constantemente, comprando y vendiendo. Este hombre tiene la oficina en Santiago, aunque, como ya le he dicho, apenas para por allí. El caso es que, durante la reunión, mi socio vio una carta dirigida a usted.

—¿Qué tiene eso de particular, señor Schneider? Usted sabe que trato con numerosos comerciantes, puede que fuera uno de ellos.

—Está claro que no me he explicado correctamente —dijo Schneider—. La reunión tuvo lugar en Valparaíso.

Estas palabras fueron suficientes para que Hans se transformara de súbito.

—De allí recibí la última carta de Jael —susurró. Podía ser una casualidad, aunque por la expresión de Schneider supo que este escondía más información al respecto.

—Ese comerciante, Francisco Guevara, mantiene importantes lazos con la ciudad de Valdivia. Fue allí donde se perdió el rastro de Jael, ¿no es así?

Hans asintió en silencio.

—La pregunta es: ¿ha recibido una carta de un tal Francisco Guevara en los últimos días?

De inmediato, Hans se dispuso a vaciar sus cajones y a rebuscar entre sus archivos. Nunca había oído ese nombre y de haber recibido una carta días atrás, lo recordaría. Sin embargo, la única carta que llegó para él fue una escrita por Jael. Al cabo de unos minutos, con papeles desparramados por la mesa y el suelo, Hans dedujo lo que significaba todo aquello.

—¿Dónde está ese hombre?

Frank Schneider lo había previsto todo y se encargó de concertar una cita con el comerciante en su oficina en Santiago, donde existía la posibilidad de que se encontrara su hija.

A Rolex no le quedaron muchas opciones cuando Hans y el señor Schneider se reunieron con él. La simple amenaza de denunciarlo a las autoridades fue suficiente para que confesara dónde se encontraba Jael. Lo último que quería era traicionar a Aníbal, pero si ellos acudían a la policía e investigaban su pasado, saldría a la luz que se había fingido su muerte para eludir la condena y no solo él, sino también Bruto y Aníbal, lo que sería mucho peor. Francisco no estaba dispuesto a verse otra vez en prisión, por lo que días después de la reunión con los alemanes vendió todas sus propiedades y compró un billete con destino a Argentina. Antes de marcharse, escribió una carta a Aníbal explicándole todo lo que había sucedido, pero los Schülz llegaron primero a Valdivia.

Hans y Ada no tenían mucha más información de su hija. Sabían que estaba viviendo en Valdivia, en una dirección en concreto, pero nada más. Desconocían por completo quién vivía con ella y quién se había convertido en el padre de su hijo.

El señor Schneider se ofreció a acompañarlos, pero Hans resolvió que se trataba de un asunto familiar que ellos solos tenían que solucionar. Así pues, apenas regresaron de Santiago, hicieron las maletas y se trasladaron a Valdivia, dispuestos a encontrar a su hija.

Como si siguieran un extraño rito, se alojaron en el mismo hotel en el que supuestamente estuvo Jael cuando desapareció. Observaron el vestíbulo, los pasillos y hasta su propia habitación como si estos albergaran el secreto de su paradero. Una vez dejaron sus maletas, hicieron llamar un auto y se trasladaron hacia el lugar que les había indicado Francisco Guevara. Cuando llegaron, se sorprendieron de encontrarse frente a una gran puerta de fierro que daba acceso a una propiedad oculta tras una hilera de árboles. Antes de llamar, preguntaron a los vecinos quién vivía allí y todos les respondieron con frases de bondad y de cariño: un importante empresario, un tal Aníbal, que había hecho fortuna con el sudor de su frente.

Pensar que su hija se encontraba viviendo allí les supuso un ínfimo consuelo, ya que podían

haberse encontrado algo muchísimo peor; sin embargo, todo aquello les resultaba desconcertante. Conocían suficiente a su hija y ella jamás había mostrado interés alguno en hombres adinerados ni nadie que pudiese comprar su cariño. ¿Acaso se enamoró nada más llegar a Valdivia años atrás?

—¿Seguro que es aquí? —preguntó Ada, observando cómo su marido compartía su misma desconfianza. El paso de los años y los reveses de la vida habían encanecido sus cabellos y afilado sus rostros. Cualquiera que los mirara podía sacar la conclusión de que un mal los estaba consumiendo.

—Eso parece. Solo podemos averiguarlo de una forma.

Dicho esto, Hans agitó la aldaba, haciendo resonar el metal. El matrimonio se dio la mano y contuvo la respiración. Alguien se acercaba desde el otro lado.

Aníbal y Bruto paseaban alrededor de la casa. El segundo le señalaba desperfectos que podrían arreglar o distintas maneras de mejorar el lugar y Aníbal asentía o torcía el gesto según su opinión. El paso de los años les había hecho conseguir una gran fortuna a base de trabajo y cierta suerte en los negocios. Simplemente, como decía Aníbal, habían elegido el camino correcto desde primera hora —desde que salieron de la prisión— y habían continuado por él. En cuanto al asunto del oro, todos allí parecían haber olvidado su existencia.

—¿Dónde van? —escucharon gritar.

Aníbal y Bruto se detuvieron y miraron hacia atrás.

—Damos un paseo. ¿Quieres venir con nosotros? —gritó Bruto.

Sin obtener respuesta, una niña salió corriendo y se abalanzó sobre él.

—¡Mi pequeña! —dijo Bruto estrechándola entre sus brazos.

Aníbal sonrió con orgullo, sintiéndose responsable de la felicidad de su amigo y de todos los que habitaban allí. Ni en sus mejores sueños había sido capaz de visualizar en lo que se había convertido su vida, lo que iba a suponer robar el oro del tractor esa oscura noche. Con cierta melancolía, pensó que Rolf cumplió su palabra. A su manera, pero cumplió. Si él no hubiera puesto sus manos sobre el oro, seguiría siendo un hombre humilde, trabajando para poder subsistir. En esa hipotética realidad, procuraba figurarse qué habría sido de su hermano o de su madre, incluso de Jael. Visualizar toda una vida sin ella le provocaba una repentina angustia que le hacía creer que se encontraba otra vez entre los barrotes de la prisión, sin poder hacer nada por remediarlo. Le sorprendía que, después de todo lo que había pasado, ese sentimiento doloroso continuara en su interior, como si esperara que las circunstancias lo hicieran útil. Aníbal abrigó esta posibilidad con cierto temor y procuró borrarlo de su cabeza viendo como Bruto jugaba con su hija.

No era la primera vez que el infortunio le colmaba los pensamientos, y, por ello, él había dejado todo listo en un intento de protegerse de cualquier revés que le tuviera preparado el destino. Había depositado parte de su dinero en una cuenta de la que nadie más sabía nada —ni siquiera Jael—. Además, en esa misma sucursal había dejado en custodia una caja de seguridad metálica con el oro robado de los tractores. Se había jurado no volver a utilizarlo jamás, pero no estaba dispuesto a deshacerse de él. Varios kilos de oro podían ser muy útiles en cualquier momento. Ese era su salvavidas ante el futuro. Él nunca había sido muy previsor en tal aspecto —en parte porque estaba acostumbrado a pelear el día a día—, pero desde que formó una familia con Jael, el simple hecho de pensar en el futuro le parecía aterrador y procuraba no dejar nada a

la suerte.

—Ahora nos vemos, Aníbal. Voy a llevar a esta señorita con su madre —dijo Bruto mientras se dirigía a la arboleda con su hija sobre los hombros. La pequeña se aferraba a las manos de su padre y las agitaba como si se trataran de las riendas de un caballo.

Aníbal contestó que no había problema y, con las manos en los bolsillos, se limitó a observar la casa. A través de la ventana del segundo piso, le pareció divisar a Jael y a su hijo, aunque las cortinas no le permitían ver mucho más allá. No obstante, sonrió satisfecho y continuó su camino. Iba camino a la casa para esperar a Bruto junto al porche cuando escuchó varios golpes en la reja de la entrada.

El destino comenzaba a rodar de nuevo.

Capítulo Cincuenta Y Ocho

Cuando llegó frente a la puerta se produjo un silencio absoluto. Los padres de Jael miraban a Aníbal como si observaran un fantasma, alguien que se suponía que llevaba muerto muchos años. Aníbal, por su parte, no sabía qué hacer. Tener frente de sí a los padres de Jael no era buena señal.

—¿Román? ¿Román Morales? —dijo Hans mientras daba un paso al frente, más para evitar caerse que para avanzar.

Aníbal clavó sus ojos en él, pero no supo qué contestar.

—¿Dónde está nuestra hija? —preguntó Ada de repente, con aires de indignación y sorpresa.

Aníbal permanecía junto a la puerta, como si marcara el límite entre su vida y un sinfín de problemas que esperaban al otro lado. En su cabeza trataba de adivinar cómo habían conseguido los padres de Jael localizarlo, qué rastro permanecía activo después de años. A su cabeza volvieron los malos recuerdos, los presagios de un desastre inminente y el final de todo lo que habían construido. Fue una sensación tan intensa que creyó por un instante que ya lo había perdido todo.

—Está bien —fue todo lo que contestó.

—¿Dónde está? Juro que si no me lo dices en este momento llamaré a la policía.

Mantuvo la calma, pese a que las palabras de Hans eran tan peligrosas como un arma. Desde que se fugaran de la prisión, había permanecido en el anonimato, ajeno a la vida que transcurría más allá de los muros de su finca. Pero, de repente, todo eso se había acabado. Los Schülz acababan de ver con sus propios ojos al supuesto asesino de su hijo después de que les aseguraran que había fallecido en un inoportuno incendio. El rencor de una falsa venganza hacía supurar rabia y frustración a unos padres que creían que la sangre que había derramado su hijo había sido pagada con la misma moneda. Aníbal tenía que ser muy cuidadoso si no quería verse de lleno en un gran problema. Tenía que ser cuidadoso.

—Pasen y verán a Jael. Es todo lo que puedo decirles.

La reacción de Jael fue similar a la de Román en un primer momento, aunque después no pudo evitar abrazar a sus padres y presentarles con orgullo a su nieto, quien preservaba algunos rasgos de su abuelo y que este reconoció enseguida con emoción en los ojos. Los padres de Jael, apabullados por todo lo que estaban viendo, se limitaban a preguntarle a su hija: «¿Por qué?»

La última en aparecer en el salón principal —donde había tenido lugar el peculiar reencuentro— fue la madre de Aníbal, Raquel, que era incapaz de ocultar lo incómodo de la situación. Mientras Jael se ponía al día con sus padres, Aníbal le dijo a Bruto que se percatase de que nadie estuviese vigilando la finca y que le avisara si veía algo extraño.

Una vez pasó la emoción de los primeros momentos, Hans quiso saber cómo había conseguido salir de prisión el asesino de su hijo. Aníbal y Jael se miraron y, con mucha

tranquilidad, comenzaron a contarles toda la historia, desde el ofrecimiento de Rolf para robar el oro hasta el descubrimiento por parte de Jael y su posterior marcha. Se extendieron a lo largo de veinte minutos en los que los Schülz se limitaron a escuchar con atención.

—¿Entonces Rolf no robó el oro? —preguntó Hans tras el silencio que siguió a las explicaciones de Aníbal y su hija.

—Fui yo, señor Schülz. Era la parte del trato. A cambio, Rolf tendría que convencerles para que me permitieran pedir la mano a Jael.

Hans bufó de rabia, frustración o ambas cosas. Su hijo no había robado el oro, pero había instigado a otro para que lo hiciera. De una manera u otra, si aquello que le habían contado era cierto, Rolf era tan culpable como Román.

—Pero hubo testigos que los vieron pelear en plena calle —dijo sin tener clara la intención de sus palabras.

—Así es, y eso fue lo que me condenó. Hubo testigos, pero ninguno pudo declarar que viera algo más entre nosotros. Después de la pelea, nos fuimos cada uno por su lado.

El señor Schülz no las tenía todas consigo y lanzaba miradas reprobatorias a Jael. En poco más de veinte minutos le habían dispuesto todo un frente de hechos que ahora tenía que discutir de algún modo. Los últimos años de su vida, en parte, habían sido una farsa.

—Y tú, Jael. ¿Por qué no me dijiste nada cuando supiste lo del oro? —dijo, cambiando de adversario. Conocía a su hija como para saber que estaba del lado de Román.

Jael se cruzó de brazos.

—Porque me engañaste como a una estúpida. ¿Por qué huimos de Alemania? Porque tú serviste a las SS —increpó Jael.

—¡Nos fuimos de Alemania porque si no nos habrían matado a todos! —gritó Hans en su lengua materna—. La vida no es tan sencilla como parece, Jael. ¿Quién iba a imaginarse que íbamos a perder la guerra? Lo único que he hecho en este tiempo ha sido amoldarme a lo que la vida ha exigido de mí.

—¿Por eso decidiste seguir ayudando a esos criminales? ¿Ayudarles a sacar todo el oro que habían robado?

—Lo hice para que no les faltara nada. —Ada intentó calmar a su marido, pero este estaba totalmente fuera de sí—. Y, aun así, veo que no tienen muchos problemas en emplear el oro para vivir como auténticos aristócratas. ¿Qué es eso sino doble moral?

Padre e hija se habían adueñado de la conversación.

—Te equivocas si piensas que vivimos de ese oro manchado de sangre —señaló Jael—. No hay nada que desprecie más en el mundo que ese maldito oro que le costó la vida a mi hermano.

Los ojos de Hans brillaron ante la oportunidad que se les presentaba.

—Entonces, devuelvan lo que no es suyo —dijo.

Raquel y Aníbal se miraron con cautela.

—Si lo quieren, es todo suyo —señaló Jael. En ese momento, Hans miró con marcada codicia a Aníbal, esperando que remarcara las palabras de su hija, lo que no fue así. Un conato de satisfacción surgió en él: no se trataba de una unión perfecta.

—No vamos a devolver el oro —dijo Aníbal con calma, esperando la ola de reacciones que auguraba.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Jael, vuelta hacia él.

Raquel se situó junto a su hijo para brindarle su apoyo. El oro no iría a ninguna parte.

—Solo Dios sabe lo que hemos pasado, y todo porque su hijo se cruzó en nuestro camino —dijo Raquel.

—Mi hijo está muerto —apuntó Ada con sincero dolor—. Y vosotros viviendo en esta casa, viviendo a expensas de su sacrificio.

—Rolf jamás se sacrificó por nadie —dijo Aníbal. Jael lo miró molesta, pero pensó que era mejor no empeorar la situación enfrentándose a él.

—No les pertenece. Ni antes, ni ahora, ni nunca —señaló Hans.

—El oro es la garantía de que nuestras vidas nunca más van a torcerse.

—A las autoridades les gustará saber que un asesino ha escapado impune de prisión —amenazó Hans. Sin embargo, Aníbal no se acobardó.

—También les gustará saber a qué se dedica usted, Hans —dijo Aníbal mirándolo fijamente a los ojos—. Si de aquí en adelante algo le ocurriera a mí o a alguien de mi familia, tenga por seguro que el oro descansará para siempre en el fondo del océano y que todos sabrán qué se esconde en el interior de los tractores. Puede que la próxima vez que nos veamos sea una prisión.

Hans no lo soportó más.

—¡Esto no va a quedar así! —dijo abriendo la puerta con brusquedad—. ¡Espero que no tardes mucho en descubrir al impresentable del que te has enamorado, Jael!

Dicho esto, se marchó sin ni siquiera esperar a su esposa.

—Hablaré con él, hija. No te preocupes. Hablaré con él —dijo Ada mientras abrazaba a Jael y se despedía con lágrimas en los ojos.

Cuando los Schülz abandonaron la finca, Jael observó a Aníbal y Raquel, que todavía permanecían el uno junto al otro, como si persistieran en silencio en su decisión.

Capítulo Cincuenta Y Nueve

Esa misma noche llegó una carta a la finca, en la que los Schülz le informaban a su hija que regresaban a Osorno de inmediato y que estarían encantados de que ella acudiera a visitarlos siempre que lo considerase oportuno. Jael la leyó con lágrimas en los ojos. Todavía recordaba por qué los había abandonado, pero, ya como madre y conociendo lo que una madre siente por un hijo, tenía remordimientos por el dolor que les había hecho padecer todos esos años.

—Han regresado a Osorno —dijo Jael mientras cenaban. Un silencio incómodo sobrevolaba el ruido de los cubiertos.

—Es lo mejor que podían hacer —dijo Raquel sin levantar la mirada del plato. La herida producida entre Jael y Aníbal era evidente.

La tensión iba en aumento.

—Es mi familia —señaló Jael.

—Pues tu familia ha venido aquí buscando el oro. Nada más. No han tardado mucho en marcharse cuando han aceptado que iban a irse con las manos vacías.

—¡Basta! —dijo Aníbal golpeando la mesa. Jael miraba a Raquel con rabia contenida.

—No necesitamos ese oro, Aníbal. Sabes como yo de dónde viene —dijo Jael—. Mira a tu alrededor, ¿acaso nos falta algo?

—No podemos devolverlo, Jael. Si lo hacemos, no tendría nada para refrenar a tu padre. Se vengaría de mí en cuanto tuviera la menor oportunidad.

—No si yo se lo impido.

En ese momento, Raquel soltó los cubiertos y se puso en pie.

—¿Otro trato de un Schülz? ¿Es que se te ha olvidado lo que ocurrió la última vez?

—¿Cómo te atreves? —gritó Jael.

—Tu padre nos pisoteará en cuanto tenga oportunidad, niña. Eres lo suficientemente mayor para saberlo —dijo Raquel.

—No te permito que hables así de mi familia —gritó Jael.

—¡Silencio! ¡Ni una palabra más! —exigió Aníbal.

Jael y Raquel, ambas a cada lado de la mesa, parecían dispuestas a enfrentarse. Aníbal, con cautela, se acercó a Jael y le puso las manos sobre los hombros.

—Escúchame, Jael. El oro fue lo que me permitió salir de la prisión; fue lo que me dio la posibilidad de empezar de cero y vivir decentemente con mi familia, y aunque esté guardado y jamás vayamos a usarlo, permanecerá con nosotros hasta el fin de nuestros días. Si tu padre lo recupera, yo estaría en sus manos, y sabes tan bien como yo que no se quedaría de brazos cruzados. Ya no se trata solo de él, sino de ese socio suyo, el señor Schneider.

Jael le retiró la mirada a Aníbal y la bajó hasta el suelo. Después, se soltó de sus manos y se marchó en silencio.

—Se le pasará. Tarde o temprano entrará en razón —dijo Raquel.

Jael y su hijo durmieron esa noche en la habitación de invitados, pues no quería estar a solas con Aníbal por nada del mundo. Él había cambiado, como si no pudiera ser consciente de la realidad en la que vivían. Los negocios les iban bien y habían ahorrado una auténtica fortuna. ¿Qué sentido tenía quedarse con el oro? Ella sabía que su padre jamás intentaría nada contra Aníbal, ya que él o Bruto siempre podrían sacar a la luz el negocio de los tractores. Mientras más gente olvidara el asunto, mucho mejor para todos.

Pero lo que más desconcertaba a Jael era que siempre había creído que el oro no tenía ningún valor para Aníbal y que se desharía de él a la menor oportunidad. Pero el hecho de que se negara, el que estuviera dispuesto a conservarlo de esa manera, le hacía recordar el motivo por el que había abandonado a sus padres años atrás y también, de una forma desagradable, le evocaba la muerte de su hermano. Rolf había muerto por el oro.

Al día siguiente, cuando Jael se despertó, encontró una nota que había dejado Aníbal junto a la puerta. Él y su familia habían ido pasar el día a Valdivia y regresarían por la tarde. *Después hablamos* era la despedida. Jael continuaba enfadada con él, aunque no estaba dispuesta a extender las vicisitudes mucho más. Estaba segura de que podrían llegar a algún tipo de acuerdo en el que ambas partes quedaran satisfechas. Un poco de tiempo siempre venía bien para calmar los ánimos.

Jael y su hijo pasaron la mañana en la casa. Prepararon el desayuno y lo sirvieron en el porche trasero, desde donde disfrutaron las vistas de la finca. A lo lejos podían ver como Bruto dirigía a los mozos a un lado o a otro. Por la chimenea de su casa salía un tímido humo blanco, señal de que Adela ya estaba preparando el almuerzo.

Jael se preguntó si Aníbal le había avisado de que ellos no iban a estar en casa a mediodía. Este pensamiento le devolvió la preocupación por el asunto del oro y la reacción visceral tanto de Aníbal como de Raquel. Era evidente que habían sufrido mucho y que el oro era el justo pago por ello, pero no comprendía la fijación por retenerlo. Poseían una gran fortuna que habían conseguido trabajando, ¿qué necesidad tenían de mantenerlo consigo? Jael lo achacó todo a la ambición más que al miedo de que Hans intentase algo contra ellos. Ella no quería reconocerlo, pero el paso del tiempo no había sido en vano para su padre, al cual veía especialmente consumido: podía gritar, amenazar todo lo que quisiera, pero ella lo conocía lo suficiente como para saber que se encontraba en franco declive. Tal vez pudiera convencer a Aníbal de la debilidad de su padre o de entregarle una parte, la mitad aunque fuera.

Pasaron las horas siguientes en el porche. Jael aprovechó la soledad para leer tranquilamente, mientras su hijo se entretenía corriendo de un lado a otro, jugando con piedras o con un auto de juguete que dirigía por cualquier superficie que se lo permitiera. Después, cerca del mediodía, salieron a pasear por la finca hasta que llegó la hora de comer. Al ser tan pocos, almorzaron en la casa de Bruto y después regresaron a la suya. Jael veía con pesar lo lento que pasaba el tiempo, que parecía demorar más si cabía el regreso de Aníbal.

Pero no tuvieron tiempo de regresar a casa.

Capitula Sesenta

Lo primero que escucharon fue un ruido atronador, como si algo gigantesco se hubiera hecho pedazos. El mismo sonido sacudió sus cuerpos y meció los árboles. Después, todo comenzó a temblar. El mundo bajo sus pies se desmoronaba.

En ese momento, Jael solo pensó en su hijo. Lo cogió en brazos y corrió hasta el jardín que había frente a la casa, donde no había nada que pudiese caer sobre ellos. El temblor, desatado y furioso, persistía e incluso iba a más. Entonces, se acordó de Adela y su hija; debían salir de la casa para estar a salvo, pero estaba demasiado lejos para prevenirlas.

El ruido de las rocas fracturándose, los aullidos de los animales y el sonido de los árboles desplomándose colmaron el ambiente. Algunas pequeñas construcciones comenzaban a caer también y hasta el cielo parecía haberse sumado al temblor. Jael abrazó a su hijo con todas sus fuerzas y cerró los ojos. No podía hacer otra cosa. Solo podía esperar.

Cuando todo acabó, tuvo la sensación de que había transcurrido una eternidad. Fueron catorce minutos donde la tierra se manifestó con furia. Abrió los ojos y vio con horror cómo la que había sido su casa los últimos años, era un montón humeante de escombros. Tan solo el tiro de la chimenea continuaba en pie. Rezó para que Bruto y su familia no se hubieran refugiado en su interior. Fue en su busca y comprobó que estaban todos bien: se habían escondido en la arboleda. Su casa tampoco había soportado el terremoto.

Sin embargo, aquello no fue el fin, sino un simple respiro. De nuevo la tierra comenzó a temblar, esta vez con una intensidad devastadora. Lo que siguió a la repentina calma fue un pánico absoluto. Salieron todos de la finca y comprobaron como la destrucción se extendía por doquier. Jael, con su hijo de la mano, comenzó a llorar de desesperación. Aníbal y su familia se habían marchado a Valdivia, tenía que localizarlos.

Las horas pasaron y quienes fueron en busca de noticias a la ciudad no volvieron con buenas noticias, pues, tras el terremoto, el río Calle Calle había anegado algunas partes de la ciudad, mientras que, sobre los gritos, se escuchaba un rumor creciente. Ya no quedaba nada en la costa, pues muchos fueron testigos de cómo una gran ola arrasaba la zona del puerto y se internaba en las calles de la ciudad sin que nada la detuviese, destruyendo todo a su paso.

—¡Dios mío! —gritó Jael cuando se enteró de lo ocurrido, cayendo de rodillas envuelta en lágrimas. Adela intentó consolarla, pero era inútil. Todos comenzaron a llorar, incluido Bruto.

Las réplicas continuaban y nuevas olas arrasaban con los escombros. La indicación era alejarse de la zona que el mar había decidido recuperar; parecía una pesadilla sin fin. Lo único positivo, si es que había espacio en sus mentes para tal tipo de pensamientos, era que la finca, al estar alejada de la costa, quedó libre de esa nueva desgracia.

Pasaron la noche en alerta frente a una fogata, resguardándose bajo los árboles; ya nada era seguro para cobijarse. La incertidumbre y la desesperación por saber de Aníbal, Raquel y Lucas

iban en aumento; sin embargo, no podían moverse del lugar.

Al día siguiente, cuando un poco de calma se instauró entre las ruinas, Jael y Bruto decidieron ir a la ciudad para intentar averiguar algo de Aníbal y su familia. Regresaron horas después, desolados y envueltos en una tristeza para la que no había consuelo. No habían averiguado nada, y para sumar a su angustia, lo que vieron ahí no sería fácil de olvidar. Era tal el grado de destrucción de la ciudad y había tantos cadáveres en las calles que sabían que esa imagen los acompañaría por mucho tiempo.

Las siguientes jornadas, las noticias no fueron muy diferentes. Bruto la convenció para que se quedara allí en la finca por si regresaban y él mismo cogió las riendas para intentar reconstruirlo todo. Jael aceptó la disposición de Bruto en un primer momento, aunque este no pudo evitar que recorriera las ruinas de la ciudad en busca de Aníbal. Era complicado: a la destrucción del terremoto había que sumarle el caos absoluto que había ocasionado el maremoto en las calles de la ciudad. Todo había sido arrastrado, tanto hacia el interior en los primeros momentos como hacia el mar después. No era extraño ver embarcaciones en plena calle, a relativa distancia de la costa; incluso algunos barcos lucían incrustados en la fachada de los edificios. A esta desolación se sumaba el miedo constante y casi paranóico a un nuevo temblor. Era algo innato, como un reflejo. Cuando un edificio se derrumbaba o sonaba un estruendo por el motivo que fuese, muchos se asustaban y se alejaban al creer que la tierra iba a temblar de nuevo. Esa amenaza silenciosa permaneció allí, oculta, atenazando los nervios y complicando la vida más en aquella pesadilla.

Durante semanas, Jael salía de la finca con las primeras luces del alba y regresaba con la puesta del sol. En esas jornadas recorría Valdivia buscando a Aníbal o a alguien que pudiera tener alguna información suya. Ayudaba a retirar escombros, visitaba a los heridos y hasta comprobaba los cadáveres que iban encontrando con tal de averiguar qué fue de él, pero no encontró nada. Sin embargo, aquella actividad frenética le era útil para acallar esa voz interna que le confirmaba lo evidente.

Por ese tiempo, Jael recibió también una carta de sus padres. Habían salido ilesos del terremoto, pero el grado de destrucción había sido tal que habían decidido volver a Alemania para empezar de cero. En la carta, Hans remarcaba también su deseo de llevar a cabo negocios honrados y que estaba arrepentido de todo lo que había hecho en el pasado. Por lo mismo, habían puesto en venta sus propiedades en Osorno, las cuales estaba dispuesto a vender a cualquier precio con tal de salir de allí. Muchos de sus socios habían fallecido, entre ellos el señor Frank Schneider, por lo que no había nada que le atara a la ciudad; su vida en Chile había terminado.

Esa decisión de su padre realmente fue lo único que le dio algo de esperanza.

Después de varios meses, la situación de Jael se complicó más cuando Bruto le confirmó que, gran parte de la fortuna de Aníbal habría que emplearla en arreglar los destrozos y que ni aun así tenía garantías de que pudieran recuperar su antigua vida. Jael le preguntó si sabía dónde tenía el oro escondido, pero Bruto negó saber dónde lo había escondido. «Las casualidades del destino», pensó Jael, «el oro del que quería desprenderme es el único que me puede ayudar a recuperarlo todo».

La situación era delicada, pero lo fue más cuando Bruto le anunció que él y su familia se marchaban.

—Aquí poco podemos hacer —le dijo Bruto—. Aníbal...

—Ya lo sé, Bruto. No va a volver. No tienes que darme explicaciones. Este lugar está acabado.

Jael comenzaba a aceptar la realidad. Ella y Aníbal no estaban casados, por lo que el nombre

de Jael no aparecía en ninguna parte ni podía relacionarse con Aníbal o con Raquel, que era la que rezaba en todos los documentos legales. Eso significaba que ella no podía heredar ni la propiedad, ni el usufructo, ni el dinero de una futura venta. Tampoco tenía nada con lo que justificar su estancia en aquel lugar. Sin plantaciones, sin nada con lo que retomar el negocio, no tenía sentido.

—Un pariente de Adela tiene una fábrica donde podremos trabajar. Al menos no pasaremos hambre mientras decidimos qué hacemos con nuestras vidas.

—Pueden venir con nosotros —dijo Adela.

Jael asintió con las primeras lágrimas en los ojos. Se encontraban frente a las ruinas de la casa, donde habían construido unas cabañas improvisadas para poder dormir bajo un techo decente. Era tal su fijación por encontrar a Aníbal que se había convencido de que aquella vida no era tan mala y de que podrían vivir así el tiempo que hiciera falta hasta que supieran qué había sido de él. Pero, en ese momento, después de que Bruto le comunicara su marcha, observó las tiendas con diferentes ojos: aquello no era un hogar; lo fue en su día, pero ya no era más que ruinas. No podía seguir así, tenía un hijo y debía pensar en lo mejor para él.

—¿Y los pájaros? —preguntó Jael como si no quisiera hablar más del asunto. La arboleda era una de las pocas cosas que se mantenía en pie, ajena al terremoto.

—Los he soltado esta mañana, y los demás se han ido por su cuenta. —Aquellas palabras habían aunado en torno a su significado el nuevo rumbo que alcanzaba sus vidas. Todo se había terminado.

Tres meses después del terremoto, Jael dejó la finca y, tras pasear una última vez por las calles de Valdivia con su hijo de la mano, fue al encuentro de sus padres en Santiago para volver a Alemania.

Capítulo Sesenta Y Uno

El comisario Hernández sentía como el tobillo se le iba hinchando poco a poco, incrementándose a la par que el dolor que experimentaba, aunque eso no era inconveniente para que pisara el acelerador con todas sus fuerzas. Estaba totalmente fuera de sí. Se sentía humillado por Jael, a quien estaba dispuesto a matar si no le decía de una vez dónde se encontraba el oro.

—Esto ha ido demasiado lejos —gritaba.

Se apoyó en el volante y se elevó del asiento para tratar de ver más allá. Había perdido demasiado tiempo tratando de salir de la tumba donde lo había empujado la anciana.

—Esa vieja va a pagar por todo esto, mamá, y por todo lo que te hicieron. Al fin vamos a recuperar el oro.

Al fin, tras unos segundos en los que creía que había perdido de vista el auto al que perseguía, lo localizó unos cientos de metros adelante.

—Ya las tengo. Llénenme hasta el oro —dijo el comisario con una sonrisa cruzando su rostro.

—¡Nos ha visto! —gritó Myriel, que estaba tan alterada que estuvo cerca de perder el control del auto. Las ruedas chirriaron sobre el asfalto y los otros vehículos que circulaban por la carretera tocaron la bocina ante la maniobra tan peligrosa.

—Mantén la calma —dijo Jael.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? ¡Ha intentado matarnos! —gritó Jeanne.

Jael gesticuló con las manos pidiendo tranquilidad.

—Porque el comisario se parece mucho a su padre. Lo he reconocido desde el primer momento, desde que lo vimos por primera vez.

—¿Y por qué no dijiste nada entonces?

—¿De qué habría servido? Ustedes ni siquiera sabían de la existencia de Rolf —aclaró Jael.

—Todo esto me supera —dijo Jeanne—. Es como una película o una pesadilla; sí, más bien es una maldita pesadilla.

Myriel, más atenta a la carretera y al comisario, miró al espejo retrovisor y volvió a entrar en pánico al ver el rostro desencajado de Hernández.

—¿A dónde vamos, abuela? No podré mantenerlo atrás mucho más.

Jael miró por la ventana y recordó el mapa que había visto en la tapa del ataúd, así como la frase que allí rezaba. Si lo había interpretado de manera correcta, pronto encontrarían el camino que tenían que tomar, debían ir cerca del lago Ranco. Sin embargo, las calles estaban oscuras y a Jael le preocupaba que la escasez de luz le impidiese encontrar el lugar. Había memorizado hasta

el último detalle, pero aun así estaba intranquila. La situación no daba pie a errores. Por suerte, el punto del mapa que señalaba el inicio del camino se encontraba a un par de kilómetros siguiendo esa misma carretera. Se trataba de un paso medio abandonado que estaba repleto de maleza y cuya entrada era señalada por dos enormes cipreses que protegían, como dos inmensos guardias, una pequeña estatua de un ángel con un niño en brazos. A los pies de esta, Jael pudo ver un montón de flores: alguien las había puesto allí.

—Es aquí. Este es el camino que debemos tomar —señaló Jael. Sus nietas miraron hacia el lugar sin mucha convicción.

—Parece muy estrecho.

Myriel aminoró la marcha y giró para tomar el sendero que le había indicado su abuela.

—Mira la estatua. Es como la de la escuela —gritó Jeanne. Todo parecía encajar poco a poco.

—¿A dónde vamos? —preguntó Myriel.

—Pronto lo sabremos —dijo Jael.

—Ese camino me da mala espina —añadió Jeanne, que sujetaba un cigarrillo apagado entre sus dedos.

—Tranquilízate, Jeanne —insistió su abuela.

—¿Que me tranquilice? Nos persigue un desquiciado que va por ahí desenterrando tumbas y disparándonos. Y ahora nosotras nos metemos por un camino oscuro en mitad de la nada. Aquí podrá hacernos lo que él quiera. ¿A quién se le ocurre? ¿Estará ahí Aníbal?

El auto, al dejar el suelo firme de la carretera y adentrarse en un camino de tierra bacheado, comenzó a bailar de un lado a otro. Las luces del vehículo del comisario iluminaban también parte del lugar y se reflejaban en las hojas, como si la propia luz emergiera de las fauces de un monstruo que se abalanzaba sobre ellas.

—Lo tenemos justo encima —dijo Myriel, que sudaba tratando de conducir a la máxima velocidad por aquel sendero angosto.

—Ya no hace falta que vayas tan deprisa. No podrás despistarlo —dijo Jael—. Los árboles le impiden ponerse a nuestra altura.

Myriel obedeció a su abuela y redujo la velocidad, intentando pasar por alto la presencia del comisario. Había mirado en un par de ocasiones por el espejo, ya había visto su rostro sonriente y desquiciado. El simple hecho de recordarlo le producía escalofríos.

Siguieron avanzando por el camino hasta que este se estrechó todavía más y giró de manera repentina en una curva cerrada que daba lugar a un llano libre de árboles donde había una casa antigua. En sus ventanas se atisbaba una luz amarillenta. O vivía alguien o se habían dejado las luces encendidas.

—Hemos llegado —dijo Jael, que parecía haberse quitado un peso de encima.

—¿A dónde hemos llegado? —preguntó Myriel, mirando histérica a su alrededor.

Pero no les dio tiempo a decir ni una palabra más cuando el comisario apareció junto al vehículo con la pistola en la mano, golpeando el cristal.

Capítulo Sesenta Y Dos

Myriel bajó el vidrio con cuidado y miró al comisario, que seguía con el arma en la mano.

—Vaya, vaya. ¿Van a hospedarse aquí? —dijo el comisario—. ¡Bájense de inmediato! ¡Ahora!

Las tres mujeres obedecieron, pero justo en ese momento se abrió la puerta de la casa. Un hombre mayor, sin ningún gesto de perturbación por la escena que se estaba desarrollando frente a su casa, cruzó el umbral y se detuvo con los brazos en jarra.

—Buenas noches —dijo el hombre.

El comisario, desconcertado, dio un paso hacia atrás y le apuntó con el arma, aunque segundos después la mira volvía a centrarse en las mujeres. Jael miraba a aquel hombre totalmente abstraída del resto de la realidad. Miró después a su alrededor y comprobó que cerca de la casa, colgando de las ramas de los árboles, había un gran número de casitas de pájaros.

—¿Quién es usted? Identifíquese ante un agente de la ley —gritó el comisario.

El anciano, que parecía no haber escuchado nada, dio un paso hacia delante con la mirada fija en Jael y sonrió con complicidad.

—¡Maldita sea! —gritó el comisario. Después, apuntó al cielo y disparó el arma, provocando que todos lo miraran con más respeto. El eco del disparo se perdió en el silencio de la noche—. Le he preguntado quién es.

Todos pudieron observar mejor al hombre después de que este se acercara. Era mucho más alto de lo que parecía en un primer momento, aunque su espalda estaba un poco encorvada por la edad. Sus manos las mantenía apoyadas en la parte baja de su espalda, luciendo una postura que transmitía tranquilidad.

—Por estas tierras me conocen como Bruto o Bruno.

El comisario frunció el ceño y miró con auténtico odio a aquel hombre. Jael, mientras tanto, no pudo evitar dibujar una sonrisa en sus labios. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vio.

—Se me está acabando la paciencia —amenazó Hernández—. ¿Qué clase de nombre es ese? Bruto no se alteró ni un ápice.

—Lamento que no le guste.

Jeanne y Myriel miraban fascinadas a aquel hombre. Todo lo que les había contado su abuela se estaba haciendo realidad. El comisario, mientras tanto, afinaba los ojos y procuraba averiguar quién era esa persona de la que no había tenido noticia hasta ese momento.

—¿A qué se debe esta visita? —preguntó Bruto.

El comisario quiso recuperar la iniciativa.

—¿Conoce a esta mujer? —preguntó señalando hacia Jael. Esta le hizo un gesto a Bruto.

—¿De qué serviría mentirle, comisario?

—¡Limítese a responder!

—La conozco.

Hernández se relamió los labios reseco.

—¿Y conoce a un tal Román Morales?

Bruto arqueó las cejas, reflexivo.

—Lo conocí en su día, señor, pero, si no recuerdo mal, ese hombre falleció en un incendio, ¿no es así?

La afirmación de Bruto desconcertó al comisario, que estaba cada vez más alterado.

—Quizás venga buscando a otra persona. ¿Aníbal Valjean, quizás? —preguntó Bruto.

Los ojos del comisario se abrieron de par en par. En un arrebato, avanzó hacia Bruto y le apuntó con el arma a escasos centímetros de su rostro.

—¿Dónde está Aníbal Valjean?

Bruto, con pasmosa tranquilidad, despreciando el arma, clavó sus ojos en Hernández.

—Puedo llevarlos hasta él, pero tendrá que bajar el arma. Como puede observar, soy un anciano. La amenaza de morir resulta para mí tan solo un aceleramiento de un final que visualizo cada día con más nitidez en mi horizonte.

Jael lo observó, sorprendida por sus palabras. Bruto había cambiado mucho e intuyó que ese cambio no podía haber sido promovido por otro que Aníbal. Resignado, el comisario bajó el arma.

—Llévenos de inmediato hasta ese hombre.

Bruto asintió en silencio, se giró y comenzó a caminar en dirección a un tímido sendero que se adentraba en el bosque que conducía al lago. El comisario y las tres mujeres lo siguieron.

—¿A dónde vamos? —preguntó Jeanne.

—Tranquila —respondió Jael.

—¡Silencio! —gritó el comisario.

La oscuridad de la noche les hizo avanzar con lentitud, pero, al cabo de unos minutos, llegaron a una pequeña explanada que bordeaba el lago, donde lo primero que vislumbraron fue una lápida de piedra rodeada de flores. Jael se estremeció.

—No quiero más acertijos —dijo de repente el comisario, que avanzaba con dificultad a causa del dolor de su tobillo.

—¿Cómo dice? —preguntó Bruto sin dejar de caminar.

—¿Quién está enterrado ahí? —preguntó.

—Han venido buscando a Aníbal Valjean, ¿me equivoco?

Aquellas palabras terminaron de arrasar con las emociones de los allí presentes.

—¿Falleció? —preguntó Jael con temor a la respuesta.

Bruto, todavía sin detenerse, dijo:

—La impaciencia es contagiosa por lo que veo.

No comprendían nada, pero poco a poco fueron dejando atrás la lápida hasta llegar a una valla que cercaba un terreno en el que había varias vacas pastando, así como un caballo. En cuanto llegaron, un par de perros surgieron de la oscuridad, ladrando como locos.

—¡Silencio! ¡Soy yo! ¿Es que están ciegos? —gritó Bruto.

Los perros respondieron a una voz conocida, se calmaron y se acercaron meneando el rabo de un lado a otro. Más allá de la valla, había una pequeña casa. En ese instante, una luz iluminó una de las ventanas.

—Hoy se ha ido a dormir pronto. Así es la vida; siempre a contratiempo de nuestros planes —dijo Bruto abriendo la reja—. No se preocupen por nuestros amigos, son tan mansos como las

vacas.

Mientras avanzaban hacia la casa, de la que les separaban unos cien metros, más ventanas fueron iluminándose hasta que, finalmente, se abrió la puerta y un hombre, también mayor, atravesó el umbral y se detuvo.

—¡No se mueva! —gritó el comisario, avanzando con la pistola en alto—. ¿Quién es usted?

—¿Qué es esto, Bruto? —preguntó el hombre, cuyos rasgos ocultaba la oscuridad de la noche. Jael rompió a llorar en cuanto escuchó la voz.

—Tienes visita, Aníbal.

Fue entonces cuando el hombre avanzó un par de pasos y dejó ver su rostro. Sus ojos oscuros se centraron de inmediato en Jael.

—¿Quién eres? —preguntó el comisario.

—¿A quién busca? —respondió el anciano.

—Me estoy cansando de todo esto —gritó el comisario.

El hombre, al que Bruto había llamado Aníbal, avanzó hacia ellos.

—He tenido varios nombres a lo largo de mi vida, por eso le pregunto.

—¿Qué estupidez es esa? —dijo el comisario.

—Algunos me conocen por Aníbal Valjean, pero hubo un tiempo en que me conocían por Román... Román Morales.

Capítulo Sesenta Y Tres

Myriel y Jeanne no podían dar crédito a que ese anciano fuera el hombre del que Jael tanto les había hablado. En cambio, su abuela no estaba tan sorprendida como emocionada y la sonrisa de un primer momento se le había convertido en lágrimas que expresaban un sinfín de sentimientos. El comisario, por su parte, se limitaba a sostener el arma y negar con la cabeza, como si no creyera nada de lo que estaba ocurriendo.

—Tú estabas muerto. Falleciste en ese incendio en la prisión —dijo al cabo de unos segundos.

Román arqueó las cejas y asintió.

—En parte —contestó.

—Tú mataste a mi padre —dijo el comisario rechinando los dientes.

Román supuso que ese hombre sería algún hijo no reconocido por Rolf. Por la vida que llevaba el hermano de Jael, no era ningún disparate. Lo que le sorprendió fue el vivo rencor que albergaba el comisario después de tantos años.

—Yo no maté a Rolf —contestó Román tranquilo.

El comisario lo miró con rabia, pero supo controlarse. Si ese hombre era quien decía ser, él sabría dónde se encontraba el oro. Más tarde tendría tiempo para ajustar cuentas: lo primero era recuperar lo que era suyo por derecho.

—Ya hablaremos después de eso. ¿Dónde se encuentra el oro?

Román miró a Jael y ambos asintieron. Bruto también lo miró como si esperara alguna orden.

—Si eso es lo que quiere, puede llevárselo. —Al escuchar estas palabras de Román, Bruto se relajó e introdujo las manos en los bolsillos.

—¿Dónde está? —insistió.

—Está enterrado en ese cerro de ahí.

El comisario, incrédulo ante la facilidad con la que había conseguido la información, encaró a Román.

—No intente jugar conmigo. Se lo advierto —dijo, poniéndole el arma a escasos centímetros de su rostro.

—Compruébelo usted mismo —dijo el anciano indicándole con la cabeza hacia el cerro. Este estaba cubierto por matorrales y algunos árboles.

El comisario, sin tenerlas todas consigo, se giró y miró hacia aquella elevación de tierra, una masa negruzca en la oscuridad de la noche. O el oro se encontraba allí o estaban intentando engañarle. Pero no lo pondría tan fácil. Sin que nadie lo esperara y arrastrando su cojera, se acercó a Jeanne y la cogió del cuello bruscamente. Jael intentó impedirselo, pero, de nuevo, la pistola se interpuso entre ellos. Bruto intentó contenerla.

—¡Quietos! Ella se vendrá conmigo. Si veo cualquier cosa extraña, le pego un tiro.

¿Entendido?

Los demás asintieron en silencio. Jael miró de nuevo a Román como si le pidiera explicaciones con la mirada. Era la vida de su nieta la que estaba en juego.

La oscuridad homogeneizaba el paisaje. El comisario y Jeanne habían ascendido por el cerro siguiendo las indicaciones de Román, que tenía que esforzarse para distinguirlos entre los matorrales. Jael y Myriel, juntas de la mano, esperaban acontecimientos.

—Ahí debería haber una piedra de tamaño considerable que está suelta, apoyada en otras de menor tamaño. Bajo esa piedra está el oro que busca —gritó Román. Bruto asintió para confirmar sus palabras.

Hernández no le contestó, sino que se concentró en palpar la roca a la que se refería el anciano. Jeanne, mientras tanto, esperaba frente a él sin querer respirar siquiera.

—¿Qué haces ahí parada, estúpida? Ayúdame —dijo el comisario.

Jeanne obedeció y se agachó para ayudarle a levantar la roca. No era excesivamente pesada, pero el tobillo maltrecho del comisario le impedía hacer toda la fuerza que requería, además de que no soltaba la pistola en ningún momento.

—¡Vamos! ¡Una, dos y tres! —dijo el comisario. Acompasaron sus fuerzas y pudieron desplazar la roca hasta que esta se precipitó por la ladera. Cuando se despejó el polvo, el comisario vislumbró una bolsa de tela cubierta de tierra, que se encontraba semienterrada. Quiso cogerla, pero se sorprendió en un primer momento de lo pesada que era. Apartó un poco la tierra apelmazada que la cubría y volvió a intentarlo. Esta vez pudo sacarla sin mayores problemas.

En sus manos, la bolsa continuaba siendo pesada. Estaba llena de pequeñas piezas sólidas que a simple vista parecían piedras corrientes. El comisario introdujo la mano y extrajo una de ellas, que alzó al cielo para que la luz de la luna la alumbrara. El brillo despejó todas sus dudas.

—Después de tanto tiempo... —susurró.

Jeanne, que temía cuál podía ser su siguiente reacción, agarró una piedra con la mano y esperó acontecimientos. Que el comisario tuviera en sus manos su ansiado oro no significaba que los demás estuvieran a salvo.

—Eso es lo que estabas buscando, ¿verdad? —gritó Román—. Ya lo tienes.

El comisario, ensimismado con su botín, se giró lentamente hacia el anciano. Después, sin abrir la boca, le hizo un gesto a Jeanne para que se marchara de allí.

—Juré a mi madre que encontraría el oro. Han pasado muchos años, pero he cumplido.

Jeanne llegó corriendo a donde se encontraba Jael con su hermana y las tres se fundieron en un tenso abrazo. Mientras tanto, el comisario descendió el cerro despacio, sin quitar sus ojos de las piezas de oro que tenía en sus manos. Cuando llegó de nuevo a la explanada, levantó la pistola y apuntó a Román. Bruto se alarmó, pero no podía hacer nada.

—Debería matarte para vengar todo el daño que sufrió mi madre.

Román, con los brazos levantados, mantuvo la calma.

—Yo no asesiné a Rolf ni tuve noticia jamás de que esperara un hijo. Si me disparas, solo complicarás más las cosas. Tienes en tu poder eso que tanto ansiabas, no hagas nada que pueda hacer que lo pierdas.

Aquellas palabras desconcertaron al comisario. Tenía suficiente experiencia como para saber cuándo alguien mentía o cuándo decía la verdad. Había recuperado el oro, ¿qué sentido tenía disparar a aquel hombre y meterse en más problemas? Era rico, inmensamente rico.

—Puede que sea tu día de suerte, después de todo. —Dicho esto, el comisario miró a las mujeres y después de nuevo a Román para dejar claro que lo que decía incumbía a todos los presentes—. Ahora, voy a dejarlos en paz. Voy a marcharme y no volverán a tener noticias mías.

No intenten seguirme ni avisar a las autoridades porque, si no, juro emplear el tiempo que me quede en amargarles la existencia. ¿Entendido?

Nadie contestó. El comisario se dirigió a su auto, puso el oro en el asiento del copiloto y se marchó a toda velocidad.

Capítulo Sesenta Y Cuatro

Cuando las luces del auto del comisario se perdieron en la oscuridad del camino, las tres mujeres se fundieron en un abrazo casi histérico, llorando y liberándose de toda la tensión acumulada de los últimos días.

—Ya ha pasado todo. Ya ha pasado —decía Jael.

Una vez se tranquilizaron, se fijaron en Román y Bruto. Ambos formaban un dúo peculiar. Bruto las observaba feliz con las manos en los bolsillos, mientras que Román mantenía una sincera sonrisa en sus labios. No parecía tratarse de un hombre que acababa de perder una gran cantidad de oro.

—Román... —dijo Jael.

—Jael... Sabía que volveríamos a vernos. De algún modo lo sabía.

Ambos se acercaron lentamente hasta que el ímpetu del reencuentro les hizo correr para abrazarse de nuevo. Sus nietas fueron testigos de cómo el amor revitalizaba ambos cuerpos, que parecían haber rejuvenecido quince o veinte años. Las lágrimas de alegría bañaron las mejillas de los ancianos.

Myriel y Jeanne, también emocionadas, observaron la escena con ternura, incrédulas ante la idea de que ese hombre fuera Aníbal Valjean: su abuelo. El mismo hombre que dio clases junto con su abuela y el mismo que construyó esa gran escuela donde encontraron la caja. Les resultaba difícil concentrar toda esa información en torno a una sola persona. Por otro lado, también estaba Bruto, del que habían escuchado tanto que creían conocerlo de toda la vida.

—¿Cómo estás? —preguntó Román.

—Estoy... estupendamente. ¿Y tú?

—Ahora creo que estoy en el cielo —contestó Román sin desprenderse de su sonrisa.

Después de la emoción del reencuentro, Jael abrazó a Bruto, al que también le guardaba un cariño infinito. Mientras tanto, Román se acercó a las jóvenes y se presentó, ajeno a todo lo que sabían ya de él.

Habían pasado cincuenta años desde la última vez que se vieron Jael y Román, pero todo ese tiempo parecía ahora un suspiro en comparación con la emoción que sentían de tenerse de nuevo frente a sus ojos. Los recuerdos afloraban como si hubieran estado esperando el momento idóneo para salir a la luz.

—Tenemos muchas cosas que contarnos —dijo Jael. Román respondió que sí, pero en ese instante ladeó su cabeza y miró hacia las dos jóvenes que los observaban. Le resultaban familiares de alguna manera.

—¿Son...? —Fue todo lo que pudo decir antes de que las lágrimas cercaran su garganta. Jael asintió con orgullo.

—Son tus nietas, Román.

Una mueca atravesó su rostro antes de que cayera en un llanto irrefrenable. Tal era así que fueron Jeanne y Myriel las que se acercaron a él y trataron de consolarlo.

—Entonces, ¿nuestro hijo también está vivo? —preguntó cuando se hubo calmado.

Jael apretó sus labios. En ese momento, fue consciente de que el último recuerdo que tenía Román de su hijo era cuando todavía era un niño pequeño —allá por 1960— que se entretenía jugando con las piedras en el porche o corriendo por el jardín. Para Román, su hijo continuaba siendo aquella criatura inocente, ya que no pudo ver el hombre en el que se convirtió. Darle la noticia de su muerte fue como si Jael reviviera de nuevo aquellos momentos.

—Falleció hace años. En un accidente de tráfico.

Román bajó el rostro y se quedó pensando durante unos segundos. Después, miró a sus nietas y sonrió con un destello de melancolía.

—Tenemos mucho que hablar. Será mejor que entremos.

La casa en el interior era igual de humilde que en el exterior. Las vigas de madera quedaban al descubierto y de ellas colgaban algunos apeos de labranza y cestas repletas de frutos secos. La cocina y el salón formaban parte de la misma estancia, mientras que el dormitorio ocupaba la primera planta y se llegaba hasta allí tan solo con subir un par de peldaños. Incluso podía verse la esquina de la cama desde abajo. Pero la apariencia de la casa se asemejaba más a una pequeña biblioteca, con libros en cada una de sus paredes o amontonados en varias de las esquinas. Aun así, las tres mujeres experimentaron una sensación de calidez y acogimiento que consideraron muy agradable y que agradecieron después de varios días complicados.

—Siéntense donde puedan. No estamos acostumbrado a las visitas —dijo Román procurando poner un poco de orden, ayudado por Bruto. Jael le dijo que no se preocupara, aunque insistieron en recoger un poco. Jeanne y Myriel, libres de toda tensión, observaron con curiosidad cada rincón de la casa.

—Hay algo que no entiendo —dijo Jeanne, cuya personalidad socarrona estaba volviendo a su cauce—. Si todavía tenía el oro, y no quiero ofenderlo, ¿por qué viven aquí? Quiero decir, estoy segura de que podrían vivir en una casa mucho más grande, quizás hasta con empleados.

Román, Bruto y Jael se miraron con complicidad.

—No me hables de usted. Soy tu abuelo después de todo —dijo Román.

Jeanne se puso la mano en la frente como si acabara de recordar ese pequeño detalle.

—Verás, hija, si vivimos aquí, es para asegurarnos de que nadie encontrara ese oro.

La respuesta sorprendió a las jóvenes.

—¿Y eso por qué? —preguntó Myriel.

—¿Hasta dónde les has contado, Jael? —dijo el anciano mientras atizaba la lumbre de la chimenea. No hacía mucho frío, pero se agradecía el ambiente cálido.

—Hasta donde yo sé, Román. ¿Recuerdas cuándo fue la última vez que nos vimos?

La mirada de Román se perdió en el vacío. Las jóvenes parecían asistir a un partido de tenis, atentas a cada intercambio de palabras.

—Cómo olvidarlo. Mayo de 1960. El día del terremoto.

—El maldito terremoto... —susurró Bruto.

—Así es. No volví a saber de ti. Te esperé durante meses... —dijo Jael. Su tono se había vuelto profundo y el brillo de sus ojos retornó. Román asintió con pesar y suspiró.

—Aníbal Valjean murió en el terremoto...

Capítulo Sesenta Y Cinco

*T*odavía recuerdo a mi madre y a mi hermano. Paseábamos por el centro de Valdivia. Ellos tenían esa costumbre. Solían ir una vez cada dos semanas, se compraban algo, comían en un buen restaurante y regresaban a casa por la tarde. Si los acompañé ese día fue por la discusión que tuvimos el día anterior, necesitaba aclarar mis ideas. La aparición de tus padres en la finca nos había preocupado mucho. Desde que huyera de la prisión, habíamos pasado inadvertidos, viviendo una vida tranquila alejada de nuestro pasado. Tus padres amenazaban todo lo que habíamos construido. No sé si estábamos en lo correcto, no voy a retomar la discusión cincuenta años después, pero era lo que pensábamos.

Como les decía, estábamos paseando, creo que nos dirigíamos al restaurante cuando, de repente, todo comenzó a temblar y a desmoronarse. Fue como si un monstruo se alzara, arrasando con todo. Y, de pronto, la oscuridad total. Desperté varias horas después. Recuerdo abrir los ojos y verme rodeado de escombros.

Fue extraño. No sabía lo que había ocurrido ni podía pensar en otra cosa que no fuera salir de allí. Vi un par de cuerpos inertes a mi lado, pero no les presté atención —no los reconocí— y me alejé asustado. Simplemente tenía constancia de estar vivo, el resto era inexistente: no recordaba nada. Era como si hubiera nacido en ese momento.

«Camina», me dije, «tú solo camina». ¿A dónde me dirigía? No tenía la menor idea. A mi alrededor todo era destrucción y caos. Si alguien en ese momento me hubiera dicho que me encontraba en medio de una batalla, me lo habría creído. Así pasé los días siguientes, vagando sin más. Dejé atrás Valdivia y seguí una carretera hacia el sur. Por entonces, escuchando a uno y a otro, supe que había habido un terremoto y que se necesitaba ayuda por todos lados. Fue lo que hice. Cargué con heridos, despejé carreteras y ayudé a reconstruir algunas casas. Seguía sin saber nada de mí, permanecía en un estado de trance perpetuo. Comía y bebía de lo que me daban sin detenerme en ningún lugar.

No detuve mi marcha hasta llegar a Los Pinos. Estaba exhausto. Había pasado semanas vagando de un lado a otro, comiendo únicamente lo que me ofrecían y desgastando mi cuerpo en ayudar a todo el que pudiera. Pero, al llegar al pueblo, algo despertó en mí, como si se hubiera encendido la primera bombilla de un teatro a oscuras.

Recuperé algunas nociones básicas. Entendí que necesitaba descansar y ganar algo de dinero para subsistir. No tenía nada en los bolsillos, así que me ofrecí a distintos oficios del pueblo, hasta que un carpintero, saturado con las tareas de reconstrucción, se ofreció a darme trabajo a cambio de unos pocos pesos y un plato de comida caliente. Además, me dejaba dormir en su taller. Recuerdo que constantemente me hacía preguntas de mi pasado, no se creía que yo no recordara nada. No obstante, su labor no era inútil: después de decenas de preguntas, fueron prendiéndose más bombillas en mi cabeza, iluminando la oscuridad de mis recuerdos. A lo largo

de las siguientes semanas, recuperé la conciencia de que parte de mi vida la había pasado entre Valdivia y Osorno, pero solo eso. Los recuerdos iban fluyendo gota a gota.

Días después, mientras trabajaba en el taller, experimenté una tristeza indescriptible. Tanto que comencé a llorar sin motivo. A partir de ese día, ese sentimiento de angustia se mantuvo. Era como si un peso enorme me aprisionara el pecho y no me dejase respirar. Pero no sabía esclarecer el motivo.

Sé que es difícil de comprender, pero simplemente desconocía lo que era incapaz de recordar. Mi antigua vida, tú, mi familia, mi hijo, Bruto... En esos días no existían para mí. No era que intuyese el hecho de que era incapaz de recordar algo, sino que simplemente no creía que hubiera nada más.

Pero la tristeza persistió. Era un dolor que crecía en mi interior y que cada vez me resultaba más difícil dejar de lado. Hasta que un día las luces se encendieron de golpe. Lo primero que se me vino a la cabeza fueron los cuerpos inertes que vi después del terremoto, cuando recuperé la conciencia: eran mi madre y mi hermano. Sin embargo, el duelo duró poco, pues enseguida me acordé de ti, Jael, y de nuestro hijo.

No hay palabras en este mundo para describir la angustia que experimenté en ese momento. Mentiría si les dijera que deseé no haber recuperado la memoria, pero al menos comprendí el motivo de mi tristeza. Una parte de mí era consciente de la terrible realidad y reaccionaba en consecuencia. Tuve el absurdo consuelo de que no había perdido la cabeza.

Gasté todo el dinero que había ahorrado trabajando durante meses y regresé a Valdivia, pero no encontré nada. La finca ya no existía, no era más que un montón de escombros que estaban siendo devorados por la vegetación. Pregunté por ti, pero muchos de nuestros vecinos habían fallecido y otros no sabían nada. Lo poco que pude saber era que la finca pasaría a ser propiedad estatal ante la ausencia de herederos. Yo no podía reclamarla, mi madre, que figuraba como dueña, y mi hermano habían muerto, y yo Román Morales, había fallecido en un incendio. No había nada que hacer, pues Aníbal Valjean no era nadie, burocráticamente hablando. Lo había perdido todo.

Entonces, recordé el depósito bancario donde había ocultado el oro, así como una parte de los beneficios de la finca. Nadie tenía constancia de ellos. Siempre pensé que podía ocurrir algo y lo último que quería era dejar a mi familia sin nada. El problema fue que no preví una hecatombe como la del terremoto. Si tú hubieras tenido conocimiento del depósito, todo habría sido muy diferente.

El depósito no estaba a nombre de nadie en concreto. Era una cuenta para clientes especiales que podían permitirse tal grado de discreción —a cambio de una generosa contribución—. La única manera de tener acceso al depósito era entregando un papel con la contraseña al propio director de la sucursal, sin ningún error, ya que si no la cuenta quedaría bloqueada durante los próximos seis meses, momento en el que podría volver a intentar acceder al depósito. La contraseña, por supuesto, era un fragmento de Los Miserables. Imagino que saben el porqué.

Recuperé el oro, el dinero y el anillo que tanto años atrás te había comprado... el que nunca quise entregarte porque creía que era muy modesto.

Luego de eso, lo primero que hice fue buscarte. Fui a Santiago y a Osorno, pero finalmente nunca encontré ningún rastro de ti o de nuestro hijo, y tampoco podía insistir a las autoridades porque yo, legalmente, no existía.

La única información que tuve fue que tus padres se habían ido y que se deshicieron de todo y que Schneider había muerto, por lo que asumí que ustedes habían sido víctimas del terremoto.

Con el dinero que tenía, comencé a pensar qué podía hacer, y yo no me veía con fuerzas para meterme de nuevo en el mundo de los negocios. Mi vocación era la enseñanza. Yo no era más que un profesor que se había visto obligado a sobrevivir y, además, Jael también lo era, por lo que no se me ocurrió mejor manera de honrarla que haciendo realidad el sueño que teníamos cuando éramos jóvenes y nuestras vidas no eran tan complicadas.

Decidí no irme muy lejos de Valdivia —mantenía la esperanza de reencontrarme con Jael, una parte de mí supo que seguía con vida— y adquirí una propiedad a las afueras para construir una gran escuela que permitiera que cualquier niño pudiera acceder a educarse, sin importar su condición económica, religión o raza. Todas las ideas que Jael y yo habíamos compartido durante años las hice realidad, y cuando estuvo construida, puedo asegurarles que hasta los mejores colegios nos envidiaban. Por suerte, apenas tuve que utilizar el oro para financiar la construcción. También mandé elaborar la fuente, que yo mismo diseñé, en honor a Jael y de mi hijo. Durante muchos años aquel fue un lugar idílico. Puedo decir que cambiamos la vida de muchos jóvenes que pasaron por allí y que hoy en día son personas de bien. Si no hubieran tenido esa oportunidad, no estoy seguro de que lo hubieran conseguido.

¿Qué ocurrió, entonces, para que me marchara de repente? Esa es la pregunta de la que estarán deseando conocer la respuesta, ¿no es así?

Sí, había conseguido alejarme del intenso dolor de la pérdida que había sufrido, había volcado todas mis energías en la escuela y estaba dispuesto a que esa fuera mi ocupación para el resto de mis días. Sin embargo, si algo hemos aprendido de esta historia es que la vida nos tiene preparadas muchas sorpresas; a veces demasiadas, en mi opinión.

El oro que saqué del depósito lo escondí en una oficina cerrada de la escuela, mandé a instalar una caja fuerte en una de las paredes; concretamente, en una de las más gruesas, que eran las que daban al exterior del edificio. Allí estaría seguro y no tendría que preocuparme por él. O eso creía yo, porque el destino no se había cansado de jugar conmigo.

Años después de inaugurar la escuela, ocurrió un desgraciado accidente, aunque pudo ser mucho peor: esa pared donde guardé el oro, sólida como el cemento, se derrumbó sin más. Tuvimos suerte de que ningún niño saliera herido de gravedad, aunque varias clases se vieron afectadas. Afortunadamente, las piezas de oro estaban en el interior de la caja fuerte y pasaron desapercibidas para todos. Esa misma noche recogí el oro y lo llevé hasta mi despacho. Recuerdo que no pugué ojo, pero antes del amanecer ya sabía lo que tenía que hacer.

El oro atraía el infortunio, de alguna manera, a todos los que se acercaban a él. Rolf fue el primero que lo sufrió; después yo, que me vi acusado de su propio asesinato. Pero una parte del oro pasó a manos de los amigos de Rolf y fueron estos los que pagaron las consecuencias: todos cayeron en desgracia. El director de la prisión, al que sobornamos con ese mismo oro, falleció de un infarto la noche en la que nos fuimos. Luego el terremoto. Estando sentado en el despacho de la escuela me di cuenta de todo esto. Tan solo tenía que repasar mi vida para ver la mala suerte que el oro arrastraba consigo. ¿Tuvo que ver el oro con el derrumbe la pared? No puedo garantizarlo, pero el arquitecto que contraté para que comprobara la estructura del edificio me confirmó que las paredes eran sólidas y no había riesgo alguno de derrumbe.

Mi papel en la escuela había concluido y mi obligación a partir de entonces debía ser la de asegurarme que nadie más sufriera las consecuencias del oro. En los días siguientes, establecí una ruta y un destino: este pequeño terreno donde nos encontramos, apartado del resto del mundo, a las orillas del lago que tanto me gusta y el pueblo más cercano está a unos diez kilómetros.

Cuando ya lo tenía todo previsto, escribí tres cartas. Una la dejé sobre la mesa de mi

despacho, dejando las directrices para el buen funcionamiento de la escuela; la otra es la que introduje en una caja que oculté bajo la fuente de Jael. Pensé que si alguien encontraba la caja, la relacionaría con la fuente, aunque tampoco podía dejar un reguero de pistas demasiado evidente. Supongo que exageré un poco, pero creo que hice lo correcto. La tercera carta se la envié a Lucía, quien aún vivía en Osorno y era la única persona en común que teníamos. Con ella hablé cuando fui a buscarte, pero ella tampoco tenía noticias tuyas. Sin embargo, en ese momento le pude explicar todo lo sucedido y me pidió disculpas por haber testificado en mi contra. No se me ocurrió de alguien mejor que ella para guardar esa carta que revelaba toda la información para que encontraras la caja dentro de la estatua de la fuente. Pasaron los años y nunca llegaste, por lo que nuevamente intenté convencerme de que estabas muerta.

Antes de venir a este lugar, también dejé pagado mi propio funeral en Los Pinos, puesto que allí tenía varios conocidos de mi época como ayudante del carpintero, y utilicé un ataúd para dibujar el mapa para llegar a este lugar. Después, me olvidé de mi pasado, pues: “No hay mejor carcelero que uno mismo”.

Sobreviví gracias a mi huerto y por lo poco que ganaba enseñando a leer y a escribir a los niños de los campesinos.

El oro lo enterré en el cerro y ahí estuvo hasta que ha aparecido ese comisario.

Capítulo Sesenta Y Seis

Jael, Myriel y Jeanne observaban a Román boquiabiertas. La historia que les había contado era estremecedora. La emoción de sus palabras y lo extraño de todo lo sucedido, hicieron que no lo interrumpieran ni una vez hasta ese momento, que Jael se percató de la presencia de Bruto en el lugar.

—Pero, Bruto, ¿cómo encontraste tú a Aníbal? La última vez que te vi te marchabas con tu familia al norte, a trabajar en una fábrica.

Bruto miró Jael y después bajó la mirada hasta el suelo.

—La vida tiene sus propios planes, y creo que lo del oro me alcanzó a mí también —dijo con pesar—. Allá por el año 1970, Adela, mi esposa, enfermó gravemente. Pasó sus últimos días encamada con fiebre alta. Los médicos no pudieron hacer nada por ella. Nos quedamos mi hija y yo, pero entonces fue ella la que enfermó. Diría que fue una enfermedad similar, porque su padecimiento fue parecido al de su madre. La enterré a las pocas semanas. Fui el siguiente en enfermar. Estaba dichoso y no hice nada por curarme, deseaba morirme. Pero Dios tenía otros planes para mí. Superé la enfermedad y me quedé solo. No tenía nada que hacer en el norte del país, así que vagué durante meses de un lado a otro, buscándome la vida, hasta que un día se me ocurrió regresar a Valdivia. Entonces, escuché lo de una escuela construida por un tal Aníbal Valjean y aparecí allí.

»En el lugar me dijeron que se había ido, que nadie sabía su paradero. Sin embargo, esa noticia me llenó de alegría, pues al menos sabía que mi amigo estaba vivo. Comencé a buscarlo y no podía dar con él, hasta que un día recordé una conversación que tuvimos, en la que me contó que le gustaría terminar sus días a la orilla del lago Ranco, ese lugar que tanta paz le daba. Ahí comprendí esa frase del libro que tanto les gustaba: *“Todas las situaciones críticas tienen un relámpago que nos ciega o nos ilumina”*. Y yo estaba iluminado —dijo Bruto—. Con eso en mente, me aventuré a bordear el lago y buscar en cada casa que encontraba hasta que di con él. Cuando nos vimos, no lo podíamos creer; ya no estaríamos nunca más solos.

Las tres no supieron reaccionar a la desgarradora historia que acababan de escuchar, aunque Jael empatizó con él y le dio un fuerte abrazo.

—¿Pero tú le dijiste que yo no había muerto en el terremoto, que lo busqué por meses? —preguntó Jael a Bruto.

—Sí, se lo dije. Pero recuerda que yo nunca supe qué fue de ustedes. Cuando nos fuimos, tú y Víctor aún estaban en la finca.

—Jael, volvimos cada cierto tiempo a ver la finca, pero nunca hubo rastro de ustedes. Al menos sabía que no habían muerto en el terremoto, pero después de eso desaparecieron —dijo Román.

—Estuve buscándote durante meses pero ni tú ni yo figurábamos en los documentos, así que

no tenía manera de acceder a la propiedad ni a las cuentas bancarias —dijo Jael sorprendida por los acontecimientos—. No tenía con qué subsistir, por lo que acabé por irme con mis padres a Alemania. Mi padre me escribió una carta donde dejó claro que sus negocios con los tractores y el contrabando eran cosa del pasado. El señor Schneider falleció en el terremoto, así que supongo que el negocio de mi padre se vio muy afectado. Por lo que decidimos marcharnos.

»Compramos una casa en Berlín y yo comencé a trabajar en la biblioteca municipal. Mi padre abrió una pequeña oficina y se dedicó a la contabilidad. Todo legal —contó Jael, algo dudosa de seguir con el relato—. Luego de unos años, conocí a Anton, quien fue un gran amigo y compañero. Me casé con él; fue la figura paterna que tuvo nuestro hijo y es el abuelo que las niñas conocieron —finalizó, mirando a Román con cara de tristeza.

—No me mires así —dijo Román tomándole las manos—. Me alegro de que mi hijo tuviera una vida feliz, me alegro de que hayan tenido un buen hombre a su lado.

—Así es. Anton Meyer —continuó Jael—, era la bondad personificada y llegué a quererlo más de lo que creía que sería capaz. Falleció hace unos años también. Le costó mucho superar la muerte de Víctor y quiso con locura a sus nietas. Pero, en lo que concierne a nuestro hijo, creció y vivió feliz, Román.

Este asintió apretando sus labios.

—Yo tampoco me he olvidado de él. Mi pequeño... en ocasiones me creo que va a aparecer corriendo con un cochecito de juguete la mano. ¿Lo recuerdas, Jael?

Esta asintió, también emocionada. En ese momento, fue consciente de lo mucho que debió sufrir Román sin saber nada de su hijo.

—Quédate con ese recuerdo, Román; mantenlo vivo en tu corazón y te acompañará siempre.

Román contestó que así haría, después miró a sus nietas y sintió la repentina alegría de reconocer en sus gestos algunos de su hijo. Ellas eran su familia. Le costaba asimilarlo.

Jeanne y Myriel no sabían si era oportuno hablar, pues entendían que lo que su abuela contaba era duro para Roman, pues se perdió toda la vida de su hijo y sus nietas. Sin embargo, estaban de acuerdo en que Anton fue un gran hombre y mejor abuelo.

—¿Por qué le has dejado llevarse el oro? —preguntó Jeanne, intentando cambiar el tema que los tenía incómodos—. Según lo que nos has contado, el oro es peligroso.

—No estaba dispuesto a morir ni a poner a nadie en peligro. Además, creo que ya hemos cumplido nuestra labor después de tantos años. Nuestra función era que nadie se encontrara por casualidad con él y se sumiera en la desgracia. Pero ese hombre lo tenía muy claro. No sé lo que sabrá y lo que no, pero pagará las consecuencias, al igual que lo hicimos todos.

Jael se secó las últimas lágrimas. Bruto asintió en silencio.

—Es hijo de Rolf —aclaró Jael.

—Parece increíble quién resultó ser ese hombre —dijo Román.

—El comisario Hernández, trabaja en la policía. Quién lo iba a decir, hijo de mi hermano Rolf.

El anciano se quedó reflexionando unos segundos, analizando los rasgos del agente y comparándolos con los del hermano de Jael. Era cierto.

—Dios santo. ¿Y desde cuándo las está persiguiendo? —preguntó Román volviendo a la conversación.

—Fue él quien nos avisó de que habían encontrado una caja dedicada a Jael Schülz. Debíó reconocer el apellido y pensó que así podría llegar al oro. Por lo que nos ha dicho, Rolf prometió cuidar de su madre después de tener noticia de su embarazo. Puede que fuera cierto, tú y yo sabemos cómo era Rolf, pero no le dio tiempo. La madre intentó hablar con mis padres, pero

estos no le creyeron y la pobre tuvo que marcharse y ganarse la vida como pudo. La tristeza por la pérdida de Rolf se transformó entonces en un rencor infinito que trasladó a su hijo, que, incluso después de tantos años, seguía obsesionado con el oro y con mi familia —dijo Jael.

—¿Y así fue como diste con la caja?

—La caja se mantuvo en su sitio por 45 años, y, curiosamente, fue el terremoto del 27 de febrero de este año el que hizo que el ángel de la fuente se dañara. Unos niños que jugaban ahí encontraron este “tesoro” y, luego de no poder abrirlo, lo llevaron a la policía, que lo reportó. Lograron abrir la caja más grande, por lo que encontraron la inscripción dedicada a mí. De ahí tomó el caso Hernández y se obsesionó cuando comenzó a unir los datos —dijo Jael, recordando la información que le habían dado respecto al hallazgo de la caja.

—Me resulta increíble que todo comenzara cuando Rolf vino a mi casa esa noche a hablarme del oro de los tractores. ¿Quién podía imaginar que las consecuencias del robo se extenderían a lo largo de cincuenta años?

—Si no fueran mis abuelos, diría que han perdido el juicio —dijo Myriel.

—No esperabas esto cuando tratabas de convencerme para viajar hasta Valdivia —dijo Jael con ironía.

—¡Desde luego que no! Nos han perseguido, disparado... Cuando regrese a mi trabajo y cuente todo esto, nadie me creerá.

—Mejor —dijo Román—. Hay cosas en las que es mejor no creer.

—Román... —dijo Jeanne mientras era consciente de lo extraño que le resultaba ver a ese hombre como su abuelo—. Ahora que la abuela y tú están juntos de nuevo, ¿qué vas a hacer? ¿Podrías venirte con nosotras a Santiago? Ya no hay ningún oro que proteger.

Román miró a Jeanne con ternura.

—Todo a su tiempo. A mi edad, los cambios bruscos no son muy recomendables. Además, Bruto y yo tenemos cosas que hacer aquí. Siempre hay labor de sobra en el campo.

—Te comprendo —bromeó Jael.

Continuaron conversando por horas, intercambiando recuerdos, experiencias y fragmentos de sus propias vidas. El sueño parecía haberse olvidado de ellos. Tan solo se sintieron cansados cuando la luz del alba comenzó a despuntar por el horizonte y fueron conscientes del paso del tiempo. Los cinco salieron para contemplar el amanecer.

—Es muy bonito —dijo Myriel. Jael estaba abrazada a Román, con la cabeza apoyada sobre su hombro.

—Es un regalo que Dios nos da todos los días. Acuérdense de esto cuando estén tristes: nada es tan grave como para que no amanezca al día siguiente. —Dicho esto, Bruto se santiguó—. Y ahora, a preparar el alimento para los animales. —Se giró hacia las nietas de Jael—. Ha sido un placer conocerlas.

—El placer ha sido nuestro —dijo Myriel.

—Supongo que también tenemos que irnos —dijo Jeanne mirando a su alrededor. Sintió un escalofrío cuando vio las marcas dejadas por el comisario en el cerro. Allí había estado el oro del que tanto había oído hablar. Ese oro que parecía cobrarse cada gramo de su existencia.

—Desde luego. Tú tienes que ir a la universidad y yo no puedo pedir más días libres —añadió Myriel. Las jóvenes se giraron en ese momento hacia su abuela. No hizo falta que nadie dijera nada.

—Te quedas, ¿verdad? —dijo Jeanne con una tímida sonrisa.

Jael abrazó con más fuerza a Román y este le devolvió el gesto.

—No vamos a volver a separarnos —dijo la anciana—. Quiero vivir lo que me queda de vida

con él.

—Pero, abuela, toda tu vida está en Santiago. No puedes quedarte aquí —dijo Myriel con cuidado de no ofender a Román. Era un equilibrio complicado.

—Ahora ya saben todo lo que hemos pasado. El destino siempre ha sesgado nuestras vidas, pero siempre lo hemos vencido. Lo hemos hecho una vez más. No creo que tengamos muchas más oportunidades de hacerlo —dijo Jael con un dejo de nostalgia, intentando que ellas pudieran entender que ya no tenían mucho tiempo.

Román vio necesario dar un paso al frente, no para convencerlas, sino para ser franco en sus intenciones.

—Jael es la mujer de mi vida. Sé que su decisión suena precipitada y que lo más normal sería que regresase a Santiago, pero soy sincero cuando les digo que soy incapaz de pedirle que se aleje de mí una vez más. La decisión queda en sus manos —añadió mientras miraba a Jael con una sonrisa, pues sentía, que aunque el destino jugó con sus vidas, en ese momento les estaba recompensando tantos años separados.

Las palabras de Román hicieron efecto en Jeanne y Myriel, que vieron con diferentes ojos la decisión de su abuela. Finalmente, los cuatro se fundieron en un abrazo y se despidieron entre lágrimas de nuevo, aunque esta vez eran de alegría y emoción.

—Supongo que tendremos que venir a visitarlos —dijo Jeanne.

—Eso nos gustaría mucho —dijo Roman, abrazando a Jael, que ante el gesto apoyó la cabeza en su pecho—. Desde ya comenzaré a construir con Bruto una cabaña junto a la casa. ¿Qué les parece? Será de ustedes, para que vengan cuando lo deseen.

Bruto que había vuelto miró hacia el lugar y se rascó la cabeza, pues según su parecer no había tanto espacio para una casa.

—¡Eso es fantástico! ¡Vendremos a visitarlos! —gritó Myriel mientras arrancaba el auto.

—En un par de semanas viajaremos hasta Santiago para dejar mis asuntos en orden —le respondió Jael mientras se despedía con la mano.

Cuando el auto se perdió de vista, Bruto aprovechó y se marchó al granero para preparar unos materiales.

Mientras, Román y Jael volvían a estar a solas, frente a frente, después de tantos años. Una brisa tibia se levantó y los envolvió con un manto agradable y suave.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Jael.

—Demasiado. Pero esta vez no habrá nada que nos separe.

Permanecieron abrazados, mirando hacia la casa. De repente, a Jael le pareció la más bonita del mundo.

—Te das cuenta que he vivido tres vidas y en todas ellas lo único que quiero es estar junto a ti —preguntó Roman, acariciando su mejilla.

—Tres vidas, dos muertes ... claro que me doy cuenta y eso me confirma que siempre volveré a tu lado... siempre te encontraré, aunque hayan pasado cincuenta años.

Después, Jael sacó el anillo de su chaqueta y se lo entregó a Román para que, por fin, su sueño de amarse por el resto de sus días se hiciera realidad. Él tomó el anillo y se lo puso en el dedo, para luego besarla y abrazarla tan fuerte, como una forma de hacer que ese abrazo reflejara cuánto la necesitaba... como una forma de que ella nunca más se vaya de su lado.

Se quedaron en silencio, observando cómo el sol se elevaba lentamente. Se miraron fijamente y sonrieron. Felices y cogidos de la mano, entraron en la casa, pensando en que ni la cárcel, ni la naturaleza, ni la muerte pudieron separarlos.

FIN



El amor es una parte del alma misma, es de la misma naturaleza que ella, es una chispa divina; es incorruptible, indivisible, imperecedero. Una partícula de fuego que está en nosotros, que es inmortal a infinita, a la cual nada puede limitar, ni amortiguar

— LOS MISERABLES, VICTOR HUGO

Epílogo

El agente Rojas no estaba de humor. Estaba a pocos minutos de acabar su guardia, se dirigía de vuelta a la oficina, cuando el aviso de un accidente le obligó a dar la vuelta e ir al lugar. No tenía muchos datos de lo ocurrido, pero había una víctima. Eso se traducía en protocolos, papeleo y un par de horas como mínimo hasta que llegase el juez para levantar el cuerpo.

Cuando llegó a la escena, un testigo del accidente lo puso al día de lo ocurrido. Al parecer, el conductor iba a gran velocidad cuando perdió el control del auto y acabó estrellándose contra uno de los pilares de la estructura del puente. El cuerpo de la víctima atravesó el cristal frontal y acabó una decena de metros más allá, en pleno asfalto. El vehículo, aparte de dañar el pilar, rompió la barrera de seguridad del puente y se precipitó hacia el río.

Rojas, con los brazos en jarra, observó la escena con rostro de disgusto, aunque cualquiera se hubiera percatado de que no era el primer accidente que veía. Lentamente, con más desgana que respeto, se acercó al cuerpo sin vida que yacía en mitad de la carretera. El impacto se había producido a gran velocidad, ya que el cuerpo presentaba grotescas fracturas en cada una de sus extremidades, las cuales estaban retorcidas de una manera contraria a lo natural. La ambulancia venía en camino, aunque no tenían por qué darse mucha prisa. Nada podía hacerse por él.

El agente se puso los guantes que llevaba sujetos en el cinturón y registró los bolsillos de la víctima. Sacó los documentos que llevaba y comenzó a leerlos.

—¡Oh Mierda! —dijo mientras observaba la cartera. Aquel hombre no era un cualquiera, sino que era su jefe. Era el comisario que estaba desaparecido hacía unos días. Eso cambiaba mucho las cosas.

Se levantó y se acercó corriendo a su vehículo. Tenía que dar el aviso por radio.

—Aquí todas las unidades. Tenemos un agente herido en el accidente del puente. Repito, agente herido. —Después, se dirigió corriendo al lugar del impacto—. ¿Había alguien más con él en el auto? —preguntó al testigo, un hombre de mediana edad que iba a su trabajo cuando vio el auto estrellarse contra el puente y al comisario volar hasta el asfalto. Este le respondió que no lo sabía. Por sus jadeos, resultaba evidente que estaba afectado.

Rojas comprobó el lugar exacto donde había impactado el vehículo y cómo este había caído hacia el río. El auto, convertido en metal retorcido, estaba cubierto casi por completo de agua. Estaba en tan mal estado que al agente le resultaba complicado dilucidar cuál era la parte delantera y cuál la trasera.

Horas después, cuando llegó la grúa para poder el sacar el auto del río, confirmaron que no había nadie más dentro.

—Lo único que hemos encontrado es esta bolsa de tela enganchada en los hierros de la puerta, pero está vacía. No hay nada más en el interior del vehículo.

Notas

¿EXISTIÓ EL ORO DENTRO DE LOS TRACTORES?

Tres vidas por ti, es una novela de ficción. Todos sus personajes no son reales. Sin embargo, en Chile existió un rumor referido al oro de la Alemania nazi. Oro que según relatan diversas fuentes venía escondido dentro de los tractores Lanz Bulldog de las series 707 y 747.

El misterio sobre el destino de las riquezas del régimen nazi, ha sido motivo de estudio y ha estado vinculado a distintos países. Ha sido un tema del cual se ha especulado mucho, algunos dicen que parte de esta fortuna fue a parar al Vaticano, como una forma de pago de los nazis para poder escapar, también que se mantuvo en Alemania escondido bajo tierra; hundido en lagos austriacos y también que se rumoreo que llegó a Latinoamérica dentro de los tractores antes mencionados.

En Chile, el rumor cobró fuerza cuando dos hermanos de apellido Tisch, provenientes de Alemania, recorrieron el sur del país, específicamente entre las ciudades de Los Ángeles y Osorno, buscando los tractores Lanz Bulldog. Esta búsqueda se llevó a cabo entre el año 1990 y 2006.

Lo curioso fue que pagaban altas sumas de dinero por máquinas que a simple vista eran chatarra, o un montón de fierros, pero según ellos eran una reliquia que querían llevar de regreso a Alemania.

Ante esta tentadora oferta, algunos chilenos comenzaron a buscar en los campos estos vehículos, y cuando juntaban unos cuantos llamaban a los hermanos Tisch, para revenderlos. Luego de estos primeros interesados, llegaron desde el mismo país otros mas buscando estos antiguas maquinarias. Finalmente se llevaron cerca de 1700 tractores de vuelta a Alemania.

Mas abajo hay algunas notas de prensa de la época, donde se puede saber más del hecho mencionado. Sin embargo, la verdad del verdadero interés por los tractores nunca se pudo esclarecer y solo quedó como una anécdota en los campos del sur de Chile.

<https://escritoenvaldivia.wordpress.com/2017/08/12/tractores-lanz-oro-nazi-botado-en-los-campos-del-sur/>

<https://www.infobae.com/2006/05/14/254841-buscan-tractores-alemanes-oro-nazi-su-interior/>

<https://www.tvn.cl/programas/muybuenosdias/destacados/el-oro-nazi-estaria-escondido-en-el-sur-de-chile-2511884>

Otras Obras de Marie J. Cisa

[El Secreto de las Azucenas](#)